

EL SECRETO DE ALEJANDRO MAGNO

Comienza una nueva era de aventura



WILL ADAMS

Lectulandia

Alejandro Magno es el conquistador más grande y enigmático de la Historia. Su legendaria tumba, una de las maravillas de la Antigüedad, al parecer se perdió para siempre. Mucho más tarde, unos obreros de la construcción encuentran por casualidad en Alejandría la entrada de una catacumba. Este hecho desencadena una carrera a muerte en busca del mayor tesoro de todos los tiempos.

Daniel Knox es un egiptólogo marginado por las corruptas autoridades arqueológicas. La fascinación que siente por Alejandro Magno y su tumba podría llevarle a la muerte. Perseguido por el brutal magnate naviero Hassan al-Assyuti, su única posibilidad de seguir con vida pasa por ganar esta frenética carrera. Sin embargo, más gente anda a la caza del mismo premio, y matarán por conseguirlo...

Lectulandia

Will Adams

El secreto de Alejandro Magno

ePUB v1.1

Dermus 06.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: The Alexander Cipher
Traducción: Carlos Schroeder
Clasificación MGL – Thriller/Aventuras
Edita: Suma de Letras – Santillana

A mis padres

Prólogo

Desierto de Libia, 318 a. C.

En el punto más bajo de la cueva había una fuente de agua dulce, como un solitario clavo negro en el extremo de una pierna mutilada, quemada y retorcida. Una gruesa capa de líquenes enturbiaba su superficie, apenas alterada por los siglos excepto para ondear y agitarse con el contacto de alguno de los insectos que vivían sobre ella, o elevarse con burbujas de gas que brotaban desde lo más profundo del suelo desértico que la rodeaba.

De pronto, estalló la superficie, y la cabeza y los hombros de un hombre emergieron del agua. Su rostro miraba hacia lo alto y al instante tomó hondas bocanadas de aire a través de la nariz de agitados alvéolos y la boca abierta, como si hubiera permanecido bajo el agua al límite de lo que podía soportar. Sus bocanadas no disminuyeron en intensidad con el paso del tiempo; es más, parecían volverse cada vez más desesperadas, como si su corazón estuviera a punto de estallarle dentro del pecho. Pero al poco tiempo superó lo peor del trance.

No había ninguna luz en la caverna, ni siquiera la fosforescencia del agua; y el alivio del hombre de haber sobrevivido bajo el agua pronto se convirtió en desesperanza al haber cambiado una forma de morir por otra. Tanteó en torno al borde del pozo hasta que encontró un saliente. Se alzó y se dio media vuelta para poder sentarse. Casi inconscientemente, buscó su daga debajo de la túnica empapada; pero, a decir verdad, poco peligro había de que lo persiguieran. Había tenido que pelear y abrirse paso a patadas durante su huida a través del agua. Le gustaría ver cómo intentaba seguirlo aquel gordo libio que había tratado de ensartarlo con su espada; casi seguro que se había quedado atascado en el pasadizo, y no quedaría libre a menos que perdiera algo de peso.

Algo le rozó la mejilla. Soltó un grito de terror y alzó las manos. El eco era extrañamente grave para lo que imaginaba que era una pequeña caverna. Alguna otra cosa pasó rozándolo. Sonaba como un ave, pero ningún pájaro podía volar en semejante oscuridad. Tal vez un murciélago. Había visto bandadas de murciélagos al atardecer revoloteando sobre las distantes arboledas, como moscas. Eso aumentó sus esperanzas. Si se trataba de esos mismos murciélagos, entonces tenía que haber una salida. Examinó las paredes de roca con sus manos, y luego comenzó a trepar por la menos escarpada. No era un hombre atlético, y el ascenso en la oscuridad era muy fatigoso, aunque al menos la pared contaba con hendiduras a las que aferrarse. Cuando llegaba a un sitio por el que no podía seguir avanzando, retrocedía y buscaba otro camino. Y luego otro. Pasaron muchas horas. Se sentía hambriento y cansado. Una vez comenzó a caer y gimió aterrorizado. Si se rompiera una pierna, sería su fin,

como si se tratara de una mula, pero se golpeó la cabeza contra una roca y la oscuridad se apoderó de él.

Cuando recuperó el conocimiento, durante un dichoso momento no supo dónde estaba, ni por qué. Al recobrar la memoria, sintió tal desazón que consideró la posibilidad de regresar por donde había venido. Pero no podía volver a enfrentarse a ese pasadizo. No. Mejor seguir adelante. Intentó subir por las paredes rocosas una vez más. Y otra. Y por fin, en una de sus tentativas, alcanzó un pequeño borde lo suficientemente alto sobre el suelo de la caverna, pero en el que sólo cabía de rodillas. Se arrastró hacia delante y hacia arriba, con la pared rocosa a su izquierda y nada a su derecha, muy consciente de que el más mínimo error lo haría caer hasta una muerte segura. Esa percepción no lo detuvo, sino que, por el contrario, aumentó su concentración.

El borde se curvaba de tal modo que le parecía estar arrastrándose dentro del vientre de una serpiente de piedra. Pronto la oscuridad dejó de ser tan impenetrable como hasta entonces. Luego divisó una luz difusa y finalmente consiguió ver el sol del ocaso. Se había quedado tan cegado por haber pasado tanto tiempo en la oscuridad que tuvo que cubrirse los ojos con el antebrazo para protegerlos.

¡El sol se estaba ocultando! Había pasado por lo menos un día desde la emboscada de Ptolomeo. Se acercó hasta el borde y miró hacia las profundidades. Nada sino rocas desnudas y una muerte segura. Miró hacia arriba. Seguía siendo escarpado, pero parecía accesible. El sol pronto desaparecería. Continuó trepando un poco más, sin mirar ni abajo ni arriba, contentándose con avanzar lentamente. La paciencia fue beneficiosa. Varias veces la piedra arenisca se deshizo en su mano o bajo su pie. El último resplandor del día se apagó justo cuando alcanzó un saliente. Ya no había posibilidad de retorno, así que se concentró y luego, completamente decidido, se alzó haciendo toda la fuerza posible con las manos y los codos, empujando frenético con las rodillas y los pies, despellejándose la piel contra la áspera piedra, hasta que por fin pudo subir y se desplomó boca arriba, mirando agradecido al cielo nocturno.

Kelonymus nunca se había considerado un valiente. Era un hombre dedicado a las curaciones y al conocimiento, no a la guerra. Sin embargo, sintió el silencioso reproche de sus camaradas. «Juntos en la vida, juntos en la muerte», ése había sido su juramento. Cuando Ptolomeo los había atrapado finalmente, los otros tomaron sin dudar el destilado de hojas de laurel real que Kelonymus les había preparado, para evitar que la tortura les soltara la lengua. Pero él dudó. Sintió una terrible oleada de miedo a perderlo todo antes de que llegara su hora, ese maravilloso don que era la vida, su vista, su olfato, su tacto, el gusto, la gloriosa capacidad del pensamiento. ¡No volver a ver jamás las altas colinas de su tierra, las frondosas márgenes de sus ríos, los bosques de pinos y abetos! Nunca podría escuchar de nuevo los pasos de los

hombres sabios en el mercado. ¡Ni sentir los brazos de su madre en torno a él, o bromear con su hermana, o jugar con sus dos sobrinos! Así que sólo fingió beber el veneno. Y mientras los otros yacían exánimes a su alrededor, él huyó por las cuevas.

La luna iluminó el descenso, mostrándole el desierto a su alrededor, haciendo que se percatara de su inmensa soledad. Sus antiguos camaradas habían sido los mejores soldados del ejército de Alejandro, los más valientes. No había lugar más seguro que en su compañía. Sin ellos se sentía débil y vulnerable, perdido en una tierra de dioses extraños e idiomas incomprensibles. Avanzó por la pendiente cada vez más rápido, con el miedo a Pan atosigándole, hasta que se lanzó a toda velocidad; entonces tropezó en un surco y cayó sobre la compacta arena.

Tuvo una creciente sensación de temor a medida que se ponía en pie, aunque al principio no estuviera seguro del motivo. Pero entonces formas extrañas empezaron a dibujarse en la oscuridad. Cuando se dio cuenta de qué eran, comenzó a lamentarse. Se acercó al primer par. Bilip, que lo había cargado cuando sus fuerzas le habían fallado, en las afueras de Areg. Iatrocles, quien le había contado relatos maravillosos de tierras lejanas. Cleómenes y Heracles eran los dos siguientes. No importaba que ya estuvieran muertos, la crucifixión era el castigo macedonio para los criminales y los traidores, y Ptolomeo había querido que se supiera que eso era lo que pensaba de aquellos hombres. Pero no habían sido ellos los que habían traicionado la última voluntad de Alejandro respecto a dónde quería ser enterrado. No habían sido ellos los que habían puesto su ambición personal por encima de los deseos de su rey. No. Aquellos hombres sólo habían intentado hacer lo que el mismo Ptolomeo debería haber hecho: construir una tumba para Alejandro cerca de la de su padre.

Algo en la simetría de las cruces llamó la atención de Kelonymus. Estaban puestas de dos en dos. En todo el camino. Sin embargo, el grupo constaba de treinta y cuatro integrantes. Él mismo y otros treinta y tres. Un número impar. ¿Cómo podían coincidir en el número exacto? Tuvo una leve esperanza. Tal vez alguien más había escapado. Comenzó a apresurarse por aquella horrible avenida de la muerte. Viejos amigos a cada lado, sí; pero no su hermano. Veintiséis. Rezó en silencio a los dioses, y sus esperanzas aumentaban a medida que avanzaba. Veintiocho. Treinta. Treinta y dos. Y ninguno era su hermano. Y no había más cruces. Sintió, por un momento, una euforia exacerbada. Pero no duró. Como si viera un cuchillo hundido entre sus costillas, se dio cuenta de lo que había hecho Ptolomeo. Dio un grito de angustia y de furia, y cayó de rodillas sobre la arena.

Cuando su rabia se hubo calmado, Kelonymus era un hombre distinto, un hombre con un propósito fijo y decidido. Había traicionado su juramento con aquellos hombres una vez. No volvería a hacerlo. «Juntos en la vida, juntos en la muerte». Sí, les debía al menos eso. A cualquier precio.

Capítulo 1

I

Arrecifes de Ras Mohammed, Sinaí, Egipto

Daniel Knox estaba dormitando feliz en la proa, cuando la muchacha se acercó y se colocó con deliberada provocación, entre él y el sol vespertino. Abrió los ojos y alzó cansado la vista cuando se dio cuenta de quién era, porque Max había dejado claro que la chica le pertenecía, ese día, a Hassan al-Assyuti, y éste tenía una orgullosa y merecida reputación de violento, especialmente contra cualquiera que se atreviera a meterse en sus asuntos.

—¿Sí? —preguntó.

—Entonces, ¿de verdad que eres beduino? —preguntó entusiasmada—. Quiero decir, ese tipo, Max, dijo que eras un beduino, pero a mí no me lo pareces. No me interpretes mal, algo lo pareces, quiero decir, el color de tu piel, tu cabello y tus cejas, pero...

No era una sorpresa que hubiera llamado la atención de Hassan, pensó Knox mientras ella continuaba hablando. Era conocida su debilidad por las rubias jóvenes, y ésta tenía una sonrisa atractiva y unos deslumbrantes ojos color turquesa, así como un bonito tono de piel, salpicada de pálidas pecas con un ligero color rosado, y una figura delgada perfectamente delimitada por su biquini verde lima y amarillo limón.

—La madre de mi padre era beduina —dijo para ayudarla a salir de su laberinto—. Eso es todo.

—¡Vaya! ¡Una abuela beduina! —La joven entendió el comentario como una invitación a sentarse—. ¿Cómo era ella?

Knox se recostó sobre un codo, entrecerrando los ojos para evitar que el sol le cegara.

—Murió antes de que yo naciera.

—Vaya, lo siento. —Un mechón húmedo y rubio cayó sobre su mejilla. Se apartó el cabello con ambas manos, y lo sujetó formando una cola de caballo, de tal manera que su pecho se hinchó en dirección a él.

—¿Te criaste aquí, entonces? ¿En el desierto?

Él miró a su alrededor. Estaban en la cubierta del barco de Max Strati, anclados en una zona en mitad del mar Rojo.

—¿Desierto? —preguntó.

—¡Buf! —Ella le dio una palmada juguetonamente en el pecho—. ¡Ya sabes a qué me refiero!

—Soy inglés —dijo.

—Me gusta tu tatuaje. —La chica pasó un dedo por encima de la estrella de

dieciséis puntas en azul y oro de su brazo derecho—. ¿Qué es?

—La estrella de Vergina —respondió Knox—. Un símbolo de los argéadas.

—¿Los qué?

—La antigua familia real de Macedonia.

—¿Qué? ¿Quieres decir como Alejandro Magno?

—Eso es.

La muchacha arrugó la nariz.

—¿Te gustaba, entonces? Yo siempre he oído decir que era un bruto borracho.

—Entonces has oído mal.

Ella sonrió, satisfecha de ser reprendida.

—Vamos, continúa. Cuéntame.

Knox frunció el ceño. ¿Por dónde se empezaba a hablar de un hombre como Alejandro?

—Estaba sitiando una ciudad llamada Multan, en la India —comenzó—. Eso fue hacia el final de sus campañas. Sus hombres estaban hartos de luchar, sólo querían regresar a casa. Pero Alejandro no quería saber nada de eso. Fue el primero en subir las murallas. Los defensores hicieron caer todas las otras escalas de asalto, por lo que se quedó aislado, solo. Cualquier hombre normal hubiera dado un salto para ponerse a salvo, ¿verdad? ¿Sabes qué hizo Alejandro?

—¿Qué?

—Saltó *hacia el interior* de las murallas. Solo. Era el único modo seguro de que sus hombres lo siguieran. Y así lo hicieron. Destrozaron la ciudadela para salvarlo, y lo lograron en el último momento. Las heridas que sufrió ese día contribuyeron, probablemente, a su muerte, pero también alimentaron su leyenda. Solía vanagloriarse de tener cicatrices por todo el cuerpo, con excepción de la espalda.

Ella se rió.

—Suena como si hubiera sido un psicópata.

—Eran otras épocas —afirmó Knox—. Cuando capturó a la madre del emperador persa, Sisygambis, la puso bajo su protección personal. Después de su muerte, ella estaba tan consternada que se dejó morir de hambre. Y no hizo eso cuando murió su propio hijo, sino cuando murió Alejandro. Nadie hace eso por un psicópata.

—¡Ah! —dijo ella. Era evidente que ya había hablado bastante de Alejandro.

Se puso de rodillas, colocó su palma izquierda sobre la cubierta, apartada de Knox, y luego se estiró sobre él en busca de la nevera roja y blanca. La abrió, examinó cada una de las botellas y latas en su interior tomándose su tiempo. Sus pechos se balanceaban libremente dentro del biquini mientras se movía, sacando el mayor provecho de ellos, con sus pezones rosados como pétalos. Knox sintió la boca repentinamente algo seca; saber que lo estaban utilizando no restaba eficacia a aquella seducción. Pero también le recordó con claridad a Hassan, así que frunció el

ceño y apartó la mirada.

Ella se sentó dejándose caer con una botella abierta en la mano y una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Quieres un poco? —preguntó.

—No, gracias.

La muchacha se encogió de hombros y tomó un sorbo.

—¿Hace mucho que conoces a Hassan?

—No.

—Pero eres su amigo, ¿verdad?

—Estoy a su servicio, querida. Eso es todo.

—Pero es *kosher*, ¿no?

—Ése no es el modo más inteligente de describir a un musulmán.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Knox se encogió de hombros. Era demasiado tarde para que ella quisiera arrepentirse. Hassan la había elegido en una discoteca, no en una escuela dominical. Si no le hubiese gustado, debería haberse negado; así de sencillo. Había acciones tontas y acciones estúpidas. No creía que la chica no supiera lo que estaba haciendo con su cuerpo.

La silueta de Max Strati apareció recortada sobre los camarotes de cubierta en ese instante, y se dirigió rápidamente hacia ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con voz fría. Había venido de vacaciones a Sharm el-Sheik hacía veinte años, y nunca había regresado a su casa. Egipto había sido bueno con él; y no se arriesgaría a perder eso haciendo enfadar a Hassan.

—Sólo charlábamos —dijo Knox.

—En tu tiempo libre, por favor, no en el mío —dijo Max—. El señor Al-Assyuti desea que sus invitados buceen una última vez.

Knox se puso de pie.

—Prepararé todo.

La muchacha también se puso de pie de un salto, y comenzó a aplaudir con falso entusiasmo.

—¡Fantástico! Pensaba que no íbamos a volver a bajar.

—Creo que tú no vendrás con nosotros, Fiona —dijo Max sin mostrar ninguna emoción—. No tenemos suficientes botellas de oxígeno. Te quedarás aquí con el señor Al-Assyuti.

—¡Oh! —De pronto pareció asustada, una chiquilla. Puso, dubitativa, su mano en el brazo de Knox. Él se la quitó de una sacudida, y se dirigió enfadado hacia popa, en donde los trajes, las aletas, las gafas y el resto del equipo estaban guardados en contenedores plásticos, junto al estante metálico con las botellas de oxígeno. Una rápida ojeada le sirvió a Knox para comprobar lo que ya sabía: había botellas llenas

más que suficientes. Sintió el estrés constriñéndole repentinamente la nuca. Podía sentir los ojos de Max fijos en su espalda, así que se obligó a no darse la vuelta. La muchacha no era problema suyo. Era lo suficientemente mayor como para cuidarse sola. No tenía ninguna relación con ella; ninguna obligación. Se había roto las pelotas trabajando para conseguir un buen puesto y no iba a arruinarlo todo sólo porque una adolescente maleducada había calculado mal el precio del almuerzo. Sus justificaciones no le consolaron mucho. Sintió que se le estrechaba la boca del estómago cuando se agachó junto a los contenedores y comenzó a revisar el equipamiento.

II

Excavaciones de la FAM en el delta del Nilo, norte de Egipto

—¡Hola! —gritó Gaille Bonnard—. ¿Hay alguien ahí?

Esperó pacientemente una respuesta, pero no la obtuvo. Qué extraño. Kristos había dicho claramente que Elena quería ayuda para traducir un fragmento de cerámica, pero no había señales de ella en la camioneta; y el almacén, en donde ella trabajaba habitualmente, estaba cerrado. Se sintió levemente irritada. No le importaba andar quince minutos desde la otra excavación, pero no le gustaba que le hicieran perder el tiempo. De pronto observó que la puerta del cobertizo estaba entreabierta, cosa que nunca antes había sucedido, al menos desde que Gaille estaba allí. Golpeó, la abrió y miró en su interior, permitiendo que pasara algo de la luz del sol. Las paredes interiores estaban cubiertas de estantes, montones de pilas para linternas, martillos, picos, capazos, cuerdas y otras herramientas arqueológicas. Había en el suelo un agujero cuadrado, oscuro, por el que sobresalía la parte superior de una escalera de madera.

Se agachó y llamó, pero no obtuvo respuesta. Esperó unos segundos, y volvió a gritar. Al no oír nada, se puso de pie con las manos en la cintura y reflexionó enfadada. Elena Koloktronis, la encargada de la excavación arqueológica macedonia, era una de esas jefas que creen que todo su personal es incompetente y, por tanto, intenta hacerlo todo ella misma. Estaba todo el tiempo interrumpiendo un trabajo a medias para supervisar otro. Quizás fuese eso lo que había sucedido allí. O tal vez había habido un malentendido en el mensaje. El problema era que con Elena era imposible hacer lo correcto. Si uno salía a buscarla, debería haberse quedado en donde estaba. Si uno se quedaba, se enfurecía porque no había ido a buscarla.

Volvió a agacharse, y sus muslos y pantorrillas se quejaron doloridos por la larga jornada de trabajo; llamó por tercera vez, comenzando a sentirse algo alarmada. ¿Y si Elena se había caído? Encendió una de las linternas, pero el pozo era profundo y el rayo de luz se perdió en la oscuridad. No haría daño a nadie si echaba un vistazo. No tenía la cabeza para las alturas, por lo que respiró hondo mientras agarraba la escalera con una mano y ponía un pie sobre el escalón superior, y luego el otro. Cuando se sintió segura, comenzó un cauteloso descenso. La escalera crujió, así como las cuerdas que la sostenían apoyada en la pared. El pozo era más profundo de lo que había imaginado, tal vez seis metros. Normalmente, no se podía descender tanto en el delta sin encontrar agua, pero aquel sitio se encontraba en la cima de una colina, a salvo de las inundaciones anuales del Nilo —uno de los motivos por los que había sido ocupado en la Antigüedad—. Volvió a llamar a Elena. Seguía el silencio, salvo

por el sonido de su respiración, amplificado por el estrecho túnel. Cayó algo de polvo. La curiosidad comenzó a superar a su aprensión. Está claro que había escuchado rumores sobre este lugar, aunque ninguno de sus colegas se atrevía a hablar abiertamente sobre ese asunto.

Llegó por fin al fondo. Sus pies aplastaron esquivas de basalto, granito y cuarzo, como si viejos monumentos y estatuas hubieran sido hechos añicos y derribados. Un estrecho pasillo conducía hacia la izquierda. Volvió a gritar, pero con menos intensidad esta vez, como esperando no obtener respuesta. Su linterna comenzó a parpadear y titilar, y luego se apagó por completo. Gaille la golpeó contra la pared, y volvió a encenderse como si fuera un puño abriéndose. Sus pies hacían crujir las piedrecillas al avanzar.

En el muro de la izquierda había una pintura de colores notablemente brillantes. Había sido, era evidente, limpiada, e incluso tal vez retocada. Una figura humanoide, de perfil, vestida como un soldado pero con la cabeza y la melena de un lobo gris sostenía algo en su mano izquierda; en su mano derecha, un estandarte militar, cuya base estaba plantada entre sus pies, con una bandera escarlata flameando junto a su hombro derecho, frente a un cielo color turquesa.

Los dioses del Egipto antiguo no eran la especialidad de Gaille, pero sabía lo suficiente como para reconocer a Wepwawet, un dios lobo que acabó por asimilarse, como otros, a Anubis, el chacal, el dios de la muerte. Se lo consideraba, en primera instancia, como un explorador militar, y había sido representado con frecuencia en los *shedsheds*, el estandarte militar egipcio que sostenía en aquella imagen. Su nombre significaba «el que abre los caminos», razón por la cual el robot en miniatura construido para explorar los misteriosos conductos de ventilación de las grandes pirámides había sido bautizado con una versión de su nombre: *Upuaut*. Según lo que recordaba Gaille, este dios se había pasado de moda durante el Imperio Medio, alrededor del 1600 a. C. Por eso aquella pintura debía de tener más de tres mil quinientos años. Sin embargo, el *shedshed* que Wepwawet sostenía mostraba una versión de los hechos diferente, porque representado en él aparecían la cabeza y los hombros de un joven apuesto de mirada beatífica, con la cabeza ladeada como si fuera una Madonna renacentista. Era difícil no reconocer un retrato de Alejandro Magno. Su impacto en la iconografía había sido tan profundo que en los siglos posteriores la gente había querido parecerse a él. De modo que si ése no era el mismo Alejandro, había estado, sin duda, influido por él, lo que significaba que no podía datar de una fecha anterior al 332 a. C. Y eso llevaba a una pregunta obvia: ¿qué demonios estaba haciendo en un estandarte sostenido por Wepwawet mil años después de que éste hubiera desaparecido?

Gaille apartó de su mente semejante acertijo y continuó su camino, todavía murmurando el nombre de Elena, aunque sólo como una excusa, por si llegaba a

cruzarse con alguien. La pila de su linterna volvió a apagarse, sumergiendo el lugar en una completa oscuridad. Volvió a golpearla y se encendió de nuevo. Pasó por delante de otra pintura; hasta donde podía ver, idéntica a la primera, aunque no completamente limpia. Las paredes comenzaban a mostrar señales de fuego, como si un gran incendio las hubiera rodeado alguna vez. Echó una mirada a un destello de mármol blanco más adelante y dos lobos de piedra yacentes, pero sin embargo alertas. Más lobos. Frunció el ceño. Cuando los macedonios habían conquistado Egipto, habían dado a muchas de las poblaciones nombres griegos por razones administrativas, basándose con frecuencia en el culto a los dioses locales. Si Wepwawet era el dios al que se rendía culto en aquel lugar, entonces, seguramente, esto debía de ser...

—¡Gaille! ¡Gaille! —A su espalda, Elena gritaba—. ¿Estás ahí abajo? ¡Gaille!

Gaille volvió de prisa por el pasadizo.

—¿Elena? —la llamó—. ¿Es usted?

—¿Qué demonios hacías ahí abajo?

—Pensé que podría haberse caído y que estaría en dificultades.

—Sal —ordenó furiosa Elena—. Sal de inmediato.

Gaille comenzó a ascender. Se ahorró una respuesta hasta llegar arriba. Después dijo de prisa:

—Kristos me dijo que quería que...

Elena acercó su rostro al de Gaille.

—¿Cuántas veces te he dicho que ésta es un área restringida? —le gritó—. ¿Cuántas veces?

—Lo siento, señora Koloktronis, pero...

—¿Quién demonios te crees que eres? —El rostro de Elena estaba enrojecido y en su cuello los tendones se tensaron, como si fuera un caballo de carreras—. ¿Cómo te atreves a bajar ahí? ¿Cómo te atreves?

—Pensé que se podía haber caído —repitió Gaille angustiada—. Pensé que tal vez necesitara ayuda.

—No te atrevas a interrumpirme cuando estoy hablando.

—No lo hacía...

—¡Ni te atrevas! ¡Ni te atrevas!

Gaille se puso rígida. Por un momento calibró la posibilidad de responderle en el mismo tono. Sólo habían pasado tres semanas, al fin y al cabo, desde que Elena la había llamado sin previo aviso y le había rogado, *rogado*, que abandonara durante un mes el proyecto del diccionario demótico de la Sorbona para reemplazar a un ayudante experto en lenguas antiguas que había enfermado. Pero en este mundo uno sabe instintivamente en qué situación se encuentra para enfrentarse con otra gente, y Gaille no tenía esperanza alguna. La primera vez que Elena había estallado, la había

dejado conmocionada. Sus nuevos colegas le habían quitado hierro al asunto diciéndole que Elena se comportaba así desde la muerte de su marido. Hervía en ella una especie de rabia interna, como un volcán entrando en erupción de forma imprevista e indiscriminada, ardiente y a veces con espectacular virulencia. Ya se había convertido casi en una rutina, algo que debía ser temido y aplacado, como la ira de los antiguos dioses. Por eso Gaille permaneció de pie y aguantó como pudo los comentarios brutales sobre su escaso talento, su ingratitud, el daño que este incidente causaría sin duda a su carrera si llegaba a hacerse público, aunque ella haría, claro está, todo lo posible para protegerla.

—Lo siento, señora Koloktronis —dijo Gaille cuando la reprimenda comenzó a disminuir—. Kristos dijo que quería verme.

—Le dije que te avisara de que iba yo a verte.

—Eso no fue lo que me dijo. Sólo quería asegurarme de que no se hubiera caído.

—¿Adónde has llegado?

—A ninguna parte. Me he quedado en el fondo del pozo.

—Muy bien —dijo Elena a regañadientes—. Entonces no diremos nada más sobre el asunto. Pero no se lo menciones a Qasim, o no podré protegerte.

—No, señora Koloktronis —dijo Gaille. Qasim, el representante del Consejo Superior de Antigüedades, era tan misterioso con aquel lugar como la misma Elena. Sin duda, sería embarazoso para Elena tener que admitir ante él que se había dejado la puerta abierta sin vigilancia.

—Ven conmigo —ordenó Elena, cerrando la puerta de acero y conduciendo a Gaille hacia el almacén—. Hay un fragmento de cerámica sobre el que quiero tu opinión. Estoy un 99,9 por ciento segura de la traducción. Tal vez puedas ayudarme con el otro 0,1 por ciento.

—Sí, señora Koloktronis —dijo Gaille sumisa—. Gracias.

III

—¿Eres idiota? —gruñó Max, siguiendo a Knox hasta la popa del barco—. ¿Acaso tienes ganas de que te maten o algo parecido? ¿No te dije que dejaras a la chica de Hassan tranquila?

—Ella vino a hablar conmigo —respondió Knox—. ¿Querías que fuera grosero?

—Estabas flirteando con ella.

—Ella flirteaba conmigo.

—Eso es todavía peor. ¡Cristo! —Miró a su alrededor con el rostro consumido por el miedo. Trabajar para Hassan causaba aquella conmoción en la gente.

—Lo siento —dijo Knox—. Me mantendré alejado de ella.

—Mejor así. Créeme, si le caes mal a Hassan, tú y tu amigo Rick podéis olvidaros del pequeño proyecto que tenéis, por muy insignificante que sea.

—Baja la voz.

—Simplemente te lo advierto. —Sacudió un dedo delante de él, como si tuviera más que decirle, pero se dio media vuelta y se alejó.

Knox lo vio alejarse. No le gustaba Max y a Max no le gustaba él, pero tenían una valiosa relación. Max regentaba una escuela de submarinismo, y Knox era un buen instructor, fiable, que sabía cómo seducir a los turistas para que lo recomendaran a otros con los que se cruzaran en sus viajes; y trabajaba por poco dinero. A cambio, Max le dejaba usar su barco y el sónar para lo que él daba en llamar, despectivamente, su «pequeño proyecto». Knox sonrió con desprecio. Si Max se enteraba alguna vez de lo que él y Rick estaban buscando, no lo relegaría de forma tan despectiva.

Knox había llegado a Sharm hacía casi tres años. Llevaba allí tan sólo cuatro semanas cuando algo extraordinario le había sucedido; y había sido provocado por el mismo tatuaje que había llamado la atención de Fiona.

Una noche que estaba sentado en el muelle, disfrutando de una cerveza, un australiano de complexión robusta se le acercó.

—¿Le importa si le acompaño? —le preguntó.

—Como quiera.

—Me llamo Rick.

—Daniel. Pero todos me llaman Knox.

—¡Ajá! Eso me han dicho.

Knox lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Ha estado preguntando?

—Dicen que es arqueólogo.

—Intenté serlo.

—¿Y lo abandonó todo para convertirse en instructor de submarinismo? —

preguntó escéptico Rick.

—La arqueología me abandonó —explicó Knox—. Me separé de la profesión.

—¡Ah! —Se inclinó hacia delante—. Un tatuaje interesante.

—¿Usted cree?

Rick asintió.

—Si le enseño algo, no se lo diré a nadie, ¿verdad?

—Claro —dijo Knox, encogiéndose de hombros.

Rick buscó en su bolsillo y sacó una caja de cerillas. Dentro, rodeada de algodones, había una lágrima de oro de casi un par de centímetros de largo con un agujero en el extremo más fino, para colocarle una cadena. Pequeñas manchas rosadas se agrupaban allí donde había sido arrancada del coral. Y en su base, una estrella de dieciséis puntas se encontraba grabada delicadamente.

—La encontré hace un par de años —afirmó Rick—. Pensé que tal vez pudiera decirme algo más sobre ella. Me refiero a que es el símbolo de Alejandro, ¿no?

—Sí. ¿Dónde la encontró?

—¡Claro! —refunfuñó Rick, cogiéndola de nuevo para guardarla con cuidado en su hogar transitorio y luego en el bolsillo—. ¡Como si fuera a decírselo! Bien, ¿alguna idea?

—Puede ser cualquier cosa —dijo Knox—. Un colgante para una capa, para una copa, algo por el estilo. Un pendiente.

—¿Qué? —exclamó Rick frunciendo el ceño—. ¿Alejandro usaba pendientes?

—La estrella no significa que fuese de su propiedad personal. Sólo remite a su entorno.

—¡Ah! —El australiano parecía decepcionado.

Knox frunció el ceño.

—¿Y la encontró en estos arrecifes?

—Sí. ¿Por qué?

—Resulta extraño. Alejandro nunca vino por aquí. Tampoco sus hombres.

Rick dejó escapar un gruñido.

—¡Y yo que pensaba que era usted arqueólogo! Por lo que yo sé, vino a Egipto. Fue a visitar aquel lugar en el desierto.

—El oráculo de Amón en el oasis de Siwa. Sí. Pero no viajó atravesando Sharm, créame. Fue por la costa norte del Sinaí.

—¡Ah! Entonces ésa fue su única visita, ¿verdad?

—Sí, excepto por... —Y el corazón de Knox comenzó de pronto a latirle apresuradamente cuando se le ocurrió una idea descabellada—. ¡Por Dios! —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Rick excitado, observando su rostro.

—No. No. No puede ser.

—¿Qué? Dígame.

Knox negó decidido con la cabeza.

—No. Estoy seguro de que no es posible.

—Vamos, amigo. Ahora tiene que decírmelo.

—Sólo si me dice dónde lo ha encontrado.

Rick lo observó, evaluándolo.

—¿Le parece que puede haber algo más? Eso es lo que está pensando, ¿verdad?

—No exactamente. Pero es posible.

Rick dudó.

—Y es usted buzo, ¿verdad?

—Sí.

—Me vendría bien un socio. El sitio no me resulta sencillo para mí solo. Si se lo digo, buscaremos juntos, ¿vale?

—Seguro.

—Bien. Entonces dígame.

—De acuerdo. Pero tiene que tener presente que esto es pura especulación. La posibilidad de que esto sea lo que pienso es...

—Entiendo. Ahora, hable.

—¿La versión larga o la corta?

Rick se encogió de hombros.

—No tengo prisa.

—Tendré que darle un poco de información para contextualizar primero. Alejandro vino a Egipto sólo una vez en su vida, como le acabo de decir, y sólo durante unos pocos meses. Por el norte del Sinaí hasta el delta del Nilo, y luego hacia el sur hasta Menfis, la antigua capital, al sur de El Cairo, en donde fue coronado. Después se dirigió al norte otra vez y fundó Alejandría, hacia el oeste por la costa hasta Paraetionium, hoy Marsa Matruh, y luego derecho al sur atravesando el desierto de Siwa. Parece ser que él y su comitiva se perdieron. Según una versión, habrían muerto de sed si no hubiera sido por dos serpientes parlantes que los guiaron hasta el oasis.

—Esas serpientes parlantes siempre están ahí cuando las necesitas.

—Aristóbulo cuenta una historia más creíble: que siguieron a un par de cuervos. Si uno pasa algo de tiempo en el desierto, casi con seguridad aparecerán algunos cuervos de cuello pardo. Son prácticamente los únicos pájaros que uno verá en esos parajes. Viajan con frecuencia en pareja. Y son unos atrevidos; si no pueden encontrar alguna serpiente o langostas para comer, hurgarán sin problemas en tu campamento en busca de migajas, antes de partir hacia el oasis más cercano. Así que si los sigues...

Rick asintió.

—Como delfines en un mar de arena.

—Se podría explicar así —acordó Knox—. Sea como sea, condujeron a Alejandro a Siwa, en donde consultó el oráculo, y luego de nuevo al desierto; pero esta vez en dirección este, siguiendo las rutas de las caravanas al oasis de Bahariyya, en donde hay un famoso templo dedicado a él, y luego regresó a Menfis. Eso fue todo. Y luego a derrotar otra vez a los persas. Pero después, tras su muerte, fue traído de vuelta a Egipto para su funeral.

—¡Ah! ¿Y usted cree que esto es de esa época?

—Creo que es posible. Usted ha de tener algo en mente. Estamos hablando de Alejandro Magno. Condujo a treinta mil macedonios por el Helesponto para vengar la invasión de Grecia realizada por Jerjes, sabiendo que se enfrentaría a ejércitos diez veces más numerosos. Aplastó a los persas no una vez, ni dos, sino tres veces, y luego continuó avanzando. Combatió en infinidad de batallas, y las ganó todas, convirtiéndose en el hombre más poderoso que el mundo había visto jamás. Cuando su mejor amigo, Hefestión, murió, lo envió al otro mundo sobre una pira de madera hermosamente tallada de ocho metros de altura; como si construyéramos la ópera de Sídney y luego le prendiéramos fuego sólo para disfrutar de las llamas. Así que puede imaginarse que sus hombres habrían querido algo bastante especial cuando se trató de enterrar al propio Alejandro.

—Comprendo.

—Una pira no cabía en los cálculos: el cuerpo de Alejandro era demasiado precioso para ser quemado. Al margen de cualquier otra consideración, uno de los deberes de un nuevo rey macedonio era enterrar a su predecesor. Por lo que quien estuviera en posesión del cuerpo de Alejandro tenía un serio argumento para reclamar el reino, especialmente teniendo en cuenta que Alejandro no había dejado un claro sucesor, y todos estaban luchando por el título.

Rick señaló al vaso vacío de Knox.

—¿Quiere otra?

—Vale, gracias.

—¡Dos cervezas! —le gritó Rick al camarero—. Perdone, me decía... Gente peleando por el título.

—Sí. El trono estaba vacante. Alejandro tenía un hermano, pero era medio idiota. Y su esposa, Roxana, estaba embarazada, pero nadie podía estar seguro de que ella fuera a tener un hijo varón; y, de todas formas, Roxana era bárbara, y los macedonios no habían conquistado todo el mundo conocido para ser regidos por un bastardo. Así que se reunió una asamblea del ejército en Babilonia y llegaron a un compromiso. El hermano medio tonto y la criatura a punto de nacer —si resultaba ser un varón, como sucedió, que fue llamado Alejandro IV— reinarían juntos; pero las diferentes regiones del imperio serían administradas por ellos mediante un número de sátrapas

que rendirían cuentas a un triunvirato. ¿Me sigue?

—Sí.

—Uno de los generales de Alejandro era un hombre llamado Ptolomeo. Fue él quien afirmó aquello de las serpientes parlantes. Pero no deje que eso le engañe. Era muy astuto, un hombre muy capaz. Se dio cuenta de que, sin Alejandro para mantenerlo unido, el imperio estaba destinado a fragmentarse, y él quería Egipto para sí. Era un país rico, lejano, poco propenso a verse envuelto en guerras ajenas. Así que hizo que le otorgaran esa satrapía, se afirmó firmemente en el puesto y finalmente se convirtió en faraón, fundando la dinastía ptolemaica, que terminó con Cleopatra. ¿Vale?

Llegaron las cervezas. Hicieron chocar los vasos en un brindis.

—Siga —lo alentó Rick.

—No fue fácil para Ptolomeo convertirse en faraón —continuó Knox—. Los egipcios no reconocían a cualquiera. La legitimidad era muy importante para ellos. Con Alejandro era distinto: un dios viviente de indudable sangre real que había expulsado a los detestables persas; no había vergüenza en ser gobernados por un hombre semejante. Pero Ptolomeo no era nadie para los egipcios. Así que una de las cosas que necesitaba era un símbolo de realeza.

—¡Ah —dijo Rick secándose la espuma del labio superior—, el cuerpo de Alejandro!

—Diez sobre diez —sonrió Knox—. Ptolomeo quería el cuerpo de Alejandro. Pero no era el único. La cabeza del triunvirato macedonio se llamaba Pérdicas. Él también tenía ambiciones personales. Quería devolver el cuerpo de Alejandro a Macedonia para enterrarlo junto a su padre, Filipo, en las tumbas reales de Aigai, en el norte de Grecia. Pero trasladarlo de Babilonia a Macedonia no era fácil. No lo podía cargar en el primer barco que pasara. Tenía que transportarlo con cierta pompa.

Rick asintió.

—Yo también pienso lo mismo.

—Un historiador llamado Diodoro de Sicilia dio una descripción muy detallada de todo esto. El cuerpo de Alejandro fue embalsamado y colocado en un sarcófago de oro macizo, cubierto por especias fragantes, muy caras. Y se realizó un catafalco (para entendernos, una especie de carro funerario). Era tan espectacular que tardó más de un año en estar listo. Era un templo dorado sobre ruedas, de seis metros de largo y cuatro de ancho. Columnas jónicas de oro entrelazadas con acanto sostenían un techo abovedado de escamas de oro incrustadas con joyas. Un mástil dorado se elevaba hacia lo alto, brillando como un rayo bajo el sol. En cada esquina había una estatua de oro de Niké, la antigua diosa de la victoria, sosteniendo un trofeo. La cornisa de oro estaba adornada con cabezas de íbices, de las cuales colgaban anillos de oro que sostenían una guirnalda de brillantes colores. Los espacios entre las

columnas estaban cubiertos por una malla de oro, que protegía el sarcófago del sol abrasador o de la eventual lluvia. El frente estaba protegido por leones de oro.

—Ésa es una enorme cantidad de oro —dijo Rick, escéptico.

—Alejandro era un hombre inmensamente rico —respondió Knox—. Tenía más de siete mil toneladas de oro y plata sólo en sus arcas persas. Hicieron falta veinte mil mulas y cinco mil camellos para transportarlas de un lado a otro. ¿Sabe cómo solían guardarlo?

—¿Cómo?

—Lo fundían y lo vertían en jarras, y luego simplemente rompían la arcilla.

—¡Demonios! —se rió Rick—. Me vendría bien encontrarme con una de éstas.

—¡Seguro! Y los generales no se atrevían a meter mano en eso. Alejandro era un dios para las tropas macedonias. Intentar robarle hubiera sido el modo más rápido de perder su lealtad. Sea como sea, el carro funerario fue terminado. Pero era tan pesado que los constructores tuvieron que inventar ruedas con amortiguadores y ejes para sostenerlo, e incluso la ruta tuvo que ser preparada especialmente por un grupo de constructores de vías, e hizo falta un tiro de sesenta y cuatro mulas para moverlo. — Hizo una pausa para tomar otro sorbo de su cerveza—. ¡Sesenta y cuatro mulas! — repitió gesticulando con la cabeza—. Y cada una de ellas llevaba una corona de oro y un collar engastado con gemas, y una campana de oro colgando a cada lado de la cabeza. Y cada una de esas campanas llevaba en el interior un badajo de oro exactamente como el que tienes en tu caja de cerillas.

—No fastidie —dijo Rick, con la sorpresa estampada en su rostro.

—Más aún —sonrió Knox—, el catafalco entero, todo ese oro, desapareció de la historia *sin dejar ni el más mínimo rastro*.

Capítulo 2

I

Obra en construcción de un hotel, Alejandría

Mohammed el-Dahab tenía una foto enmarcada de su hija, Layla, en el escritorio. Había sido sacada un par de años antes, justo antes de que cayera enferma. Tenía la costumbre, mientras trabajaba, de mirarla de vez en cuando. En ocasiones, le alegraba ver su rostro. Pero la mayoría de las veces, como ahora, se le partía el corazón. Se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, murmurando una plegaria breve pero sentida. Rezaba por ella de esa manera tal vez unas treinta veces al día, y también durante los *rek'ahs* formales. Sus plegarias no habían conseguido mucho hasta la fecha, pero la fe era así. Si no se la ponía a prueba, no era nada.

En el exterior se escucharon ruidos incongruentes, gritos, risas jubilosas. Miró irritado por la ventana de su oficina. El trabajo en la obra se había detenido. Sus obreros estaban reunidos en una esquina, con Ahmed bailando como un derviche en un *moulid*. Mohammed se acercó furioso, a toda prisa. Alá lo había maldecido con los trabajadores más perezosos de todo Egipto. ¡Cualquier excusa era buena para no hacer nada! Frunció el ceño para asumir la actitud adecuada para reprenderlos, pero cuando vio lo que había causado tal conmoción se olvidó de semejante idea. La excavadora había abierto una gran zanja en el suelo y había dejado al descubierto una escalera en espiral que descendía por un agujero profundo y negro, todavía enturbiado con el polvo que no había acabado de asentarse. Parecía amarilla, oscura, antigua; tan antigua como la propia ciudad.

Mohammed y sus hombres se miraron unos a otros con la misma idea. «¿Quién sabe cuánto tiempo lleva enterrado esto? ¿Quién puede adivinar qué riquezas se ocultan en sus profundidades?». Alejandría no era únicamente una de las grandes ciudades de la Antigüedad, sino que contaba con un tesoro perdido de renombre mundial. ¿Había algún hombre que no hubiera soñado con descubrir el sarcófago de oro del fundador de la ciudad, Iskandar al-Akbar, Alejandro Magno? Los muchachos cavaban pozos en los jardines públicos; las mujeres confiaban a sus amigas los extraños ecos que escuchaban cuando golpeaban los muros de sus sótanos; los ladrones entraban en antiguos aljibes y en los depósitos prohibidos de templos y mezquitas. Pero si tenía que encontrarse en alguna parte, seguramente fuera allí, en el corazón del antiguo Barrio Real de la ciudad. Mohammed no era propenso a sueños inútiles, pero al mirar hacia aquel profundo pozo sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

¿Podía ser éste, al fin, su milagro?

Hizo un gesto para que le entregaran la linterna de Fahd, y apoyó su pie izquierdo

lentamente sobre el primer escalón. Mohammed era un hombre robusto, y notó que el corazón se le subía a la garganta al apoyar su considerable peso sobre la desgastada piedra, pero lo soportó sin protesta alguna. Probó otros escalones, con la espalda recostada sobre la pared exterior de piedra caliza. La pared interior que separaba la escalera del pozo estaba construida de ladrillos ahora rotos; muchos habían caído y yacían dispersos como un negro rompecabezas. Mohammed lanzó un guijarro por el agujero y esperó conteniendo la respiración hasta que escuchó que golpeaba en el fondo, tras cuatro latidos de su corazón. La escalera de caracol se iba cerrando sobre él, y pudo observar que estaba esculpida en la roca, ¡estaba esculpida, no era una construcción exenta! Esto le dio confianza. Continuó su descenso, dando vueltas y más vueltas. Por fin la espiral se enderezó, desembocando sobre el arco de un pórtico hacia una sala circular, cubierta de arena, piedras y ladrillos que le llegaban hasta las pantorrillas. En el centro, cuatro recios pilares rodeaban la base del agujero central. La débil luz del día, reflejada, se espesaba con motas de polvo, que giraban lentas como planetas, pegándosele como bálsamo en los labios, cosquilleándole en la garganta.

Allí abajo hacía fresco, y había un extraordinario silencio en contraste con el incesante ruido de la obra. Incluyendo la escalera que acababa de descender, había cuatro entradas que desembocaban a aquella especie de rotonda, una por cada punto cardinal. Bancos curvos con conchas marinas estaban empotrados en los muros de piedra caliza, esculpidos lujosamente con majestuosos dioses, medusas sibilinas, toros rampantes, pájaros en vuelo, flores abiertas y cortinas de hiedra. Un oscuro corredor descendente aparecía por la primera entrada, cuya altura estaba reducida por cascotes polvorientos. Mohammed tragó saliva con desagrado y, asaltado por una inquietante premonición, apartó una cortina de telas de araña. Un estrecho pasaje lateral conducía hasta una cámara amplia de altos muros, con paredes flanqueadas por columnas a cada lado de aberturas cuadradas. Una catacumba. Se dirigió hacia el muro izquierdo, donde iluminó una amarillenta calavera polvorienta; la apartó a un lado con un dedo. Una pequeña moneda ennegrecida cayó de su mandíbula. La cogió, la examinó y volvió a dejarla. Iluminó hacia el interior con su linterna. En un extremo, un montón de calaveras y huesos habían sido retirados para dejar sitio a ocupantes posteriores. Hizo un gesto de desagrado ante la escena, y retrocedió hasta el corredor principal para continuar su exploración. Pasó por otras cuatro cámaras mortuorias antes de descender doce escalones, y luego otras cinco antes de llegar a la cima de otra serie de escalones y al nivel del agua.

Regresó a la sala circular. Ahmed, Husni y Fahd también habían descendido, y estaban ahora de rodillas, revolviendo entre los restos. Le sorprendió que no hubieran seguido explorando, hasta que se dio cuenta de que era el único sitio con luz natural y de que él se había llevado la linterna.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Ahmed—. ¿Qué he encontrado?

—Una necrópolis —respondió Mohammed indiferente—. Una ciudad de muertos.

Profundamente fastidiado por su presencia, atravesó un segundo pórtico hasta una cámara alta, cerrada, flanqueada con bloques de piedra caliza. Un salón de banquetes, adonde los parientes irían anualmente a recordar a sus seres queridos. Unos cuantos escalones descendían hasta el último pórtico, que daba a una pequeña antesala. Sobre uno de los escalones, un par de puertas ennegrecidas de metal tachonado, con pomos hexagonales, estaban montadas sobre una pared de mármol blanco. Mohammed tiró del pomo de la izquierda. La puerta se abrió con un agudo chirrido. Se deslizó por la abertura hasta llegar a una amplia antecámara, vacía. El revoque se había caído en algunos lugares de los muros, revelando la piedra caliza de debajo. Dos hileras de caracteres griegos estaban grabadas a la altura del marco por encima del pórtico en la pared que había frente a él; nada significaban para Mohammed. Cruzó un escalón alto hasta llegar a una segunda cámara principal, de similares dimensiones a la anterior en anchura y altura, pero dos veces más larga. Un pedestal que le llegaba a las rodillas se encontraba en su parte central, lo cual sugería que en algún momento algo importante, como un sarcófago, había estado sobre él. De haber sido así, hacía ya mucho que había desaparecido.

Un opaco escudo redondo de bronce estaba empotrado en el muro junto a la puerta. Ahmed intentó retirarlo.

—¡Alto! —gritó Mohammed—. ¿Estás loco? ¿De verdad te arriesgarías a pasar diez años en Damanhur por un viejo escudo y un puñado de vasijas rotas?

—Nadie conoce este lugar, excepto nosotros —respondió Ahmed—. ¿Quién puede saber qué tesoros oculta? Quizás sea suficiente para todos nosotros.

—Este lugar ya fue saqueado hace siglos.

—Pero no se llevaron todo —señaló Fahd—. Los turistas pagarían precios increíbles por cualquier clase de restos antiguos. Mi primo tiene un puesto cerca de Al-Gomhurriya. Él conoce el valor de estas cosas. Si le pedimos que venga...

—Escuchadme —dijo Mohammed—. Todos vosotros. Escuchad. No os llevaréis nada, ni le diréis nada a nadie.

—¿Quién te ha dado derecho a tomar decisiones? —replicó Fahd—. Ahmed es quien lo ha encontrado, no tú.

—Pero yo estoy a cargo de este proyecto. Este lugar es mío. Como se os escape una palabra de esto, os las veréis conmigo. ¿Entendido? —Los miró hasta que bajaron la vista, uno a uno, se dieron por vencidos y se alejaron. Los observó con recelo. Confiar secretos a hombres semejantes era como guardar agua en un colador; las aldeas de Alejandría estaban llenas de delincuentes que rajarían veinte gargantas por el simple rumor de un tesoro semejante. Pero él no iba a amedrentarse por eso.

Mohammed se había esforzado por ser honrado toda su vida. La virtud había sido una fuente de gran placer para él. Cuando abandonaba una habitación después de hacer algo particularmente generoso o juicioso, se imaginaba con agrado las palabras de admiración que intercambiarían los demás sobre su persona. Pero después Layla cayó enferma y se dio cuenta de que le importaba un rábano lo que los demás pensarán de él. Sólo le importaba que ella mejorara.

Ahora se preguntaba cómo utilizar este hallazgo para tal fin. El saqueo no era práctico. A pesar del optimismo de Ahmed, no había suficiente para todos; y si intentaba deshacerse de los demás, ellos se lo dirían a sus jefes, o tal vez incluso a la policía. Eso le perjudicaría. Como encargado de la obra, estaba legalmente obligado a informar del hallazgo al Consejo Superior de Antigüedades. Si averiguaban que había mantenido el secreto, perdería su trabajo, su licencia de obras y, casi con certeza, también su libertad. No podía arriesgarse a eso. Su salario era una miseria, pero era todo lo que separaba a Layla del abismo.

La solución, cuando por fin dio con ella, era tan sencilla que no podía creer que no se le hubiera ocurrido al instante.

II

—Perdón. ¿Podría ayudarme con esto?

Knox alzó la vista y vio a Roland Hinz sosteniendo su enorme traje de submarinista.

—Cómo no —dijo sonriente—. Perdóneme, estaba distraído.

Se colocó detrás del enorme alemán para asegurarse de que no tropezara mientras intentaba vestirse. Eso no sería bueno. Roland era un banquero de Stuttgart que estaba pensando en invertir en la última empresa de Hassan en el Sinaí. Esta salida era básicamente en su honor. Estaba disfrutándola al máximo, mareado de champán, más que pasado de coca, poniendo nervioso a todo el mundo. A decir verdad, no debería permitírsele acercarse al agua, pero Hassan pagaba bien para que se saltaran un poco las reglas. Vestir a Roland con su traje de buceo era como intentar poner la funda a un edredón: se desbordaba por lugares inesperados. Roland encontraba todo aquello muy gracioso. Todo le parecía gracioso. Era evidente que se creía el centro del universo. Tropezó con sus propios pies y soltó una risita histérica mientras él y Knox caían torpemente sobre la cubierta; miró alrededor a los demás invitados, como si esperara que aplaudieran.

Con una sonrisa forzada, Knox le tendió una mano para que se pudiera poner de pie, y luego se arrodilló para ayudarle a colocarse los escaupines. Tenía los pies hinchados, amarillos rosados, con suciedad entre los dedos, como si no se hubiera lavado en años. Knox se distrajo dejando que su mente volviera a aquella tarde en la que había compartido con Rick sus locas ideas sobre el catafalco de Alejandro. La euforia inicial del australiano no había durado mucho.

—Entonces ¿esa procesión pasó por el Sinaí? —preguntó.

—No —dijo Knox—. Al menos no se menciona en ninguna de nuestras fuentes.

—¡Ah, diablos, amigo! —protestó Rick, recostándose en su silla mientras sacudía furioso la cabeza—. Ya había empezado a entusiasmarme.

—¿Quiere que le diga qué es lo que sabemos?

—Seguro —dijo, todavía molesto—. ¿Por qué no?

—Vale —dijo Knox—. Lo primero que tiene que comprender es que nuestras fuentes son muy poco fiables. No tenemos ningún relato de testigos directos sobre la vida de Alejandro o sus campañas. Todo lo que ha llegado hasta nosotros lo conocemos a través de historiadores posteriores que citan fuentes más antiguas. Informes de segunda, tercera e incluso cuarta mano.

—Como el juego del teléfono estropeado —sugirió Rick.

—Exactamente. Pero incluso es peor que eso. Cuando el imperio de Alejandro se dividió, cada una de las distintas facciones quería mostrar su mejor cara y al mismo tiempo resaltar los peores aspectos del resto, así que se escribió mucha propaganda.

Después llegaron los romanos. Los césares idolatraban a Alejandro; los republicanos lo detestaban. Los historiadores eran, por tanto, extremadamente parciales con sus historias, dependía del bando al que pertenecieran. De uno u otro modo, la mayoría de lo que sabemos está muy distorsionado. Averiguar la verdad es una pesadilla.

—Me hago cargo.

—Pero estamos bastante seguros de que el sarcófago fue transportado a lo largo del Éufrates desde Babilonia a Opis, y luego en dirección noroeste por el Tigris. Un cortejo fúnebre magnífico, como podrás imaginar. La gente recorría cientos de kilómetros sólo para verlo. Y en algún momento, hacia el 322 o 321 a. C., llegó a Siria. Después de eso, es difícil de saber qué ocurrió. Tenga presente que estamos hablando aquí de dos cosas. Lo primero es el cuerpo embalsamado de Alejandro en su sarcófago. Lo segundo es el carro funerario y el resto del oro, ¿vale?

—Sí.

—Ahora sabemos bastante bien lo que pasó con el cuerpo de Alejandro y el sarcófago. Ptolomeo lo interceptó y se lo llevó a Menfis, probablemente con la colaboración del comandante de la escolta. Pero desconocemos la suerte que corrió el resto del monumento. Diodoro dice que el cuerpo de Alejandro fue finalmente llevado a Alejandría en él, pero su versión es confusa, y parece claro que en realidad está hablando del sarcófago, no del carro. La descripción más vívida proviene de Eliano. Dice que Ptolomeo tenía tanto miedo de que Pérdicas intentara recuperar el cadáver de Alejandro que vistió un cuerpo parecido con las prendas reales y una mortaja y luego lo colocó en un carruaje de plata, oro y marfil para que Pérdicas saliera en persecución de ese señuelo mientras Ptolomeo llevaba el verdadero cuerpo a Egipto por otra ruta.

Rick entrecerró los ojos.

—¿Quiere decir que Ptolomeo abandonó el carro funerario?

—Eso es lo que Eliano sugiere —dijo Knox—. Tiene que tener presente que el premio gordo era Alejandro. Ptolomeo necesitaba llevarlo a Egipto rápidamente, y no podía viajar tan deprisa con el catafalco. Los cálculos sugieren que avanzaba como mucho unos diez kilómetros diarios, y eso con un gran equipo de ingenieros y constructores preparando el camino. Hubiera tardado meses en llegar a Menfis. Y no pudo viajar de modo discreto. Sin embargo, no he encontrado ninguna fuente que mencione su paso por la evidente ruta hacia el sur, desde Siria a través del Líbano e Israel hasta el Sinaí y luego el Nilo; y seguramente alguien lo habría visto.

—Entonces sugieres que lo dejó atrás.

—Posiblemente. Pero el catafalco significaba una enorme cantidad de riqueza material. Me refiero a que se ponga en la piel de Ptolomeo. ¿Qué habría hecho usted en su lugar?

Rick lo consideró durante unos momentos.

—Lo habría dividido —dijo—. Unos salen primero con el cuerpo. Los otros se marchan por otra ruta con el carro.

Knox sonrió.

—Eso es lo que habría hecho yo también. No hay, claro, prueba alguna. Pero tiene sentido. La siguiente pregunta es cómo. Siria está en el Mediterráneo, así que podía haber ido por mar. Pero el Mediterráneo estaba infestado de piratas, y habría necesitado tener naves disponibles; y si lo hubiera creído posible, seguramente se habría llevado el cuerpo de Alejandro de esa manera, pero estamos casi seguros de que no fue así.

—¿Cuáles eran sus alternativas?

—Bueno, asumiendo que no podía mover el catafalco tal como estaba, podía haberlo desmantelado en partes manejables para trasladarlas hacia el suroeste por la costa, atravesando Israel hasta el Sinaí; pero ésa es casi con seguridad la ruta que tomó con el cuerpo de Alejandro, y no tiene demasiado sentido dividir algo que luego va a viajar por el mismo sitio. Así que existe una tercera posibilidad: que se dirigiera directamente al sur hasta el golfo de Aqaba y luego por barco rodeando la península del Sinaí, por la costa del mar Rojo.

—La península del Sinaí —sonrió Rick—. ¿Quiere decir pasando esos arrecifes?

—Esos peligrosos arrecifes —precisó Knox.

Rick se rió y alzó su vaso en un brindis.

—Salgamos a encontrar a ese gilipollas —dijo.

Y eso fue exactamente lo que habían estado intentado desde entonces, aunque sin éxito. Al menos Knox había tenido algo de suerte. Al principio, a Rick sólo le había interesado encontrar el tesoro. Pero cuanto más investigaba, más aprendía y más le picaba la curiosidad por la arqueología. Había sido en su momento un submarinista experimentado de la Marina australiana, lo más parecido que tenían a unas fuerzas especiales. Trabajar en Sharm le había permitido seguir buceando, pero había perdido el sentido que da tener una misión. Esta búsqueda se lo había devuelto hasta el punto de que estaba decidido a especializarse en arqueología submarina, estudiando intensamente, pidiéndole prestados a Knox sus libros y otros materiales, acribillándole a preguntas...

Roland ya tenía los escaupines puestos. Knox se levantó y le ayudó a ajustar su control de flotación, y luego realizó una revisión de seguridad. Oyó pasos sobre el puente, por encima de él, y alzó la vista mientras Hassan se hacía visible, inclinándose sobre la barandilla y mirando hacia abajo.

—Divertíos —dijo.

—Ah, sí —respondió entusiasta Roland alzando los pulgares—. Nos lo pasaremos de muerte.

—Y no tengáis prisa en volver. —Hizo un gesto a su espalda y Fiona apareció,

reticente. Se había puesto unos pantalones largos de algodón y una fina camiseta blanca, como si prendas más discretas pudieran, de algún modo, protegerla, pero seguía temblando. La parte superior de su biquini se transparentaba tras la camiseta y sus pezones se destacaban bajo el tejido, duros como guijarros por el miedo. Cuando Hassan se dio cuenta de que Knox observaba, sonrió como un lobo y pasó su brazo sobre los hombros de la muchacha, casi desafiándole a que hiciera algo al respecto.

Se decía en las calles de Sharm que Hassan le había cortado el cuello a un primo suyo por acostarse con una mujer a la que le había echado el ojo. Y también comentaban que había dejado en coma a un turista estadounidense cuando protestó porque se le insinuó a su mujer.

Knox bajó los ojos y miró a su alrededor, con la esperanza de compartir el peso de esa responsabilidad. Max y Nessim, jefe de seguridad de Hassan y antiguo oficial paracaidista, estaban revisando sus equipos. Nada en su actitud le serviría de consuelo. Ingrid y Birgit, dos escandinavas a quienes Max había llevado para hacer compañía a Roland, ya estaban vestidas y esperaban junto a la escalerilla de popa. Knox intentó llamar la atención de Ingrid, pero ella sabía lo que él trataba de hacer y mantuvo su mirada apartada. Volvió a echar un vistazo hacia el puente. Hassan seguía sonriéndole, consciente de lo que estaba pasando exactamente por la cabeza de Knox. Un macho alfa en su plenitud, saboreando el desafío. Hizo descender su mano con lentitud por la espalda de Fiona hasta sus nalgas, y cogió y apretó su trasero. Aquel hombre se había encumbrado de la nada hasta convertirse en el más poderoso agente marítimo del canal de Suez al cumplir los treinta años. Uno no alcanzaba semejante posición siendo blando. Ahora decían que estaba aburrido y buscaba ampliar su imperio en todas las direcciones posibles, incluido el turismo, comprando propiedades costeras después del descenso de los precios que se había producido tras los recientes ataques terroristas.

Roland estuvo por fin listo. Knox le ayudó a descender por la escalerilla hasta el mar Rojo, y luego se arrodilló para alcanzarle las aletas para que se las pusiera en el agua. El enorme alemán giró hacia atrás, con un remolino de agua, y luego subió a la superficie riendo histéricamente y manoteando.

—Espere —dijo Knox tenso—. Estaré con usted en un segundo.

Se vistió, se encogió de hombros y tomó su chaleco BCD y su botella de oxígeno; las gafas le colgaban alrededor del cuello y sujetaba las aletas en la mano. Miró fijamente a la escalerilla y estaba a punto de dejarse caer cuando alzó la vista al puente una última vez. Hassan seguía mirándolo, sacudiendo la cabeza con falso desencanto. A su lado, Fiona se había cruzado nerviosa los brazos sobre el pecho. Su cabello estaba enredado, sus hombros encogidos, y tenía un aspecto miserable. De pronto pareció de la edad que tenía, o que no tenía; una niña que había conocido a un egipcio simpático en un bar y que pensó que podía conseguir el premio del día,

confiando en que podía flirtear para esquivar cualquier expectativa que éste pudiera tener. Tenía los ojos muy abiertos, la mirada perdida y asustada, pero sin embargo algo esperanzada, como si creyera que todo saldría bien porque, en el fondo, la gente es buena.

Sólo por un momento, Knox se imaginó que era su hermana, Bee, la que estaba allí de pie.

Sacudió la cabeza, furioso. La jovencita no se parecía en nada a Bee. Era una adulta. Había tomado sus propias decisiones. La próxima vez estaría mejor preparada. Eso era todo. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que el agua estaba despejada detrás de él, se puso el regulador en la boca, mordió con fuerza y se tiró de espaldas, para explotar como fuegos artificiales en el cálido vientre que eran las aguas del mar Rojo. Evitó mirar hacia atrás mientras conducía a Roland hacia los arrecifes, manteniéndose a unos cuatro metros de profundidad, a poca distancia de la superficie, por si acaso algo saliera mal. Un cardumen de peces tropicales observó con atención su avance, pero sin dar muestras de alarma. A veces era difícil saber quién era el observador y quién el observado. Un pez Napoleón, rodeado de un halo de peces ángel y otros muchos de colores, giró con aire regio, alejándose sin esfuerzo. Se lo señaló a Roland con exagerados gestos; a los aprendices siempre les gustaba sentirse expertos.

Llegaron al arrecife de coral, un muro ocre y púrpura que caía vertiginosamente hacia la negrura. Las aguas estaban tranquilas y límpidas; la visibilidad era excepcional. Miró a su alrededor sin preocupaciones, y vio el casco oscuro del barco y las amenazadoras manchas de lejanos peces grandes en las aguas más profundas y frías, y sintió una aguda punzada cuando recordó, de improviso, el peor día de su vida, en el momento de visitar a su hermana en la unidad de cuidados intensivos, en Tesalónica, después de un accidente de coche. El lugar era opresivo por los ruidos de los monitores, el silbido constante de los ventiladores, el monótono y precario pulso de los aparatos, el respetuoso y fúnebre susurrar del personal y las visitas. La doctora se había esforzado todo lo posible para prepararlo, pero él aún estaba demasiado conmocionado por su paso por el depósito de cadáveres, en donde acababa de identificar a sus padres, y por eso le había causado un fuerte impacto ver a Bee enchufada al extremo de un tubo de alimentación y el resto de la parafernalia médica. Se sentía descolocado, como si hubiera estado viendo una obra de teatro en vez de un acontecimiento real. La cabeza de su hermana estaba muy hinchada, y tenía la piel pálida y azulada. Podía recordar su cerúlea palidez, su inusual languidez. Y él nunca antes se había percatado de lo pecosa que era alrededor de los ojos o en el pliegue del codo. No había sabido qué hacer. Había mirado a su alrededor, a la doctora, quien le hizo señales de que se sentara al lado de su hermana. Se sentía extraño cogiendo su mano; nunca había sido una familia que se demostrara físicamente su afecto. Apretó

aquella mano fría bajo la suya, sintiendo una intensa y sorprendente angustia, como si fuera una figura paterna. Entrelazó los dedos con los suyos, se los llevó a los labios y recordó cómo había bromeado con sus amigos acerca de la maldición que era tener una hermana menor a la que cuidar.

Ya no lo hacía.

Golpeó a Roland en el brazo y señaló hacia arriba. Salieron juntos a la superficie. La embarcación se encontraba, quizás, a unos sesenta metros. No se veía a nadie en cubierta. Knox sintió como un aleteo nervioso en el pecho en el momento en que su corazón se percató de su decisión, antes que su mente. Escupió el regulador de la boca.

—Espere aquí —le advirtió a Roland. Después regresó dando fuertes brazadas por la cristalina superficie del agua.

III

Mohammed el-Dahab cogió el maletín con gesto protector contra su pecho mientras la mujer lo conducía a la oficina privada de Ibrahim Beyumi, director del Consejo Superior de Antigüedades de Alejandría. Ésta llamó una vez a la puerta y luego la abrió, invitándolo a pasar. Un hombre bien vestido y bastante afeminado estaba sentado detrás de un escritorio de pino. Alzó la vista de su trabajo.

—¿Sí, Maha? —preguntó.

—Éste es Mohammed el-Dahab, señor. Un constructor. Dice que ha encontrado algo en su obra.

—¿Algo de qué clase?

—Tal vez debería decírselo él mismo —sugirió ella.

—Muy bien —suspiró Ibrahim. Hizo un gesto para que Mohammed se sentara delante de una mesa colocada en la esquina. Mohammed miró a su alrededor, examinando descorazonado, con ojo de constructor, los hinchados paneles de madera de las paredes, el techo agrietado con trozos de yeso desprendidos, los enmohecidos dibujos de los monumentos de Alejandría. Si ésta era la oficina del arqueólogo más importante de Alejandría, entonces no había en las antigüedades tanto dinero como él esperaba.

Ibrahim leyó su expresión.

—Lo sé —se quejó—, pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué es más importante: una excavación o mi comodidad? —Mohammed se encogió de hombros mientras Ibrahim se acercaba para sentarse a su lado. Al principio, le había parecido que vestía ropas caras, con su traje elegante y su reloj de oro. Acomodó con cuidado las manos sobre su regazo y preguntó—: Entonces, ¿ha encontrado algo?

—Sí.

—¿Le importaría hablarme de ello?

Mohammed tragó saliva. Era un hombre grande que no se acobardaba con facilidad frente a los peligros físicos, pero la gente educada lo atemorizaba. Sin embargo, había algo amable en Ibrahim. Parecía un hombre en quien se podía confiar. Mohammed dejó su maletín sobre la mesa, lo abrió, sacó la fotografía enmarcada de Layla y la puso de cara a Ibrahim. Tocar y ver la imagen le devolvió el valor.

—Ésta es mi hija —dijo—. Su nombre es Layla.

Ibrahim entrecerró los ojos con curiosidad mirando a Mohammed.

—En verdad, Alá lo ha bendecido.

—Gracias, sí. Desgraciadamente, Layla está enferma.

—¡Ah! —dijo Ibrahim, reclinando la espalda contra la silla—. Lamento oír eso.

—Dicen que es linfoma de Burkitt. Apareció en su estómago como una uva, luego como un mango, debajo de la piel. Los cirujanos la operaron. Ella recibió

quimioterapia. Pensamos que lo había vencido.

Ibrahim se frotó la garganta.

—Maha ha dicho que usted había encontrado algo...

—Sus médicos son buena gente —continuó Mohammed—. Pero están sobrepasados de trabajo, y con mal equipamiento. No tienen dinero. Esperan que...

—Perdón, pero Maha ha dicho que usted había encontrado...

—Piensan que su enfermedad avanzará tanto que ya no se podrá hacer nada más.

—Mohammed se inclinó hacia delante, y dijo con suavidad, pero con firmeza—: Ese momento aún no ha llegado. Mi hija todavía tiene una oportunidad.

Ibrahim dudó, y luego preguntó reticente:

—¿Y eso significa?

—Un trasplante de médula.

Una expresión de educado horror cruzó el rostro de Ibrahim.

—Pero ¿eso no es terriblemente caro?

Mohammed hizo un gesto como si quisiera apartar aquel comentario.

—Nuestro Instituto de Investigaciones Médicas tiene un programa de trasplantes costado con fondos públicos, pero no aceptan a un paciente a menos que hayan identificado a un posible donante. Sin embargo no hacen las pruebas para un donante a menos que el paciente ya esté en el programa.

—Con seguridad eso hace imposible...

—Es su manera de elegir sin tener que elegir. Lo cierto es que, a menos que yo pueda financiar esas pruebas, mi hija morirá.

—Usted no esperará que el CSA... —dijo Ibrahim débilmente.

—Las pruebas no son caras —replicó Mohammed con impaciencia—. Es que las posibilidades de un donante apto son bajas. Mi esposa y yo, nuestros parientes más próximos, nuestros amigos, todos hemos hecho las pruebas, pero sin éxito. Puedo persuadir a otra gente, pero sólo si me organizo y pago. He intentado pedir dinero prestado en todas partes, pero esta enfermedad me ha endeudado tanto que... — Sintió que un sollozo le impedía hablar; se interrumpió, bajó la cabeza para evitar que Ibrahim lo viera.

Hubo un silencio momentáneo. Después Ibrahim murmuró:

—Maha dice que usted ha encontrado algo en su obra.

—Sí.

—¿Debo entender que usted querría dinero para esas pruebas a cambio de hablarme de su hallazgo?

—Sí.

—Usted sabe que legalmente está obligado a informarme.

—Sí.

—Y sabe que podría ir a prisión si no lo hace.

Mohammed alzó el rostro y miró a Ibrahim con mucha calma.

—Sí.

Ibrahim asintió e hizo un gesto señalando su destartalada oficina.

—¿Y usted entiende que no puedo prometerle nada?

—Sí.

—Muy bien. ¿Por qué no me dice qué ha encontrado?

Capítulo 3

I

Knox llegó a la embarcación con rapidez. Se quitó las aletas, las lanzó a bordo y subió. No había ni rastro de Fiona ni de Hassan. Ahora que se encontraba allí, ya no estaba muy seguro sobre qué debía hacer. Se sentía bastante estúpido. Se quitó el cinturón, el BCD y la botella de oxígeno, y los sostuvo en las manos mientras se dirigía silencioso en dirección a las cabinas de proa. Abrió las puertas una por una, y miró en su interior. Finalmente llegó a una que tenía llave. Intentó abrirla. Se oyó en el interior un sollozo ahogado, y luego silencio.

Alguna gente busca la violencia y disfruta con ella. No era el caso de Knox. Tuvo una imagen de sí mismo, allí de pie, y esto lo puso muy nervioso. Dio media vuelta y se alejó con lentitud, pero entonces, detrás de él, se abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó con autoridad Hassan.

—Lo siento —dijo Knox, sin darse la vuelta—. He cometido un error.

—¡Vuelve! —dijo Hassan con irritación—. Sí, tú, empleado de Max, te estoy hablando. Vuelve inmediatamente.

Knox se dio la vuelta con reticencia, y se encaminó hacia Hassan con la mirada baja, sumisa. Hassan ni siquiera se molestó en taparle la escena, por lo que Knox pudo ver a Fiona en el lecho, con los brazos cruzados sobre sus pechos desnudos, los pantalones de algodón a medio bajar sobre sus rodillas encogidas y apretadas. Tenía un corte sobre el ojo derecho; el labio superior le sangraba. Una camiseta rasgada estaba tirada sobre el suelo.

—¿Y bien? —exigió Hassan—. ¿Qué querías?

Knox volvió a mirar a Fiona. Ella negó con la cabeza, haciéndole saber que estaba bien, que podía lidiar con aquello, que no debía involucrarse. El leve gesto despertó un sentimiento completamente inesperado en Knox: la ira. Hizo girar su equipo de buceo como un ariete contra el estómago de Hassan, que se dobló en dos. Después lo golpeó en el maxilar y lo mandó desorientado hacia atrás. Ahora que había comenzado, ya no podía detenerse. Golpeó a Hassan una y otra vez hasta que éste cayó al suelo. Sólo cuando Fiona lo apartó, su mente empezó a aclararse.

Hassan estaba inconsciente, con el rostro y el pecho manchados de sangre. Tenía tan mal aspecto que Knox se arrodilló y se sintió aliviado al percibir el pulso en la garganta.

—Rápido —lo instó Fiona tirando de su mano—, los otros están a punto de volver.

Salieron a toda prisa de la cabina. Max y Nessim estaban nadando en dirección al barco. Gritaron furiosos cuando vieron a Knox. Éste corrió hacia el puente y arrancó los cables de la radio y del contacto. Todas las llaves estaban en un tubo de plástico en el suelo. Las cogió. La lancha motora estaba atada con una cuerda a la popa. Se

apresuró a bajar por la escalerilla, ayudó a Fiona a descender a la proa, la siguió, y luego desató la cuerda de remolque, saltó al asiento del conductor y metió la llave en el contacto en el momento en que Max y Nessim los alcanzaban y comenzaban a subir a bordo. Knox hizo girar la embarcación en un círculo cerrado y salió a toda velocidad; la ola generada hizo que Max se soltara, pero Nessim se sostuvo y, subiendo a bordo, se puso de pie. Nessim era un duro bastardo, furioso como mil demonios, pero caminaba torpemente por culpa de su traje de submarinismo y la botella de oxígeno. Knox hizo que la motora diera otro giro cerrado y salió volando al agua, sobre la cubierta.

Knox enderezó el rumbo y se dirigió a toda prisa hacia Sharm. Sacudió la cabeza quejándose de sí mismo. «Esta vez sí que lo he hecho. La he cagado». Necesitaba llegar a su jeep antes de que Hassan o Nessim pudieran dar aviso. Si lo atrapaban... ¡Dios! Se sintió enfermo de pensar en lo que le harían. Necesitaba salir de Sharm, del Sinaí, de Egipto. Necesitaba hacerlo esa noche. Miró a su alrededor. Fiona estaba sentada en el banco de popa, con la cabeza gacha y los dientes castañeteando, con una toalla azul encima de sus temblorosos hombros. Aunque le fuera en ello la vida, no podía imaginar por qué le recordaba a Bee. Golpeó el salpicadero con la palma de la mano, furioso consigo mismo. Si había algo que detestaba era la memoria. Uno se rompía las pelotas para asentarse en un lugar como ése, sin vínculo alguno con su pasado; ni amigos, ni familia, nada que pudiera lastrarle. Pero no era suficiente. Uno lleva consigo sus recuerdos adondequiera que vaya, y eso te busca la ruina en un instante.

II

Ibrahim Beyumi acompañó a Mohammed hasta la calle para despedirse, luego le dio las gracias y se quedó mirando cómo desaparecía por la esquina. Podía haberlo seguido y encontrar de ese modo la localización del lugar. Pero la historia de aquel hombretón lo había emocionado, no sólo porque había puesto su carrera y su libertad en manos de Ibrahim, y a él siempre le gustaba corresponder a semejante confianza. Además, había dejado un número de teléfono para llamarlo cuando tuviera noticias, así que sería lo suficientemente sencillo rastrearlo, si fuera preciso.

Maha, la secretaria de Ibrahim, comenzó a ponerse de pie cuando se acercó a su escritorio, pero él la detuvo con un gesto de su mano, para luego dirigirse hacia la pared a su espalda para consultar el mapa de Alejandría que había allí colgado. Como siempre, le invadió un cierto orgullo, marcado como estaba por todas las ruinas antiguas de su amada ciudad, incluyendo la columna de Pompeyo, Ras el-Tin, los cementerios latinos, el teatro romano, la fortaleza de Qaitbey. Había muchas de gran categoría entre ellas, y él las promocionaba con vigor, pero en su corazón sabía que ninguna de ellas alcanzaba el nivel de otras antigüedades egipcias. Alejandría no tenía pirámides, ni Karnak, ni Abu Simbel, ni Valle de los Reyes. Y sin embargo dos mil años atrás sus edificios habían sido motivo de asombro. El faro había sido una de las siete maravillas de mundo. El Museion había estado a la cabeza de la enseñanza y la cultura. El templo de Serapis había deslumbrado a los fieles con su esplendor y el ingenio de sus estatuas aladas. Los palacios reales de Cleopatra estaban imbuidos de extraordinario romanticismo. Y, por encima de todo, había sido el lugar del mausoleo del fundador de la ciudad, Alejandro Magno. Si una sola de esas maravillas hubiera sobrevivido, Alejandría rivalizaría hoy con Luxor o Giza en el circuito turístico. Pero ninguna había perdurado.

—Ese hombre... —dijo Ibrahim.

—¿Sí?

—Ha encontrado una necrópolis.

Maha miró a su alrededor.

—¿Ha dicho dónde?

—En el antiguo Barrio Real. —Ibrahim dibujó el área aproximada con el dedo y luego dio un golpecito en su centro. Sorprendentemente, resultaba complicado estar seguro ni siquiera del perímetro de la antigua ciudad, y mucho menos de sus calles o edificios. La ciudad había sido víctima de su particular ubicación. Con el Mediterráneo al norte, el lago Mareotis al sur y al oeste, y el pantanoso delta del Nilo al este, no había espacio para su expansión. Cuando se necesitaban nuevos edificios, se demolían los antiguos para hacerles sitio. La fortaleza de Qaitbey estaba edificada sobre los ruinosos cimientos del famoso faro. Y los bloques de piedra caliza de los

palacios de Ptolomeo habían sido reutilizados en los templos romanos, en las iglesias cristianas y en las mezquitas islámicas, reflejando los distintos periodos de la ciudad.

Se volvió hacia Maha con una sonrisa de contador de cuentos.

—¿Sabías que Alejandro señaló él mismo los muros de nuestra ciudad?

—Sí, señor —respondió por obligación, pero sin alzar la vista.

—Dejó un rastro de harina con una bolsa, sólo para que aves de todos los colores y tamaños vinieran a darse un festín. Alguna gente podía haberse alterado ante semejante señal. Pero no Alejandro.

—No, señor.

—Él supo que eso significaba que nuestra ciudad proporcionaría refugio y sustento a gente de todas las naciones. Y tuvo razón. Sí. Tuvo razón.

—Sí, señor.

—La estoy aburriendo.

—Dijo que quería estas cartas para hoy, señor.

—Así es, Maha. Así es.

Alejandro no había vivido para llegar a ver su ciudad construida. Habían sido Ptolomeo y sus descendientes quienes se habían beneficiado. Gobernaron Egipto con autoridad cada vez menor hasta que los romanos lo ocuparon, siendo ellos mismos desplazados por la conquista árabe del 641 d. C. La capital administrativa había sido transferida al sur, primero a Fustat, luego a El Cairo. El comercio con Europa había disminuido, ya no había necesidad de un puerto mediterráneo. El delta del Nilo se había cubierto con sedimentos; los canales de agua dulce habían caído en desuso. La decadencia de Alejandría había continuado inexorable después de que los turcos tomaran el control, y cuando Napoleón la había invadido, en el siglo XIX, apenas vivían allí seis mil personas. Pero la ciudad había resistido, y en la actualidad unos cuatro millones se apretujaban en edificios densamente poblados que hacían imposibles las excavaciones sistemáticas. Los arqueólogos como Ibrahim, por tanto, estaban a merced de los constructores, quienes seguían derribando edificios antiguos para erigir otros nuevos en su lugar. Y cada vez que lo hacían existía el lejano destello de una posibilidad de que descubrieran algo extraordinario.

—Describió el área con mucho detalle —dijo—. Una entrada con puertas de bronce que conducía a una antecámara y una cámara principal. ¿Qué te parece eso?

—¿Una tumba? —arriesgó Maha—. ¿Ptolemaica?

Ibrahim asintió.

—De la primera época ptolemaica. Muy del principio. —Respiró hondo—. De hecho da la impresión de ser la tumba de un rey macedonio.

Maha se puso de pie y se dio la vuelta, con los dedos extendidos sobre su escritorio.

—No estará insinuando... —comenzó—. Pero yo creía que Alejandro estaba

enterrado en un gran mausoleo.

Ibrahim permaneció en silencio varios segundos, disfrutando de su excitación, preguntándose si debía aplacarla amablemente o arriesgarse a compartir sus más alocadas esperanzas. Decidió aplacarla.

—Así fue. Se llamaba Sema, palabra griega que significa «tumba». O quizás Soma, la palabra para «cuerpo».

—Ah —dijo Maha—. Entonces, ¿no es Alejandro?

—No.

—¿De quién es?

Ibrahim se encogió de hombros.

—Necesitaremos excavar para averiguarlo.

—¿Cómo? ¿Pensaba que habíamos gastado todo el dinero?

Y allí estaba el meollo de la cuestión. El presupuesto total de Ibrahim para ese año ya estaba distribuido. Había pedido a los franceses y a los estadounidenses todo lo que habían podido dar. Allí sucedía así, puesto que las excavaciones eran un asunto muy azaroso. Si se descubrían demasiados lugares interesantes en el mismo periodo económico, sencillamente no podían ocuparse de todos. Se trataba de una cuestión de prioridades. En ese preciso instante, todos sus arqueólogos estaban directa o indirectamente implicados en proyectos en la ciudad antigua. La excavación en este nuevo yacimiento exigiría nuevos fondos, especialistas y obreros. Y no podía ponerla en lista de espera hasta el año siguiente. La escalera era un bofetón en medio de lo que iba a ser el aparcamiento de un hotel. Mohammed podía arreglarlo para efectuar un par de semanas de excavación, pero más allá de eso arruinaría su proyecto. Ésta era una preocupación real para Ibrahim. Para descubrir la antigua Alejandría, dependía casi por completo de los inversores inmobiliarios y de que las compañías constructoras informaran de los hallazgos importantes. Si se ganaba una reputación de poner trabas a su trabajo, sencillamente dejarían de avisarle, más allá de lo que consideraran sus obligaciones legales. En muchos sentidos, este último descubrimiento era un dolor de cabeza que no necesitaba. Pero también era una tumba macedonia antigua, posiblemente un hallazgo de gran importancia. No podía dejarlo pasar. Simplemente, no podía.

Sabía que existía una potencial fuente de recursos. Sintió su boca espesa y seca de pensar en ella, entre otras cosas porque significaba contravenir toda suerte de protocolos del CSA. Pero no veía alternativa. Se humedeció la boca para ayudarse a hablar, y se obligó a sonreír.

—Ese empresario griego que siempre nos ofrece ayuda financiera —dijo.

Maha enarcó las cejas.

—No se referirá a Nicolás Dragoumis...

—Sí —contestó—. Ese mismo.

—Pero usted dijo que era... —comentó mirándolo, para luego dejar inacabada la frase.

—Lo hice —reconoció—, pero ¿tiene una sugerencia mejor?

—No, señor.

Ibrahim se había alegrado cuando Nicolás Dragoumis se había puesto en contacto con él por primera vez. Los patrocinadores eran siempre bienvenidos. Sin embargo, había algo en sus modales que le hacía desconfiar. Tras concluir la conversación telefónica, se había dirigido directamente a la página web del Grupo Dragoumis, con todos los hipervínculos a empresas subsidiarias para envíos, seguros, construcción, medios, importaciones-exportaciones, electrónica, industria aeroespacial, propiedades, turismo, seguridad y mucho más. Encontró una sección de mecenazgo explicando que el Grupo Dragoumis sólo apoyaba proyectos que ayudaran a demostrar la grandeza histórica de Macedonia, o que trabajaran para restaurar la independencia del Egeo macedónico del resto de Grecia. Ibrahim no sabía mucho sobre política griega, pero sí lo suficiente como para no querer verse involucrado con independentistas macedonios. En otra parte del portal de Internet, encontró una página con una fotografía del grupo directivo. Nicolás Dragoumis era alto, fibroso, apuesto y elegante. Pero había sido el hombre que, de pie, ocupaba la parte central quien había puesto nervioso a Ibrahim. Philip Dragoumis, el fundador del grupo y director ejecutivo, de aspecto amenazador, de piel cetrina, con una barba corta, una gran mancha de nacimiento color ciruela sobre su mejilla izquierda y una mirada increíblemente poderosa, incluso en foto. Un hombre de quien mantenerse apartado. Pero Ibrahim no tenía alternativa. Su corazón latió un poquito más rápido, como si se encontrara de pie al borde de un alto acantilado.

—Bueno. ¿Podría entonces pasarme su número de teléfono, por favor?

III

Knox amarró la lancha motora cerca de su jeep y vadeó hasta la orilla. Fiona se había recuperado, e insistió en regresar a su hotel. Por el modo en que evitaba mirarlo, parecía que suponía que la furia de Hassan se concentraría en Knox, no en ella; y por tanto, el lugar más seguro era apartarse lo máximo posible de él. No era tan tonta, después de todo. Knox puso en marcha su jeep, furioso. Estaba agradecido por no tener que preocuparse de ella, pero aun así lo irritaba. Su pasaporte, dinero y tarjetas de crédito se encontraban en su cinturón. Su ordenador portátil, libros y todo el material de investigación estaban en su habitación del hotel, pero no se atrevía a volver para buscarlos.

En la carretera principal se enfrentó a su primera decisión importante. ¿Noreste hacia la frontera israelí o por la autopista costera oeste hacia la parte central de Egipto? Israel significaba seguridad, pero la carretera necesitaba ser reparada, era lenta y estaba repleta de controles del ejército. Hacia el oeste, entonces. Había llegado hacía nueve años, en barco, a Port Said. Le parecía un buen sitio desde donde marcharse. Pero Port Said estaba en Suez, y Suez le pertenecía a Hassan. No. Necesitaba irse del Sinaí. Necesitaba un aeropuerto internacional. El Cairo, Alejandría, Luxor.

Con el móvil apoyado en la oreja mientras conducía, previno a Rick y a sus otros amigos para que estuvieran alerta contra Hassan. Luego lo apagó para evitar que usaran su señal para rastrearlo. Puso su viejo jeep a la máxima potencia, haciendo gruñir el motor. Azulados fuegos de pozos petrolíferos titilaban delante, sobre el golfo de Suez, como un infierno distante. Hacían juego con su estado de ánimo. Llevaba conduciendo poco menos de una hora cuando vio delante un control militar, una barricada de bloques de cemento entre dos cabinas de madera. Reprimió un repentino impulso de dar media vuelta y salir a toda velocidad. Tales barricadas eran habituales en el Sinaí, y nada siniestro había en ellas. Le hicieron señas para que se detuviera a un lado de la carretera, sintió el golpe al dejar el asfalto, y luego la desagradable arena blanda bajo las ruedas. Un oficial se acercó con paso arrogante, un hombre bajo, de hombros anchos, de ojos hundidos y mirada orgullosa; del tipo que disfruta irritando a hombres más débiles hasta que éstos pierden los estribos y lo atacan, para luego triturarlos y protestar, inocente, diciendo que ellos habían comenzado el altercado. Tendió la mano pidiendo el pasaporte de Knox, y se lo llevó consigo. Había poco tráfico; los otros soldados estaban conversando en torno a la radio, con los rifles automáticos colgados despreocupadamente sobre sus hombros. Knox mantuvo la cabeza gacha. Siempre había alguno que quería pavonearse con sus conocimientos de inglés.

Un largo insecto verde caminaba lentamente por el borde de su ventanilla abierta.

Una oruga. No, un ciempiés. Puso el dedo bloqueándole el paso. Éste trepó sin dudar, con las patas cosquilleándole en la piel. Lo alzó a la altura de los ojos para examinarlo mientras continuaba su avance, sin advertir que acababa de ser secuestrado ni la precariedad de su situación. Lo vio subir y dar vueltas en torno a su muñeca con una sensación de solidaridad. Los ciempiés habían sido muy importantes para los antiguos egipcios. Estaban estrechamente vinculados a la muerte, pero de un modo beneficioso, porque se alimentaban de los numerosos insectos microscópicos que a su vez se alimentaban de los cadáveres, y por tanto se los había considerado protectores del cuerpo humano, porque lo protegían de la descomposición, y por ello, un aspecto del mismo Osiris. Con delicadeza golpeó su mano contra el exterior de la portezuela del jeep hasta que el ciempiés cayó dando tumbos en el suelo. Después se asomó por la ventanilla y lo observó alejarse hasta perderse en la oscuridad.

Dentro de la cabina, el oficial leía los datos de su pasaporte por teléfono. Colgó el aparato, situado en un extremo de su escritorio, y esperó a que le devolvieran la llamada. Pasaron los minutos. Knox miró a su alrededor. A nadie más le hacían esperar: un examen aleatorio y los dejaban seguir. Por fin sonó el teléfono en la cabina. Knox miró con angustia mientras el oficial estiraba la mano para responder.

Capítulo 4

I

Una iglesia en las afueras de Tesalónica, al norte de Grecia

—«El carnero que has visto, con sus dos cuernos, representa a los reyes de Media y de Persia» —entonó el viejo predicador, leyendo en voz alta la Biblia abierta sobre su púlpito—. «El macho cabrío representa al imperio de Grecia; el enorme cuerno que tiene entre sus ojos es el primero de sus reyes». —Hizo una pausa y miró a su alrededor, en la iglesia repleta—. Todos los estudiosos de la Biblia os dirán lo mismo —dijo, inclinándose ligeramente hacia delante; bajando la voz, confió a su audiencia—: El carnero de quien habla Daniel representa al rey persa Darío. El rey de Grecia representa a Alejandro Magno. Esos versos hablan de la victoria de Alejandro sobre los persas. ¿Y sabéis cuándo lo escribió Daniel? Seiscientos años antes del nacimiento de Cristo, *doscientos cincuenta años antes de que Alejandro naciera*. ¡Doscientos cincuenta años! ¿Podéis imaginaros lo que pasará en el mundo dentro de doscientos cincuenta años? Daniel lo hizo.

Nicolás Dragoumis asintió mientras escuchaba. Sabía el discurso del viejo predicador palabra por palabra. Había escrito la gran mayoría del mismo, y juntos habían trabajado ensayando hasta que cada palabra fuera perfecta. Pero uno no podía estar seguro con algo así hasta que no se lo presentaba a la gente. Ésta era la primera noche, y hasta ahora iba bien. Ambiente, ésa era la clave. Por eso habían elegido esa vieja iglesia, aunque no fuera un servicio religioso oficial. La luna brillaba a través de las vidrieras. Una paloma zureaba en las vigas. Las gruesas puertas los aislaban del mundo exterior. El incienso se filtraba por las narices ocultando el olor del sudor. La única iluminación provenía de una hilera de gruesas velas, apenas brillantes para que la congregación pudiera comprobar en sus Biblias que esos versículos pertenecían realmente al capítulo 8 del Libro de Daniel, tal como aseguraba el predicador, pero estaba lo suficientemente oscuro como para contener un ligero halo de misterio, algo desconocido. La gente sabía, en esa parte del mundo, que las cosas eran más extrañas y complejas que lo que la ciencia moderna intentaba pintar. Ellos captaban a la perfección, lo mismo que Nicolás, el concepto del misterio.

Miró a su alrededor, hacia los bancos. Aquella gente agotada. Gente de vidas duras, envejecida antes de tiempo; habían aceptado trabajos demoledores a los catorce, se habían convertido en padres a los dieciséis, en abuelos a los treinta y cinco; pocos de ellos pasaban de los cincuenta; rostros sin afeitar, demudados por el estrés, amargos de decepciones, con la piel correosa y oscura por la larga exposición al sol, las manos callosas por su lucha incesante contra el hambre. Y también furiosos, hirviendo de resentimiento frente a su pobreza y a los opresivos impuestos

que pagaban sobre lo poco que ganaban. La ira era buena. Los volvía receptivos a ideas iracundas.

El predicador se enderezó, relajó los hombros y continuó su lectura:

—«Éste se rompió y los cuatro cuernos que salieron en su lugar son cuatro reinos que saldrán de su nación pero no alcanzarán su poder». —Miró hacia la congregación con sus ojos azules, donde brillaba una leve chispa de desquiciado y profeta. Nicolás había elegido bien—. «Éste se rompió» —repitió—. Esa frase hace referencia a la muerte de Alejandro. «Cuatro reinos que saldrán de su nación». Con eso se refiere al reparto del imperio macedonio. Como todos vosotros sabéis, fue dividido en cuatro partes entre sus cuatro sucesores: Ptolomeo, Antígono, Casandro y Seleuco. Y recordad que fue escrito por Daniel *casi trescientos años antes*.

Pero Nicolás consideraba que el descontento y la furia no eran suficientes. En donde había pobreza, siempre había descontento y furia; pero no siempre una revolución. Habían existido descontento y furia en Macedonia durante dos milenios, primero los romanos, luego los bizantinos y los otomanos habían oprimido a su pueblo. Y cada vez que se liberaban de un yugo, otro les era impuesto. Cien años atrás, las perspectivas habían sido, por fin, alentadoras. El levantamiento de Ilinden en 1903 había sido aplastado de forma brutal, pero después, en 1912, cien mil macedonios habían combatido junto a los griegos, búlgaros y serbios para expulsar por fin a los turcos. Por derecho, debería haber sido el nacimiento de una Macedonia independiente. Pero habían sido traicionados. Sus antiguos aliados se volvieron en su contra, los denominados «grandes poderes» habían colaborado en la infamia y Macedonia había sido desmembrada en tres partes bajo el despreciable Tratado de Bucarest. La Macedonia Egea había sido entregada a Grecia, la Macedonia eslava a Serbia y la Macedonia de Pirin a Bulgaria.

—«De uno de ellos salió un cuerno pequeño; éste creció mucho en dirección al sur, al oriente y hacia la Tierra del Esplendor». El cuerno pequeño es Demetrio —aseguró el predicador—. Para aquellos que no lo recordéis, Demetrio era el hijo de Antígono, y él se había proclamado rey de Macedonia, aunque no fuese del linaje de Alejandro.

¡El Tratado de Bucarest! Su simple mención bastaba para retorcer y torturar el corazón de Nicolás. Durante casi cien años, las fronteras establecidas por el tratado habían permanecido casi sin cambios. Y los detestables griegos, serbios y búlgaros habían hecho todo lo posible para erradicar la historia macedonia, su lengua y su cultura. Habían prohibido la libertad de expresión, encarcelado a cualquiera que mostrara la menor resistencia. Se habían apropiado de la tierra de los campesinos macedonios y establecido en ella a recién llegados. Arrasaron poblados, organizaron asesinatos y violaciones en masa, convirtieron a los macedonios en esclavos a los que hacían trabajar hasta caer muertos. Habían llevado a cabo una limpieza étnica a gran

escala, sin un grito de protesta por parte del resto del mundo. Pero no había funcionado. Ésa era la cuestión. El espíritu nacional macedonio seguía ardiendo con fuerza. La lengua había sobrevivido, al igual que su cultura y su Iglesia, en rincones de la antigua región. En ella vivía esa gente simple pero orgullosa de los extraordinarios sacrificios que habían hecho y de los que pronto estarían preparados para hacer, una vez más, por el bien de todos. Y entonces su amado país sería, por fin, libre.

—«Creció tanto que llegó hasta el ejército del cielo y precipitó a la tierra parte de las estrellas y las pisoteó. Llegó incluso a desafiar al jefe del ejército, suprimió el sacrificio perpetuo y sacudió los cimientos de su templo...». —El predicador repitió —: «Y sacudió los cimientos de su templo». Ese lugar es éste. Es Macedonia. La tierra donde habéis nacido. ¿Os dais cuenta? Fue Demetrio quien comenzó el caos que ha consumido a Macedonia desde entonces. Demetrio. En el año 292 a. C. Recordad la fecha. Recordadla bien: 292 a. C.

En el bolsillo de Nicolás, su móvil comenzó a zumbar. Poca gente tenía ese número, y le había dado a su secretaria, Katerina, instrucciones estrictas de no pasarle ninguna llamada esa noche, excepto en caso de emergencia. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta de atrás.

—¿Sí? —preguntó.

—Ibrahim Beyumi quiere hablar con usted, señor —dijo Katerina.

—¿Ibrahim qué?

—El arqueólogo de Alejandría. No lo habría molestado, pero dice que es urgente. Han encontrado algo. Necesitan tomar una decisión de inmediato.

—Muy bien. Pásame la llamada.

—Sí, señor.

Cambió la línea. Se escuchó otra voz.

—Señor Dragoumis, habla Ibrahim Beyumi. Del Consejo Superior de...

—Sé quién es usted. ¿Qué es lo que quiere?

—Ha sido usted generoso en su oferta de patrocinio en ciertos...

—¿Han encontrado algo?

—Una necrópolis. Una tumba. Una tumba macedonia. —Respiró hondo—. Por la descripción que me han dado, es parecida a las tumbas reales de Aigai.

Nicolás apretó con fuerza el teléfono y dio la espalda a la iglesia.

—¿Ha encontrado una tumba real macedonia?

—No —respondió apresuradamente Ibrahim—. Todo lo que tengo hasta el momento es una descripción de un constructor. No sabré qué es realmente hasta que no la haya examinado yo mismo.

—¿Y cuándo hará usted eso?

—Mañana a primera hora. Suponiendo que pueda conseguir financiación por lo

menos.

Como voz de fondo, se escuchaba hablar al predicador.

—«Oí entonces hablar a uno de los santos —entonó, exprimiendo cada gota sonora de la prosa bíblica— y a otro que le contestaba: *¿Hasta cuándo durará esta visión de la supresión del sacrificio perpetuo; la profanación devastadora; el santuario entregado, el ejército pisoteado?*». ¿Cuánto tiempo permanecerán Macedonia y los macedonios pisoteados? ¿Cuánto tiempo tendremos que pagar el precio del pecado de Demetrio? Recordad, esto fue escrito trescientos años antes del pecado de Demetrio, ¡que tuvo lugar en el 292 año a. C.!

Nicolás apretó una mano contra su oreja para concentrarse mejor.

—¿Necesita financiación antes de inspeccionar? —preguntó sardónico.

—Nos enfrentamos a una situación especial —afirmó Ibrahim—. El hombre que informó del descubrimiento tiene una hija muy enferma. Quiere los fondos antes de hablar.

—¡Ah! —El inevitable *baksheesh*.— ¿Cuánto? Por todo.

—¿En términos monetarios?

Nicolás encogió los dedos de los pies, frustrado. «¡Qué gente!».

—Sí —dijo, con exagerada paciencia—. En términos monetarios.

—Eso depende de lo grande que resulte ser el yacimiento, de cuánto tiempo dispongamos, qué tipo de instrumental...

—En dólares estadounidenses. ¿Miles, decenas de miles, cientos de miles?

—Ah, normalmente cuesta unos seis o siete mil dólares estadounidenses por semana una excavación urgente como ésta.

—¿Cuántas semanas?

—Eso dependería de...

—¿Una? ¿cinco? ¿diez?

—Dos. Tres si tenemos suerte.

—Bien. ¿Conoce a Elena Koloktronis?

—¿La arqueóloga? He hablado con ella una o dos veces. ¿Por qué?

—Ella dirige una excavación en el delta. Katerina le dará un número para contactar con ella. Invítala mañana. Si ella garantiza esa tumba suya, el Grupo Dragoumis le dará veinte mil dólares. Confío en que eso cubrirá todos los gastos de la excavación más cualquier otro niño enfermo que aparezca.

—Gracias —dijo Ibrahim—. Eso es muy generoso.

—Hable con Katerina. Ella le indicará las condiciones.

—¿Condiciones?

—No creerá que le vamos a dar semejante cantidad sin imponer algunas condiciones, ¿verdad?

—Pero...

—Como le he dicho, hable con Katerina. —Y cerró bruscamente su teléfono.

—«El otro respondió: *Durará dos mil trescientas mañanas y tardes; después será purificado el santuario*». ¡Dos mil trescientos días! —gritó exultante el predicador—. Pero ése no es el texto original. El texto original habla de «noches y mañanas de sacrificios». Y esos sacrificios tienen lugar una vez cada año. Dos mil trescientos días no significan entonces dos mil trescientos días. No. Significan dos mil trescientos años. ¿Y quién puede decirme qué fecha es dos mil trescientos años después del pecado de Demetrio? ¿Nadie? Entonces, dejadme que os lo diga yo. Es el año 2008 de Nuestro Señor. Es ahora. Es hoy. Hoy, nuestro santuario ha de ser, finalmente, purificado. Así lo dice la Biblia, y la Biblia nunca miente. Y recordad, esto fue profetizado exactamente por Daniel *seiscientos años antes del nacimiento de Cristo*. —Agitó un dedo como admonición y exhortación—. Hermanos, está escrito. Está escrito. Ésta es nuestra hora. Ésta es vuestra hora. Vosotros sois la generación elegida, elegida por Dios para cumplir su mandato. ¿Quién de vosotros rechazará su llamada?

Nicolás miró con placer cómo la gente se volvía para mirarse los unos a los otros, murmurando sorprendidos. Ésta era realmente su hora, reflexionó, y no era falso. Su padre había estado trabajando por ella durante cuarenta años, y él durante quince. Tenían operativos en cada aldea, pueblo y villa. Gran cantidad de armamento, provisiones y agua los esperaban en las montañas. Los veteranos de las guerras yugoslavas los habían entrenado para campañas de guerra y guerrilla. Tenían células dormidas en los gobiernos locales y nacionales, espías en las fuerzas armadas, amigos en la comunidad internacional y entre la diáspora macedonia.

La guerra de propaganda estaba en su punto álgido. La programación de la televisión y la radio Dragoumis estaba inundada de programas diseñados para azuzar el fervor macedonio; sus periódicos, repletos de historias sobre el heroísmo y sacrificio macedonios, junto a relatos del opulento estilo de vida y desconsiderada crueldad de sus señores atenienses. Y estaba funcionando. La furia y el odio estaban aumentando a lo largo del norte de Grecia, incluso entre aquellos que sentían pocas simpatías por la causa separatista. Disturbios civiles, revueltas, un incremento de los ataques étnicos. Todas las temblorosas señales de un terremoto inminente. Pero todavía no habían llegado a ese punto. Por más que Nicolás lo deseara, todavía no estaban allí. Una revolución necesitaba gente dispuesta al martirio. Si entregaran las armas ahora, lo considerarían prometedor durante cierto tiempo, pero después todo se extinguiría. Llegaría la reacción. El ejército griego se desplegaría en las calles, las familias serían amenazadas y las empresas investigadas. Habría arrestos arbitrarios, golpes y propaganda en contra. Su causa retrocedería años, quedaría tal vez irreversiblemente dañada. No. Todavía necesitaban algo más antes de poder comenzar. Algo muy particular. Un símbolo por el que el pueblo macedonio estuviera dispuesto a luchar hasta morir.

Y era posible que aquella llamada telefónica desde Egipto fuera a proporcionárselo.

II

El oficial del ejército egipcio estaba todavía hablando por teléfono. Estuvo enfrascado en la conversación bastante tiempo. Salió con un bolígrafo y un bloc y se agachó para anotar el número de matrícula del jeep de Knox. Después regresó al interior y se lo leyó al que estaba al otro lado de la línea.

Las llaves del jeep estaban en el contacto. Durante un instante, Knox consideró la posibilidad de escapar. Si Hassan lo atrapaba, estaba acabado. Pero aunque los soldados egipcios parecían alegres y relajados, eso cambiaría en un abrir y cerrar de ojos si huía. La amenaza de ataques suicidas era demasiado alta en esa zona como para que correr riesgos. Lo acribillarían a tiros antes de que consiguiera avanzar cincuenta metros. Así que se obligó a esperar, a aceptar que su destino estaba fuera de su control.

El oficial colgó con cuidado el auricular, se colocó el traje y se acercó. Ya no caminaba con arrogancia. Parecía pensativo, incluso preocupado. Hizo una señal a sus hombres. Inmediatamente, se pusieron alerta. Se inclinó un poco y comenzó a hablar a través de la ventanilla abierta del jeep, golpeando con el lomo del pasaporte de Knox en los nudillos de su mano izquierda mientras lo hacía.

—He oído rumores de una historia de lo más interesante —dijo.

A Knox se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué rumores?

—De un incidente que implica a Hassan al-Assyuti y un joven extranjero.

—No sé nada de eso —dijo Knox.

—Me alegro —dijo el oficial, mirando con los ojos entrecerrados en dirección a Sharm, como si esperara que algún vehículo apareciera en cualquier momento—. Porque si los rumores son ciertos, entonces el joven extranjero en cuestión tiene un futuro muy negro delante de él.

Knox tragó saliva.

—Estaba violando a una muchacha —espetó—. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Llamar a las autoridades.

—Estábamos en medio del condenado océano.

—Estoy seguro de que tendrá oportunidad de contar su versión de los hechos.

—¡Joder! —exclamó Knox—. Dentro de una hora estaré muerto.

El oficial enrojeció.

—Debería haber pensado en ello antes, ¿no le parece?

—¿Debería haberme cubierto las espaldas, quiere decir? ¿Tal como está haciendo usted ahora?

—Eso no es asunto mío —refunfuñó el oficial.

Knox asintió.

—La gente de mi país piensa que todos los hombres egipcios son cobardes y ladrones. Yo les digo que se equivocan. Les digo que los egipcios son hombres honorables y valientes. Pero tal vez me haya equivocado.

Se produjo un murmullo de desagrado. Uno de los soldados se acercó a la ventanilla abierta. El oficial le aferró la mano a la altura de la muñeca.

—No —dijo.

—Pero él...

—No.

El soldado se retiró algo avergonzado, mientras que el oficial miraba pensativo a Knox, sin saber qué hacer. Un par de luces asomaban por la colina a sus espaldas.

—Por favor —rogó Knox—, deme una oportunidad.

El oficial también había visto las luces que se aproximaban. Apretó la mandíbula mientras tomaba una decisión. Tiró el pasaporte sobre el asiento del acompañante y luego hizo una señal a sus hombres para que se apartaran.

—Váyase de Egipto —le aconsejó—. Ya no es un lugar seguro para usted.

Knox dejó escapar un hondo suspiro.

—Me iré esta noche.

—Bien. Ahora váyase antes de que cambie de idea.

Knox puso el jeep en marcha y se alejó a toda velocidad. Sus manos comenzaron a temblarle mientras su cuerpo se ahogaba en la euforia de la huida. Se contuvo hasta que estuvo a distancia suficiente para soltar un grito y alzar un puño al aire. Había hecho algo estúpido y temerario, pero parecía que se iba a salir con la suya.

III

Nessim, el jefe de seguridad de Hassan al-Assyuti, llegó al hotel barato de Knox en Sharm y encontró al recepcionista, un hombre de mediana edad, roncando detrás del mostrador. Se despertó con un grito ahogado cuando Nessim cerró con un fuerte golpe la trampa de madera de acceso.

—Knox —dijo Nessim—. Estoy buscando a Daniel Knox.

—No está aquí —dijo el recepcionista, respirando pesadamente.

—Ya sé que no está aquí —replicó Nessim con frialdad—. Quiero ver su habitación.

—Pero ¡es su habitación! —protestó el recepcionista—. No puedo enseñársela por las buenas.

Nessim buscó la cartera en su chaqueta, asegurándose de que el recepcionista viera la cartuchera mientras lo hacía. Cogió cincuenta libras egipcias y las dejó sobre el mostrador.

—Así es como pregunto con cortesía —dijo.

El recepcionista se humedeció los labios.

—Puedo hacer una excepción, supongo.

Nessim siguió al hombre obeso escaleras arriba, todavía furioso por lo sucedido en el barco, la humillación de haber sido burlado por un vagabundo playero extranjero. Al principio había pensado que sería fácil seguir el rastro a Knox, pero no estaba resultando tan sencillo. Había sabido por un contacto en el ejército que Knox había burlado, de algún modo, un control. Cuando se enteró, sintió una punzada de intensa furia y frustración. ¡Qué sencillo había resultado! Pero sabía que no podía protestar. Sólo un tonto se enfrentaba al ejército egipcio, y Nessim no lo era.

El recepcionista abrió la cerradura y luego la puerta de la habitación de Knox, mirando nervioso a su alrededor, como si temiera que los otros huéspedes vieran lo que estaba sucediendo. Nessim entró. Tenía una noche para capturar a Knox, y sólo una noche, porque Hassan estaba siendo tratado con morfina para aliviar el dolor. Cuando se despertara por la mañana exigiría saber qué había conseguido.

Querría a Knox.

Revisó las gastadas prendas que colgaban del armario, miró en los bolsillos de la bolsa de lona roja que había en el suelo, se agachó a examinar los libros apilados en el suelo, contra las paredes. Algunos cómics y novelas de espionaje, pero en su mayoría trabajos académicos sobre Egipto y arqueología. Había también algunos CD, tanto de música como para almacenar datos. Cogió unos papeles enrollados. En la primera página se leía, tanto en inglés como en árabe:

Excavación de Malawi
Notas de la primera campaña
Richard Mitchell y Daniel Knox

Los revisó. Texto y fotografías de una excavación cerca de un antiguo asentamiento ptolemaico a pocos kilómetros de Malawi, en el Egipto Medio. Los volvió a dejar, pensativo. ¿Por qué un egiptólogo estaría trabajando como instructor de submarinismo en Sharm? Revisó algunos otros documentos. Mapas y fotografías de formaciones de arrecifes, por lo que pudo entender. Agarró la bolsa de lona del armario y metió dentro todos los documentos de Knox. Después cargó también con el ordenador, los CD relativos al trabajo y los disquetes. En el cajón superior del escritorio de Knox encontró fotocopias de su pasaporte y su carné de conducir, seguramente por si perdía los originales. Y una tira de fotografías tamaño carné, sin duda para la infinidad de documentos que los extranjeros necesitaban para trabajar en el Sinaí. Las cogió y se las guardó en el bolsillo de su chaqueta. Después recogió la bolsa de lona y el ordenador para llevárselos consigo. El recepcionista emitió un leve sonido de protesta.

—¿Sí? —preguntó Nessim—. ¿Algún problema?

—No —contestó el recepcionista.

—Bien. Un consejo: yo, en su lugar, me desharía del resto de sus cosas. Dudo mucho que su amigo vaya a volver pronto.

—¿No volverá?

—No. —Nessim le entregó una tarjeta al recepcionista—. Pero llámeme si lo hace.

Capítulo 5

I

Los mosquitos se hallaban de un humor pésimo esa noche. Gaille había clavado dos espirales antimosquitos en sus soportes de latón, se había abrochado la camisa hasta el cuello, se había metido los pantalones largos por dentro de los calcetines y rociado el resto de la piel expuesta con repelente; y sin embargo, aquellos diminutos diablos encontraban la forma de alimentarse a su costa; y luego se jactaban de ello con ese irritante zumbido, retirándose hacia los altos techos del hotel, alejándose de una posible venganza aunque se subiera a una silla. ¿Qué había pasado con el concepto de hermandad? Allí estaba otra vez ese jactancioso zumbido detrás de su oreja. Se golpeó el cuello, pero sólo como gesto para castigarse por haberse dejado atrapar tan fácilmente. El daño ya estaba hecho. Su mano derecha comenzó a latir y a enrojecer.

La mano con la que usaba el ratón era un blanco fácil mientras escribía esas condenadas notas de la excavación, noche tras noche. Hizo una pausa momentánea, y miró por la ventana. Una sola noche no haría daño a nadie. Una cerveza helada y algo de conversación. Pero si Elena la descubría en el bar...

La puerta se abrió sin previo aviso y Elena en persona entró como si fuera la dueña del lugar. Ella no respetaba la privacidad de nadie, pero ¡que el cielo se apiadara de aquel que se atreviese a llamar a su puerta sin avisarla con dos semanas de antelación por lo menos!

—¿Sí? —preguntó Gaille.

—Acabo de recibir una llamada telefónica —anunció Elena. La miró entrecerrando beligerante los ojos, como si pensara que estaba en desventaja y Gaille pudiera sacar provecho de la situación—. Ibrahim Beyumi. ¿Lo conoces? Es el encargado del Consejo Superior de Antigüedades de Alejandría. Parece ser que ha encontrado una necrópolis. Piensa que una parte de la misma puede ser macedonia. Quiere que la examinemos juntos. También ha dicho que estaba reuniendo un equipo para una posible excavación y me he preguntado si podía proporcionarle ayuda especializada. He tenido que recordarle que tengo mi propia excavación que sacar adelante. Sin embargo, he mencionado que estabas disponible.

Gaille frunció el ceño.

—¿Necesita ayuda con las lenguas?

—Es una excavación urgente —se quejó Elena—. El trabajo es registrar, extraer, procesar y almacenar. Las traducciones vienen después.

—Entonces...

—Necesita un fotógrafo, Gaille.

—¡Ah! —Gaille se sentía confundida—. Pero yo no soy fotógrafa.

—Tienes una cámara, ¿no es cierto? Has estado sacando fotografías para

nosotros, ¿no es verdad? ¿Me estás diciendo que son malas fotos?

—Sólo las saqué porque me las pidió...

—Ah, ¿entonces ahora es culpa mía?

—¿Y qué pasa con María? —preguntó Gaille con voz quejumbrosa.

—¿Y con quién nos quedaremos nosotros? ¿Estás sugiriendo que eres tan buena fotógrafa como ella?

—Claro que no. —El único motivo por el que había llevado su cámara para fotografiar antiguos fragmentos de cerámica borrosos había sido poder tratar las fotografías en su ordenador portátil y con el software adecuado mejorar la imagen del texto—. Sólo he dicho que yo no soy...

—Y María no habla ni árabe ni inglés —señaló Elena—. No le serviría de nada a Ibrahim, y estaría sola. ¿Es eso lo que quieres?

—No. Lo único que estoy diciendo es que...

—¡Lo único que estoy diciendo es...! —se burló con desprecio Elena, imitando su voz.

—¿Esto es por lo que ha pasado antes? —preguntó Gaille—. Ya le dije que no vi nada allá abajo.

Elena negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con eso. Es muy sencillo: el jefe del Consejo Superior de Antigüedades ha pedido tu ayuda. ¿De verdad quieres que le diga que te niegas?

—No —respondió Gaille, abatida—. Claro que no.

Elena asintió.

—Vamos a realizar una prospección inicial a primera hora mañana por la mañana. Asegúrate de tener todo listo para poder salir a las siete. —Miró a su alrededor la desordenada habitación de Gaille, sacudió la cabeza con un exagerado gesto de incredulidad, y luego salió dando un portazo.

II

Era angustioso para Knox abandonar su jeep en el aparcamiento para estancias prolongadas del aeropuerto. Había sido su fiel compañero desde su llegada a Egipto. El cuentakilómetros marcaba casi doscientos mil kilómetros, y todavía le quedaban muchos por hacer. Uno llega a querer a un coche cuando le ha servido tan bien. Dejó las llaves y el recibo del aparcamiento debajo del asiento. Llamaría a uno de sus amigos en El Cairo, para ver si lo quería.

El aeropuerto estaba lleno. Había tantas obras que todo se concentraba en la mitad del espacio. Knox se colocó la gorra de béisbol sobre los ojos, aunque le parecía improbable que la gente de Hassan se le hubiera adelantado. Podía elegir entre varios vuelos. Muchos aviones llegaban a Egipto a última hora de la noche, y volvían a sus aeropuertos de origen hacia el amanecer. Se dirigió hacia la larga hilera de mostradores para sacar su billete. ¿Londres? A la mierda con eso. Cuando a uno se le jode la vida, lo último que quiere es que se lo recuerde el éxito de los viejos amigos. Atenas tampoco era posible. Cuando se volvió loco por la tragedia familiar, Grecia había quedado eliminada de sus preferencias. ¿Stuttgart? ¿París? ¿Ámsterdam? La idea de esos lugares lo deprimía horriblemente.

Una mujer de cabellos oscuros en la fila para el vuelo a Roma le llamó la atención cuando le sonrió con timidez. Le parecía tan buen motivo como cualquier otro. Fue hasta el mostrador para ver si quedaban billetes. El hombre que esperaba delante de él se estaba quejando de lo que costaba facturar su ordenador. Knox evitó escucharlo. «Regrese a casa», le había sugerido el oficial en el control de carretera. Pero Egipto era su casa. Había vivido allí durante casi diez años. Había aprendido a amarlo, a pesar de su calor, de la incomodidad, del caos y del ruido. Amaba el desierto por encima de todas las cosas, sus apabullantes líneas claras, su extraordinario don de la soledad, los atardeceres caleidoscópicos y el frío rocío en los valles de dunas en los instantes previos al amanecer. Amaba el duro trabajo de las excavaciones, la excitación ante un posible descubrimiento, la extraordinaria sacudida con que se levantaba de su cama cada mañana. Aunque no hubiera tenido la oportunidad de volver a excavar.

El hombre que iba delante de él pagó finalmente y Knox avanzó hecho un manojo de nervios. Si iba a tener problemas, seguramente los encontraría allí. La empleada de la compañía aérea le sonrió débilmente. Le preguntó sobre posibles destinos, ella le aseguró que no había ningún problema. Knox le entregó el pasaporte y una tarjeta de crédito. *Mi scusi un momento*. Ella cogió su pasaporte y su tarjeta y desapareció por una puerta detrás del mostrador. Él se inclinó hacia delante para ver qué decía la pantalla. No vio nada que lo alarmara. Miró a su alrededor, en la terminal. Todo parecía normal.

La empleada volvió. Ahora no lo miraba a los ojos. Mantuvo su pasaporte y su tarjeta de crédito un poco alejados de su alcance. Él volvió a mirar a su alrededor. Grupos de guardias de seguridad aparecieron casi simultáneamente por las puertas de cada extremo de la terminal. Knox se lanzó hacia delante para arrebatarse el pasaporte y la tarjeta a la sorprendida empleada, luego se dio la vuelta, agachó la cabeza y se alejó a paso rápido, con el corazón latiéndole con fuerza. A su izquierda, oyó que le gritaba un guardia de seguridad. Knox abandonó todo fingimiento y corrió hacia la salida. Las puertas eran automáticas, pero se abrían tan lentamente que tuvo que empujarlas con el hombro con fuerza para poder salir, dando tumbos. Un guardia apostado fuera descolgó el rifle de su hombro con tanta prisa que se le cayó al suelo.

Knox salió a toda velocidad hacia la izquierda, alejándose de las luces brillantes del edificio de la terminal hacia la oscuridad. Saltó una barrera, corrió por una escarpada rampa hasta una parada de autobús escasamente iluminada, pasó con un salto entre un grupo de jóvenes viajeros sentados en sus mochilas y se golpeó contra el muro de un paso subterráneo, raspándose la mano. Dos empleados uniformados que compartían un cigarrillo lo miraron sorprendidos mientras pasaba con rapidez entre ellos, y el olor a tabaco negro se quedó impregnado en su garganta. Dobló a la izquierda, corriendo, ignorando los gritos y las sirenas. Había árboles a su izquierda; se agachó para ocultarse, corrió diez minutos más hasta que no pudo seguir y se detuvo, doblado, con las manos en las rodillas y la respiración agitada. Los faros de los coches patrullaban con lentitud las calles, lanzando destellos hacia los árboles. Se enfrió el sudor sobre su camisa, tembló al notar su propio olor. Eso no era bueno. Eso era un auténtico desastre. Si la policía lo atrapaba, poco importaba que pudiera demostrar lo que decía; Hassan lo tendría agarrado por las pelotas. Pensó en sus opciones. Las salidas aérea y marítima estaban claramente vigiladas. En los pasos fronterizos por tierra tendrían su foto. En El Cairo se podía obtener una falsificación de cualquier documento del mundo, pero la mano de Hassan era muy larga. Pronto sabría que Knox estaba en El Cairo y daría aviso. No. Necesitaba alejarse tan pronto como fuera posible. Podía hacerlo en taxi o en autobús, pero los conductores lo recordarían. Los trenes estaban con frecuencia repletos de soldados y policías. Lo mejor era arriesgarse a volver a buscar su jeep.

Oyó gritos a su izquierda y un disparo. Knox cerró los ojos y se agachó. Tardó un momento en darse cuenta de que le estaban disparando a las sombras. Ya había recuperado el aliento, y podía orientarse. Continuó agachado avanzando hasta que llegó a la valla del aparcamiento, alta, pero sin alambre de púas. Subió por un poste de hormigón, dejándose caer al otro lado, rascando las articulaciones de los dedos con el fino alambre. Corrió agachado entre las luces y los grupos de coches aparcados. El lugar estaba desierto. Los pasajeros que se marchaban ya estaban en la terminal; los que habían llegado hacía mucho que habían partido. Condujo hasta la cabina,

pagándole al adormilado vigilante. Alzaron la barrera.

Las luces azules de la policía titilaban a su izquierda, mientras salía a la carretera principal. Giró a la derecha, en dirección a El Cairo. Las luces disminuyeron y luego desaparecieron de su espejo retrovisor. Coches de policía con las luces encendidas pasaron de prisa, en dirección contraria. Se percató de que había dejado de respirar, que tenía que obligarse a hacerlo.

¿Adónde diablos iba a ir ahora? No podía quedarse en El Cairo. Pero necesitaba evitar los puestos de control. Eso eliminaba el Sinaí, el desierto occidental y el sur. Alejandría, entonces. Quedaba a sólo tres horas al norte, y de todas las ciudades egipcias, a Knox era la que más le gustaba. También tenía amigos allí, por lo que podía evitar los hoteles. Pero era un fugitivo; no podía poner en peligro a nadie. Necesitaba a alguien que le creyera, alguien con nervios de acero, que disfrutara de una ligera transgresión de vez en cuando, como para que la sangre siguiera fluyendo por las venas. Visto así, sólo había un candidato. Knox sintió que se le levantaba el ánimo por primera vez en mucho tiempo. Pisó el acelerador y partió con estruendo rumbo al norte.

Capítulo 6

I

—*Mais attends!* —gritó Augustin Pascal al bastardo que golpeaba a la puerta—. *J'arrive! J'arrive!* —Pasó por encima de la muchacha desnuda que yacía boca abajo entre las almohadas. Con aquellos cabellos largos, ensortijados y rojizos parecía Sophia. Alzó los cabellos para estar seguro. «¡Mierda! ¡Mierda!» Se había sentido muy excitado toda la semana ante la posibilidad de tirársela, y ahora que estaba hecho lo había desperdiciado, porque se encontraba demasiado borracho como para recordarlo.

Envejecer, qué cosa más terrible.

Los golpes en la puerta se intensificaron, resonando como si fueran una obra de demolición dentro de su cráneo. Miró su reloj. ¡Las cinco y media! ¡Las cinco y media! ¡Esto era increíble!

—*Mais attends!* —volvió a gritar.

Tenía botellas de agua y de oxígeno puro para emergencias junto a la mesilla de noche. Alternó largos tragos de una con profundas inspiraciones del otro hasta que se sintió capaz de ponerse de pie sin caerse. Se envolvió una toalla a la cintura, encendió un cigarrillo y se encaminó hacia la puerta de entrada. Allí estaba Knox de pie.

—¿Qué diablos quieres? —exigió saber Augustin—. ¿Sabes qué demonios de hora es?

—Estoy en apuros —dijo Knox—. Necesito ayuda.

II

Ibrahim se sentía muy entusiasmado mientras conducía por Alejandría. El sol acababa de salir, pero él estaba demasiado excitado como para seguir en la cama. Había tenido un sueño durante la noche. No, eso no era del todo exacto. Había permanecido en duermevela, esperando a que sonara el despertador, cuando de pronto le invadió una sensación de exquisito e intenso bienestar. No podía quitarse de la cabeza la idea de que estaba a punto de descubrir algo importante.

Llegó a la dirección que le había dado Mohammed. Era un sitio de feo aspecto: un alto edificio de apartamentos de muros desconchados y descoloridos, con las puertas de entrada rotas y desencajadas y cables como si fueran intestinos colgados del portero automático. Mohammed ya lo estaba esperando en el vestíbulo. Sus ojos se iluminaron cuando vio el Mercedes de Ibrahim, y se acercó caminando lenta y orgullosamente, girándose a mirar mientras lo hacía, como un actor o un deportista que saca el máximo partido de su oportunidad bajo los focos, deseando que todos sus amigos y vecinos lo vieran subir al coche.

—Buenos días —saludó Ibrahim.

—Viajamos con clase —dijo Mohammed, y echó hacia atrás el asiento del acompañante todo lo posible para acomodar sus piernas, pero, aun así, se le quedaba corto.

—Sí.

—Mi esposa está muy animada —dijo el hombretón—. Ella está convencida de que hemos encontrado a Alejandro. —Y miró con timidez a Ibrahim para calibrar su reacción.

—Lo dudo mucho —replicó Ibrahim—. Alejandro fue enterrado en un enorme mausoleo.

—¿Y esto no forma parte de él?

Ibrahim se encogió de hombros.

—Es poco probable. No fue sólo Alejandro, los Ptolomeos también fueron enterrados allí. —Sonrió a Mohammed—. Querían que algo de la gloria de Alejandro pasara a ellos. Aunque no funcionó muy bien. Cuando el emperador romano Augusto hizo su peregrinación a la tumba de Alejandro, los sacerdotes le preguntaron si le gustaría ver, además, los cuerpos de los Ptolomeos. ¿Sabe qué respondió?

—¿Qué?

—Que había ido a ver a un rey, no cadáveres.

Mohammed se rió con ganas. Los alejandrinos siempre habían disfrutado viendo a los poderosos descender uno o dos peldaños. Ibrahim se sintió tan complacido que se arriesgó a contar otra anécdota.

—¿Conoce la columna de Pompeyo?

—Claro. La puedo ver desde la obra.

—¿Sabía que no tiene nada que ver con Pompeyo? No. Fue erigida en honor al emperador Diocleciano. Él en persona dirigió al ejército para aplastar un levantamiento en Alejandría. Estaba tan furioso con los alejandrinos que juró vengarse de ellos hasta que su caballo estuviera empapado de sangre hasta las rodillas. Adivine qué sucedió.

—No lo sé.

—Su caballo tropezó y se arañó las rodillas, por lo que se le cubrieron de sangre. Diocleciano se lo tomó como una señal y perdonó a la ciudad. Sus soldados levantaron esa columna y la estatua en su memoria. ¿Y sabe qué hicieron los alejandrinos?

—No.

—También erigieron una estatua. Pero no en honor a Diocleciano, sino a su caballo.

Mohammed se rió con fuerza y se palmeó la rodilla.

—¡A su caballo! ¡Eso me gusta!

Estaban acercándose al centro de la ciudad.

—¿Por dónde? —preguntó Ibrahim.

—A la izquierda —dijo Mohammed— y luego otra vez a la izquierda. — Esperaron a que pasara un tranvía—. Entonces ¿dónde estaba la tumba de Alejandro? —preguntó.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. La antigua Alejandría sufrió muchos incendios, rebeliones, guerras y terremotos. Incluso un tsunami catastrófico. Primero se retiró toda el agua de las bahías, por lo que los habitantes salieron a recoger todos los peces y objetos de valor que quedaron a la vista. Después los golpeó la ola. No tuvieron oportunidad de salvarse.

Mohammed sacudió la cabeza con un gesto de asombro.

—No lo sabía.

—Sea como sea, la ciudad entró en decadencia y se perdieron todos los grandes monumentos, incluso el mausoleo de Alejandro. Y desde entonces nunca lo hemos encontrado, aunque, créame, lo hemos intentado.

Las autoridades habían emprendido infinidad de excavaciones a lo largo de los años. Incluso lo intentó Heinrich Schliemann, después de sus éxitos en Troya y en Micenas. Todos terminaron con las manos vacías.

—Pero alguna idea deben de tener.

—Nuestras fuentes están de acuerdo en que estaba en la parte noreste del antiguo cruce de las vías principales de la ciudad —dijo Ibrahim—. El problema es que no estamos seguros de dónde era eso a causa de todos estos nuevos edificios. Hace doscientos años, sí. Mil años atrás, fácil. Pero ahora...

Mohammed miró con expresión conspiradora a Ibrahim.

—Hay gente que dice que Alejandro está enterrado debajo de la mezquita del profeta Daniel. Dicen que está en un ataúd de oro.

—Me temo que están equivocados.

—Entonces ¿por qué lo dicen?

Ibrahim permaneció silencioso durante un momento, ordenando sus pensamientos.

—¿Sabía que Alejandro aparece en el Corán? —preguntó—. Sí, como el profeta Zulkarnein, el de los dos cuernos. León el Africano, un escritor árabe del siglo XVI, menciona a musulmanes piadosos que hacían peregrinaciones a su tumba, y dice que estaba cerca de la iglesia de San Marcos.

—Nabi-Daniel —señaló Mohammed.

—Exacto. La mezquita del profeta Daniel está muy cerca de esa iglesia. Y la leyenda árabe habla de un profeta Daniel que conquistó toda Asia, fundó Alejandría y fue enterrado en un ataúd de oro. ¿Quién otro podía ser sino Alejandro? Se puede comprender fácilmente que la gente confunda la mezquita con la tumba de Alejandro. Y luego hubo un hombre griego que aseguró haber vislumbrado por una grieta en la puerta de madera de la cripta de la mezquita un cuerpo portando una diadema sobre un trono, antes de desaparecer rápidamente. Es una idea muy seductora. Pero tiene un problema.

—¿Sí?

—Que es completamente errónea.

Mohammed se rió.

—¿Está seguro?

—He revisado yo mismo sus sótanos —asintió Ibrahim—. Créame: son romanos, no ptolemaicos. Quinientos o seiscientos años posteriores. Pero la idea permanece, en parte porque nuestro mejor mapa de la antigua Alejandría sitúa el mausoleo muy cerca de la mezquita.

—¡Pues ahí lo tiene, entonces!

—Fue realizado por Napoleón III —dijo Ibrahim—. Necesitaba información sobre Alejandría para su biografía sobre Julio César y se la pidió a su amigo Khedive Ismail. Pero en esa época no había mapas fiables, por lo que Khedive Ismail tuvo que encargárselo a un hombre llamado Mahmoud el-Falaki.

—La investigación es más sencilla si uno es emperador.

—Bastante más —acordó Ibrahim—. Y es un excelente trabajo. Pero no es perfecto. Me temo que El-Falaki se dejó seducir por las viejas leyendas, y por eso situó la tumba de Alejandro cerca de la mezquita. Y todas las guías modernas y libros de historia ahora lo repiten, alimentando el mito. El pobre imán es constantemente asediado por turistas que esperan encontrar a Alejandro. Pero no lo descubrirán allí,

créame.

—¿En dónde deberían buscar?

—En el sector noroeste del antiguo cruce de las vías, como le he dicho. Cerca del cementerio de Tierra Santa, probablemente. Un poco más al noroeste de los Jardines Shallalat.

Mohammed pareció entristecerse. Ibrahim le palmeó el antebrazo.

—Pero no pierda todavía sus esperanzas —dijo—. Hay algo que no le he contado aún.

—¿Qué?

—Alejandro no tenía sólo una tumba en Alejandría. Tenía dos.

—¿Dos?

—Sí. El Soma, el gran mausoleo del que le hablé, fue construido alrededor del año 215 a. C. por Ptolomeo Filopator, el cuarto de los reyes ptolomeos. Pero antes de eso había tenido otra tumba diferente, más al estilo macedonio. Más, por así decirlo, como la que usted y sus hombres descubrieron ayer.

Mohammed lo miró maravillado.

—¿Usted cree que eso es lo que hemos encontrado?

—No —dijo Ibrahim con delicadeza—. La verdad es que no. Recuerde que hablamos de Alejandro. Los Ptolomeos habrían construido, sin duda, algo espectacular para él. —No lo sabían exactamente. Ni siquiera sabían cuándo había sido trasladado el cuerpo de Alejandro hasta allí desde Menfis. La moderna investigación sugería que había permanecido en Menfis unos treinta o cuarenta años, hasta el año 285 a. C., aunque nadie había explicado satisfactoriamente por qué el traslado se había retrasado tanto tiempo—. Creemos que su cuerpo estuvo expuesto, así que es improbable que lo encontremos enterrado a mucha profundidad. Además, Alejandro fue adorado como un dios durante siglos. Las autoridades de la ciudad jamás habrían tolerado que su antigua tumba fuera convertida en una vulgar necrópolis.

Mohammed volvió a caer en el abatimiento.

—Entonces ¿por qué dijo que podía serlo?

—Porque esto es arqueología —sonrió Ibrahim—. Uno nunca puede estar seguro al cien por cien.

Y había otra cuestión, aunque no quisiera compartirla. Era el hecho de que, desde su más tierna infancia, cuando antes de dormir escuchaba a su padre murmurarle historias sobre el fundador de esa gran ciudad, había creído que tenía el destino marcado: un día jugaría su papel en el redescubrimiento de la tumba de Alejandro. Esa mañana, mientras yacía despierto en su lecho, había notado que esa sensación se reavivaba, una convicción de que había llegado su hora. Y más allá de su desconfianza intelectual, estaba seguro, en su corazón, de que algo tenía que ver con

la tumba que iban a inspeccionar.

III

Nessim había estado ocupado toda la noche intentando atrapar desesperadamente a Knox antes de que Hassan se despertara. Pero había fracasado. Había sido llamado hacía quince minutos, y allí estaba ahora, apretando los puños para calmarse antes de llamar a la puerta de la habitación del hospital de Sharm.

Nessim había entrado en el ejército egipcio a los diecisiete años. Se había entrenado como paracaidista de élite. Pero un problema en una rodilla había puesto fin a sus expectativas de servicio activo, así que había renunciado, aburrido, a su puesto y se había convertido en mercenario en las interminables guerras africanas. Un proyectil de mortero había caído caliente en su regazo, pero no había explotado; eso lo convenció de que había llegado el momento de un cambio. De regreso en Egipto, se había labrado una reputación como guardaespaldas antes de ser reclutado por Hassan como jefe de seguridad. Si se asustara fácilmente, Nessim nunca habría llegado a donde estaba ni habría sobrevivido a semejante vida. Pero había algo en Hassan que le atemorizaba. Tener que informarle de malas noticias le desagradaba profundamente.

—Adelante —murmuró Hassan. Su voz era más débil de lo habitual, y un poco desinflada. Había perdido un diente y había sufrido serios golpes en las costillas, lo que le dificultaba la respiración dolorosamente—. ¿Y bien? —preguntó.

—¿Podría disculparnos, por favor? —le pidió Nessim al médico que estaba sentado junto a la cama.

—Sin problemas —dijo el doctor, con un tono demasiado enfático.

Nessim cerró la puerta.

—Tenemos a la chica —dijo a Hassan—. Se iba en autobús.

—¿Y Knox?

—Estuvimos a punto de atraparlo en el aeropuerto de El Cairo. Pero se escapó.

—¿«Estuvimos a punto»? —repitió Hassan—. ¿Qué hay de bueno en «estuvimos a punto»?

—Lo siento, señor.

Hassan cerró los ojos. Si gritaba, evidentemente, el dolor sería insoportable.

—¿Y te haces llamar jefe de seguridad? —dijo—. ¡Mírame! ¿Dejas que el hombre que me hizo esto se pasee por Egipto como cualquier turista?

—Tendrá mi dimisión tan pronto como...

—No quiero tu dimisión —le interrumpió Hassan—. Quiero a Knox. Lo quiero aquí. ¿Entiendes? Quiero que me lo traigas. Quiero ver su cara. Quiero que sepa qué hizo y lo que le espera.

—Sí, señor.

—No me importa lo que cueste. No me importa cuánto gastes. No me importa

cuántos favores tengas que pedir. Usa al ejército. Usa a la policía. Lo que sea necesario. ¿He sido claro?

—Sí, señor.

—Bien —concluyó Hassan—, ¿por qué sigues todavía aquí?

—Con todo el respeto, señor, hay diferentes maneras de atraparlo. Una, como usted correctamente sugiere, es utilizando nuestros contactos en la policía y el ejército.

Hassan entrecerró los ojos. Era un hombre astuto, aunque en aquel momento estuviera furioso.

—¿Pero?

—Ha resultado fácil contar con su ayuda anoche. Sólo les dijimos que Knox había causado un serio incidente en el barco, pero los detalles no quedaron claros. Pero mañana, y el día siguiente, si todavía queremos que participen de forma activa, pedirán pruebas de ese serio incidente.

Hassan miró con incredulidad a Nessim.

—¿Estás diciendo que lo que me hizo no es prueba suficiente?

—Claro que no, señor.

—Entonces, ¿qué estás sugiriendo?

—Hasta ahora, muy poca gente conoce más que rumores. Yo seleccioné su equipo médico personalmente. Saben que no deben decir nada. Tengo a mi gente custodiando la puerta. A nadie se le permite pasar sin mi permiso explícito. Pero si implicamos a la policía, querrán investigar por su cuenta. Enviarán agentes a interrogarle, le sacarán fotografías y hablarán con los otros invitados al barco, incluyendo a su amigo de Stuttgart y a la muchacha. Por eso creo que usted tiene que plantearse si eso es útil en este momento en concreto; y si sería bueno para su reputación que las fotografías con sus heridas llegaran a los periódicos o a Internet, junto con informes exagerados de cómo fueron causadas, algo que podría suceder con facilidad, puesto que ambos sabemos que usted tiene tantos enemigos como amigos en la policía. Y también debería preguntarse qué consecuencias tendría para su autoridad personal que sea público lo que un simple submarinista le ha hecho, alguien que encima se las ha ingeniado para escapar, aunque sólo sea durante poco tiempo.

Hassan frunció el ceño. Sabía el valor que tenía que le temieran.

—¿Qué alternativa tenemos?

—Retiramos los cargos. Decimos que todo fue un malentendido. Dejamos que la muchacha se vaya. Usted agacha la cabeza hasta que se haya recuperado y, entretanto, nosotros buscamos a Knox.

Hubo un largo silencio.

—Muy bien —admitió por fin Hassan—. Pero te encargarás personalmente. Y espero resultados, ¿entendido?

—Sí, señor. Perfectamente.

Capítulo 7

I

Era la primera visita de Gaille a Alejandría. Había un atasco de coches a lo largo de la Corniche. Los mástiles de los barcos pesqueros y los yates en el puerto del Este se agitaban como flamencos bajo la leve brisa que llegaba con un ligero olor acre. Recostó la cabeza protegiendo sus ojos del sol matinal, que parpadeaba entre los altos y rectangulares hoteles, edificios de apartamentos y oficinas descoloridos por la luz y salpicados de antenas parabólicas. La ciudad estaba despertando a la vida con un gigantesco bostezo. Alejandría siempre había sido la más remolona de todas las ciudades egipcias. Los comercios estaban levantando sus persianas metálicas y bajando los toldos. Grupos de hombres rollizos tomaban café en las cafeterías y observaban con benevolencia mientras niños harapientos sorteaban el tráfico vendiendo paquetes de pañuelos y cigarrillos. Los callejones que partían de aquella arteria eran estrechos, oscuros y ligeramente amenazadores. Un tranvía atestado de pasajeros hizo una parada para que subieran aún más. Un policía con un deslumbrante uniforme y gorra blancos alzó la mano para dirigirlos hacia la derecha. Un antiguo tren urbano atravesó el cruce con ruidos y crujidos y burlona lentitud. Algunos muchachos jugaban a perseguirse en los vagones abiertos para transportar ganado.

Elena miró con insistencia su reloj.

—¿Estás segura de que éste es el camino correcto?

Gaille se encogió de hombros, desesperanzada. Su único plano era una mala fotocopia de una antigua guía para mochileros. La verdad es que viendo aquel lugar tenía la terrible sospecha de haberse perdido por completo, aunque había aprendido lo suficiente sobre su nueva jefa como para no reconocerlo.

—Eso creo —apuntó.

Elena suspiró ruidosamente.

—Al menos podrías intentarlo.

—Lo estoy intentando. —Gaille no podía sacarse de encima la sensación de estar siendo castigada por su transgresión del día anterior; pensaba que la consecuencia era su expulsión de la excavación en el delta.

Se estaban acercando a un gran cruce. Elena miró expectante en todas las direcciones.

—Gire a la derecha —dijo Gaille.

—¿Estás segura?

—Debería de estar por aquí, a la izquierda o a la derecha.

—¿Por aquí, a la izquierda o a la derecha? —se quejó Elena—. Esa indicación resulta muy útil.

Gaille se asomó por la ventanilla, con dolor de cabeza por la falta de sueño y de

café. Había una obra en construcción más adelante, una enorme estructura de cemento con barras de acero colgando como patas de araña desde lo alto.

—Creo que debe de ser ésa —dijo a la desesperada.

—¿Crees que debe de ser ésa o es ésa realmente?

—Nunca he estado en Alejandría —se quejó Gaille—. ¿Cómo podría saberlo?

Elena bufó ruidosamente y sacudió la cabeza, pero puso el intermitente para girar a la izquierda y cruzó una entrada para seguir dando tumbos por un camino lleno de baches. Tres egipcios estaban charlando animadamente al final del camino.

—Aquél es Ibrahim —masculló Elena, con una irritación tan obvia que Gaille tuvo que contener una sonrisa. ¡Si Elena pensara que se estaba jactando...! Aparcaron. Gaille abrió rápidamente la puerta y bajó del coche de un salto, embargada momentáneamente por un ataque de timidez. Por lo general, era una persona confiada en situaciones profesionales, pero ella no tenía fe en su habilidad como fotógrafa y por tanto se sentía un fraude. Dio la vuelta para revisar el maletero y examinar sus pertenencias y su equipo, aunque en realidad trataba de ocultarse.

Elena la llamó con un grito. Respiró hondo para recomponerse, esbozó una sonrisa y se dio la vuelta para saludarlos.

—Ibrahim —dijo Elena señalando al elegante individuo en el centro del grupo—, me gustaría presentarte a Gaille.

—¡Nuestra estimada fotógrafa! Le estamos muy agradecidos.

—No soy realmente...

—Gaille es una excelente fotógrafa —la interrumpió Elena, lanzándole una penetrante mirada—. Y además es también experta en lenguas antiguas.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —Hizo un gesto a sus dos acompañantes, quienes estaban extendiendo un mapa de la zona en el suelo—. Mansoor y Mohammed —dijo—. Mansoor es mi mano derecha. Está a cargo de todas nuestras excavaciones en Alejandría. No podría sobrevivir sin él. Y Mohammed es el encargado de la obra de este hotel.

—Encantada de conocerlos a ambos —dijo Gaille.

Alzaron la vista del mapa y saludaron educadamente. Ibrahim sonrió distraído, mirando su reloj.

—Sólo falta uno. ¿Conoce a Augustin Pascal?

Elena refunfuñó.

—Sólo por su reputación.

—Sí —dijo Ibrahim con seriedad—. Es un excelente arqueólogo submarino.

—No me refería a eso —puntualizó Elena.

—¡Ah!

Pasaron unos cuantos minutos hasta que se oyó el rugido de un motor a la entrada de la obra.

—¡Ah! —dijo Ibrahim—. Aquí está.

Un hombre de más de treinta años se acercó en una brillante moto negra y cromo sorteando baches; llevaba la cabeza descubierta, lo que permitía que sus largos cabellos oscuros flotaran libremente. Llevaba gafas de sol, una barba de dos días, una chaqueta de cuero, vaqueros y unas botas de media caña. Detuvo la moto y descendió. Entonces sacó un cigarrillo y un encendedor Zippo, de bronce, del bolsillo de su camisa.

—Llegas tarde —dijo Ibrahim.

—*Desolé* —farfulló, mientras protegía la llama con la mano—. Me ha surgido un imprevisto.

—Sophia, supongo —aventuró Mansoor irónico.

Augustin le sonrió lobuno.

—Sabes que jamás me aprovecho de mis alumnas de semejante manera.

Elena chasqueó la lengua y murmuró una maldición en griego por lo bajo. Augustin sonrió y se volvió hacia ella abriendo las manos.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Ve algo de su agrado, tal vez?

—¿Cómo iba a hacerlo? —replicó Elena—. Usted me tapa la vista.

Mansoor se rió y palmeó a Augustin en el hombro. Pero Augustin no pareció molestarse. Miró a Elena de arriba abajo, y luego mostró una sonrisa de franca aprobación, tal vez incluso de interés, puesto que Elena era una mujer impactante, y la furia agregaba un cierto atractivo a su aspecto. Gaille entrecerró los ojos y retrocedió medio paso, esperando el inevitable estallido, pero Ibrahim se interpuso justo a tiempo.

—Bueno —dijo con nerviosa excitación—. Empecemos, ¿vale?

La antigua escalera de caracol parecía precaria. Gaille descendió con temor. Pero todos llegaron al fondo sin problemas y se reunieron en la rotonda central. Bajo los escombros se veía un mosaico negro y blanco. Gaille se lo señaló, en un susurro, a Elena.

—Ptolemaico —declaró Elena en voz alta, agachándose para limpiar el polvo—. Del 250 a. C., más o menos.

Augustin señaló los muros esculpidos.

—Ésos son romanos —dijo.

—¿Está sugiriendo que no puedo reconocer un mosaico macedonio cuando lo veo?

—Estoy diciendo que los relieves son romanos.

Ibrahim alzó las manos abiertas.

—¿Qué tal esta propuesta? —sugirió—: se construyó para ser la tumba privada de un macedonio adinerado. Luego unos romanos la descubrieron trescientos años después y la convirtieron en una necrópolis.

—Eso explicaría la escalera —admitió Elena a regañadientes—. Los macedonios no solían construir en espiral. Sólo líneas rectas o cuadrados.

—Y habrían tenido que ampliar la bajada cuando lo convirtieron en necrópolis —reconoció Augustin—. Para la luz y la ventilación, y para bajar los cuerpos o para retirar la piedra removida. No sé si sabía que también la usaban para vendérsela a los constructores.

—Sí —dijo Elena furibunda—. Lo sabía, gracias.

Gaille casi no prestaba atención. Estaba mirando, mareada, el círculo celeste sobre su cabeza. Jesús, ella estaba fuera de su elemento. Una excavación urgente no ofrecía segundas oportunidades. En las próximas dos semanas, los mosaicos, los exquisitos relieves y todo lo que hubiese en ese lugar tendría que ser fotografiado. Después de eso, el lugar sería sellado, tal vez para siempre. Los yacimientos como éste necesitaban un verdadero profesional, alguien con buen ojo para el trabajo, experiencia, equipo sofisticado, luces. Tiró ansiosa de la manga de Elena, pero ésta se dio cuenta de lo que quería discutir Gaille y se apartó de ella, siguiendo a Mohammed escalones abajo, hacia la entrada de la tumba macedonia, con el mate amarillo de la piedra caliza realzado por los brillantes bloques blancos de la fachada de mármol y las cuatro columnas jónicas con el entablamento también de mármol en la parte superior. El grupo hizo una pausa durante unos momentos para admirarlo, y luego siguió avanzando por la entreabierta puerta de bronce hasta la antecámara de la tumba.

—¡Miren! —dijo Mansoor enfocando su linterna sobre los muros laterales. Todos se acercaron a examinarlos. Había pintura sobre el estuco, aunque terriblemente descolorida. Había sido una práctica común en la Antigüedad pintar escenas importantes de la vida del difunto.

—¿Puedes fotografiarlas? —preguntó Mansoor.

—No estoy segura de que salgan bien —admitió Gaille, sintiéndose miserable.

—Debes lavarlas primero —dijo Augustin—. Con mucha agua. Puede que el pigmento aparezca apagado ahora. Pero dale un poco de agua y lo verás revivir como una hermosa flor. Créeme.

—Pero no demasiada agua —le advirtió Mansoor—. Y no acerques demasiado tus luces, porque el calor resquebrajaría el estuco.

Gaille giró la cabeza buscando desesperada a Elena, que estaba evitando mirarla a los ojos. En cambio enfocó su linterna sobre la inscripción que coronaba el pórtico de la cámara principal.

—«Akylos de los treinta y tres» —dijo Augustin, traduciendo del griego antiguo. La luz se apartó de la inscripción en ese momento, mientras Elena dejaba caer su linterna maldiciendo con tanta vehemencia que Gaille la miró sorprendida.

Ibrahim iluminó con su linterna la inscripción, permitiendo que Augustin

comenzara a traducir desde el comienzo.

—«Akylos de los treinta y tres —leyó—. Por ser el mejor, que sea honrado sobre los demás».

—Es Homero —murmuró Gaille. Todos se volvieron sorprendidos hacia ella. Sintió que le ardían las mejillas—. Es de la *Ilíada*.

—Es verdad —asintió Augustin—. Sobre un hombre llamado Glauco, creo.

—En realidad aparece dos veces —dijo Gaille con timidez—. Una referida a Glauco y la otra a Aquiles.

—Aquiles, Akylos —asintió Ibrahim—. Era evidente que era alguien que tenía un buen concepto de sí mismo. —Todavía estaba observando la inscripción cuando siguió a Mohammed a la cámara principal, de modo que tropezó con el escalón y se cayó con las manos por delante. Todos se rieron mientras se ponía de pie y se sacudía con la expresión típica de quien es propenso a los accidentes.

Augustin se acercó al escudo clavado a la pared.

—El escudo de un hipaspista —dijo—. Un escudero —explicó cuando vio a Ibrahim fruncir el ceño—. Las fuerzas especiales de Alejandro. La unidad de combate más poderosa en el ejército más eficaz de la historia de la humanidad. Tal vez no estaba siendo tan fanfarrón después de todo.

II

La luz de la mañana cayó sobre las mejillas de Knox cuando éste yacía en el sofá de Augustin intentando recuperar el sueño perdido. Gruñó y le dio la espalda, pero no sirvió de nada. El sol ya estaba demasiado pegajoso. Se puso de pie, reticente, se duchó, registró la habitación de Augustin en busca de algo que ponerse y luego molió algo de café para la cafetera, que encendió. Untó un cruasán con mantequilla y *confiture de framboises*, para luego devorarlo mientras recorría el piso tratando de buscar la forma de distraerse. La televisión egipcia era espantosa, por decir algo benévolo, pero el destartalado aparato portátil en blanco y negro de Augustin hacía imposible que pudiera apreciarse. Y no había nada que leer, excepto viejos periódicos y algunos cómics. Aquél no era un piso para pasar el tiempo. Sólo para dormir, y a ser posible con compañía.

Salió al balcón. Idénticos edificios a cada lado, todos en el mismo descorazonador color beis, ropa puesta a secar en los balcones, innumerables antenas parabólicas grises inclinándose como los fieles hacia La Meca. Sin embargo se sentía feliz de estar allí. Pocos egiptólogos lo reconocerían abiertamente, pero despreciaban Alejandría. Casi no consideraban la época grecorromana como egipcia. Pero Knox no pensaba de ese modo. Para él, ésa era la edad dorada de Egipto, y Alejandría su ciudad. Dos mil años antes, había sido la metrópoli más importante del mundo, en donde se forjaban las mejores mentes de la Antigüedad. Arquímedes había estudiado allí; al igual que Galeno y Orígenes. La Septuaginta había sido traducida allí. Euclides había publicado en aquel lugar sus famosos tratados. La misma palabra «química» tenía allí su origen: *Al-Khemia* era la tierra negra de Egipto, y la alquimia el arte egipcio. Aristarco había propuesto la teoría heliocéntrica, más de mil años antes de ser redescubierta por Copérnico. Eratóstenes había calculado casi exactamente la circunferencia de la Tierra extrapolando las diferencias entre la longitud de las sombras producidas por el cenit del sol allí y en Asuán, a unos ochocientos kilómetros hacia el sur, en el solsticio de verano. ¡Qué imaginación! ¡Qué curiosidad y dedicación intelectual! Un choque de culturas sin precedentes, una efervescencia de pensamiento similar a la de Atenas o a la del Renacimiento. ¿Cómo podía alguien considerar todo aquello de segunda categoría?

Sus meditaciones fueron interrumpidas de repente por un ruido en el interior, como si alguien estuviera subrepticamente intentando aclararse la garganta. ¿Habían descubierto ya su escondite? Se refugió en un extremo del balcón para que no lo pudieran ver a través de las puertas de cristal, y se aplastó contra la pared.

III

Ibrahim caminó junto a Mohammed mientras éste los guiaba por la necrópolis. Aunque hubiese alimentado ciertas esperanzas antes de visitar el sitio, no podía evitar una sensación de decepción ante el hecho de que su soñada tumba real hubiera resultado ser el reposo final de un vulgar soldado, y no de un rey. Pero era un profesional, y se concentró con esmero, para comprender mejor lo que tenía delante de él.

La primera cámara le dijo mucho de lo que necesitaba saber. Los muros estaban horadados por hileras de *loculi*, como los estantes de un enorme depósito de cadáveres; y cada uno de ellos estaba repleto de restos humanos, medio enterrados en la oscura tierra arenosa, aunque había muchos restos tirados por el suelo, presumiblemente por ladrones de tumbas en busca de tesoros. Entre los huesos encontraron una figurilla de cerámica rota, algunas monedas de cobre oxidadas y ennegrecidas cuya cronología oscilaba entre los siglos I y IV d. C., numerosos fragmentos de terracota de lámparas funerarias, jarras y estatuillas. Había trozos de piedra y estuco. Los *loculi* eran habitualmente sellados después de los entierros, pero los ladrones los habrían abierto para saquear su interior.

—¿Cree que encontrarán momias? —preguntó Mohammed—. Llevé a mi hija a su museo una vez. Se quedó fascinada con las momias.

—Es muy poco probable —respondió Ibrahim—. El clima de la zona no es bueno. Y aunque hubieran resistido a la humedad, nunca habrían sobrevivido a los ladrones de tumbas.

—¿Los ladrones robaban momias? —preguntó Mohammed frunciendo el ceño—. ¿Eran valiosas?

Ibrahim asintió con vigor.

—Por un lado, la gente escondía, frecuentemente, joyas y otros objetos de valor en las cavidades del cuerpo, por lo que los ladrones las sacaban a la luz para destrozarlas y robar lo que contuvieran. Pero las momias mismas también eran valiosas. Particularmente en Europa.

—¿Para los museos, quiere decir?

—No, no exactamente —explicó Ibrahim—. Hace unos seiscientos años, los europeos se convencieron de que el betún era muy bueno para la salud. Era la cura milagrosa de la época. Cualquier farmacéutico debía tener una cierta provisión. La demanda era tan grande que el suministro comenzó a escasear. La gente comenzó a buscar nuevas fuentes. Ya sabe usted lo negros que se vuelven los restos momificados; la gente se convenció de que habían sido bañados en betún. De ahí es de donde procede la palabra «momia», *mumia* era la palabra persa para betún, y la mayoría del betún provenía de Persia.

Mohammed hizo un gesto de asco.

—¿Se usaban las momias como medicamento?

—Los europeos, sí —afirmó Ibrahim, dirigiendo al constructor una sonrisa de complicidad—. Pero, sea como sea, Alejandría estaba en el centro de este comercio, y ésa es una de las razones por las cuales nunca hemos encontrado restos momificados aquí, aunque estamos seguros de que se practicaba la momificación.

Pasaron a otra cámara. Mansoor iluminó un sello de estuco con su lámpara. Tenía ligeros restos de pintura sobre él: una mujer sentada y un hombre de pie cogiéndose de la mano derecha.

—Una *dexiosis* —murmuró.

—La esposa había fallecido —explicó Ibrahim—. Se están diciendo adiós por última vez.

—O tal vez él descansa aquí con ella —murmuró Mohammed—. Estas tumbas parecen repletas.

—Demasiada gente. No había espacio suficiente. Así era Alejandría. Según algunas estimaciones, en la Antigüedad aquí vivía un millón de personas. ¿Ha visto Gabbari?

—No.

—Es enorme. Una verdadera ciudad de los muertos. Y también están Shatby y Sidi Gabr. Pero aun así no eran suficientes. Sobre todo después de la expansión del cristianismo.

Mohammed frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Antes de los cristianos, muchos alejandrinos optaban por la incineración —explicó—. ¿Ve esos nichos en los muros? Están diseñados para urnas y cofres. Pero los cristianos creían en la resurrección. Necesitaban conservar su cuerpo.

—Entonces ¿ésta es una necrópolis cristiana?

—Es una necrópolis alejandrina —respondió Ibrahim—. Encontrará personas que creían en los dioses egipcios, en los griegos, en los romanos y también judíos, cristianos, budistas..., todas las religiones del mundo.

—¿Y qué sucederá con ellos ahora?

—Los estudiaremos —respondió Ibrahim—. Podemos aprender mucho sobre su dieta, salud, índices de mortalidad, mezclas étnicas, prácticas culturales, y muchas otras cosas.

—¿Los tratarán con respeto?

—Por supuesto, amigo, por supuesto.

Después continuaron hacia otra cámara.

—¿Qué es esto? —preguntó Augustin, señalando con su linterna a través de un agujero de la pared una serie de escalones que desaparecían en la oscuridad.

—No lo sé. —Mohammed se encogió de hombros—. Es la primera vez que los veo.

Ibrahim tuvo que agacharse para poder pasar. Mohammed tuvo que ponerse de rodillas. En el interior se encontraba lo que parecía ser la tumba de una familia acaudalada, separada por una hilera de columnas talladas y pilastras en dos espacios adyacentes. Cinco sarcófagos de piedra de diferentes tamaños se encontraban de pie contra los muros, todos decorados con una rica mezcla de estilos y símbolos religiosos. Un retrato del dios griego Dionisio estaba tallado en la piedra caliza por encima de figuras del buey Apis, Anubis, el chacal y un disco solar. En los nichos de piedra que aparecían sobre cada sarcófago estaban los vasos canopos, tal vez todavía con sus contenidos originales: estómago, hígado, intestinos y pulmones de los difuntos. Otros objetos salpicaban el suelo: fragmentos de lámparas funerarias y ánforas, escarabajos, pequeños objetos de plata y joyas de bronce con engarces de piedras sin brillo.

—Maravilloso —murmuró Augustin—. ¿Cómo pueden los ladrones haber pasado esto por alto?

—Tal vez la puerta estuviera disimulada —sugirió Ibrahim, dando una patada a lo que había en el suelo—. Un terremoto, o sencillamente el paso del tiempo.

—¿Qué antigüedad tiene? —preguntó Mohammed.

Ibrahim miró a Augustin.

—¿Siglo I a. C.? —sugirió—. Tal vez del II a. C.

Llegaron por fin al nivel del agua. Los escalones desaparecían, tentadores, por debajo, sugiriendo más cámaras ocultas. El nivel del agua había ascendido y caído dramáticamente a lo largo de los siglos; si tenían suerte, podía haber impedido que los ladrones saquearan lo que se encontraba en la parte inferior

Augustin se agachó y removió el agua con la mano.

—¿Tenemos presupuesto para una bomba de achique? —preguntó.

Ibrahim se encogió de hombros. Las bombas eran caras, ruidosas, sucias y con mucha frecuencia poco eficaces. También significaría pasar una gran manguera por el pasadizo, a lo largo de la escalera, lo cual dificultaría la excavación principal.

—Si no hay más remedio...

—Si quieres que antes investigue, necesitaré un acompañante. Estos lugares son peligrosos.

Ibrahim asintió.

—Como quieras. Lo dejo a tu elección.

IV

El teléfono móvil de Nessim sonó cuando se estaba aproximando a Suez.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy yo —dijo una voz masculina.

Nessim no reconoció quién lo llamaba, pero sabía que no convenía preguntar. Había contactado con mucha gente la noche anterior, y pocos disfrutaban de que se supieran sus relaciones con Hassan. Los móviles eran muy vulnerables; uno tenía que asumir que estaba siendo controlado todo el tiempo.

—¿Qué tienes?

—Tu hombre tiene un expediente.

¡Ah! Ahora se daba cuenta. Así que el servicio de inteligencia egipcio tenía un expediente de Knox. Curioso.

—¿Y?

—Por teléfono no.

—Estoy camino de El Cairo. ¿Igual que la vez pasada?

—A las seis en punto —acordó el hombre. Y la comunicación se interrumpió.

V

Knox seguía de pie en el balcón de Augustin, esperando a que en cualquier momento las puertas de cristal se abrieran y el intruso apareciera. Sólo en ese instante se dio cuenta de la ratonera que era el apartamento. La salida de emergencia, el ascensor y las escaleras principales quedaban al otro lado de la puerta de entrada. Además de eso..., no había otros balcones a los que saltar ni ningún saliente al que aferrarse. Se agarró con fuerza a la barandilla, inclinándose para mirar seis pisos más abajo, hacia el poco acogedor aparcamiento de hormigón. Quizás pudiese dejarse caer en el balcón inmediatamente inferior, pero si llegaba a calcular mal...; le hormiguearon los dedos de los pies sólo de pensarlo.

Dentro del apartamento de Augustin, las toses se hacían más fuertes: un desconocido que entraba en el apartamento tan sólo para permanecer de pie tosiendo. Echó una rápida mirada por las puertas de cristal, y no vio nada que lo alarmara. Otra tos, luego un suspiro, y por fin se dio cuenta. Volvió a entrar, sacudiendo la cabeza, y encontró la cafetera de Augustin salpicando gotas de café. Se sirvió una taza y se hizo un brindis a sí mismo, burlándose de su imagen en el espejo. No era bueno para estas cosas, entre otras razones porque el encierro le resultaba difícil de soportar. Ya empezaba a sentir cierta claustrofobia, una especie de hormigueo en los brazos y en las pantorrillas. Necesitaba dar un largo paseo para quemar algo de esa energía nerviosa, pero no se atrevía a salir. Los hombres de Hassan seguramente ya estarían enseñando su fotografía en las estaciones de trenes, hoteles y compañías de taxis, e inspeccionando los aparcamientos en busca de su jeep. Knox sabía que tenía que permanecer oculto. Pero aun así...

Augustin había salido apresuradamente a primera hora para examinar un yacimiento recientemente descubierto. Dios, cómo deseaba haber ido él también.

VI

Ibrahim estaba bastante nervioso mientras ascendía la escalera de caracol para regresar a la superficie. Tenía que presentar su informe a Nicolás Dragoumis, y era muy consciente de que de él dependían algo más que los fondos para la investigación; estaban también las esperanzas de Mohammed de curar a su pobre hija. Dio un afectuoso apretón al brazo del fornido hombre para asegurarle que haría todo lo posible, y luego se alejó unos pasos con Elena; notaba la mirada de Mohammed a su espalda mientras marcaba el número del Grupo Dragoumis, daba su nombre y esperaba.

—¿Y bien? —exigió Nicolás al responder.

—Es un buen sitio —dijo Ibrahim—. Hay varias maravillosas...

—Me prometió una tumba real macedonia. ¿Es una tumba real macedonia o no?

—Le prometí algo que podría ser una tumba real —replicó Ibrahim—. Y lo parece. Desgraciadamente, parece ser la tumba de un soldado, no de un rey o un noble.

—¿De un soldado? —se burló Nicolás—. ¿Espera que el Grupo Dragoumis gaste veinte mil dólares en la tumba de un soldado?

—No se trata de un vulgar soldado. Es uno de los miembros de las fuerzas de élite de Alejandro —se quejó Ibrahim—. Un hombre llamado Akylos. De acuerdo con...

—¿Cómo? —lo interrumpió incrédulo Nicolás—. ¿Cuál era su nombre?

—Akylos.

—¿Akylos? ¿Está completamente seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Está ahí Elena?

—Sí.

—Pásele el teléfono. ¡De inmediato! Quiero hablar con ella.

Ibrahim se encogió de hombros y le pasó a la arqueóloga su teléfono. Ella se alejó una corta distancia y le dio la espalda para que no la oyera. Habló durante un largo minuto antes de devolverle el teléfono.

—Ya tiene su dinero —afirmó.

—No comprendo —dijo Ibrahim—. ¿Qué tiene de especial ese hombre, Akylos?

—No sé a qué se refiere.

—Sí que lo sabe.

—El señor Dragoumis quiere estar informado de todo.

—Por supuesto. Lo llamaré cada vez que...

—No quiere que lo informe usted, sino yo. Exige que me dé acceso sin restricciones.

—Pero yo no puedo garantizar...

—Me temo que el señor Dragoumis insiste en ello.

—Pero ése no era nuestro acuerdo.

—Ahora lo es —dijo Elena, encogiéndose de hombros—. Si usted quiere su apoyo financiero...

Ibrahim miró a Mohammed, retorciéndose las manos mientras esperaba.

—Muy bien —suspiró—. Estoy seguro de que podremos arreglarlo.

Hizo un gesto hacia Mohammed para hacerle saber que tenía su dinero. El hombre cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio, y luego se encaminó tambaleándose hacia la oficina, sin duda para hacer algunas llamadas telefónicas.

Mansoor apareció por la escalera y se acercó a Ibrahim.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Hacemos la excavación?

—Sí.

—¿Destructiva o no destructiva?

Ibrahim asintió con la cabeza, pensativo. Una buena pregunta. En un plazo de quince días, si la empresa hotelera se salía con la suya, toneladas de escombros se echarían por la escalera para rellenar aquellos subterráneos, se tataría la abertura y un aparcamiento de coches se levantaría encima de la tumba, con lo que ya nadie podría volver a descender. Si eso sucediera, entonces tendrían que retirar primero aquello que consideraran más valioso, incluyendo las pinturas murales, las esculturas y los mosaicos del suelo de la rotonda central. Era perfectamente posible, pero llevaba tiempo, y se necesitaba personal experto y equipamiento pesado; en ese caso, tendrían que comenzar a planificar de inmediato. Por otro lado, en Alejandría escaseaban los yacimientos históricos, en particular de época ptolemaica. Si lograban negociar un acceso permanente con el grupo hotelero, aquel lugar podía convertirse en una valiosa aportación a los circuitos turísticos de la ciudad; pero sólo si sus características originales permanecían intactas y eran adecuadamente protegidas durante la excavación.

—No destructiva —dijo finalmente Ibrahim—. Hablaré con los propietarios del hotel. Quizás comprendan el valor que tiene contar con unas ruinas antiguas en su propiedad.

Mansoor dejó escapar un resoplido.

—Y tal vez nos ofrezcan una suite especial cada vez que queramos, simplemente porque se trate de corazones generosos.

—Sí, bueno. Déjame que hable con ellos. Pero tú puedes encargarte de la excavación, ¿verdad?

—No será fácil —admitió Mansoor—. Puedo retrasar la de Shatby. No hay mucha urgencia con eso. Puedo trasladar el personal, el generador y las luces. Pero de todas formas necesitaremos más gente.

—Haz correr la voz. Cuentas con presupuesto.

—Sí, pero con un grupo numeroso de excavadores necesitaremos ventilación; y no quiero que la gente saque las piezas por esa escalera. Eso es un caldo de cultivo para accidentes. Necesitaremos un montacargas en el agujero de la escalera. Y Augustin querrá una bomba de achique. Sé que la querrá. Y no está únicamente lo que necesitaremos aquí. Hay mil quinientos *loculi* que deben ser vaciados, lo que significa seis o siete mil series de restos humanos que irán a parar al museo o a la universidad en los próximos quince días. Habrá que contar con especialistas capacitados para recibirlos. —Chasqueó los dedos—. Espero que comprendas que esas dos semanas se pasarán en un santiamén.

Ibrahim sonrió: a Mansoor le gustaba siempre plantear un enorme problema en su mente para que la satisfacción al resolverlo fuera mayor.

—Entonces será mejor que empieces cuanto antes —le sugirió.

VII

¡Akylos!

Nicolás casi no se lo podía creer. Sin embargo, al mismo tiempo, lo creía. Lo que estaba escrito estaba escrito. Y la restauración de la grandeza macedonia *estaba escrita*, y no sólo en el Libro de Daniel.

—¿De qué iba todo eso? —gritó Julia Melas por encima del rugido del motor de su Lamborghini Murciélago. Era una joven periodista de un periódico canadiense que estaba entrevistándolos a él y a su padre para un artículo sobre Macedonia. Había una importante comunidad de exiliados en Canadá, una fuente de apoyo moral y financiero. Y además era muy guapa. Tal vez, si las cosas salían bien...

—El Grupo Dragoumis financia investigaciones históricas en todo el mundo —respondió gritando—. Ya sabes, la verdad no está circunscrita a un solo lugar. —Frenó un poco antes de comenzar a ascender las colinas, pero un camión blanco apareció en una curva, más adelante. Por su velocidad, su tamaño y su aspecto vetusto, lo más prudente hubiera sido no adelantar, pero Nicolás no estaba de humor para esperar, y mucho menos con una joven tan guapa a su lado. Aceleró el Murciélago y le cortó el paso colocándose delante, por lo que el conductor tuvo que frenar y apartarse mientras hacía sonar, impotente, el claxon. Julia soltó un grito y lo miró con admiración. Nicolás se rió exultante. Se sentía bien. Las cosas por fin se estaban moviendo. Así era la vida. Nada durante uno o dos años, y después todo de golpe.

—Me estabas hablando de Aristandro —gritó con el viento agitándole la falda en torno a los muslos, de modo que tenía que sostenérsela con pudor.

Nicolás disminuyó un poco la velocidad para que pudieran hablar en un tono más razonable.

—Era el adivino favorito de Alejandro —le dijo—. Tras la muerte del rey, tuvo la visión de que la tierra en la que Alejandro estaba enterrado permanecería inconquistable a lo largo del tiempo.

—¿Y?

—Un hombre llamado Pérdicas, jefe de los sucesores de Alejandro, quería enterrar a Alejandro en las tumbas reales de Aigai, junto a su padre, Filipo II. —Llegaron a la cima de una colina; las fértiles llanuras del norte de Grecia se extendían a sus pies. Se detuvo a un lado, bajó del vehículo y le señaló Aigai—. Ahora se llama Vergina. Las tumbas fueron descubiertas hace unos treinta años. Son magníficas. Hay un palacio en la cima de la colina. Y también un teatro al aire libre, donde, posiblemente, fue asesinado Filipo. El lugar donde Alejandro se convirtió en rey. El lugar donde comenzó el periodo helenístico. Deberías visitarlo.

—Eso haré —asintió ella—. Pero ese hombre, Pérdicas, evidentemente no volvió

con el cuerpo de Alejandro.

—No —admitió Nicolás—. Otro general macedonio, Ptolomeo, se lo llevó a Egipto. —Sacudió apenado la cabeza—. ¡Piensa en ello! Si no hubiera sido por eso, ¡Macedonia hubiera permanecido inconquistable a lo largo de los siglos!

Julia frunció el ceño.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no?

—Porque... fue sólo una profecía.

Nicolás negó con la cabeza.

—No. Es un hecho histórico. Considéralo. Pérdicas era el hombre con la suficiente autoridad para mantener unido el imperio. Intentó arrebatar a Ptolomeo el cuerpo de Alejandro, pero éste lo ocultó al otro lado del Nilo, y Pérdicas perdió cientos de hombres que se ahogaron o fueron devorados por los cocodrilos al intentar cruzarlo. Sus hombres estaban tan furiosos con él que lo asesinaron en su tienda de campaña. Después de eso, el imperio estaba condenado. Los herederos legítimos de Alejandro fueron asesinados. Pero imagina por un momento lo que hubiera ocurrido si Pérdicas hubiera tenido éxito.

Pasó un brazo por el hombro de ella, acercándola para que quedara de pie a su lado, y luego, con el otro brazo, hizo un gesto hacia el magnífico paisaje, señalando las costas del Egeo.

—Mira eso —dijo orgulloso—: Macedonia. ¿No es un paisaje fantástico?

—Sí —admitió ella.

—Pérdicas era un hombre honorable. Habría protegido al hijo de Alejandro contra cualquier intento de asesinato y habría mantenido unido el imperio. Y si Alejandro IV hubiera sido la décima parte de lo que fue su padre, la profecía de Aristandro se habría hecho realidad.

—Creía que el cuerpo de Alejandro había sido llevado a Egipto —comentó Julia—. Y Egipto no ha estado exactamente libre de conquistas, ¿verdad?

Nicolás se rió. Le gustaban las chicas guapas con ideas.

—No —reconoció—. Pero mira lo que sucedió. Los Ptolomeos mantuvieron el trono durante tanto tiempo como respetaron los restos de Alejandro. Pero después Ptolomeo IX fundió el sarcófago de oro para pagar a sus tropas, y fue entonces cuando encontraron su final. ¿Y quién conquistó a los Ptolomeos?

—¿Quién?

—Los césares. Ya sabes que ellos reverenciaban a Alejandro. Julio César lloró porque sus conquistas eran menores que las de Alejandro. Augusto, Septimio Severo, Caracalla y Adriano hicieron peregrinaciones y ofrecieron sacrificios en su mausoleo. Él era su héroe. Pero luego se produjeron revueltas, y la tumba de Alejandro fue saqueada y los romanos perdieron Egipto a manos de los árabes. El mensaje es claro,

¿no?

—¿Lo es? —se extrañó Julia, frunciendo el ceño.

—Honra a Alejandro y prosperarás. Ignóralo y perecerás. Y en Macedonia, más que en cualquier otro lugar del mundo, Alejandro hubiera sido, sin duda, honrado. De ahí que nunca hubiéramos sido conquistados.

Julia se apartó un poco de él, algo desconcertada. Miró su reloj y sonrió con falso entusiasmo.

—Tal vez debiéramos continuar —dijo—. Tu padre me está esperando.

—Por supuesto —dijo Nicolás—. Debemos evitar que mi padre espere. —Volvió a subir a su descapotable, encendió el motor y disfrutó de su áspero rugido. Tal y como él conducía, sólo tardarían quince minutos en llegar a casa de su padre.

—¡Guau! —exclamó Julia cuando vio la propiedad.

—Una reconstrucción del palacio real de Aigai —informó Nicolás—. Pero más grande. —Su padre rara vez abandonaba su propiedad. Se había vuelto cada vez más retraído con el paso de los años, dejando las responsabilidades de su emporio a administradores profesionales para poder concentrarse en su verdadera ambición.

Costis, el jefe de seguridad de su padre, se acercó a recibirlos.

—Ésta es Julia —dijo Nicolás—. Ha venido a entrevistar a mi padre. Pero necesito hablar antes unos minutos con él.

—Está en la cámara —le dijo Costis.

Nicolás hizo un gesto a Julia.

—Tal vez pueda llevarte de vuelta al pueblo más tarde.

—Gracias —dijo ella con cautela—, pero estoy segura de que podré conseguir un taxi.

Él volvió a reír, disfrutando de su incomodidad. Ella parecía desconcertada desde que le había hablado de la profecía de Aristandro. ¡Los occidentales de hoy! Se asustaban ante la menor alusión a lo sagrado. Era bueno que no hubiera estado en la iglesia la noche anterior, que no le hubiera hablado del Libro de Daniel. La profecía completa incluía la descripción del hombre que traería consigo la liberación de Macedonia.

El único modo de llegar a la cámara acorazada era mediante un ascensor protegido. Nicolás entró en él. Las puertas de acero se cerraron silenciosas. Presentó sus ojos al analizador ocular, y luego comenzó su lento descenso, temblando levemente bajo su propio peso al llegar al fondo y detenerse. Un guardia armado estaba de pie, atento, junto a la cámara en donde su padre guardaba sus mayores tesoros. Entró pensando todavía en el Libro de Daniel, y en particular en esos versos que, dos mil quinientos años antes, le habían prometido un salvador a su gente.

Al término de su reinado, cuando las transgresiones lleguen a su fin, surgirá un rey de feroz semblante, capaz de entender oscuras sentencias.

Su poder crecerá tanto, aunque no por su propia fuerza, que producirá cosas inauditas. Triunfará en todas sus empresas; destruirá a poderosos...

Y a través de su política, tendrá en su mano poder para prosperar, y pensará que es el más grande en su corazón, y destruirá a muchos confiados...

Su padre, como por una especie de telepatía, ya estaba de pie delante de una vitrina de cristal en donde se exhibían algunos fragmentos de los papiros de Malawi, con sus manos, como las de un sacerdote, descansando sobre el marco de cedro mientras miraba los pliegos amarillentos y la desvaída escritura de tinta negra. Una sensación de intenso amor, admiración y orgullo ardió en el pecho de Nicolás cuando se puso a su lado. «¡Realmente un rey de feroz semblante!».

Dragoumis alzó la vista y examinó a su hijo con sus negros ojos carentes de emoción.

—¿Sí? —preguntó.

—Han encontrado a Akylos —espetó Nicolás, demasiado excitado para contenerse—. Ha comenzado.

Capítulo 8

I

Una camioneta azul le cortó el paso a Elena cuando regresaba al delta, obligándola a pisar los frenos. Hizo sonar el claxon hasta que el vehículo retrocedió, y luego bajó la ventanilla, agitó su puño y gritó varias escogidas frases en árabe al sorprendido conductor para hacerle saber lo que pensaba. Estaba de mal humor. Era a consecuencia de su conversación con Nicolás. Eso, y aquel condenado francés tan seguro de sí mismo. Entre ambos le habían hecho recordar a su difunto esposo, Pavlos, y Elena detestaba eso, porque cada vez que sucedía tenía que sufrir una vez más el eco de su pérdida.

Había conocido a Pavlos mucho antes de haberlo visto por primera vez en persona; la habían enfurecido y divertido en igual medida el tono, la furia y la inteligencia de sus artículos, que ridiculizaban el nacionalismo macedonio. Tampoco había podido evitar sentirse intrigada por los comentarios fascinados que sobre él hacían algunas mujeres que no dudaban en lanzarse a sus pies. Ella era una mujer orgullosa e independiente y, como muchas de su estilo, deseaba enamorarse perdidamente. Por fin, se encontraron en bandos opuestos en un debate de radio en Tesalónica. Él la había sorprendido desde el principio. Había esperado a alguien agudo, confiado, bien vestido, creíble. Pero Pavlos no era nada de eso. Aunque no era exactamente arrogante, ella nunca había conocido a un hombre con tanta confianza en sí mismo. Desde el primer apretón de manos supo que le plantearía problemas. Tenía un modo desconcertante de mirarla, entonces y después, como si se quedara completamente expuesta ante él, como si él comprendiera no sólo lo que ella decía, sino también todo lo que subyacía. Él la miraba como si ella fuera una película que ya hubiera visto antes.

Pavlos la había vapuleado en el debate, desmontando sus mejores argumentos con humor, martilleando sin cesar sobre sus puntos más débiles. Desconcertada, había intentado acorralarlo citando a Keramopoulos sobre el particular estilo de las cerámicas macedonias, antes de recordar que realmente había sido Kallipolitis quien había dicho eso. Alzó temerosa la mirada, y vio que él sonreía. Por un terrible momento su reputación académica había estado a su merced. Y aquel momento había cambiado su vida.

Durante los dos días siguientes al debate, Elena había deambulado por el museo de una sala a la otra, sin detenerse, agarrotada, como una drogadicta. Cada vez que intentaba trabajar, un deseo, como un hambre feroz, la distraía. Nunca había tenido necesidad de llamar a un hombre, pero había llamado a Pavlos. Temerosa de que se burlara de ella, se presentó con brusquedad e inmediatamente comentó que había planteado algunos puntos interesantes en el debate. Él le dio las gracias. Después, el coraje la abandonó. Había sostenido el auricular contra su mejilla mientras buscaba

algo inteligente o hiriente que decir, pero no se le ocurría nada. Cuando él la invitó a cenar, ella estuvo a punto de echarse a llorar.

¿Cómo había sido? Recordaba pocos detalles, como si la intensidad de su amor hubiera sido demasiado para su memoria. Pero podía recordar el placer. Incluso ahora, a veces, podía experimentar un exquisito momento de gozo viéndolo doblar una esquina, oliendo el aroma de sus cigarrillos en algún transeúnte o cuando algún hombre la miraba como Pavlos lo había hecho, como ese arrogante francés, convencido de que podía llevársela a la cama cuando le viniera en gana.

La muerte de Pavlos había destrozado a Elena. Claro que sí. Todavía no se había recuperado. ¿Cómo podía hacerlo? La pena no era lo que ella había imaginado, del mismo modo que tampoco lo había sido el amor. Se había imaginado la pena como una gran marea que la alzaba a una hasta la angustia durante un tiempo y que, finalmente, la devolvía al mismo sitio en donde había estado antes. Pero no había sido así. El dolor había cambiado su ser tan completamente como el carbón cambia el hierro fundido.

Sí, pensó, la metáfora era correcta: la pena la había transformado en acero.

II

La mujer dejó caer el sobre de papel manila a través de la ventanilla trasera abierta del Saab de Nessim, mientras éste hacía una parada para comprar un paquete de cigarrillos a un vendedor callejero. Se alejó conduciendo deprisa envuelto en una nube de polvo y regresó al aparcamiento subterráneo de su hotel. Recogió el sobre y se lo llevó a su habitación. El expediente era decepcionantemente escueto. Hojeó las páginas; el texto era casi ilegible, porque se trataba de fotocopias de otras fotocopias, y las fotografías estaban casi completamente negras.

Pronto le resultó evidente que las fuerzas de seguridad no habían estado verdaderamente interesadas en Knox, sino en otro hombre, Richard Mitchell, con quien Knox había trabajado varios años. Mitchell, según parecía, era un bocazas; había acusado al muy bien relacionado jefe del Consejo Superior de Antigüedades de vender papiros en el mercado negro. Una conducta reprobable que había logrado precisamente lo que era de esperar: su completo aislamiento de la comunidad egiptológica y la denegación de cualquier permiso para excavar.

Eso explicaba al menos qué hacía Knox en Sharm: estaba matando el tiempo hasta que se tranquilizaran los ánimos, mientras soñaba con tesoros en el fondo del mar. Sin embargo ese dato no le era muy útil para dar con su paradero. La última página del expediente, sin embargo, era otro asunto: una lista de todos los amigos y conocidos de Knox, con sus direcciones.

III

Nur saludó a Mohammed en la puerta. Parecía agotada. Eso quería decir que Layla había tenido un mal día.

—Estás preciosa —le dijo besando su mejilla y entregándole un ramillete de mustios capullos.

—¿Cómo puedes gastar en esto? —protestó llorosa.

—Son un regalo —dijo con dulzura—. Sharif quería que fueran para ti. —Miró más allá de ella, hacia el corredor, hacia el cuarto de Layla—. ¿Está despierta?

Nur asintió.

—Pero cansada.

—No tardaré mucho. —Golpeó con delicadeza la puerta, la abrió y entró en la habitación. Ella sonrió al verlo. Él se arrodilló junto a su lecho, buscó en su bolsillo y sacó una reina negra que había tallado y barnizado. Le gustaba tallar. En los raros momentos de pausa laboral, buscaba entre los restos pedazos de madera que podía esculpir con el cuchillo que usaba para cortar linóleo. Era una buena terapia. Ya que no podía hacer nada por la salud de su hija, al menos podía hacer algo por su felicidad.

La niña abrió los ojos desmesuradamente con sorpresa y placer. Cogió el barnizado trozo de caoba, lo lamió con la punta de la lengua y lo apretó contra su pecho, como una muñeca. Por algún motivo, Layla había rechazado todas las muñecas desde que se enteró de su enfermedad. Ni siquiera podía ya alegrarla con dulces. Parecía como si la vida se hubiera vuelto demasiado seria para las distracciones infantiles.

—¿Me leerás algo esta noche? —le preguntó.

—Por supuesto.

Ella se acurrucó, contenta aparentemente. Había llamado a todos aquellos que pudo recordar para rogarles que se hicieran los análisis. Eso le había hecho sentirse bien, como si estuviera contribuyendo en algo. Pero ahora volvía a depender de los otros. Sólo podía esperar. Era lo más difícil del mundo para un padre: esperar.

Se sintió desolado al salir. Nur se mordió el labio, pero no pudo contener las lágrimas. Se pasaba la vida llorando. Mohammed la tomó en sus brazos, estrechándola para consolarla. A veces se sentía tan cercano a la desesperación que casi deseaba que pasara lo peor, sólo para que todo terminara: su buen puesto de trabajo, su hermosa mujer y su hija; todo lo que alguna vez le había parecido perfecto.

—¿Está lo suficientemente bien como para salir? —murmuró.

—¿Salir? —Había un tono de histeria en la voz de Nur—. ¿Adónde?

—A la necrópolis.

Nur lo apartó.

—¿Estás loco? —sollozó.

Mohammed volvió a abrazarla.

—Escúchame —dijo—, ese arqueólogo de quien te hablé, Ibrahim, el del Mercedes, es quien paga los análisis. Tiene dinero e influencias. Se mueve en un mundo distinto al nuestro. Layla necesita de todos los amigos que pueda tener en el mundo.

—¿Él puede ayudarnos?

Mohammed dudó. Nur tenía la costumbre de castigarlo cuando no se cumplían las promesas que hacía para tranquilizarla en tiempos difíciles.

—¿Quién puede saberlo? —musitó—. Pero es un buen hombre, un hombre amable. Cuando conozca a Layla, ¿quién sabe lo que Alá le sugerirá que haga?

IV

—¡Mira lo que tengo! —dijo alegre Augustin, sosteniendo dos bolsas de plástico—. Falafels y cerveza. Como en los viejos tiempos.

—Fantástico.

Augustin frunció el ceño.

—No pareces demasiado contento.

—Me estoy volviendo loco aquí encerrado —admitió Knox.

—¿En un día? ¿Ni siquiera puedes resistir un día?

—Son todos estos malditos libros de *Tintín* que tienes —dijo Knox mientras le ayudaba a colocar las cosas—. ¿No puedes traerme algo decente para leer?

—¿Como por ejemplo...?

—Algo de arqueología. ¿Qué tal los informes de la excavación del puerto? Me encantaría saber lo que habéis encontrado.

—Vale —asintió Augustin—. No hay problema, te los traeré mañana por la noche. Pero si estás sufriendo...

—¿Sí?

—El sitio que visité hoy, una necrópolis, llega hasta el nivel del agua y más abajo. Pero Ibrahim no quiere que achiquemos el agua. Prefiere que haga un examen preliminar. Iba a llevar a Sophia, pero si de verdad no aguantas más encerrado...

Un ligero estremecimiento de temor y esperanza se apoderó de Knox.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no? Es verdad que ella es más guapa que tú, pero no tan buena submarinista. Ya sabes lo peligrosos que pueden ser los lugares cerrados.

—¿Y cómo llegaré allí?

—Te llevaré en mi moto —dijo Augustin mientras le daba a Knox una botella fría de Stella—. Puedes usar mi casco. Alguien debería hacerlo. Nadie nos detendrá. Te lo prometo. La policía de esta ciudad es un desastre. Hace diez años que estoy aquí y no me han detenido ni una vez. Y si nos paran, *tant pis!* Todavía tengo papeles desde la última visita a Cirene. ¡Esos condenados libios me prohibieron la entrada con mi nombre verdadero! ¡A mí! Sólo por una carta que escribí sobre ese enano chiflado de Gadafi. Tuve que entrar como Omar Malik, camionero de Marsa Matruh, ¿puedes creerlo? Si yo puedo hacerme pasar por un camionero de Marsa Matruh, también tú.

Knox sacudió la cabeza. No podía creer que estuviera planteándose una idea tan descabellada. Pero Augustin tenía una admirable falta de respeto por las normas de comportamiento, y su actitud era contagiosa.

—¿Y cuando llegue allí?

—No hay problema. Déjame cualquier conversación a mí. No va a haber muchas. Recuerda que en la superficie es un edificio en construcción. Abajo hay Dios sabe

cuántas cámaras, con cien *loculi* en cada una, cada uno repleto de huesos y piezas, y Mansoor lo quiere todo en el museo en dos semanas. Será un caos. Excavadores del museo, de la universidad, de la costa. Sólo hay un guardia de seguridad en la entrada de la escalera, pero todo lo que necesitas para entrar es un pase normal del CSA, y yo puedo proporcionártelo. Pondremos algún nombre vulgar. John Smith. Charles Russell. Mark Edwards. ¡Sí! Perfecto, Mark Edwards. Tienes aspecto de Mark Edwards.

Knox sacudió la cabeza, dubitativo.

—Ya sabes lo que se piensa de mí en El Cairo. Si me encuentran, podría traerte problemas.

—A la mierda El Cairo —gruñó Augustin—. Todavía me pongo enfermo cuando pienso en lo que ese bastardo de Yusuf os hizo a ti y a Richard. Créeme, ayudarte será un placer. Además, ¿por qué se iba a enterar nadie? Yo no voy a decir nada. ¿Y tú?

—Alguien podría reconocerme.

—No lo creo. Ibrahim tal vez, pero es un buen hombre, no haría nada. De todas formas, ya no visita excavaciones, podría ensuciarse el traje. Además de él, nadie te conoce. Y son todos amigos, excepto esa hermosa y furibunda griega llamada Elena y su...

—¿Elena? —Knox se llevó una mano a la frente—. ¿Elena Koloktronis?

Augustin hizo una mueca graciosa.

—¿La conoces?

—No —graznó Knox—. Sólo lo he adivinado.

—¿De qué la conoces?

—¿Recuerdas lo que pasó con mis padres y mi hermana?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Tuvo algo que ver con eso?

—Su marido era el que conducía.

—Oh. Y él... ¿También...?

—Sí.

—Lo siento —dijo Augustin—. Lo siento por ti y por ella. Pero no hay ningún problema: ella no estará allí mañana.

—¿Estás seguro?

—Tiene una excavación en el delta. He venido sólo hoy para traer a su fotógrafa francesa. Gaille Dumas, o algo así. ¿La conoces?

Knox negó con la cabeza.

—No.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Augustin. Sonrió y extendió el brazo con la botella de cerveza, para brindar—. ¿Qué podría salir mal?

Capítulo 9

I

Augustin tenía razón con respecto al acceso a la excavación a la mañana siguiente: resultó muy fácil. Tenía razón también sobre la excitación de Knox al formar parte, una vez más, de una excavación en toda regla. Había pasado mucho tiempo. Demasiado. Tan sólo estar en el yacimiento le hacía feliz. El ruido, los olores, las bromas. En la superficie, un generador rugía, proporcionando energía a un montacargas que llevaba casi sin cesar una serie de capazos de excavación, repletos de material para ser revisado a la luz del sol y luego enviado al museo o descartado; había reflectores y ventiladores en toda la necrópolis, metros y metros de cables blancos y excavadores con mascarilla para respirar y guantes blancos estaban arrodillados en las estrechas tumbas, removiendo con cuidado piezas y restos humanos.

Augustin había descendido con todo el equipo de buceo antes de pasar a buscar a Knox. Luego se apresuraron a llegar al nivel del agua, se vistieron y se inspeccionaron mutuamente el equipamiento con minuciosidad. La gente que buceaba con tanta frecuencia como ellos a veces era descuidada con las revisiones de seguridad. Pero en un laberinto cerrado como éste, uno no podía simplemente dejar caer el cinturón de plomos y salir a la superficie si algo salía mal. *No había superficie.*

Augustin sostuvo un rollo de cuerda de nailon, un truco aprendido de Teseo. Pero no había nada donde sujetarlo.

—Quédate aquí —dijo, desapareciendo momentáneamente y volviendo con un capazo lleno de escombros. Ató a él la cuerda, dándole un par de tirones. Se colocaron una cuerda de seguridad, encendieron las linternas de submarinismo y descendieron al agua, con Augustin soltando cuerda detrás de él. No llevaban aletas. Se habían puesto pesos para caminar. Así levantaban más sedimento, pero era más sencillo orientarse.

Casi de inmediato se encontraron con la entrada de una cámara en la que la mayoría de los *loculi* estaban sellados. Augustin iluminó uno de ellos, un retrato estremecedor de un hombre de grandes ojos que los miraba fijamente. La entrada del *loculus* siguiente se había deteriorado. Sus linternas iluminaron algo metálico. Augustin cogió con cuidado una lucerna de bronce y la guardó en su bolsa.

Visitaron otras tres cámaras. El corredor daba vueltas. La cuerda se trabó, Augustin la soltó. El agua se volvió cada vez más turbia. A veces estaba tan removida que apenas podían verse el uno al otro. Knox controló el aire: ciento treinta milibares. Habían acordado bucear por tercios: un tercio para avanzar, un tercio para regresar, un tercio de margen de seguridad. Se lo mostró a Augustin. Su amigo señaló hacia el sitio por donde habían llegado. La cuerda estaba algo floja. Tiró de ella. Continuó

tirando. Después se volvió hacia Knox, mostrando en sus ojos una cierta alarma dentro de la mascarilla. Knox frunció el ceño y abrió las manos. Augustin sostenía el extremo suelto de la cuerda naranja, que debía estar atada a las asas del capazo, pero que, de alguna manera, se había soltado.

II

Ibrahim siempre se sentía un poco incómodo en presencia de niños. Él era hijo único, no tenía sobrinos ni proyecto alguno de ser padre. Pero Mohammed había hecho todo lo posible para facilitar su trabajo y el de su equipo en esa excavación. Ibrahim no podía negarse a que su hija visitara aquello, aunque pensaba que era una locura que una niña enferma entrara en un lugar de muerte, lleno de polvo.

Uno de los empleados de la construcción encontró a Mohammed en una de las cámaras funerarias.

—Hay una llamada para ti —gruñó—. De la oficina central.

Mohammed puso mala cara.

—Perdón —le dijo a Ibrahim—. Tengo que atender esto. Pero vuelvo enseguida. ¿Podría sostener a Layla un minuto?

—Por supuesto. —Ibrahim se preparó mientras Mohammed le pasaba a la muchacha cubierta de ropa de abrigo, pero la pobre niña era más liviana que el aire. Le sonrió nervioso. Ella le devolvió la sonrisa. Parecía atemorizada, dolorosamente consciente de que le resultaba un estorbo.

—¿Así que ese hombre no era egipcio? —le preguntó la niña. Las úlceras en la boca le hacían tragar saliva y el dolor era intenso con cada palabra. Ibrahim hizo el mismo gesto de dolor que ella.

—Así es —dijo Ibrahim—. Era griego, del norte, del otro lado del mar. Tu padre es un hombre muy inteligente. Sabía que ese hombre era griego porque encontró una moneda, llamada óbolo, en su boca. Los griegos creían que los espíritus la necesitaban para pagar a un barquero llamado Caronte para que los llevara al otro lado de la laguna Estigia, hasta el otro mundo.

—¿El otro mundo? —preguntó Layla. Sus ojos estaban abiertos ante semejante maravilla, como si la piel se hubiera tensado a su alrededor. Ibrahim tragó saliva y apartó la mirada. Por un momento sintió la amenaza de las lágrimas. Era tan pequeña la niña y tan duro el destino...

Sus brazos comenzaban a cansarse cuando Mohammed por fin regresó. Le sonrió beatíficamente a Layla, con tanto afecto que Ibrahim se sintió perdido, avergonzado, como si no tuviera derecho a un lugar en el mundo, al aire y el espacio que consumía, a su vida fácil.

Retrocedió un paso hacia la protección de las sombras.

—Esos análisis con los que podemos ayudarles... —le murmuró a Mohammed—. ¿Dónde podría hacerme uno yo?

III

Knox y Augustin se miraron el uno al otro con preocupación, pero eran submarinistas experimentados, por lo que intentaron que no les invadiera el pánico. Controlaron el aire; tenían veinte minutos, veinticinco si no lo desperdiciaban. Augustin señaló hacia delante. Knox asintió. Necesitaban encontrar la salida, o por lo menos una bolsa de aire en donde esperar hasta que el sedimento se asentara y pudieran volver a ver.

Llegaron a un callejón sin salida. Knox acercó el contador hasta las gafas para controlar la presión de aire, que seguía cayendo. Mantenían las manos contra el muro para guiarse a través de la cegadora penumbra. En los recorridos nocturnos en Sharm, sus colegas habían hablado de la visibilidad cero. Con todo el sedimento que habían revuelto, esto era muchísimo peor. Knox apenas podía ver el contador, aunque lo pegara a su mascarilla.

Llegaron a otro callejón sin salida. Tal vez el mismo. Podían estar andando en círculos fácilmente. Quince milibares. Comenzaron a nadar, completamente desorientados, con la sensación de temor en aumento, respirando más deprisa, quemando más del precioso aire que les quedaba, sólo cinco milibares, ya en nivel de peligro. Luego Augustin lo agarró del hombro y metió su rostro delante del de Knox, quitándose su regulador y señalando desesperado su boca. Knox le pasó el suyo de repuesto, pero también con las últimas bocanadas. Llegaron a otra encrucijada. Augustin señaló hacia la derecha. Knox, convencido de que habían ido hacia la derecha la última vez, tiró hacia la izquierda, peleando por qué dirección tomar. Augustin insistía en ir hacia la derecha, y Knox decidió confiar en él. Nadaban con desesperación, golpeándose y pateándose mutuamente, arañándose contra las paredes y el techo. Knox empezó a ahogarse al vaciarse su botella, la presión aumentó en sus pulmones. Augustin lo arrastró escalones arriba y luego salió al aire, donde escupió el regulador. Respiraron agradecidos y se derrumbaron el uno junto al otro con sus pechos subiendo y bajando como frenéticos fuelles.

Augustin giró la cabeza para mirar a Knox con un brillo en los ojos, como si hubiera pensado en algo gracioso pero no pudiera decirlo todavía.

—Somos buzos experimentados —jadeó por fin—. Buzos arriesgados.

La risa hizo que a Knox le dolieran los pulmones.

—Creo que tendrías que conseguirte una bomba de achique, amigo.

—Me parece que tienes razón —admitió Augustin—. Y de esto no le decimos nada a nadie, ¿vale? Al menos durante uno o dos años. Se supone que soy un profesional.

—Guardaré silencio —asintió Knox. Se puso de pie con aire cansado, se quitó su BCD y lo dejó caer junto con la botella vacía al suelo de piedra.

—¡Mira! —exclamó Augustin—. El capazo ha desaparecido.

Knox frunció el ceño. En su alivio por haber salido con vida, se había olvidado de lo que había causado el accidente.

—¿Qué demonios? —Se agachó hacia donde había estado el capazo. Había dado por descontado que el nudo hecho por Augustin se había desatado—. No creerás que esto podría ser cosa de Hassan, ¿verdad?

Una expresión preocupada ensombreció el rostro de Augustin.

—No —dijo—. Me temo que hay una explicación más sencilla.

—¿Qué?

—Era un capazo repleto de cascotes —observó Augustin—. ¿Cuál es la prioridad número uno de Mansoor?

Knox frunció el ceño y cerró los ojos.

—¿Sacar todos los escombros?

—Amigo, hoy es nuestro día de suerte.

Unos suaves pasos se aproximaron por el corredor. Knox alzó la vista mientras una mujer delgada, de cabellos oscuros, atractiva, aparecía entre las sombras con una cámara digital colgada del cuello.

—¿Vuestro día de suerte? —preguntó—. ¿Habéis encontrado algo?

Augustin se puso de pie de un salto y se acercó caminando, interponiéndose entre ella y Knox.

—¡Mira! —dijo sacando la lucerna funeraria y señalando con una mano hacia el agua—. ¡Varias cámaras con *loculi* sellados!

—Fantástico. —Lanzó una mirada más allá de Augustin, en dirección a Knox—. Soy Gaille —dijo.

No tuvo más remedio que ponerse de pie.

—Mark —respondió.

—Encantada de conocerte, Mark.

—Lo mismo digo.

—¿Qué tal va la fotografía? —le preguntó Augustin, tocándole el hombro.

—Bien —respondió Gaille—. Mansoor ha traído todo el equipo de iluminación del museo para que pudiera fotografiar la antecámara, pero se recalienta demasiado para tenerlo encendido mucho tiempo. Ya sabes, el estuco. No queremos que se resquebraje.

—La verdad es que no. —Pasó un brazo por encima de su hombro, intentando apartarla de Knox—. Dime. Creo que estás sola en la ciudad, ¿verdad? Tal vez pudiéramos cenar juntos. Puedo enseñarte la antigua Alejandría.

Sus ojos se iluminaron.

—Eso sería estupendo. —Habló con tanto entusiasmo que se sonrojó y se sintió obligada a dar explicaciones—: Es que no hay restaurante en mi hotel, y no dejan a

los huéspedes que lleven comida a sus habitaciones, y odio comer sola en un restaurante. Me da la sensación de llamar la atención. Como si todos me estuvieran mirando.

—¿Y por qué no iban a mirar? —preguntó galante Augustin—. Una chica guapa como tú... ¿En qué hotel te hospedas?

—El Vicomte.

—¡Es un lugar terrible! ¿Por qué estás ahí?

Se encogió tímidamente de hombros.

—Le pedí a mi taxista que me sugiriera un lugar céntrico y barato.

—Y te tomó la palabra. —Augustin se rió—. Esta noche, entonces. A las ocho, ¿vale? Te paso a buscar.

—Fantástico. —Ella volvió a mirar a Knox, de pie en las sombras—. Vendrás tú también, ¿verdad? —añadió.

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no será posible.

—¡Oh! —dijo, palmeándose la cintura y haciendo un gesto como de decepción—. Bueno, entonces hasta más tarde. —Y se retiró por el corredor con pasos algo rígidos, como si sintiera que estaba siendo observada.

Capítulo 10

I

De vuelta en el apartamento de Augustin, Knox se encontraba sentado en el sofá, intentando matar el tiempo. No era fácil. *Tintín* era lo suficientemente malo la primera vez. Caminó alrededor de la sala, salió al balcón. Le pareció que la puesta del sol duraba una eternidad. Y todavía no había señales de Augustin. El teléfono sonó a las siete y media. Knox no se atrevió a responder, y dejó que el contestador recogiera el mensaje.

—Soy yo —gritó Augustin, con una fuerte música de fondo, junto con ruidosas risas y el choque de vasos y botellas—. Levanta el auricular, ¿quieres?

Knox obedeció.

—¿Dónde demonios estás? Dijiste que regresarías hace horas.

—Escucha, amigo —respondió Augustin—, se ha presentado una emergencia en el trabajo.

—¿Trabajo? —preguntó secamente Knox.

—Necesito que llames a esa fotógrafa por mí. Gaille Dumas. La del Vicomte. Explícale que estoy en medio de una crisis. Estoy apagando incendios.

—Ella está sola en la ciudad —se quejó Knox—. No puedes dejarla plantada.

—Exactamente —admitió Augustin—. Por eso necesito que te ocupes tú. Después de todo, si ella oye estos ruidos, seguramente se preguntará si le estoy diciendo la verdad.

—¿Por qué no la invitas a que se reúna contigo?

—Tengo planes. ¿Recuerdas la Beatrice que te mencioné?

—¡Por el amor de Dios! Haz tú mismo tu trabajo sucio.

—Te lo pido como amigo, Daniel. ¿Qué fue lo que dijiste tú? Sí, estoy en apuros. Necesito ayuda.

—Vale —suspiró Knox—. Déjame a mí.

—Gracias.

—Y buena suerte con tu crisis —replicó Knox irónicamente.

Cogió la guía telefónica y buscó el hotel Vicomte. Se sentía mal por la muchacha, culpable en lugar de Augustin. Era muy serio en esas cuestiones. Cuando uno invita a una joven a salir, sobre todo a una que está tan sola, hay que ir. La sombra de una larga noche se presentaba ante él. Nadie con quien hablar, nada que leer, nada que ver en la televisión. «¡Qué demonios! —pensó—. ¡Al diablo Hassan y sus secuaces!». Fue a la habitación de Augustin a por una camisa limpia y una gorra de béisbol. Después dejó una nota junto al teléfono, bajó a la calle y llamó a un taxi.

II

Ibrahim no estaba cómodo en su casa esa noche. Le dolía el brazo allí donde la enfermera le había extraído sangre para el análisis HLA. Seguía pensando en la pobre pequeña de enormes ojos pardos. Seguía pensando en su situación, en su valor. Al final, no pudo seguir sentado. Se dirigió a su estudio y sacó un libro de un estante, uno que le había leído muchas veces su padre cuando era niño. Después fue hasta su coche.

El apartamento de Mohammed estaba en el noveno piso. El ascensor estaba estropeado. Cuando Ibrahim llegó por fin al piso, tuvo que sostenerse con las manos en las rodillas durante un minuto para recobrar el aliento. ¡Qué esfuerzo supondría subir con una niña inválida! Le hizo pensar en su infancia y su educación privilegiadas, todo fácil gracias a la fortuna de su padre. Oyó en el interior la reprimida amargura de una pareja sobre la que había caído una carga demasiado pesada, intentando que no la escuchara su querida hija. Se sintió, de pronto, avergonzado; un intruso. Estaba a punto de alejarse cuando la puerta se abrió repentinamente y salió una mujer, con la cabeza cubierta por un pañuelo, vestida formalmente, como si fuera a hacer una visita. Se sorprendió tanto de verlo como él.

—¿Quién es usted? —se interesó—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Perdón —se disculpó, confundido—. Traía algo para Mohammed.

—¿Qué?

—Sólo un libro. —Lo sacó de la bolsa—. Para su hija. Vuestra hija.

La mujer miró perpleja a Ibrahim.

—¿Esto es para Layla?

—Sí.

—Pero... ¿quién es usted?

—Mi nombre es Ibrahim.

—¿El arqueólogo?

—Sí.

Se mordió, pensativa, el labio inferior. Después volvió al apartamento.

—Mohammed —dijo—, ven. Ha venido a verte tu amigo el arqueólogo.

Mohammed salió de una habitación lateral, agachando la cabeza al atravesar el dintel.

—¿Sí? —preguntó ansioso—. ¿Algún problema en la excavación?

—No —dijo Ibrahim, mostrando un poco más el libro—. Es sólo que... mi padre solía leerme este libro. Pensé que tal vez usted y su hija... —Abrió el libro y pasó las páginas, mostrando las delicadas ilustraciones, imágenes de Alejandro, su historia, su mito.

—Es precioso —dijo Mohammed boquiabierto. Miró a su esposa, que dudaba, y

luego asintió—. Layla ha estado hablando de usted toda la noche —afirmó Mohammed, acercándose a agarrar a Ibrahim por el codo—. Sé que significaría mucho para ella que se lo dé usted mismo.

III

Alejandría suele ser una de las más acogedoras ciudades egipcias, pero la tensión entre Occidente y el mundo árabe también había llegado allí, y Knox recibió una fría inclinación de cabeza de un joven egipcio y de su pareja mientras pagaba al taxista en la calle, delante del hotel de Gaille. Normalmente no le habría dado importancia, pero con Hassan persiguiéndole, aquella imagen se le quedó flotando en la mente. Toda esa gente... ¿Cómo saber quiénes eran peligrosos? ¿Los que sonreían o los que fruncían el ceño?

El hotel de Gaille estaba en el sexto piso. El viejo ascensor se sacudió y crujió mientras atravesaba pisos de miseria y oscuridad. Abrió la puerta del ascensor y salió. El recepcionista, un hombre de mediana edad calvo, estaba hablando con un joven barbudo. Ambos miraron a Knox sin intentar ocultar su desdén.

—¿Sí? —preguntó el recepcionista.

—Gaille Dumas, por favor —anunció Knox.

—¿La mujer francesa?

—Sí.

—¿Y usted quién es?

Knox tuvo que pensar un momento para recordar el nombre que le había asignado Augustin.

—Mark —dijo—. Mark Edwards.

—Siéntese, por favor. —El recepcionista se volvió hacia su amigo, y continuó la conversación interrumpida. Knox se sentó en un sillón azul al que se le salía el relleno entre el destrozado tapizado. Pasó un minuto. El recepcionista no hizo gesto alguno para avisar a Gaille. Pasó otro minuto. Los dos hombres seguían conversando sin mirarlo, con desprecio evidente. Knox no deseaba hacerse notar, pero su paciencia tenía un límite, por lo que se puso de pie, se sacudió el polvo de los pantalones y volvió a acercarse a la recepción.

—Haga el favor de llamarla —dijo.

—En un minuto.

Puso la mano sobre el mostrador.

—Avísela —ordenó—. Ahora.

El recepcionista frunció el ceño, pero cogió el teléfono y marcó el número de la habitación. Se oyó el timbre de un teléfono, amortiguado, al fondo del pasillo.

—Tiene una visita —le dijo. Colgó el auricular y continuó la conversación con su amigo sin decirle nada más a Knox.

Pasó otro minuto. Se abrió y cerró una puerta y se oyeron pasos apresurados por el suelo de madera. Gaille apareció por una esquina, con zapatillas deportivas, unos vaqueros desgastados y una camiseta negra.

—Mark —dijo frunciendo el ceño—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me temo que Augustin no ha podido venir. Una crisis laboral. Espero que no te moleste una sustitución de última hora.

—Para nada. —Miró su atuendo informal, y gesticuló—. ¿Vamos a algún lugar elegante? —preguntó.

—Tienes buen aspecto —le aseguró Knox—. Estás estupenda.

—Gracias —dijo ella sonriendo tímidamente—. ¿Nos vamos? Estoy muerta de hambre.

La acompañó hasta el ascensor. El recepcionista y su amigo barbudo lo miraron fijamente mientras cerraba con un poco más ímpetu la puerta del ascensor, que era estrecho y oscuro; casi no cabían más de dos personas con comodidad. Permanecieron de pie, hombro con hombro, mientras descendía ruidoso los seis pisos.

—Un recepcionista encantador —murmuró cuando se alejaron lo suficiente para que no pudiera oírlos.

—El que me tocó en Tanta era todavía peor, ¿puedes creerlo? —dijo Gaille—. Me echaba cada mirada..., como si considerara a todas las mujeres culpables de todos los males de la historia de la humanidad. Me entraron ganas de preguntarle por qué regentaba un hotel. Estaría mejor en la Asociación Cristiana de Jóvenes o algo así. Rodeado sólo de buenos chicos.

Knox se rió y abrió la puerta nuevamente al llegar a la planta baja.

—¿Te gusta el marisco?

—Adoro el marisco.

—Hay un restaurante que solía visitar con frecuencia. No he estado allí desde hace bastante tiempo, pero creo que podríamos probar.

—Eso suena estupendo. ¿Conoces bien Alejandría?

—La conocía. —Tras descender los escalones de la entrada del edificio, condujo a Gaille por la concurrida Sharia Nabi Daniel hasta una calle con menos gente. Con Hassan pisándole los talones, necesitaba permanecer en las sombras. Continuó mirando a su alrededor, sintiendo que la gente lo observaba con el ceño fruncido, girándose a mirarlo. En la oscuridad, a su espalda, un hombre de pálida túnica azul estaba hablando en voz baja, pero con seriedad, por su móvil, echándole miradas.

—¿Estás bien? —preguntó Gaille—. ¿Sucede algo?

—No —dijo Knox—. Discúlpame, sólo estoy un poco distraído.

Llegaron a un cruce de calles con un minarete en la esquina, que le proporcionó la oportunidad de ocultar sus temores con la conversación.

—La mezquita Attarine —dijo, señalándola—. ¿Sabías que es ahí donde encontraron el sarcófago de Alejandro Magno?

—No sabía que lo hubieran encontrado.

—Tu compatriota Napoleón —dijo con un gesto de asentimiento Knox—. Cuando envió a su gente a saquear Egipto en busca de tesoros.

—Sí —sonrió Gaille—. Antes de que tus malvados compatriotas ingleses se lo robaran.

—Lo salvaron para la civilización, querrás decir. En cualquier caso, encontraron ese enorme sarcófago utilizado como baño público en la mezquita. Estaba cubierto de jeroglíficos que nadie podía descifrar en esa época, pero la gente del lugar juraba y perjuraba que era el de Alejandro. Alejandro era el héroe de Napoleón, así que decidió que sería enterrado en él, y dio órdenes para que lo llevaran a Francia. Pero entonces nosotros, los británicos, lo desviamos al Museo Británico, en donde está expuesto cerca de la piedra de Rosetta.

—Iré a verlo.

El hombre todavía seguía detrás, a la misma distancia, hablando animadamente por su móvil. Knox sintió que aumentaba su ansiedad. Desvió a Gaille por una callejuela, para ver si podía quitárselo de encima.

—Claro que —continuó—, cuando los jeroglíficos fueron finalmente descifrados, resultó que no era el sarcófago de Alejandro, sino el de Nectanebo II.

—¡Ah!

Él miró a su alrededor una vez más, pero el camino estaba despejado.

—Exactamente —dijo, permitiéndose relajarse un poco—. Le engañaron miserablemente. ¡Qué mortificante! Nadie pensó considerar que tal vez hubiera algo de verdad en el relato. Después de todo, Ptolomeo jamás pondría a Alejandro Magno en el sarcófago desechado de un faraón fugitivo como Nectanebo, ¿verdad?

—Parece poco probable.

—Exactamente. ¿Sabes algo sobre Nectanebo?

Gaille se encogió de hombros.

—Un poco.

—Fue el último de los faraones originarios de Egipto. Estaba muy bien considerado porque derrotó a los persas en una gran batalla y, siguiendo los pasos de todo faraón que se precie, edificó muchos templos, incluyendo uno en Saqqara, la ciudad de los muertos de Menfis, la capital de Egipto en esa época.

—Oye, no soy del todo ignorante. Conozco Saqqara.

—También hizo construir el sarcófago —dijo sonriendo Knox—, aunque nunca llegó a usarlo. Los persas regresaron, y Nectanebo tuvo que escapar. Cuando Ptolomeo ocupó Egipto, años después, necesitaba un lugar en donde colocar el cuerpo de Alejandro mientras construía un mausoleo adecuado en Alejandría, y el templo de Nectanebo y el sarcófago estaban vacíos.

—¿Sugieres que los usó como almacén temporal?

El hombre que los había estado siguiendo antes apareció de pronto frente a ellos,

todavía hablando en voz baja pero animadamente por su móvil. Los miró e inmediatamente apartó la vista. Knox condujo a Gaille por un callejón lateral. Ella lo miró sorprendida. Pronto lamentó su elección. El callejón estaba desierto y oscuro, y sus pasos sonaban con eco por el pavimento, mostrando lo solos que estaban. Cuando echó un vistazo a su alrededor, vio que el hombre entraba en el callejón detrás de ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaille—. ¿Qué sucede?

—Nada —dijo Knox, agarrándola del brazo y obligándola a apresurarse—. Es que tengo hambre, eso es todo.

Ella frunció el ceño poco convencida, pero se encogió de hombros y lo dejó pasar.

—Me estabas hablando del sarcófago.

—Sí —asintió. Miró a su alrededor y le alivió ver que habían establecido cierta distancia entre ellos y su perseguidor—. Ptolomeo necesitaba, sin duda, un almacén. Quiero decir que pasaron varias décadas antes de que trasladaran a Alejandro a Alejandría. Y eso explicaría por qué el sarcófago terminó aquí. Tendrías que verlo. Es colosal. Pero perfecto para proteger el cuerpo de Alejandro en su traslado.

—También tiene sentido desde el punto de vista egipcio —afirmó Gaille—. ¿Sabías que consideraban a Alejandro hijo de Nectanebo II?

Knox frunció el ceño.

—No te estarás refiriendo a esa vieja historia, la *Novela de Alejandro*. —La *Novela de Alejandro* había sido una especie de *best seller* de la Antigüedad, originalmente atribuida a Calístenes, aunque últimamente se creía que era obra de un autor anónimo calificado como Pseudo Calístenes. Era un libro que rebosaba de medias verdades, exageraciones y mentiras sobre Alejandro, incluida una historia sobre Nectanebo II, que habría sido un mago que, de visita en la corte macedónica, habría seducido a la esposa de Filipo II, Olimpia, y engendrado a Alejandro.

—Es más que eso. Cuando Alejandro derrotó a los persas en Issos, no sólo se convirtió en el dueño de facto de Egipto. Ante los egipcios demostró que era el legítimo sucesor de Nectanebo también en el campo de batalla. La misión del faraón era restaurar la paz en la tierra, y Alejandro lo hizo. ¿Sabías que uno de sus nombres reales era «el que expulsa a los extranjeros», al igual que Nectanebo?

—¡Eh! —protestó Knox—. Pensaba que habías dicho que no sabías nada sobre Nectanebo.

—He dicho que sabía un poco —sonrió Gaille—. En Francia, esto es un poco. Tal vez no en Inglaterra.

—Entonces ¿crees que la historia de la *Novela de Alejandro* es creíble? —preguntó, conduciéndola hacia la derecha mientras echaba otro vistazo hacia atrás. Quien los seguía continuaba tras ellos; incluso más cerca. Y luego aparecieron dos hombres, delante, doblando la esquina. Knox se preparó para salir corriendo. Pero los

dos hombres siguieron caminando sin prestarles atención ni a él ni a su perseguidor.

—Bueno, obviamente no es verdad —dijo Gaille—. Nectanebo nunca estuvo ni siquiera cerca de Grecia. Pero puedo creer que semejante historia tuviera valor para los egipcios. Tal vez Alejandro incluso la alentó. Tenía un gran talento para manipular mentes y corazones. Siempre pensé que ése era uno de los motivos por los que visitó Siwa. Es decir, todos imaginan que fue porque el oráculo de Amón era muy respetado por los griegos. Pero los egipcios también lo reverenciaban, y lo habían hecho durante siglos. ¿Sabías que todos los faraones de la vigésimo octava dinastía viajaron a Siwa para ser legitimados, y que todos fueron representados con cuernos de carnero, al igual que Alejandro?

Por fin llegaron a la Corniche. Una gran ola se estrelló contra las rocas, lanzando espuma por encima del alto muro y dejando brillante el negro camino. Knox volvió a darse la vuelta para ver cómo el hombre que los seguía se guardaba el teléfono en el bolsillo y luego miraba a su alrededor como si hubiese quedado en encontrarse con alguien.

—¿De verdad? —preguntó Knox.

Gaille asintió con vigor.

—Los egipcios estaban obsesionados por la legitimidad de sus faraones. Alejandro sucedió a Nectanebo, por lo que, en cierto sentido, está claro que era su hijo. La leyenda que cuenta que Nectanebo mantuvo relaciones con su madre era sólo un modo conveniente de explicarlo. —Sonrió como disculpándose—. En cualquier caso, ya basta de charlar de trabajo. ¿Dónde está tu restaurante?

—Ya casi hemos llegado. —Echó una mirada a su alrededor por última vez. El hombre que los seguía avanzaba con una gran sonrisa hacia una mujer de cabellos oscuros que estaba con dos niños. Los cogió en brazos y comenzó a reír alegre mientras los hacía girar. Knox respiró más tranquilo. Nada, excepto paranoia. Después se recordó con severidad que, a pesar de haber tenido suerte esta vez, no podía bajar la guardia.

Llegaron al restaurante, un lugar elegante con vistas a la costa. Gaille miró a Knox horrorizada, y luego se fijó en cómo estaba vestida.

—¡Pero me dijiste que no era elegante! —se quejó.

—No lo es. Y estás preciosa.

Gaille frunció los labios, como si supiera que él mentía, aunque no lo hiciera. Ella tenía un aspecto que él encontraba irresistible, resplandeciente de amabilidad e inteligencia.

—Sólo me he puesto esta ropa horrible porque no quería animar a tu amigo Augustin. Si hubiera sabido que eras tú...

Una sonrisa apareció en el rostro de Knox.

—¿Me estás diciendo que a mí sí?

—No he querido decir eso —dijo Gaille, sonrojándose intensamente—. Me refería a que creo que puedo confiar en ti.

—¡Ah! —dijo Knox sombrío, mientras abría la puerta y la invitaba a entrar—. De fiar. Eso es casi tan malo como ser agradable.

—Peor —dijo sonriendo Gaille—. Mucho peor.

Subieron unas escaleras hasta la zona del comedor.

—Evita cualquier pescado de agua dulce —advirtió mientras la ayudaba a sentarse frente a la vista del puerto del Este—. Los lagos de la zona..., es un milagro que algo sobreviva en ellos. Pero los de agua salada son buenos.

—Tomo nota.

Desdobló su servilleta mientras se sentaba.

—¿Cómo van tus fotografías?

—Bastante bien. Mejor de lo que esperaba, para ser sincera. —Se inclinó hacia delante sobre la mesa, ansiosa por confiar en él—. En realidad no soy fotógrafa.

—¿No?

—Soy papiróloga. La cámara me ayuda a reagrupar fragmentos. Puedes hacer cosas increíbles con los programas de ordenador hoy en día.

—Entonces ¿por qué te encargas de este trabajo?

—Mi jefa me ofreció de voluntaria.

—Ah, Elena. Qué generoso por su parte. Entonces ¿estás trabajando para ella en el delta?

—Sí.

—¿En qué?

—Un antiguo asentamiento —dijo con entusiasmo—. Hemos encontrado restos de muros perimetrales, viviendas y cementerios. De todo, desde el Imperio Antiguo hasta principios de la época ptolemaica.

—¡Oh! ¿Cómo se llama el sitio?

—¡Ah! —Ella dudó de pronto, como si hubiera hablado demasiado—. Todavía no hemos identificado exactamente el lugar.

—Tienes que tener alguna idea.

—Lo cierto es que no puedo hablar del asunto —dijo Gaille—. Elena nos hizo firmar un contrato.

—Vamos, no se lo diré a nadie, lo juro. Y tú acabas de decir que soy de fiar.

—No puedo. De verdad.

—Dame una pista, entonces. Sólo una.

—Por favor... No puedo.

—Claro que puedes. Quieres. Sabes que quieres.

Ella hizo una mueca.

—¿Conoces la expresión «meter la cabeza en la boca del lobo»? Así es hacer

enfadar a Elena. No te gustaría hacerlo dos veces, créeme.

—Bueno —refunfuñó Knox—. Entonces ¿por qué estás trabajando para ella? Quiero decir, es un yacimiento arqueológico griego, ¿no? Y tú no das la impresión de ocuparte de cosas griegas en particular.

—La experta de Elena enfermó. Necesitaba un sustituto. Alguien le dio mi nombre. Ya sabes cómo va esto.

—Sí.

—Me llamó una tarde. Me sentí halagada. No había nada que me atara. Además, es muy bueno leer sobre Egipto en los libros, pero no es lo mismo, ¿no te parece?

—No —estuvo de acuerdo Knox—. Entonces ¿ésta es tu primera excavación? Ella negó con la cabeza.

—Detesto hablar de mí misma. Es tu turno. Eres arqueólogo submarino, ¿no?

—Soy un arqueólogo que sabe bucear.

—¿Y también un esnob intelectual?

Él se rió.

—Furibundo.

—¿Dónde estudiaste?

—En Cambridge.

—¡Ah! —dijo ella con rostro preocupado.

—¿No te gusta Cambridge? —inquirió Knox—. ¿Cómo puede no gustarte Cambridge?

—No es Cambridge exactamente. Sólo alguien que solía estudiar allí.

—¿Un arqueólogo? —sonrió—. ¡Estupendo! ¿Quién?

—Bueno, estoy segura de que no lo conoces —dijo—. Su nombre es Daniel Knox.

Capítulo 11

I

—¡Maravilloso! —Augustin se rió y comenzó a aplaudir cuando Knox le informó sobre su velada—. Eso es maravilloso. ¿Y qué hiciste?

—¿Qué diablos podía hacer? —se quejó Knox—. Le dije que nunca había oído hablar de él y cambié de tema.

—¿Y no tienes ni idea de por qué te detesta tanto? ¿No te habrás acostado con ella alguna vez y luego no la llamaste?

—No.

—¿Estás seguro? Eso es lo que me suele pasar a mí.

Knox frunció el ceño.

—Estoy seguro.

—Entonces ¿qué?

—No lo sé —dijo encogiéndose, frustrado, de hombros—. No se me ocurre nada. A menos...

—¿Qué?

—¡Oh, no! —dijo Knox, con las mejillas repentinamente enrojecidas—. ¡Por Dios!

—¿Qué?

—Su nombre no es Gaille Dumas, idiota. Es Gaille Bonnard.

—Dumas, Bonnard, ¿cuál es la diferencia? Además, ¿quién es Gaille Bonnard?

—Es la hija de Richard —respondió Knox—. Es ella. —Después añadió sombrío—: Con razón me odia.

II

Hacía un calor húmedo en la habitación de Gaille, incluso con las puertas del balcón abiertas de par en par. Esa chispa en el rostro de Mark cuando había mencionado a Daniel Knox, el apresurado modo de cambiar de tema, la forma en que se había sentido tan incómodo después... Se maldijo por ser tan bocazas; ella lo estaba pasando muy bien hasta ese momento. Y a decir verdad, le resultaba sorprendente que dos arqueólogos educados en Cambridge y de edades similares no se hubieran conocido.

Algunos odios se basan en principios. Otros son personales. Cuando Gaille pensaba en Knox, aunque no lo conocía, sentía una mezcla de los dos, como serpientes retorciéndose en su pecho. Su madre había sido cantante de cabaré. Había tenido un breve romance con Richard Mitchell, se había quedado embarazada y le había obligado a un matrimonio que nunca tuvo la más mínima oportunidad de éxito, entre otras cosas porque él finalmente se dio cuenta de que prefería a los hombres. Gaille tenía apenas cuatro años cuando su padre se dio por vencido y huyó a Egipto. Su madre, que luchaba por aceptar un marido homosexual y una carrera en franca decadencia, la había pagado con Gaille. También había encontrado consuelo en abusar de cualquier sustancia que pudiera conseguir, hasta que, en vísperas de su cincuenta cumpleaños, calculó mal una de sus periódicas crisis y se pasó de la raya.

Cuando era niña, Gaille hizo lo que pudo para luchar contra la inseguridad de su madre, su furia y su violencia, pero nunca había sido suficiente. Podía haber enloquecido a causa de semejante carga, pero contaba con una válvula de escape, un modo de aliviar la creciente presión. Porque un mes al año ella se reunía con su padre en una de sus excavaciones en el norte de África o en Oriente, y de esas estancias amaba cada segundo.

A los diecisiete años, Gaille estaba lista para sumarse a su segunda temporada al oeste de Malawi, en el Egipto Medio. Durante once años, había estado estudiando copto, escritura jeroglífica e hierática, en un esfuerzo desesperado por demostrar su valía de modo tan concluyente que su padre no tuviera más alternativa que contratarla a tiempo completo. Pero tres días antes de viajar hacia allí, él apareció inesperadamente en su apartamento parisino. Su madre había tenido una de sus rabietas, y se había negado a que él viera a Gaille. Ella se había arrodillado al otro lado de la atestada sala para poder escuchar a través de los paneles de madera. Una televisión próxima con el volumen alto y risas enlatadas le impidió enterarse de todo, pero sí oyó lo suficiente. Iba a posponer la excavación de Malawi para enfrentarse a una urgente situación personal. Cuando pudiera reiniciar la excavación, Gaille tendría que volver al colegio.

Esa temporada resultó ser un triunfo para su padre. Sólo ocho semanas más tarde

encontraron un archivo ptolemaico tan importante que Yusuf Abbas, el futuro secretario general del Consejo Superior de Antigüedades, había tomado personalmente el control de la excavación. Gaille debería haber estado allí, pero no. Un joven y precoz egiptólogo de Cambridge llamado Daniel Knox había sido contratado en su lugar. ¡Ésa era la urgente situación personal de su padre: un picor bajo los pantalones! La traición había sido tan hiriente que Gaille lo rechazó a partir de ese momento. Aunque él intentó contactar con ella y disculparse, nunca le dio esa oportunidad. Y a pesar de que estaba demasiado comprometida con la egiptología como para verle sentido a cualquier otro medio de vida, evitó Egipto hasta que su padre ya llevaba muerto mucho tiempo y llegó por sorpresa la oferta de Elena.

Ella no conocía a Knox; nunca había querido conocerlo. Pero él le había enviado una carta de condolencia, que incluía un conmovedor relato de los últimos años de Richard. Le aseguraba que su padre pensaba y hablaba constantemente de ella, que cuando se cayó y murió escalando en el desierto occidental, nada se había podido hacer para salvarlo, y que sus últimas palabras estaban dirigidas a su hija, su último deseo había sido que Knox se pusiera en contacto con ella y se lo hiciera saber. Gaille había encontrado todo eso, perversamente, muy turbador y consolador a la vez.

Después le llegó un paquete del oasis de Siwa que contenía todos los papeles y efectos personales de su padre. Incluía el informe policial del accidente y las transcripciones de las declaraciones realizadas por los dos guías que lo habían acompañado en esa escalada fatal. Ambos habían testificado que Knox podía haber salvado a su padre si hubiera querido, pero que se había quedado a un lado, sin intervenir. Ambos también aseguraron que la caída había sido fatal e instantánea, que su cuerpo ya estaba frío cuando ellos o Knox, o cualquiera, llegaron hasta él. No había forma, por tanto, de que pudiera haber expresado sus últimos deseos. Todo había sido una mentira.

Antes de recibir y leer el informe, ella odiaba a Knox sólo por principios. Desde entonces, se había convertido también en un asunto personal.

III

Nessim había aprendido, como soldado, a ser consciente de la fisiología del miedo. Conocer lo que sucede dentro del propio cuerpo es una buena manera de controlarlo. El corazón late más rápido, calentando la respiración en la boca; el sabor metálico en la garganta no era más que las glándulas inundando el sistema con adrenalina preparándose para la lucha o la huida; el cosquilleo en los dedos de los pies y las manos y la necesidad de descargar la vejiga y el vientre eran consecuencia de la sangre desviada hacia lugares donde era más necesaria.

Estaba de pie junto a la ventana de su hotel cuando marcó el número de Hassan, mirando hacia el río, diez pisos más abajo.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Hassan cuando le pasaron la comunicación.

—Todavía no, señor. Pero estamos progresando.

—¿Progresando? —preguntó su jefe con mordacidad—. ¿Es el mismo progreso del que me hablaste ayer?

—He reunido un equipo eficaz, señor.

—Ah, qué bien, un equipo.

—Sí, señor. —Era cierto, a pesar del sarcasmo de Hassan. Viejos camaradas ansiosos por trabajar, que habían demostrado ser fiables y discretos. Les había dado a cada uno el nombre de Knox, la matrícula de su coche, copias de su fotografía y los pocos datos que tenía; luego había enviado a algunos a vigilar las casas de los conocidos de Knox y a otros a recorrer hoteles y estaciones. Había conseguido rastrear el móvil del arqueólogo; en caso de que lo encendiera, serían capaces de triangular su posición dentro de un área de cien metros. También vigilaba eventuales movimientos en sus diferentes cuentas bancarias y tarjetas de crédito. Todo era posible en Egipto si uno tenía dinero.

—Escúchame —dijo Hassan—. No quiero progresos. Quiero a Knox.

—Sí, señor.

—Llámame mañana. Y dame buenas noticias.

—Sí, señor. —Nessim colgó el auricular con una mano levemente temblorosa y se sentó en la cama, con los hombros caídos. Se secó la frente. El vello de la muñeca quedó humedecido por el sudor de su piel. Otro de los síntomas. Menú completo. Contempló, por un momento, la posibilidad de vaciar su cuenta bancaria y desaparecer. Pero Hassan sabía demasiado sobre él. Conocía a Fátima y a su hijo. Además, el sentido del honor de Nessim reculaba ante la idea de escapar de una responsabilidad personal sólo porque le resultara difícil o peligrosa. Por ello, volvió a coger el expediente de Knox del Servicio Secreto y observó el antiguo y descolorido texto. No había sido actualizado desde hacía años. Varias de las personas que aparecían en la lista habían cambiado de domicilio o se habían marchado para

siempre de Egipto. Otros no podían ser rastreados. Pero era la mejor esperanza de éxito de Nessim, y éste rezaba para que diera resultado.

Capítulo 12

I

Augustin y Knox se dirigieron a la excavación a primera hora, ansiosos por comenzar, deseosos de que la bomba de achique les hubiera dejado suficiente espacio para explorar. Ambos sabían demasiado bien que bombear en una excavación en Alejandría no era sencillo. La capa freática tiene la costumbre de resistirse. La base de piedra caliza es extremadamente porosa, y absorbe agua como una esponja gigantesca. Tan pronto como comenzaran a bombear, la esponja comenzaría a liberar su reserva, reemplazando lo que hubieran extraído hasta que se recobrara el equilibrio. No podían esperar vencerla con los recursos disponibles. Pero podían lograr ganar un poco de tiempo.

Resultaba evidente, desde el momento en que llegaron, que algo iba terriblemente mal. El motor de la bomba tosía como un fumador crónico corriendo detrás de un autobús. Se apresuraron. Uno de los cierres había fallado. El agua se derramaba y caía sobre el suelo de la rotonda y la tumba macedonia, en donde los reflectores brillaban como luces de una piscina debajo de las turbias aguas.

Augustin fue corriendo hacia la escalera para apagar el motor de la bomba. Knox desconectó los cables, se quitó los zapatos y los pantalones, recogió todas las lámparas y ventiladores y los subió a la escalera, fuera del alcance del agua. La bomba quedó inmóvil; las mangueras se retiraron gorgoteando. Knox esperó en silencio, luego volvió a enchufar los cables y alumbró hacia el desastre.

Augustin llegó junto a él en el escalón superior, y sacudió tristemente la cabeza.

—*Merde!* Mansoor me arrancará los testículos.

—¿No podemos traer la bomba aquí?

—Yo sólo pedí que trajeran la bestia —gruñó Augustin—. No sé cómo funciona. —Pero un brillo de inspiración le cruzó el rostro. Desapareció y volvió con cuatro capazos de excavación, le dio dos a Knox y comenzó a sacar agua con los otros dos.

—¡Estás bromeando! —protestó Knox.

—¿Acaso tienes una idea mejor? —replicó Augustin, yendo por el corredor hacia el nivel del agua. Knox hizo lo mismo. Los pesados capazos le cansaban los hombros y los ligamentos de los brazos, y dejaban marcas rojas en las articulaciones de los dedos. Sonrieron mientras dejaban caer su carga y volvieron con rapidez. Tras unos cuantos viajes, otros excavadores comenzaron a llegar. Vieron lo que había sucedido y agarraron también capazos. Pronto un grupo numeroso estaba ocupado en la tarea. Después de una docena de viajes, las piernas de Knox parecían de goma. Se tomó un descanso en la cámara principal, apartado del paso de los que continuaban su esfuerzo. A pesar de su escepticismo inicial, la idea de Augustin estaba funcionando bien. El nivel del agua ya había descendido tanto que los escalones superiores entre la entrada y la antecámara, y entre la antecámara y la cámara principal, actuaban ahora

como los muros de un dique, creando tres zonas anegadas separadas. Al ponerse en cuclillas para calmar el latir de sus palmas y dedos, Knox observó algo curioso. El nivel del agua en la cámara principal era más bajo que el de la antecámara, por debajo del escalón que separaba a ambas.

Frunció el ceño, olvidándose de su cansancio, y luego salió a la entrada.

—¿Alguien tiene cerillas? —preguntó.

II

Cuando Gaille llegó, encontró todo patas arriba. No había terminado de fotografiar la cámara principal, así que su primera reacción fue de angustia ante la posibilidad de haber perdido la ocasión de hacerlo. Se quitó los zapatos, se arremangó los pantalones y se acercó bordeando para mirar más de cerca. Su compañero de cena de la noche anterior ya estaba allí, tirando cerillas en las esquinas.

—Escaqueándote del trabajo, ¿eh? —bromeó.

—¡Mira! —dijo, señalando la antecámara—. ¿Ves que el nivel del agua es más alto allí?

Gaille comprendió de inmediato.

—Entonces ¿adónde va a parar?

—Exactamente —admitió al instante Knox—. Se supone que este lugar está excavado en roca sólida. —Tiró la última de las cerillas en una de las esquinas, y luego con Gaille miró concentrado mientras convergían en un lugar.

—Me lo pasé muy bien ayer por la noche —murmuró Gaille.

—Yo también.

—Tal vez deberíamos repetirlo.

—Eso sería estupendo —dijo él. Pero después se puso serio—. Escucha, Gaille, antes tengo que decirte algo.

—Es sobre Knox, ¿verdad? —aventuró ella—. Es amigo tuyo, ¿no es así?

—La verdad es que éste no es sitio para discutirlo. ¿Podría pasar por el Vicomte más tarde?

Ella sonrió ansiosa.

—Saldremos por la tarde. Esta vez pago yo.

Se oyeron pasos en el agua de la antecámara, y luego apareció Mansoor, trayendo a Elena consigo.

—¿Qué sucede? —quiso saber Mansoor, furioso.

Gaille se volvió hacia su compañero, esperando que él diera una explicación, pero éste se limitó a bajar la cabeza, aferró sus capazos y se largó, dejando a Elena y a Mansoor boquiabiertos ante su huida.

—¿Quién demonios era ése? —preguntó Mansoor.

—El compañero de buceo de Augustin —explicó Gaille—. Creo que la bomba de achique es, en parte, idea suya.

—¡Ah! —dijo Mansoor—. Espero que no crea que estoy enfadado con él. Es con ese condenado Augustin con quien quiero hablar. —Sacudió la cabeza con una mezcla de diversión y exasperación—. ¿Para qué son las cerillas? —preguntó.

—Nadie ha sacado agua de aquí —explicó Gaille, señalando la diferencia entre los niveles de agua—. Queríamos saber hacia dónde estaba desaguando.

—¿Y?

—Parecen converger en el pedestal. —Se agacharon en torno a él, con las lámparas iluminando las docenas de plateados rastros de burbujas de aire que escapaban debajo—. Akylos de los treinta y tres —murmuró Gaille, a quien repentinamente se le ocurrió una idea—. Por ser el mejor, que sea honrado sobre los demás.

—¡La inscripción del marco de la puerta! —dijo Mansoor, frunciendo el ceño—. ¿Qué ocurre con ella?

—Como sabéis, a los griegos les encantaban los juegos de palabras.

—Explícalo de una vez, muchacha —la instó Elena.

Gaille recompuso el gesto, no quería que creyeran que estaba loca.

—Es que uno podría pensar que la inscripción significa que el resto, es decir, los otros treinta y dos, eran honrados *por debajo* de Akylos.

Mansoor se rió y la miró extrañado.

—¿Y tú eres fotógrafa?

Ella se sonrojó, consciente de la ardiente mirada de Elena.

—Lingüista, en realidad.

—Llamaré a Ibrahim —asintió Mansoor—. Necesita ver esto con sus propios ojos.

III

Knox encontró a Augustin junto al nivel del agua, poniéndose el traje de buceo.

—¿Te ha reconocido Elena? —le preguntó a Knox.

—No lo creo.

Augustin sacudió la mano como si se hubiera quemado.

—¿Por muy poco! ¡Uf! Y si lo descubre, fijo que soy langosta a la parrilla. — Hizo un gesto en dirección al agua—. Un hombre inteligente se quitaría de en medio durante un rato. ¿Quieres explorar?

—Vamos —asintió Knox.

A pesar del fallo de la bomba, había avanzado bastante durante la noche, por lo que el agua sólo les llegaba al mentón. Al descubrir que el laberinto era un complejo sistema de pasadizos interconectados y cámaras, pusieron cara de alivio, conscientes de la suerte que habían tenido de haber salido con vida. En una de las cámaras, el muro más apartado había estado pintado con los contornos de *loculi*, pero no habían sido excavados. Knox tardó un momento en darse cuenta de por qué. Había un agujero irregular en el techo, como si alguno de los trabajadores hubiera roto accidentalmente el acceso hacia otro lugar.

—Eh, tío —dijo, iluminando con su linterna—, mira esto.

Augustin se acercó a su lado.

—¿Qué demonios...? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Ayúdame a subir.

Augustin puso las manos como un estribo, y ayudó a Knox a pasar a la otra cámara. Tenía altura suficiente para estar de pie sin darse con la cabeza en el techo. Puso su mano sobre la pared opuesta, construida en bloques de piedra caliza. La argamasa se deshizo entre sus dedos.

—Ayúdame, maldita sea —pidió Augustin—. Yo también quiero echar una mirada.

Knox estiró la mano para ayudar a su compañero. Cuando ambos estuvieron arriba, comenzaron a explorar. Un estrecho corredor conducía hacia la derecha. Había un estrecho pasadizo al final que daba a un pasillo paralelo flanqueado por una segunda pared de piedra caliza, luego un tercero con otra pared exterior de roca sólida. Parecía una sola cámara, de unos seis metros de lado por dos de alto, dividida por paredes internas en tres largos pasillos conectados en un extremo, formando una «E». Avanzaron hasta el final del pasillo central. Una serie de cinco escalones conducía hacia arriba y luego giraba en ángulo recto hacia una segunda serie de escalones que desaparecía en el techo. Se escuchaban golpes sordos encima, que desprendían polvo de los muros.

—¡Jesús! —murmuró Knox—. ¿Qué ha sido eso?

Augustin golpeó con el puño contra el techo. Una sonrisa apareció en su rostro al comprender.

—La rotonda —anunció—. Ésta debe de ser la escalera original. Sí. Los macedonios cavaron demasiado profundo; llegaron al nivel del agua. ¿Y qué hicieron? Construyeron estos muros de piedra caliza para que sirvieran de apoyo y pusieron un suelo nuevo que cubrieron con mosaicos. *Parfait!* Los constructores de la necrópolis entraron aquí por accidente, cinco siglos más tarde.

IV

La cámara principal había sido drenada por completo cuando Ibrahim llegó. Llevar equipamiento pesado al yacimiento no era fácil, por lo que Mansoor había contratado a Mohammed. Los dos hombres agarraron los extremos de unas palancas debajo de una esquina del pedestal e hicieron presión. Se produjo un crujido cuando cedió: protestaba después de siglos de estar adherido al suelo. Lo elevaron unos centímetros, con el pecho y los brazos hinchados y las palancas curvadas por el esfuerzo.

Ibrahim y Elena se pusieron de rodillas y alumbraron debajo con sus lámparas. Había un agujero redondo en el suelo, tal vez de un metro de diámetro. El pedestal era demasiado pesado para que Mohammed y Mansoor pudieran sostenerlo mucho tiempo. Mansoor abandonó primero, dando un grito de alerta; después Mohammed lo dejó caer con estrépito, levantando polvo que se metió en las narices y la garganta de Ibrahim y le provocó un ataque de tos.

—¿Y bien? —preguntó Mansoor, sacudiéndose las manos.

—Hay un conducto —dijo Ibrahim.

—¿Quiere que movamos el pedestal? —preguntó Mohammed.

—¿Es posible?

—Necesitaré ayuda y más equipamiento, pero sí.

Ibrahim sintió todos los ojos expectantes sobre él, pero aun así dudó. Nicolás le había prometido veinte mil dólares, pero hasta el momento sólo le habían enviado la mitad; el resto lo recibirían si completaban la operación satisfactoriamente. Katerina había enfatizado mucho la palabra «satisfactoriamente», haciendo hincapié en que no informar de un hallazgo como ése sería considerado muy poco satisfactorio. Y desde luego no podía ocultárselo, ahora que Elena lo sabía. Repentinamente tuvo una imagen mental de la hija de Mohammed, con su vida pendiendo de un hilo.

—Denme un momento —pidió—. Necesito hacer una llamada. —Indicó a Elena que lo siguiera por la escalera, luego llamó al Grupo Dragoumis y se puso la mano sobre la otra oreja para no oír el ruido de la obra. Se oyó una música folclórica mientras esperaba a que le pasaran con la persona adecuada. Se frotó, nervioso, la nariz.

La música se detuvo de repente.

—¿Sí? Aquí Nicolás.

—Soy Ibrahim. De Alejandría. Dijo que lo llamáramos si encontrábamos algo.

—¿Y?

—Hay algo debajo de la tumba macedonia. Tal vez un pasadizo.

—¿Un pasadizo? —Ibrahim pudo notar la excitación en la voz de Nicolás—. ¿Adónde conduce?

—Casi con seguridad, a ninguna parte. Eso es lo más habitual, pero necesitaríamos mover un pedestal para asegurarnos. Se lo digo porque usted dejó claro que quería que se le informara al instante.

—Así es.

—Voy a hacer que muevan ahora el pedestal. Lo llamaré tan pronto como...

—No —dijo Nicolás enfático—. Necesito estar allí.

—Ésta es una excavación de urgencia —protestó Ibrahim—. No tenemos tiempo para...

—Mañana por la tarde —insistió Nicolás—. Estaré con usted a la una. No haga nada hasta entonces, ¿ha comprendido?

—Sí, pero lo más probable, casi con certeza, es que no sea nada. Vendrá hasta aquí y no habrá nada...

—Voy a ir —replicó Nicolás—. Es mi última palabra. Entretanto, que nadie entre allí. Quiero guardias. Quiero una puerta de metal.

—Sí, pero...

—Limítese a hacerlo. Envíele la cuenta a Katerina. Y quiero hablar con Elena. ¿Está ahí?

—Sí, pero...

—Que se ponga al teléfono.

Ibrahim se encogió de hombros desesperanzado.

—Quiere hablar con usted.

Ella asintió y cogió el teléfono; se alejó a poca distancia, convirtiendo su espalda en un muro para que no pudiera oírla.

V

Nicolás cortó la comunicación con Elena y se sentó en su silla respirando agitadamente. Bien, había sido toda una noticia. ¡Daniel Knox en Alejandría! ¡Y para colmo en su excavación! En el momento más delicado. Se puso de pie y se dirigió a la ventana, frotándose con fuerza la espalda con las manos, puesto que se le había puesto repentinamente rígida.

Se abrió la puerta de su oficina. Katerina entró con un montón de papeles. Le sonrió cuando lo vio masajeándose la espalda.

—¿Qué pasa? —bromeó—. ¿Acaso ha recibido noticias de Daniel Knox o algo parecido? —Él le lanzó una mirada fulminante—. ¡Oh! —exclamó, dejando los papeles en su escritorio y retirándose a toda prisa.

Nicolás volvió a sentarse. Pocos lograban molestarlo tanto como Knox lo había hecho. Durante seis semanas, hacía diez años, aquel hombre había hecho una serie de increíbles acusaciones contra su padre y su empresa, y nadie había reaccionado a aquel ataque..., nadie había hecho nada. Su padre le había dado inmunidad, y la palabra de su padre era ley, por lo que aquel asunto se había quedado aparcado; pero Nicolás todavía ardía de humillación. Se inclinó hacia delante y llamó por el interfono a Katerina.

—Lo siento, señor —dijo ella antes de que él pudiera hablar—. No quise...

—Olvídalo —dijo cortante—. Necesito estar en Alejandría mañana por la tarde. ¿Nuestro avión está disponible?

—Creo que sí. Se lo confirmo.

—Gracias. Otra cosa: ese egipcio a través del cual conseguimos los papiros también arregla otra clase de negocios, ¿verdad? —No tenía que aclararle a Katerina a qué tipo de negocios se refería.

—¿El señor Mounim? Sí.

—Bien. Pásame su número. Tengo un trabajo para él.

Capítulo 13

I

Ibrahim convocó a los jefes de su equipo en la rotonda para anunciar la visita del patrocinador. Todo el rato intentó mostrarse entusiasta al respecto. Quiso que pareciera que había sido idea suya. Le pidió a la gente que estuviera disponible para presentarle información, si fuera necesario, y prometió té, café y un almuerzo a posteriori en el museo, para luego recordarles a todos con sutileza que ese individuo era quien pagaba sus salarios. Sugirió que montaran un espectáculo para él. En resumen, hizo todo lo posible para que pareciera algo positivo. Cuando terminó, preguntó si alguien quería hacer alguna pregunta. Nadie dijo ni una palabra. Eran arqueólogos: detestaban a los patrocinadores. La reunión se disolvió y todos regresaron a sus anteriores ocupaciones.

II

Caía ya la tarde. Hosni estaba dormitando en el asiento del conductor de su abollado Citroën verde cuando la moto negra y cromo aparcó delante del edificio de apartamentos, con dos hombres en ella. El conductor llevaba vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero; el acompañante, pantalones marrón claro, una sudadera azul y un casco rojo que se quitó para hablar con el conductor. Hosni sacó una foto de Knox, pero no podía estar seguro de que fuese el mismo a semejante distancia y con una imagen tan pequeña. Los dos hombres se dieron la mano. El pasajero entró, mientras que el conductor dio una curva cerrada y partió a toda prisa. Hosni contó los pisos. Augustin vivía en el sexto. Unos veinte segundos más tarde, vio que se abrían las puertas del balcón y que el hombre salía al exterior y estiraba los brazos. Hosni buscó su móvil, y luego llamó a Nessim.

—¿Sí? —respondió Nessim.

—Soy Hosni, jefe. Creo que lo he encontrado.

Nessim respiró hondo.

—¿Estás seguro?

—No al cien por cien —dijo Hosni, que conocía demasiado bien a Nessim como para generar falsas expectativas—. Sólo tengo la fotografía. Pero sí, estoy bastante seguro.

—¿En dónde te encuentras?

—En Alejandría. Delante de la casa de Augustin Pascal. ¿Lo conoce? El arqueólogo submarino.

—Buen trabajo —dijo Nessim—. No lo pierdas. Y que no se entere de que lo estás siguiendo. Estaré contigo tan pronto como me sea posible.

III

Elena ya se había cansado de ir y volver de Alejandría al delta y viceversa, así que reservó una habitación en el famoso hotel Cecil. Estaba sólo a diez minutos andando del cuchitril de Gaille, pero en todos los demás aspectos era un mundo diferente. No podía malgastar el dinero de la excavación malcriando a una simple filóloga, después de todo, pero con ella misma el asunto era diferente. Estaba allí en calidad de representante de la Fundación Arqueológica Macedonia. Le debía a la dignidad de la institución viajar con cierto estilo.

Se había pasado la primera parte de la noche completando formularios. Era extraordinario el papeleo que había que cumplimentar para realizar una excavación en Egipto. Estaba comenzando a cansarse cuando oyó un golpe en la puerta.

—Entre —dijo. La puerta se abrió y se cerró a su espalda. Terminó de sumar una columna de números, luego se dio la vuelta a medias en su silla, y descubrió, con un ligero y excitante estremecimiento, al francés de la necrópolis, de pie, con sus vaqueros y su chaqueta de cuero—. ¿Qué demonios está haciendo aquí? —exigió.

Augustin se dirigió a la ventana como si fuera el dueño del hotel. Apartó las cortinas para echar una mirada al puerto.

—Muy bonito —asintió—. Desde mi casa sólo se ven antenas parabólicas y la colada de los vecinos.

—Le he hecho una pregunta.

Dio la espalda a la ventana y se apoyó sobre el aparato del aire acondicionado.

—He estado pensando en ti —le dijo.

—¿Qué?

—Sí. Lo mismo que tú has estado pensando en mí.

—Le aseguro —dijo ella— que no le he dedicado ni siquiera un pensamiento.

—¿De verdad? —preguntó burlón.

—Sí —afirmó Elena—. Así es. —Pero un temblor traicionó su voz, y la insolente sonrisa de Augustin se acentuó aún más. Elena frunció el ceño. Era atractiva, triunfadora y adinerada, acostumbrada a ser molestada por moscones como ése. Habitualmente lidiaba con ellos sin pensarlo, echando una sarcástica mirada que como una lámpara atrapamoscas incineraba sus intenciones con tanta eficacia que casi ni notaba la chispa de muerte mientras esas pequeñas moscas caían al suelo. Pero ahora, cuando lanzó esa mirada a Augustin, no hubo chispa y él no cayó. Sencillamente la absorbió con esa ofensiva sonrisa suya y continuó mirándola.

—Váyase, por favor —pidió—. Tengo trabajo.

Pero no se marchó. Siguió allí de pie, de espaldas a la ventana.

—He reservado una mesa —dijo—. No me gustaría meterte prisa, pero...

—Si no se marcha —interrumpió Elena con frialdad—, llamaré a seguridad.

Él asintió.

—Tienes que hacer lo que consideres mejor.

Ella sintió mariposas en el estómago mientras se llevaba el auricular al oído. Era uno de aquellos antiguos teléfonos analógicos. Marcó el primer número, esperando que fuera suficiente. Pero él no se movió. Permaneció de pie con la misma condenada sonrisa en el rostro. Al girar el disco escuchó aquel viejo ronroneo metálico mientras volvía a la posición original. Marcó el segundo número. Notaba el auricular frío contra el rostro. Puso un dedo en el dial para marcar el tercer número, pero su brazo pareció inmovilizarse, como si se le hubieran atrofiado todos los músculos.

Él se acercó, cogió el auricular y lo colgó en el teléfono.

—Querrás arreglarte un poco —sugirió—. Te espero abajo.

IV

—Lo hemos encontrado —anunció Nessim.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Después de tantas decepciones Hassan parecía bastante escéptico.

—¿Estás seguro?

—Hosni lo ha descubierto —dijo Nessim—. Está en el apartamento de un amigo. Fui allí tan pronto como recibí la llamada. Salió hace quince minutos, completamente despreocupado. Debe de pensar que hemos dejado de buscarlo. Pero es él, seguro.

—¿Dónde está ahora?

—En un taxi. Va en dirección a Ramla.

—¿Lo estás siguiendo?

—Claro. ¿Quiere que lo llevemos?

Silencio otra vez.

—Escucha: esto es lo que quiero...

V

Knox se sintió sorprendido y halagado por la calidez con la que Gaille lo recibió esa noche.

—¡Coordinación perfecta! —dijo con entusiasmo—. Ibrahim me pidió que diera mañana una explicación sobre las pinturas de la antecámara. Necesito una víctima con la cual practicar.

Lo condujo de vuelta a su habitación, desafiando la mirada tóxica del recepcionista. Las puertas del balcón estaban abiertas; debajo, una cacofonía sonora: jóvenes hablando y riendo ante la perspectiva de la noche, un tranvía en la lejanía traqueteaba sobre sus raíles como una olla a presión. Su ordenador portátil estaba abierto sobre la mesa con el protector de pantalla mostrando extraños dibujos en el monitor. Movié el ratón y apareció una pintura de colores de dos hombres. Knox se acercó, frunciendo el ceño.

—¿Cómo diablos? ¿Esto es de la excavación?

—El muro lateral de la antecámara.

—Pero... eran pinturas sobre el estuco. ¿Cómo has conseguido que se vean así?

Ella sonrió complacida.

—Tu amigo Augustin me aconsejó que usara agua. Mucha agua. No tanta como esta mañana, tal vez, pero...

Él se rió y palmeó con delicadeza su hombro como reproche, y el contacto desencadenó una inesperada chispa que estremeció levemente a ambos.

—Has hecho un gran trabajo —dijo—. Es fantástico.

—Gracias.

—El de la izquierda es Akylos. El ocupante de la tumba.

Knox frunció el ceño. El nombre de Akylos le resultaba extrañamente familiar. Pero ¿por qué lo sería? Había sido un nombre común entre los griegos.

—¿Y el otro? —preguntó.

—Apoles o Apeles de Cos —dijo ella, abriendo otro archivo.

—¿Apeles de Cos? —preguntó incrédulo Knox—. ¿Te refieres al pintor?

—¿Es ése?

Knox asintió.

—El favorito de Alejandro Magno. Según Plinio, el rey lo apreciaba tanto que promulgó un edicto prohibiendo a cualquier otro artista hacer retratos suyos. Parece ser que Alejandro pasaba con frecuencia por el taller del pintor para aburrirlos a todos con sus ideas sobre el arte, hasta que por fin Apeles le pidió que guardara silencio porque incluso los aprendices que estaban pulverizando los colores se burlaban de su ignorancia.

Gaille se rió.

—Hacía falta valor para decirle eso.

—A Alejandro le gustaba la gente un poco temeraria. Además, Apeles sabía cómo halagar aparte de burlarse. Pintó a Alejandro con un rayo en la mano, al igual que Zeus. ¿De dónde es esto? ¿Lo dice?

—De Éfeso, hasta donde consigo descifrar, pero puedes ver las *lacunae* tú mismo.

—Tendría sentido —dijo Knox—. Alejandro se dirigió allí después de la primera victoria sobre los persas. —Pasó por delante de ella, cerró ese archivo y abrió otra imagen de soldados vadeando un curso de agua—. Perge. —La miró—. ¿La conoces?

—No.

—Está en la costa turca, al otro lado de Rodas. Si quieres ir al sur desde ahí puedes cruzar las colinas, lo cual es un duro camino, o puedes ir por la costa. El problema es que sólo puedes usar la segunda ruta cuando sopla viento del norte, porque desplaza las aguas del mar lo suficiente para que puedas pasar. Soplaban del sur cuando Alejandro emprendió la marcha, pero ya conoces a Alejandro, siguió adelante, y el viento cambió justo a tiempo, y duró lo justo para que él y sus hombres cruzaran. Hay quienes dicen que éste fue el germen de la leyenda de Moisés dividiendo las aguas del mar Rojo. Alejandro pasó por Palestina poco después, al fin y al cabo, en la época en que el Antiguo Testamento todavía estaba siendo escrito.

Gaille dudó.

—Eso es un poco chocante, ¿no te parece?

—No deberías subestimar el impacto de la cultura griega en los judíos —dijo Knox—. No serían humanos si no se hubiera maravillado un poco frente a Alejandro. Muchos judíos habían intentado asimilarse, pero no les resultaba fácil, entre otras cosas porque un componente central de la vida social griega era el gimnasio, y *gymnos* es la palabra griega que quiere decir «desnudo», por lo que todo —por definición— estaba a la vista. Los griegos consideraban el prepucio como una parte del diseño divino, y pensaban que la circuncisión era un barbarismo. Por tanto, muchos judíos habían intentado invertir el trabajo del *mohel* cortando la piel en torno a la base de sus genitales o colgando pesos de metal de la piel que les quedaba.

—No quería decir chocante en ese sentido —dijo Gaille—. Sólo me refería a que las aguas que se apartan milagrosamente para permitir que el héroe pase no son exactamente desconocidas en la Antigüedad. Tampoco las inundaciones enviadas para destruir enemigos. Si tuviera que apostar por alguien, lo haría por el rey Sargón.

—¿El acadio?

Gaille asintió.

—Mil años antes que Moisés, dos mil años antes que Alejandro. Hay una fuente que describe cómo el Tigris y el Éufrates se abrieron a su paso. Y tenía más cosas en común con Moisés.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Knox con el ceño fruncido.

—Su madre lo había abandonado en el río metido en una cesta de juncos —dijo Gaille—. Igual que a Moisés. Fue encontrado por un hombre llamado Akki, que lo crió como a su hijo. Vamos, que los hijos así adoptados eran un tema bastante común. Les daba a los poetas la oportunidad de mostrar una especie de justicia cósmica en acción. Fíjate en Edipo: abandonado por su padre para morir a la intemperie, acaba regresando para matarlo.

Knox asintió.

—Es increíble que las mismas historias aparezcan una y otra vez por todo el Mediterráneo oriental.

—No es tan increíble —respondió Gaille—. Al fin y al cabo se trataba de una enorme zona de comercio, y a los mercaderes siempre les ha gustado intercambiar historias fabulosas.

—Y la región estaba infestada de rapsodas. Y ya sabes lo que ha dado fama a los rapsodas.

—Su vagabundear. —Gaille sonrió, alzando la vista y mirando a su alrededor. Sus miradas se encontraron y las mantuvieron fijas un instante, y Knox sintió un perturbador estremecimiento en su pecho. Había pasado demasiado tiempo sin compartir su vida y sus pasiones con una mujer, no sólo el lecho. Demasiado tiempo. Se giró, levemente confuso, hacia la pantalla.

—¿Así que éste es el mapa de las campañas de Alejandro? —preguntó.

—No exactamente —respondió Gaille, también algo turbada—. De la vida de Akylos. Aunque en ambos casos es el mismo. —Sin mirar hacia él, mostró otra imagen, una ciudad amurallada rodeada de agua, amenazada por un sátiro de enorme tamaño, un dios antropomórfico griego, mitad hombre, mitad cabra—. Ésta me tiene confundida. Pensé que podía ser Tiro, por los muros y el agua, pero...

—Es Tiro, seguro —afirmó Knox.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tiro era famosa por ser inexpugnable —le dijo—. Incluso Alejandro tuvo problemas con ella. Una noche, cuando estaba sitiando la ciudad, soñó que un sátiro se burlaba de él. Lo persiguió, pero continuaba esquivándolo, hasta que finalmente lo atrapó, y despertó. Sus adivinos lo interpretaron señalando que *satyros* era una combinación de dos palabras, *sa* y *Tyros*, que quieren decir «tuyo» y «Tiro». «Tiro será tuya». Sólo que llevará tiempo y esfuerzo. Y así resultó ser.

—Desgraciadamente para sus habitantes.

—Perdonó a todos los que buscaron refugio en los templos.

—Sí —dijo Gaille tensa—. Y después masacró a dos mil, crucificándolos.

—Tal vez.

—No hay duda sobre eso. Consulta tus fuentes.

—Los macedonios crucificaban con frecuencia a los criminales después de

muertos —respondió Knox con tranquilidad—. Como nosotros, los británicos, que los colgábamos de las horcas. Para disuadir a otros.

—¡Ah! —dijo con el ceño fruncido Gaille—. Pero ¿por qué consideraría Alejandro criminales a los tirios? Sólo defendían sus hogares.

—Alejandro envió heraldos para discutir los términos de la rendición antes de asediar la ciudad. Los tirios los mataron y lanzaron sus cuerpos por encima de las murallas. En esa época, eso no se hacía. —Volvió a mirar a Gaille, desconcertado por algo—. Esta tumba es demasiado ostentosa para un simple soldado, ¿no te parece? Quiero decir, una entrada, una antecámara y una cámara principal. Por no mencionar las columnas jónicas, una fachada esculpida, puertas de bronce y todas esas pinturas. Debe de haber costado una increíble cantidad de dinero.

—Alejandro pagaba bien.

—No tan bien. Además, así es como se enterraba a los reyes macedonios. Que otro hiciera lo mismo parecería..., no sé, demasiado presuntuoso.

Gaille asintió.

—Van a mover el pedestal mañana. Tal vez eso nos dé algunas respuestas. Vas a ir, ¿verdad?

—Me temo que no puedo.

—Pero tienes que venir —insistió ella—. No lo habríamos descubierto si no es por ti.

—Aun así.

—No entiendo —se quejó ella—. ¿Qué sucede?

Había dolor en su mirada, además de confusión. Knox sabía que no podía retrasarlo más. Puso cara de tener que hablar de un tema complicado, luego se levantó y se alejó unos pasos.

—¿Recuerdas que te dije que necesitaba hablarte de una cosa?

—Es ese maldito Knox, ¿verdad? —dijo gruñona Gaille—. Es tu condenado mejor amigo o algo así.

—No exactamente.

—No dejemos que se interponga entre nosotros —le rogó—. Ayer por la noche estaba hablando por hablar. De verdad, no significa nada para mí. Ni siquiera le conozco.

Knox la miró fijamente a los ojos, hasta que comenzó a darse cuenta. Después hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, le conoces —le dijo.

Capítulo 14

I

Gaille tardó un instante en asimilar por completo lo que Knox estaba diciendo. Después su expresión se volvió gélida.

—Vete —dijo.

—Por favor —le rogó—, déjame...

—Sal. Sal de inmediato.

—Mira, sé cómo te sentirás, pero...

Ella se dirigió hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Fuera! —exclamó.

—Gaille —le rogó—, déjame explicarte.

—Tuviste tu oportunidad. Me enviaste aquella carta, recuerda.

—No fue lo que tú piensas. Por favor, déjame...

Pero el recepcionista había escuchado el griterío y se encontraba ante la puerta de la habitación de Gaille; agarró a Knox por un brazo y lo sacó de allí.

—O se va —dijo— o llamo a la policía.

Knox intentó librarse de él, pero tenía unos dedos sorprendentemente fuertes, que se clavaban vengativos en el brazo, sin dejarle más alternativa que seguirlo o empezar una pelea. Llegaron al vestíbulo. El recepcionista lo metió en el ascensor, apretó el botón de la planta baja y luego cerró con fuerza la puerta.

—No vuelva —le advirtió.

El ascensor comenzó su agitado descenso. Knox estaba todavía confundido cuando llegó al vestíbulo del piso inferior y descendió los escalones de la entrada. El rostro furioso de Gaille no sólo lo había dejado asombrado, sino que también le había hecho notar que se estaba enamorando de ella. Se dirigió hacia la derecha y luego giró otra vez hacia la derecha, en dirección al callejón trasero del hotel, convertido, como tantos callejones en Alejandría, en un improvisado aparcamiento, por lo que tuvo que deslizarse entre los coches aparcados muy próximos entre sí.

Recordó, de pronto, la carta que le había enviado, todas las mentiras que había escrito. Su rostro enrojeció; se detuvo de golpe en el callejón, de manera tan abrupta que un hombre que caminaba a su espalda chocó con él. Knox alzó la mano, disculpándose, y en ese momento, notó un olor a sustancias químicas, y de pronto un paño ardiente le cubrió la nariz y la boca, y todo a su alrededor se volvió oscuro. Se dio cuenta demasiado tarde de que se había olvidado del asunto del Sinaí y de Hassan. Intentó resistirse, huir, pero el cloroformo ya estaba en su organismo, haciendo que se derrumbara en brazos de su atacante.

II

Eran apenas las once y media cuando Augustin llevó a Elena de vuelta al hotel Cecil. La había invitado a un club nocturno; ella se había disculpado por la cantidad de trabajo. Él insistió en acompañarla hasta el vestíbulo del hotel.

—No es necesario que subas —dijo secamente cuando llegaron a los ascensores—. Estoy segura de que estaré a salvo.

—Te acompañaré a tu habitación —anunció galante—. Jamás me perdonaría que te pasara algo.

Ella suspiró y sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Había un espejo en el ascensor. Se miraron cada uno a sí mismo y luego el uno al otro, cruzándose las miradas en el espejo, sonrientes por su respectiva vanidad. Elena tenía que admitir que hacían una pareja fantástica. Él la acompañó hasta la puerta de la habitación.

—Gracias —dijo estrechando su mano—. Lo he pasado muy bien.

—Me alegro.

Elena sacó la llave de su bolso.

—Te veré por la mañana.

—Sin duda. —No hizo ninguna señal de retirarse.

—¡No te habrás olvidado ya de dónde quedan los ascensores! —comentó con agudeza.

Él sonrió irónico.

—Creo que eres del tipo de mujer que no tiene miedo de lo que quiere. Tengo razón, ¿no?

—Sí.

—Bien. Entonces déjame que te lo aclare: si me pides que me vaya una vez más de verdad, lo haré.

Guardaron silencio durante unos instantes. Elena asintió pensativa para sí, mientras abría la puerta de su habitación y entraba.

—¿Y bien? —preguntó, dejando la puerta abierta a su paso—. ¿Vas a entrar o no?

III

Knox recuperó lentamente el conocimiento; sentía ardor en los labios, la nariz y la garganta, y una náusea en su estómago. Intentó abrir los ojos, pero no lo consiguió. Quiso llevarse una mano al rostro, pero sus muñecas estaban atadas a la espalda. Trató de gritar, pero tenía la boca tapada. Cuando recordó lo sucedido, su corazón comenzó una alocada taquicardia. Forcejeó arqueándose en el suelo. Algo lo golpeó con fuerza detrás de la oreja y volvió a caer en la oscuridad.

La segunda vez que se despertó fue más prudente. Dejó que sus sentidos procesaran la información que recibían. Estaba boca arriba. Una especie de alfombra blanda con un bulto en medio hacía presión sobre sus costillas.

Tenía tan fuertemente atados los tobillos y las muñecas que notaba cómo le hormigueaban los dedos. Sentía un sabor metálico en la boca, de un corte en la parte inferior de la mejilla. El aire olía pesadamente a humo de cigarrillos y gomina para el pelo. Percibió las suaves vibraciones de un motor caro. Un vehículo pasó veloz, su sonido distorsionado por el efecto Doppler. Estaba tumbado en el suelo de un coche. Lo llevaban a casa de Hassan. Un momento de pánico. El vómito le subió a la garganta, deteniéndose en el fondo de la boca. Respiró hondo buscando una idea que lo tranquilizara. Quizás no fuesen precisamente los hombres de Hassan quienes lo habían atrapado. Tal vez se trataba de mercenarios en busca de dinero. Si pudiera hablar con ellos, negociar, ofrecer un precio mejor... Intentó sentarse, y una vez más volvieron a golpearlo brutalmente en la cabeza.

Giraron a la izquierda y comenzaron a dar saltos sobre un terreno irregular. Knox apenas si consiguió sostenerse. Se golpeaba y lastimaba las costillas. Condujeron durante lo que le pareció una eternidad, y luego se detuvieron bruscamente. Se abrieron las puertas. Alguien lo agarró de los brazos, lo sacó y lo dejó caer sobre un terreno arenoso. Le dieron patadas en los costados, le arrancaron con las uñas el esparadrapo que tapaba la herida de su mejilla. Le descubrieron los ojos, llevándose algunas pestañas al hacerlo y dejándole la piel sensible. Tres hombres estaban de pie frente a él, vestidos con jerséis negros y pasamontañas. A Knox se le heló la sangre. Intentó decirse que no se cubrirían los rostros si no pensaran dejarlo con vida. No le sirvió de nada. Uno de los hombres lo arrastró de las piernas hasta un poste de madera clavado en la tierra. Cogió varios trozos de alambre de púas y los ajustó en torno a sus tobillos.

Aunque el coche estaba aparcado en batería, Knox pudo ver la matrícula. Grabó esos números en su memoria. Un segundo individuo abrió el maletero, sacó una cuerda y la dejó caer en la arena. Ató un nudo en un extremo, lo pasó por el parachoques trasero del vehículo, y tiró con fuerza para asegurarse de que resistiría. Al otro extremo hizo un nudo corredizo, se acercó a Knox, lo pasó por su cuello y lo

ajustó hasta que le pellizcó la suave piel de la garganta.

Había perdido de vista al tercer individuo. De pronto lo vio, a diez pasos de distancia, grabando todo con un móvil. Tardó un instante en darse cuenta de lo que significaba. Estaban filmando una película *snuff* para enviársela a Hassan. Eso también explicaba los pasamontañas. No querían ser reconocidos cometiendo un asesinato. Knox supo entonces que iba a morir. Pateó e intentó soltarse, pero estaba atado demasiado fuerte. El conductor aceleró el motor como un motorista lanzando un desafío. Las ruedas traseras salpicaron arena. Después comenzó a alejarse, con la soga siseando al extenderse. Knox se puso tenso; gritó dentro de su mordaza. El hombre del móvil se acercó para filmar el momento del clímax mientras la soga se elevaba, temblaba y se tensaba.

Capítulo 15

I

Confío en que tendrás buenas noticias —dijo Hassan.

Nessim, a pesar de que estaba hablando por teléfono, cerró los ojos como si rezara.

—Hemos tenido un percance, señor.

—¿Un percance?

—Otra gente se lo ha llevado.

—¿Otra gente?

—Sí, señor.

—No comprendo.

—Tampoco nosotros, señor. Fue a un hotel. Salió. Se dirigió al callejón trasero. Un hombre lo siguió. No sospechamos nada extraño hasta que un automóvil negro apareció y lo cargaron en el asiento de atrás.

—¿Quieres decir que habéis dejado que se lo llevaran?

—Estábamos al otro lado de la calle. Y pasó un tranvía.

—¿Un tranvía? —preguntó Hassan con voz gélida.

—Sí, señor.

—¿Adónde fueron?

—No lo sabemos, señor. Como le he dicho, pasaba un tranvía. No pudimos cruzar. —Aquel maldito cacharro se había quedado en medio mientras él hacía sonar el claxon, con su gordo conductor sonriéndoles, disfrutando de su frustración.

—¿Quién ha sido? ¿Quién se lo ha llevado?

—No lo sabemos, señor. Estamos trabajando en eso ahora. Si tenemos suerte, supongo que será alguien que se enteró de lo que le hicieron y piensa que pueden vendérselo.

—¿Y si no?

—De acuerdo con su expediente, tiene enemigos por todas partes. Tal vez uno de ellos lo haya capturado.

Silencio. Un latido. Dos latidos. Tres.

—Quiero que lo encontréis —ordenó Hassan—. Quiero que lo encontréis de inmediato. ¿He sido claro?

Nessim tragó saliva.

—Sí, señor, como el agua.

II

Knox se sintió muy viejo mientras caminaba fatigosamente hacia el norte, siguiendo el rastro de unas ruedas en la arena. Cuando la soga se había estirado y tensado, estaba seguro de que iba a morir. Había una diferencia cualitativa entre el hecho de saber que uno va a morir y el hecho de temer que uno pueda morir. Te hacía albergar sentimientos extraños en el corazón. Y provocaba que pensaras de forma diferente sobre el tiempo, el mundo y el lugar que ocupabas dentro él.

La soga había sido cortada limpiamente, y luego unida otra vez con cinta adhesiva. La cinta se había desprendido tan pronto como la cuerda se estiró, de modo que los dos extremos se separaron, y Knox se había quedado sobre la arena, descargando la vejiga, con el corazón saltándole como un toro aterrado, confundido por el retraso. El conductor había vuelto dando una gran vuelta en la arena para buscar a sus compañeros, que habían permanecido agachados todo el tiempo, filmando su reacción, el modo en que se había orinado encima. Todos rieron a carcajadas, como si fuera lo más gracioso que hubieran visto jamás. Uno de ellos había dejado caer un sobre por la ventanilla y luego se alejaron, dejándolo atado al palo, con los pantalones mojados y las marcas de la soga visibles sobre la garganta.

Había tardado dos horas en librarse de todas sus ataduras. Estaba temblando. Las noches del desierto son frías. Se había secado los pantalones lo mejor posible, con puñados de polvorienta arena, y luego se dirigió a ver el sobre. Blanco. No había nada escrito en él. Cuando lo abrió, cayó un poco de arena. Un peso para evitar que volara. Además de eso, sólo tenía una tarjeta de British Airways con tres palabras escritas: «Has sido advertido».

Subió a una pequeña elevación. A lo lejos, las luces de los faros de los coches se extendían en ambas direcciones en una transitada carretera. Caminó con paso lento, cansado, desanimado. Era fácil ser audaz cuando uno se enfrenta a amenazas potenciales. Esto era distinto. Y había otros en quienes pensar, sobre todo Augustin y Gaille. No podía arriesgarse a ponerlos en peligro.

Había llegado la hora de marcharse.

III

Nicolás Dragoumis era normalmente madrugador, pero esa mañana se levantó aún antes de lo habitual, nervioso como un niño en Navidad. Se dirigió directamente a su ordenador para revisar el correo. Tal como le había prometido, había uno de Gabbar Mounim. Lo descargó y descomprimió el archivo con la película impaciente, mientras leía el mensaje asintiendo. Su padre siempre había insistido en que no podían hacer daño a Knox, y Mounim dejó claro a sus hombres que no lo hirieran, al menos no de verdad. Un poco de cloroformo, un golpe en la cabeza, un par de golpes. No podía decirse que eso fuera daño. Al contrario, le haría apreciar más la vida.

Nicolás miró la película una primera vez. El secuestro de Knox; Knox inconsciente en el suelo del automóvil; Knox arrastrado por las arenas del desierto; ¡la expresión de terror cuando el coche aceleraba alejándose! Nicolás estaba exultante. ¡Pensar que esa escoria les había causado a él y a su padre tanto dolor! ¡Y verlo así ahora! Orinándose encima como un niño de ocho años. Volvió a ver el filme, y una tercera vez; su espalda se relajaba con cada imagen. Una buena noche de trabajo. Realmente una excelente noche de trabajo. Porque o mucho se equivocaba Nicolás, y no solía hacerlo cuando se trataba de juzgar el comportamiento de las personas, o ésa sería la última vez que volvería a ver a Knox.

IV

Estaba amaneciendo cuando Knox llegó por fin a la carretera de la costa, pero el tráfico era todavía escaso. Cruzó a toda velocidad, luego subió unas dunas y bajó hasta el Mediterráneo. Se quitó los pantalones y los calzoncillos, los lavó en las pequeñas olas y los escurrió lo mejor posible. Se los puso al hombro y caminó por la playa, con los pies agradablemente cubiertos por la fresca y gruesa arena.

El sol se elevó, naranja, como un feroz cometa en el espumoso rompiente de una ola. Llegó a un grupo vallado de casas de veraneo, en donde una de las puertas se balanceaba con la brisa. Parecía desierta. Muchas de esas propiedades sólo volvían a la vida durante los fines de semana y los periodos vacacionales. En muchas de las casas había cuerdas para tender la ropa, algunas con bañadores, toallas y otras prendas. Entró, pasó entre ellas hasta que vio una vieja túnica blanca y un pañuelo para la cabeza ligeramente húmedos, tal vez por lo temprano de la hora y la cercanía del Mediterráneo. Dejó sus pantalones como compensación junto con tanto dinero como le era posible. Después agarró la ropa y huyó antes de que saliera alguien que pudiera verlo.

No estaba mal que aquellos hombres le hubiesen advertido de que debía marcharse. Pero necesitaba sus tarjetas, el pasaporte y otros papeles, y todo se había quedado en casa de Augustin. Y más que nada, necesitaba su jeep. Estuvo una hora haciendo autostop hasta que un triciclo motorizado se detuvo. El conductor le habló en tosco árabe. Él respondió de igual modo, sin pensar, distraído. Hablaron de fútbol; el hombre era un fanático del Ittihad. Al cabo de un rato, Knox se dio cuenta de que lo había tomado por un egipcio, seguramente a causa de su ropa y los genes beduinos de su abuela, además del oscuro bronceado y un día sin afeitarse.

Casi no tenía dinero, así que cogió un autobús para acercarse al apartamento de Augustin y recorrió a pie el último kilómetro. Gracias a que iba muy atento, mientras serpenteaba entre los coches del aparcamiento pudo ver a dos hombres en un Freelander blanco, uno fumando un cigarrillo de liar y el otro oculto en las sombras. Se acercó. A través de la ventanilla trasera pudo vislumbrar una bolsa roja conocida, un ordenador portátil negro y una caja de cartón con sus pertenencias de la habitación del hotel del Sinaí. Volvió sobre sus pasos y se alejó. No había avanzado mucho antes de darse cuenta de que no había razón para escapar. Si Hassan hubiera querido apresararlo o matarlo, no lo habría dejado marchar la noche anterior. Esos hombres estaban allí, probablemente, para asegurarse de que se había marchado.

Regresó y avanzó sin ocultarse hasta los escalones de la entrada, de espaldas al Freelander, confiando en que sus ropas egipcias funcionaran como un manto de invisibilidad. El portero estaba fregando las baldosas de terracota. Knox pasó por el lado de la parte húmeda y se arriesgó a echar una mirada hacia atrás mientras

esperaba el ascensor. Los hombres seguían sentados en el Freelander. Cogió el ascensor hasta el séptimo, bajó por las escaleras un piso, agachándose por debajo del nivel de las ventanas, y entró en el apartamento. No había ni rastro de Augustin. Evidentemente estaba entretenido en otra parte. Knox guardó sus pertenencias, escribió una breve nota agradeciendo a su amigo su hospitalidad, informándole de que se marchaba y prometiéndole llamarlo en el momento oportuno. Estaba terminando cuando oyó pasos en el exterior, y luego una llave en la cerradura. Miró horrorizado y se quedó paralizado mientras se movía el picaporte, se abría la puerta y entraba Nessim con una bolsa de plástico transparente con un equipo electrónico en su mano izquierda.

Capítulo 16

I

Knox y Nessim se quedaron paralizados por un momento, los dos sorprendidos. Nessim se recuperó primero, y buscó en el interior de su chaqueta. Al ver la cartuchera, Knox reaccionó. Se lanzó contra Nessim, y lo tiró de espaldas al suelo. Su pistola salió rodando, y cayó por el hueco de las escaleras seis pisos antes de estrellarse contra el suelo. Knox se dirigió hacia las escaleras mientras Nessim se ponía de pie. Corrieron hacia abajo, saltando los escalones, rebotando contra los muros al torcer en los descansillos. Nessim le seguía a corta distancia. Knox llegó al vestíbulo de la planta baja. El suelo todavía estaba húmedo. Se detuvo lo suficiente como para no caerse, pero a Nessim los pies le fallaron y resbaló contra los ascensores, torciéndose el tobillo. Maldijo en voz alta al tiempo que Knox salía por la puerta a toda velocidad en dirección a su jeep. Echó una mirada a su espalda. Nessim ya estaba fuera también, cojeando lastimosamente. Había recuperado su arma, pero la sostenía contra el cuerpo. Aquella calle estaba demasiado concurrida como para emprenderla a tiros. Le gritó a su compañero, que encendió el motor del Freelander y se acercó para que subiera.

Knox corrió hacia su jeep, subió de un salto y lo puso en marcha, encendiendo a la primera. Se alejó de inmediato por un estrecho callejón hasta la calle principal, a la que se incorporó a tal velocidad que los coches que venían detrás de él tuvieron que esquivarlo y frenar, con lo que algunos se atravesaron peligrosamente en el camino e hicieron sonar los cláxones como gansos furiosos: echó una mirada al retrovisor. El Freelander trataba de abrirse paso en aquel atasco repentino. Knox sacó ventaja, dobló dos veces a la izquierda, y se perdió en el laberinto de calles; comprobaba constantemente los espejos retrovisores, pero no había señal de sus perseguidores. Se permitió relajarse un poco. Después volvió a mirar sus espejos y los descubrió detrás de él. «¿Cómo demonios se las han ingeniado?», pensó. Pisó el acelerador, pero el Freelander, más rápido y manejable, lo estaba alcanzando, inexorable.

Un poco más adelante, en un paso a nivel, un tren de pasajeros se acercaba lentamente a la carretera. Los vehículos aminoraron la velocidad para dejarlo pasar. Knox pisó el acelerador a fondo y esquivó el tráfico que venía en dirección contraria, haciendo sonar furiosamente el claxon para que se apartaran. El tren siguió avanzando. Casi no había sitio para pasar, pero él mantuvo el pie en el acelerador y se lanzó hacia las vías. La máquina del tren pasó rozando su parachoques trasero, y salió despedido contra un poste de madera, pero ya del otro lado. Volvió a su carril con la carretera despejada al frente, ignorando los puños alzados y los furiosos bocinazos. Volvió a mirar por el retrovisor. El tren se había detenido por completo en la carretera. Tenía por lo menos un minuto, tal vez dos. Dobló en una esquina y aparcó.

Nessim no habría podido encontrarlo persiguiéndolo, y mucho menos en un

laberinto como Alejandría. Si la casa de Augustin estaba bajo vigilancia, seguramente habrían encontrado su jeep. Se arrodilló. El transmisor estaba pegado a la carrocería. Lo quitó y corrió hacia la calle, paró un taxi y le pagó al conductor para que llevara el aparato al hotel Sheraton, en Montazah Bay. Después regresó velozmente a su jeep y se alejó en dirección contraria.

Nessim no era tonto. Pronto se daría cuenta de que había sido engañado. Knox tenía que aprovechar esta oportunidad al máximo. Pero Alejandría no era como Londres, con cien vías de escape. Sus opciones eran ir al sur hacia El Cairo, al este a Port Said o al oeste a El Alamein. Nessim tendría apoyo, con toda probabilidad. Hassan no operaba con poco presupuesto; tendría cubiertas esas rutas, a la espera de un viejo jeep verde. Así que tal vez debería quedarse tranquilo hasta que bajaran la guardia. Pero ¿dónde? Él era peligroso, no se atrevía a arriesgar la vida de ningún amigo. Nessim investigaría todos los hoteles de Alejandría. Y no podía quedarse en la calle: cualquiera podría verlo. Necesitaba esconderse.

La idea, cuando se le ocurrió, era tan descabellada y tan adecuada que lanzó una carcajada y casi se estrella contra la camioneta que iba delante de él.

II

Una desagradable sorpresa esperaba a Nicolás Dragoumis cuando él y su guardaespaldas, Bastiaan, se dirigieron desde el aeropuerto de Alejandría hasta la necrópolis. Lo único que quería hacer era separar el pedestal de inmediato y ver qué había debajo, pero Ibrahim, evidentemente, había decidido montar un verdadero espectáculo. Los excavadores estaban alineados como un comité de bienvenida para estrecharle la mano, y había mesas preparadas, con manteles blancos y tazas para el té y pasteles de crema de asqueroso aspecto. Era evidente que esperaban que conversara con esa gente. No era precisamente su fuerte ser cortés con seres insignificantes. Pero estaba jugándose algo importante, así que apretó los dientes, escondió su mal humor e interpretó su mejor papel.

III

Knox se detuvo delante del primer cajero automático que vio y sacó dinero. Hassan sabía que estaba en Alejandría; no había razón para tomar tantas precauciones. Después se dirigió a comprar suministros: una cómoda bolsa impermeable, comida, agua, una linterna submarina, una linterna normal, pilas de repuesto, libros para leer. En una tienda de repuestos para automóviles compró una funda verde para coches. Luego se encaminó hacia el imponente barrio residencial al sur de la estación central de ferrocarril, aparcó su jeep y lo cubrió con la funda.

Guardó todo lo demás en su bolsa impermeable y se la ató firmemente en torno a la cintura, dejando el bulto sobre su estómago; daba el aspecto de estar simplemente obeso bajo su ropa. Después se apresuró a llegar a la necrópolis. Enseñó su pase del CSA al guardia de seguridad que había en la escalera, que le permitió el acceso con una inclinación de cabeza y sin siquiera un murmullo. En la rotonda, dos trabajadores estaban colocando una puerta de acero en la entrada a la tumba macedonia; les supervisaba Mansoor, que echó una mirada al ver pasar a Knox.

Mansoor frunció el ceño al reconocerlo.

—¡Tú! —gritó—. ¡Alto!

Pero Knox continuó avanzando, abriéndose paso entre los excavadores que subían con los capazos repletos de huesos humanos en dirección a la rotonda. Los pasos a su espalda sólo hicieron que acelerara su marcha. Ya habían sacado buena parte de los materiales de algunas de las cámaras, y las luces habían sido retiradas para ser colocadas en otros lugares más necesarios. Él tenía intención de esconderse en una y ocultarse en uno de los *loculi* vacíos hasta la caída de la noche. Ahora no tendría esa oportunidad.

—¡Eh! —gritó Mansoor a sus espaldas—. ¡Detengan a ese hombre, quiero hablar con él!

Knox se apresuró, bajó los escalones, hasta que llegó al nivel del agua y no pudo avanzar más. Desde que habían retirado la bomba, el agua había subido otra vez, por lo que el nivel había alcanzado su altura original. No tenía tiempo. Entró lentamente en el agua, para no agitarla demasiado. Se escaparon algunas burbujas de su ropa; la bolsa impermeable en torno a su cintura se hinchó intentando flotar. Los hombres que lo seguían, revisando las cámaras a su paso, se acercaban a donde estaba él. Llenó los pulmones con aire, apoyó su mano sobre el muro izquierdo y luego metió la cabeza debajo del agua oscura y se impulsó por el corredor, nadando de memoria.

Su necesidad de aire se incrementó. Llegó a la tercera cámara y nadó hasta la esquina superior, aliviado al descubrir que su brújula interna no le había fallado. Salió del agua y se subió a la cámara situada debajo de la rotonda, con la bolsa impermeable llena de provisiones todavía en torno a su cintura. Se quitó las prendas

empapadas, desató la bolsa, se secó y se puso unos pantalones y una camiseta. No era exactamente el Ritz, pero se mantendría a salvo, durante un tiempo al menos. Un metro cúbico de aire le duraría casi una hora, si no realizaba esfuerzos. Ese lugar tenía unos cuarenta y ocho metros cúbicos, lo cual quería decir que podía permanecer allí esa noche y el día siguiente. Después volvería, una vez que los excavadores se hubieran marchado; se ocultaría durante la noche en uno de los *loculi* vacíos, antes de salir con el resto a almorzar. Siempre que nadie se diera cuenta del lugar en el que se hallaba oculto, por supuesto.

Knox trató de ponerse cómodo, pero no era fácil. Solo y en la oscuridad, rodeado por tumbas sumergidas llenas de esqueletos, esperando que alguien apareciera en cualquier momento, no era sorprendente que notara una cierta angustia. Pero a medida que pasaba el tiempo, se sintió invadido también por otras emociones. Envidia. Furia. Fue él quien se había dado cuenta de que había algo bajo el pedestal. Sin embargo se encontraba allí escondido como un fugitivo, mientras el resto se disponía a moverlo. ¡Y él estaba tan cerca! Al fin y al cabo, la necrópolis descendía en una gran espiral, por lo que la tumba macedonia estaba a unos pocos metros de donde se encontraba él en ese momento.

«Sí —pensó, frunciendo el ceño—, a unos pocos metros».

Aun en las mejores condiciones, extraer piedra era un trabajo brutal. Era el doble de difícil si la única vía de acceso era un pasadizo estrecho. La electricidad hacía que uno olvidara lo dificultoso que había sido el problema de la iluminación en la Antigüedad. Las velas y las lámparas de aceite consumían oxígeno, por lo que los rudimentarios sistemas de ventilación eran fundamentales. Dos puntos de acceso eran mucho mejor que uno, al permitir la circulación de los trabajadores y del aire. Y cuando hubieran finalizado los trabajos en aquella especie de catacumba y la necesidad de mantener el secreto se hubiera vuelto imperiosa, habrían tenido sentido sellar los principales accesos, tal vez cubriéndolos con piedras y realizando un pavimento de mosaico en su superficie.

Dejó la lámpara en el suelo y luego comenzó un diligente trabajo de inspección de los muros, golpeándolos con la base de su linterna, escuchando el eco, esperando oír uno un poco más sordo que pudiera indicar una cavidad por detrás. Trabajó de abajo hacia arriba, luego se desplazó medio metro a la izquierda y comenzó otra vez. Nada. Revisó los suelos y los techos. Nada tampoco. Apretó, frustrado, los dientes. Aquella teoría tenía sentido. Sin embargo, todo parecía indicar que se había equivocado.

IV

Nicolás se había comportado tan educadamente como pudo. Agarró a Ibrahim del brazo y lo llevó a un rincón.

—Quizás podríamos comenzar —dijo tenso—. Necesito regresar a Tesalónica esta noche.

—Por supuesto. Sí. Pero hay una persona más a quien deseo que conozca.

—¿A quién? —suspiró Nicolás.

—Mohammed el-Dahab —dijo Ibrahim, señalando a un hombre imponente—. Es el encargado de la empresa constructora.

—¿Y después podremos empezar?

—Sí.

—Bien. —Se acercaron—. *Salaam alekum* —dijo Nicolás secamente.

— *Wa alekum es salaam* —respondió Mohammed—. Y gracias, muchas gracias.

Nicolás frunció el ceño.

—¿Por qué?

—La niña enferma de la que le hablé —dijo exultante Ibrahim— es la hija de Mohammed.

Nicolás los miró a ambos, sorprendido.

—¿Quiere decir que de verdad existe una niña enferma?

—Por supuesto —replicó Ibrahim, frunciendo el ceño—. ¿Qué se había creído?

—Perdóneme. —Nicolás se rió—. He estado tratando demasiado tiempo con sus compatriotas en El Cairo. Asumí que era *baksheesh*.

—No —dijo Mohammed enérgicamente—. Ese dinero hace que todo sea distinto para nosotros. Su dinero le ha dado una oportunidad a mi hija. Tendremos los resultados hoy por la noche. Pero no importa lo que nos digan; mi familia estará siempre en deuda con usted.

—No ha sido nada —dijo Nicolás—. De verdad. —Se volvió hacia Ibrahim y miró su reloj—. Ahora, en serio, tenemos que empezar —insistió.

V

Knox se sentó en la oscuridad con su espalda apoyada contra uno de los muros de carga y comenzó a moverse el nudillo de su pulgar, frustrado. Era demasiado lógico que ese lugar estuviera conectado con la cámara inferior. Pero había revisado cada centímetro cuadrado de la cámara exterior hasta donde podía llegar, casi todo, excepto las zonas tapadas por los muros de carga.

Frunció el ceño. Tenía que haber por lo menos medio metro de piedra caliza por encima de su cabeza, y sin embargo había muros de carga. Se puso de rodillas, posando las palmas de sus manos contra ellos, apoyando la mejilla contra la piedra, como si quisiera oír sus secretos. ¿Por qué motivo se habrían preocupado de elevarlos? Esta cámara estaba excavada en la roca sólida. El techo no necesitaba ningún soporte. Había docenas de cámaras en esta necrópolis, y docenas de necrópolis en Alejandría. En ninguna de ellas Knox había visto nunca muros como aquéllos. Así que tal vez no fueran, después de todo, muros de carga. Podrían haber tenido otro objetivo. Quizás ocultaban algo.

Caminó de un lado al otro, inspeccionándolos con atención. Estaban constituidos por seis columnas de seis bloques. Cada bloque medía alrededor de treinta centímetros de ancho, treinta de alto y un metro de largo, apoyados oblicuamente. Cada uno lindaba con el muro exterior en uno de los extremos. Si estas paredes estuvieran de verdad ocultando algo, entonces lo encontraría en ese lugar. La antigua argamasa entre los bloques se había deshecho. Empujó con fuerza el bloque superior. Se movió, lento, rascando la superficie, revelando por detrás sólo un muro sólido. Lo abandonó por el momento y comenzó con la segunda pared. Esta vez, cuando empujó el bloque superior, pudo ver una pequeña abertura por detrás. Intentó empujar los dos bloques superiores a la vez, pero eran demasiado pesados. Se subió al muro exterior como un montañero trepando por una pared rocosa, y luego usó los pies para empujar los bloques con tanta fuerza como pudo en precario equilibrio entre los bloques restantes por debajo y el techo por encima. Se dejó caer una vez más para inspeccionar lo que había quedado al descubierto. Un estrecho agujero que daba a un espacio compacto del tamaño de una alacena y otro muro en el extremo. Se llenó los bolsillos con todo aquello que pudiera necesitar, y luego entró de cabeza, amortiguando la caída con las manos y lanzando un gruñido.

Encendió su linterna, se sacudió las manos e inspeccionó el muro más alejado. Estaba construido con ladrillos en lugar de bloques de piedra, lo suficientemente pequeños para que una persona los manejara con relativa facilidad. Knox sintió que se agitaba su respiración al apoyar la palma de la mano en la pared.

Lo que hubiese al otro lado tenía que estar conectado con el pedestal que Ibrahim iba a mover en cualquier momento. Apoyó una oreja contra el tabique, pero no oyó

nada. Era una locura intentar avanzar. Si lo encontraban, tendría que enfrentarse a una larga estancia en la cárcel. Pero estaba tan cerca... Seguramente un ladrillo no causaría ningún daño. Si tenía cuidado.

Raspó la argamasa suelta, y luego retiró un ladrillo que dejó con gran cuidado en el suelo. Escuchó con atención durante medio minuto. El silencio era total. Intentó mirar al otro lado, pero el agujero era demasiado pequeño para alumbrar con la linterna y mirar por él al mismo tiempo. Pasó entonces la linterna por el agujero, luego observó lo mejor que pudo por el espacio paralelo a su brazo. Pero la linterna apuntaba ahora al lugar equivocado y no pudo distinguir nada. Al intentar girar la mano, sus dedos se abrieron un poco, involuntariamente, y la linterna se deslizó fuera de su alcance. Intentó agarrarla, pero cayó describiendo una espiral y aterrizó con un golpe sobre aguas poco profundas. El rayo de luz trazó fantasmales círculos blancos sobre la pared opuesta.

Capítulo 17

I

Knox no tenía más remedio que recuperar su linterna. Ibrahim, Mansoor y los demás estaban a punto de levantar el pedestal. Si la encontraban, lo descubrirían. Además, tenía tiempo. El lugar estaba en silencio. Comenzó a dismantelar el muro de ladrillos, uno a uno, colocándolos en orden en el suelo, con la antigua argamasa todavía sobre ellos, de modo que pudiera reconstruir la pared tal cual la había encontrado. Cuando la abertura fue lo suficientemente grande, metió la cabeza, y notó un fuerte olor a amoníaco. Era un pasadizo abovedado, bajo, con un suelo húmedo, como una cloaca victoriana. Sus muros, compuestos por una especie de almohadillado, y no excavados, tal vez para disimular el pasaje que acababa de cruzar, aunque cabía la posibilidad de que los antiguos la considerasen la construcción más prestigiosa de la excavación.

Se inclinó para coger la linterna, pero no llegaba a alcanzarla sin apoyarse sobre el muro, y no confiaba en que resistiera su peso. Sacó dos hileras más de ladrillos y luego pasó por encima de los que quedaban. Sintió el roce del agua en su pie desnudo mientras se agachaba a buscar la linterna. Escuchó con atención. Nada, sólo silencio. Ya que estaba allí, sería absurdo no echar un vistazo.

Avanzó salpicando por el corredor, apartando telas de araña, imaginando anguilas y otras criaturas nocturnas en torno a sus pies desnudos. Después de recorrer unos cinco metros, llegó a una cámara compacta, debajo de una abertura circular, como una chimenea en el techo, tapada por una especie de losa. El pedestal, sin duda. Se dirigió en dirección opuesta y llegó a una puerta de mármol con una inscripción en griego antiguo grabada sobre el arquitrabe.

Juntos en la vida, juntos en la muerte. Kelonymus.

Kelonymus. El nombre le resultaba familiar, al igual que el de Akylos. Pero no recordaba por qué, y el tiempo era escaso, así que pasó por debajo, y llegó al pie de una serie de escalones de piedra que se abrían como un abanico al ascender. Y en la cima...

—¡Santo Dios! —murmuró Knox.

II

—¿Qué está pasando? —quiso saber Nicolás mientras un considerable grupo de arqueólogos y otros invitados descendían por la escalera de la rotonda.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ibrahim, frunciendo el ceño.

—¿Toda esa gente? —dijo Nicolás—. No puede invitarlos a todos.

—Sólo para que vean desde la antecámara. Éste es un momento importante para nosotros.

—No —dijo Nicolás—. Usted, nuestra arqueóloga Elena y yo. Nadie más.

—Pero ya...

—Hablo en serio. Si quiere el resto del dinero del Grupo Dragoumis, sacará a toda esa gente de aquí ahora.

—No es tan fácil —se quejó Ibrahim—. Necesitamos a Mohammed para levantar el pedestal. Y a la chica para que saque fotografías. Momentos como éste no son frecuentes, ya sabe.

—Bien, esos dos. Nadie más.

—Pero...

—Nadie más —ordenó secamente Nicolás—. Esto no es un circo. Se supone que es una excavación seria.

—Bien —suspiró Ibrahim. Y se volvió con el corazón apesadumbrado a decepcionar al grupo de expectantes arqueólogos.

III

Knox se quedó boquiabierto mientras iluminaba con su linterna la cámara, como un reflector sobre una ciudad bombardeada. Se esforzaba por creer lo que estaba viendo. A su derecha, se había excavado una terraza en la piedra caliza. Dieciséis larnakes o sarcófagos estaban de pie sobre dos estantes, treinta y dos en total. Jarras de vidrio se habían caído de los estantes al suelo, desparramando su contenido de piedras preciosas y semipreciosas. También en el suelo, infinidad de utensilios maravillosos: espadas, lanzas, escudos y ánforas de plata y arcilla. En el muro más alejado, con incrustaciones de mármol blanco, estaba grabada una gran inscripción, aunque demasiado lejos para poder distinguir lo que decía.

Pero, en realidad, fue el muro izquierdo lo que dejó fascinado a Knox. Se trataba de un enorme mosaico, delimitado en la parte superior por una franja de color turquesa, que representaba el cielo y rodeaba al tema central como una marca de tiza en torno a un cadáver: treinta y tres hombres, claramente soldados, aunque no todos armados, reunidos en dos grupos, uno al frente, el otro un poco más atrás. Aparecían relajados y alegres. Algunos hablaban entre sí, apoyando los brazos sobre su compañero. Otros luchaban en la arena o jugaban a los dados. Pero, arrodillado en el centro, estaba el tema central del mosaico, y claramente el jefe del grupo: un hombre delgado y apuesto de cabellos cobrizos que fijaba la mirada más allá del muro. Sus manos estaban apoyadas en la empuñadura de la espada, enterrada profundamente en la arena. Knox parpadeó. Nadie podía estudiar historia grecorromana sin conocer los mosaicos. Y sin embargo nunca había visto nada parecido.

No tenía una cámara consigo, excepto la de su móvil. Desde el episodio del Sinaí ni siquiera lo había encendido, pues le preocupaba que pudiera ser rastreado por Hassan, pero no habría manera de localizar la señal a semejante profundidad. Entró de puntillas en la cámara, fotografiando el mosaico, los sarcófagos, los objetos diseminados por el suelo, la inscripción. Estaba tan absorto que sólo cuando oyó deslizarse las piedras a su espalda recordó, demasiado tarde, que estaban levantando el pedestal.

Capítulo 18

I

Bastiaan y tres fornidos guardias de seguridad egipcios mantenían a los irritados arqueólogos alejados de la tumba macedonia, mientras Mohammed y Mansoor intentaban levantar el pedestal como habían hecho el día anterior, maniobrando los extremos de las palancas en uno de los ángulos y haciendo fuerza. Esta vez se movió con más facilidad. Lo alzaron unos centímetros para que Ibrahim pudiera meter un gato hidráulico; lo elevaron lo suficiente como para poder deslizar una plataforma rodante por debajo. Después repitieron el proceso en el otro extremo y empujaron el pedestal contra uno de los muros.

Había un oscuro conducto en el suelo, tal como había vislumbrado Ibrahim. Todos se congregaron a su alrededor. Mansoor iluminó con su linterna. La luz se reflejó brillante, a cinco metros de profundidad.

—Agua —dijo Mansoor—. Yo bajaré primero. —Se volvió hacia Mohammed—. Ata un nudo a una cuerda. Me bajarás, ¿vale?

—Sí —accedió Mohammed.

II

Knox no tenía tiempo para sutilezas. Puso la mano sobre su linterna para oscurecerla, pero permitiendo que pasara la suficiente luz como para poder ver lo que hacía, y luego se quitó la camiseta para borrar sus huellas en el polvo mientras se alejaba retrocediendo por la cámara y bajaba los escalones. Pero Mansoor ya estaba descendiendo por una cuerda, iluminando con una linterna a su alrededor y por el corredor, de modo que Knox tuvo que agacharse para ocultarse.

—¡Hay un corredor! —gritó Mansoor, mientras soltaba la cuerda y chapoteaba en las aguas poco profundas—. Echaré un vistazo.

—No —dijo Ibrahim—. Espera.

—Pero sólo...

—Espéranos.

La linterna se apagó por un momento. Knox echó otro vistazo, vio la cuerda deslizarse hacia arriba. Pero entonces Mansoor encendió otra vez su linterna e iluminó el corredor, evidentemente frustrado, lo que impedía a Knox escapar sin ser visto. Alguien más estaba descendiendo ahora. Se trataba de Gaille, que giraba de un lado a otro apoyada en el estribo de la cuerda. Mansoor se volvió para ayudarla. Era la única oportunidad de Knox. Salió corriendo por el pasadizo hacia el muro desmantelado intentando no remover demasiado el agua.

Pero Gaille dio un grito de alarma.

—¡Hay alguien ahí! —exclamó.

Knox pasó a través del agujero de la pared mientras Mansoor iluminaba el corredor con su linterna.

—No hay nadie. —Se rió—. ¿Cómo sería posible?

—Podría haberlo jurado —dijo Gaille.

—Es sólo tu imaginación —dijo Mansoor—. Estos lugares provocan ese efecto.

Knox escuchaba a medias, con el corazón latiendo desbocado mientras reconstruía frenético el muro desde dentro. No podía arriesgarse a usar su linterna, por lo que tenía que trabajar a tuestas aprovechando la escasa luz que llegaba desde Mansoor, Gaille y el resto, que descendían uno a uno. Cuando estuvieron todos abajo, el tabique había sido reconstruido sólo en sus tres cuartas partes.

—Vale —dijo Ibrahim—. Adelante.

Knox se quedó petrificado. Ya no podía hacer nada, excepto aplastarse contra las sombras y rezar. Las linternas parpadearon y se encendieron, hasta volverse casi cegadoras. Todavía había un gran agujero en el muro. Tenían que verlo. Pero, por algún motivo, uno tras otro avanzaron con la cabeza gacha, mirando al suelo para asegurarse de no tropezar. Ibrahim, Mansoor, Elena, Gaille y detrás, sorprendentemente, Nicolás Dragoumis. ¡Nicolás Dragoumis! La ejecución fingida

de la noche anterior había adquirido, de pronto, un cariz diferente.

Hicieron una pausa, como él había hecho antes, y leyeron la inscripción en el arquitrabe.

—¡Mirad! —dijo Elena excitada, dando un codazo a Nicolás—. ¡Kelonymus!

Su tono y la presencia de Nicolás Dragoumis activaron la memoria de Knox y recordó por fin por qué los nombres Kelonymus y Akylos le resultaban tan familiares.

III

Ibrahim fue el primero en entrar en la cámara. Permaneció de pie en asombrado silencio mientras los otros llegaban, detrás de él, y ocupaban el escalón inferior. Miró, casi embriagado, a su alrededor. Sólo cuando Nicolás hizo el gesto de entrar en la cámara recuperó el sentido.

—¡Alto! —dijo—. Que nadie entre.

—Pero...

—Que nadie entre —repitió. Sentía, de pronto, que tenía autoridad. Él era allí el representante del Consejo Superior de Antigüedades, y esto, nadie podía dudarlo ni por un instante, era un hallazgo de importancia histórica. Le hizo un gesto a Mansoor—. Tenemos que informar a El Cairo de inmediato.

—¿A El Cairo? —dijo Nicolás, con un gesto de disgusto—. ¿Es realmente necesario? Seguramente esto no es un asunto para...

—Esto es un asunto para quien yo diga que lo es.

—Pero...

—Usted financia esta excavación y apreciamos su ayuda, pero esto ya no es asunto suyo. ¿Está claro?

Nicolás tuvo que forzarse a sonreír.

—Lo que usted diga.

—Gaille, sacarás fotografías, ¿vale?

—Claro.

—Mansoor, tú te quedas con ella.

—Sí.

—Yo avisaré a Mohammed y a los guardias de seguridad para que no dejen que baje nadie más. Haré que se despeje la necrópolis. Cuando Gaille haya sacado suficientes fotografías, volveremos a colocar el pedestal en su sitio. Luego nos aseguraremos de que el lugar quede vacío y sellaremos la entrada de la escalera. Estoy seguro de que Mohammed podrá encontrar la manera. Sellada por completo. Nadie podrá entrar ni salir. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Haré que Maha contrate vigilancia las veinticuatro horas. No se marcharán hasta que ellos lleguen. Después vendrán con Gaille a mi casa. Tráela tú mismo. Y no pierdas de vista ni por un momento su cámara.

—Sí, señor.

—Yo voy ahora mismo a notificar al Consejo Superior de Antigüedades que acabamos de realizar el descubrimiento más importante de la historia moderna de Alejandría.

IV

Knox terminó de reconstruir el muro en silencio antes de que Ibrahim y los otros se marcharan. Pero Gaille y Mansoor se quedaron sacando fotos, por lo que no se atrevió a moverse, temeroso de que el menor ruido los alertara y lo descubrieran. Notaba calambres en los muslos y las pantorrillas, hasta que Mansoor por fin quedó satisfecho y se fueron.

No tenía tiempo que perder. Si no salía rápidamente, se quedaría encerrado junto a los otros cadáveres. Eliminó de la zona todo rastro de su paso, luego se deslizó hacia la cámara debajo de la rotonda y volvió a colocar los bloques tal como los había encontrado. Se desnudó, metió todo en su bolsa y la dejó caer al agua; respiró hondo y luego nadó de vuelta hasta los escalones, tirando de la bolsa. Tuvo suerte: no había nadie esperando. De hecho, toda la necrópolis estaba amenazadoramente oscura y silenciosa. Se secó, se puso los pantalones y la camiseta, llenó sus bolsillos con todo lo de valor y guardó el resto en el fondo de un *loculus* vacío. Después se dirigió deprisa hacia la rotonda. Se oían ruidos metálicos y martilleos según se acercaba. Miró a lo alto y vio que la luz del día estaba parcialmente eclipsada por una plancha metálica oscura, y que una segunda plancha estaba siendo colocada al lado para acabar de cerrar del todo. Knox corrió escaleras arriba, con los muslos doloridos, y salió de un salto justo en el momento en que colocaban la plancha en su lugar. Todos observaron incrédulos cómo salía rodando, se ponía de pie y corría hacia la salida.

—¡Detenedlo! —gritó Mansoor—. ¡Que alguien lo detenga!

A la salida, dos guardias de seguridad le bloquearon el paso. Knox bajó un hombro, hizo una finta hacia la derecha, cambió de dirección hacia la izquierda, cargó contra uno de los guardias y salió a toda velocidad a la calle, donde cruzó por medio del tráfico esquivando un minibús, y poniendo distancia entre él y el grupo que lo perseguía y que gritaba para que la gente lo detuviera mientras llamaba por los móviles. Se desvió por un callejón en dirección a su jeep, con tres hombres siguiéndolo de cerca. Un tendero saltó para bloquearle el paso, pero él se zafó de su débil placaje mientras miraba hacia atrás y veía que sus tres perseguidores se acercaban. De repente aparecieron dos soldados delante de él aferrando sus armas. Aquello se estaba poniendo feo muy deprisa; le dolía el pecho, notaba una punzada en el costado y las piernas le pesaban por el esfuerzo realizado. Saltó un muro, se arrastró por debajo de una puerta, y luego corrió por el oscuro callejón en donde había dejado su jeep. Al llegar junto al automóvil, levantó la lona lo suficiente para meterse debajo, abrir la cerradura y la puerta, subir y dejarse caer sobre los asientos delanteros. Entonces intentó recuperar el aliento y a la vez mantenerse en silencio mientras escuchaba pasos frenéticos que se apresuraban por el callejón y rezaba confiando en que no lo hubieran visto.

Capítulo 19

I

Ibrahim saludó impaciente a Gaille y a Mansoor cuando por fin llegaron a su villa.

—Ha habido un problema en la excavación —explicó Mansoor—. Un intruso.

—¿Un intruso?

—No te preocupes, ni siquiera se acercó a la tumba macedonia.

—¿Lo habéis atrapado?

—Todavía lo están buscando. No irá lejos. —Le enseñó el móvil—. Llamarán cuando haya novedades.

—Bien. ¿Y la necrópolis?

—Sellada. Los guardias están en su sitio. Estará protegida por el momento. ¿Has hablado con Yusuf?

—Está en una reunión —dijo Ibrahim.

—¿Una reunión? —Mansoor frunció el ceño—. ¿No pediste que lo avisaran?

Las mejillas de Ibrahim enrojecieron.

—Ya sabes cómo es. Pronto llamará. —Se volvió a Gaille—. ¿Puedo ver tus fotos?

—Claro.

Ella descargó las imágenes en el ordenador y las fue abriendo una a una. Todos rodearon la mesa de la cocina para mirarlas.

—Demótico —murmuró con pesadumbre Ibrahim, cuando ella le enseñó la inscripción—. ¿Por qué tenía que ser demótico?

—Gaille sabe demótico —dijo Elena—. Está trabajando en el proyecto del diccionario de la Sorbona.

—¡Excelente! —se alegró Ibrahim—. Entonces ¿puedes traducirnos esto?

Gaille se rió secamente. El demótico era tosco, algo que Ibrahim debía de saber perfectamente. Pedirle que tradujera el texto era como preguntarle a alguien si hablaba inglés y después dirigirse a esa persona en una variante muy local del anglosajón vulgar.

El egipcio antiguo había sido una de las principales lenguas habladas, pero este idioma se había escrito con una variedad de alfabetos diferentes. El primero era el jeroglífico, con los estilizados pictogramas conocidos de los templos, las tumbas y las películas de Hollywood. Esta forma de escritura había aparecido por primera vez alrededor del año 3100 a. C. Los primeros egiptólogos habían dado por hecho que esta escritura era pictórica, y que cada símbolo representaba un concepto. Pero tras el descubrimiento de la piedra de Rosetta, con un texto idéntico escrito en jeroglífico, demótico y griego antiguo, Thomas Young primero y luego Jean-François Champollion habían deducido que esos pictogramas tenían valor fonético, además del

simbólico; que eran, dicho de otro modo, letras que podían ser combinadas de múltiples maneras para formar palabras y, por tanto, un amplio vocabulario, y que ese idioma tenía su propia sintaxis y gramática.

Los jeroglíficos, aunque eran muy adecuados para decorar los muros de los templos y palacios y los documentos oficiales, resultaban demasiado elaborados para ser prácticos en el uso cotidiano. Casi desde el principio se desarrolló simultáneamente un alfabeto más sencillo y práctico. Éste fue conocido como hierático, y se había convertido en el utilizado en la literatura, los negocios y la administración del antiguo Egipto, motivo por el cual era frecuente encontrarlo en materiales más baratos, como madera, papiro y arcilla. Posteriormente, alrededor del año 600 a. C., evolucionó una tercera escritura llamada demótica, reduciendo el hierático a una serie de trazos, guiones y puntos, una especie de taquigrafía egipcia. Para complicar aún más la cosa, el demótico no tenía ni vocales ni espacios entre palabras, su vocabulario era abundante y coloquial y su alfabeto variaba de forma notable de una región a otra; evolucionó ampliamente a lo largo de los siglos, por lo que llegó a representar en realidad multitud de lenguas emparentadas, no una sola. Su estudio había llevado muchos años de dedicación, que se había traducido en una serie de diccionarios del tamaño de un Volkswagen. Dependiendo de cómo fueran la inscripción y los recursos que Gaille tuviera a su disposición, descifrarlo podía llevarle horas, días o incluso semanas. La filóloga concentró todo eso en una irónica mirada a Ibrahim.

—Sí, ya lo sé —dijo él, que tuvo la cortesía de sonrojarse—. Pero aun así...

Gaille suspiró, aunque en realidad estaba encantada con tal desafío. La estancia estaba demasiado oscura como para haber podido leer antes gran parte de la inscripción. Pero su cámara fotográfica tenía una resolución increíble y sus fotografías eran nítidas, a pesar del polvo y las telas de araña, haciendo que los caracteres demóticos fueran claramente legibles. Amplió el texto. Había algo en la inscripción que la inquietaba, pero no sabía qué era.

—¿Y bien? —preguntó Ibrahim.

—¿Podrían dejarme un minuto a solas?

—Por supuesto. —Hizo salir a todo el mundo para darle un poco de tranquilidad.

II

Knox permaneció completamente inmóvil sobre los asientos delanteros de su jeep. El grupo que lo perseguía se había detenido justo delante de él, y ahora estaban discutiendo sus planes y recuperando el aliento. El sudor se le estaba secando, lo que le producía escalofríos a pesar del calor que hacía. El jeep se movió cuando alguien se sentó sobre el capó. Oyó el chasquido de una cerilla y de cigarrillos que se encendían, y gente comentando y tomándose el pelo mutuamente por ser demasiado lentos, demasiado viejos. El jeep emitió un crujido cuando alguien más se apoyó sobre él. ¡Cristo! ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que a alguien se le ocurriera mirar debajo de la lona? Pero no había nada que pudiera hacer, salvo permanecer inmóvil. Nada que hacer, excepto planes.

Sí, ¿qué planes? Hassan, Nessim, los Dragoumis, la policía y el ejército le perseguían, y Dios sabía quién más. No podía arriesgarse a encender su móvil para mirar las fotos, porque Nessim podía rastrear la señal. Además, no creía que se apreciara nada en la diminuta pantalla, y necesitaba borrarlas tan pronto como fuera posible, porque si las encontraban, demostrarían que había estado dentro de la cámara inferior y eso le costaría diez años de cárcel. Le hubiera gustado descargarlas en su ordenador, pero éste estaba en el asiento trasero del Freelander de Nessim, junto con el resto de sus cosas, y, de todas formas, no tenía una extensión USB, así que la única forma de pasar las fotos era enviándolas por correo electrónico a su cuenta de Hotmail, para luego bajarlas. Pero nada de esto iba a suceder mientras estuviera tumbado en el jeep con sus perseguidores sentados en el capó.

Repasó mentalmente otras cuestiones: los nombres Kelonymus y Akylos. Cuando él y Richard habían encontrado los archivos ptolemaicos en Malawi, dada su cantidad, no habían podido traducirlos mientras continuaban con la excavación. Por eso los guardaron, los catalogaron y se los entregaron al CSA para que los conservaran a fin de poder estudiarlos a posteriori. El método preferido había sido compilar todos los fragmentos de un papiro en particular y fotografiarlos juntos, y luego asignar a los fragmentos y a la fotografía un mismo nombre, basado en el lugar donde había sido hallado o (en caso de que muchos perteneciesen al mismo lugar) un topónimo o una persona que apareciera en el texto. Y dos nombres que habían aparecido con frecuencia eran Akylos y Kelonymus.

Los originales se los había apropiado Yusuf Abbas, del CSA, para «mantenerlos seguros», así que Dios sabría en dónde estaban ahora, pero Knox tenía las fotografías en sus CD. Desgraciadamente, estaban con el resto de sus pertenencias en el Freelander de Nessim, probablemente bajo videovigilancia en el aparcamiento de algún hotel de lujo de Alejandría; y él no se encontraba, precisamente, en condiciones de salir a recorrer hotel por hotel con la esperanza de encontrarlos y llevárselos. No.

Tenía que haber otro modo.

El jeep se sacudió cuando uno de los hombres se bajó del capó. Oyó cómo se alejaban los pasos. Knox esperó hasta que se hizo silencio durante un largo par de minutos, luego bajó y levantó la lona. No tenía tiempo que perder. Debía efectuar unas cuantas llamadas telefónicas.

III

A pesar de estudiar atentamente la inscripción, Gaille tardó varios minutos en darse cuenta de qué era lo que la inquietaba. Pero finalmente lo comprendió. La última línea del texto estaba incompleta, y estaba escrita de izquierda a derecha. Pero el demótico, como el árabe, se escribía de derecha a izquierda.

La inscripción de la tumba macedonia era griega. Las pocas palabras de texto que aparecía en las pinturas de la antecámara eran griegas. La dedicatoria del arquitrabe estaba en griego. Los soldados eran griegos. Los dioses que invocaban, griegos. Esto parecía demótico, pero no se leía de ese modo, al menos en principio. Y parecía perverso cambiar a demótico sólo en la inscripción. Así que tal vez se trataba de algo demasiado importante para ser escrito en griego y el autor había usado, en cambio, el alfabeto demótico. El lenguaje cifrado, después de todo, no era desconocido en la Antigüedad. El mismo Alejandro había usado ese subterfugio para ocultar información confidencial. *Las admoniciones de los hijos del alba*, uno de los manuscritos del mar Muerto, había utilizado un código para las palabras particularmente importantes. Valerio Probo había escrito un tratado sobre cómo descifrar códigos. Eran claves sencillas, porque la gente los consideraba inquebrantables. Pero Gaille no.

Copió la inscripción en un bloc, en busca de pautas. Si éste era un sencillo código de transliteración y la misma palabra aparecía más de una vez, entonces produciría la misma secuencia cada vez. No tardó mucho hasta que obtuvo la primera pista, luego una segunda y una tercera. La tercera le pareció particularmente útil: diez caracteres de extensión, y aparecía no menos de cuatro veces. Eso seguramente debía de ser una sola palabra. E importante. ¿Qué podía significar? El nombre de una persona, quizá. Repasó mentalmente todos los nombres que habían aparecido en la cámara superior. Akylos, demasiado breve. Lo mismo Kelonymus y Apeles, Bilip y Timoleón.

Sintió un pequeño estremecimiento de excitación cuando probó con Alejandro, pero también resultó ser breve. Su ánimo decayó. Se puso de pie, caminó en breves círculos alrededor de la pequeña habitación. Sabía que algo se le escapaba, y realizó un esfuerzo casi físico para forzar a su mente a encontrar una respuesta.

Finalmente cayó en la cuenta.

Enrojeció y miró a su alrededor, como si su error de principiante pudiera haber sido advertido por alguien. Porque Alejandro, el nombre con el que el mundo lo conocía, era un nombre latino. Para los griegos había sido Alexandros. Volvió a sentarse y usó las letras de Alexandros para empezar un alfabeto de transposición, reemplazando los símbolos demóticos con las letras griegas cada vez que aparecían en el texto. Esto le proporcionó los datos suficientes para adivinar la palabra contigua al primer Alexandros: Macedonia. Con la mitad del alfabeto descifrado, el resto fue

rápido. El griego antiguo era su especialidad; escribió la traducción en su cuaderno, completamente concentrada en su tarea, de modo que perdió la noción del tiempo y su entorno hasta que alguien, de pronto, la llamó, trayéndola de regreso al mundo real. Alzó la vista y vio a Ibrahim, a Nicolás, a Mansoor y a Elena de pie en semicírculo, mirándola expectantes, como si alguien le acabara de hacer una pregunta y estuvieran esperando una respuesta.

Ibrahim suspiró.

—Le estaba explicando a Nicolás lo trabajoso que puede ser el demótico —dijo—. Queremos que se entere de esto el menor número posible de personas, así que nos gustaría que trabajaras sola. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarías? ¿Un día? ¿Dos? ¿Una semana?

Podía haber sido el momento más gratificante de la vida profesional de Gaille.

—En realidad —dijo con un aire de despreocupación, sosteniendo su libreta— ya lo he descifrado.

Capítulo 20

I

Nessim estaba en la habitación de su hotel discutiendo planes con Hosni, Ratib y Sami. Sin embargo, no había gran entusiasmo en su conversación. Knox había desaparecido de la pantalla del radar y no habían vuelto a recuperar su rastro.

Había caído ya la tarde cuando sonó el teléfono. Era Badr, el contacto de Nessim en la compañía telefónica, quien había estado esperando a que Knox usara su teléfono.

—Está encendido —informó, excitado—. Está usándolo en estos momentos.

—¿A quién está llamando?

—A nadie. En realidad está enviando fotografías a una cuenta de correo electrónico.

—¿Dónde?

—Cerca de la estación de tren.

—No cuelgues —dijo Nessim—, y avísame si se mueve. —Hosni, Ratib y Sami ya estaban de pie. Nessim les dijo con un gesto de asentimiento—: Tenemos una pista. Vamos.

II

—¿Y bien? —dijo Ibrahim ansioso—. No nos tengas en ascuas.

Gaille asintió. Se aclaró la garganta y comenzó a leer en voz alta:

—«Yo, Kelonymus, hijo de Hermias, hermano de Akylos, constructor, escriba, arquitecto, escultor, amante del conocimiento, viajero por numerosas tierras, os rindo homenaje, grandes dioses, por permitirme traer a este lugar bajo tierra a estos treinta y dos escuderos, héroes del gran conquistador Alejandro de Macedonia, hijo de Amón. Ahora cumplo mi promesa de reunir en un mismo lugar a los treinta y tres que murieron cumpliendo el último deseo de Alejandro: que se construyera una tumba para él a la vista de la de su padre. Y para cumplir con su deseo, Akylos y estos treinta y dos construyeron una tumba semejante y en ella colocaron los objetos adecuados al rango del hijo de Amón».

Gaille no había leído el texto completo hasta ese momento, porque había estado demasiado ocupada traduciéndolo. Pero incluso mientras leía, se dio cuenta del enorme significado que tenía. Alzó la vista y vio en el rostro de todos la misma fascinación que ella sabía que debía de mostrar el suyo.

—Continúa —dijo Elena, ansiosa.

—«Y para cumplir ese deseo, tomaron su cuerpo del Muro Blanco, para llevarlo por la Tierra Roja de gran aridez hasta la entrada del lugar que habían preparado bajo tierra. Cerca de ese lugar, Ptolomeo, que se consideraba Salvador, capturó a esos hombres, quienes prefirieron quitarse la vida antes que ser sometidos a la tortura. Y entonces Ptolomeo los crucificó para vengarse, y los dejó crucificados para alimento de las aves carroñeras. Akylos y los otros treinta y dos dieron sus vidas para honrar los deseos de Alejandro, hijo de Amón, desafiando a Ptolomeo, hijo de nadie. Yo, Kelonymus, hombre de Macedonia, hermano de Akylos, os pido, poderosos dioses, que deis la bienvenida a estos héroes en vuestro reino, de la misma forma que disteis la bienvenida a Alejandro».

Volvió a alzar la vista para indicar que había terminado. La mirada de excitación había dado paso a una de sorprendida incredulidad. Nadie habló durante cinco segundos.

Fue Nicolás quien por fin rompió el silencio.

—¿Esto quiere...? —comenzó titubeante—. ¿Esto quiere decir lo que yo pienso?

—Sí —asintió Ibrahim—. Creo que sí.

III

En cuanto envió las fotografías, Knox borró las imágenes de su móvil y lo apagó. Inmediatamente salió a toda prisa en su jeep, antes de que Nessim tuviera la oportunidad de dar con él. Una llamada más y habría acabado.

Aparcó junto a la columna de Pompeyo, compró un billete y entró. El sitio era un recinto cerrado de alrededor de una hectárea, rodeado de edificios densamente poblados. La propia columna ocupaba un lugar preeminente en el centro de una pequeña colina, pero, en realidad, toda el área cercada era histórica, porque en tiempos lejanos había sido el sitio donde se erigía el famoso templo de Serapis.

A Knox siempre le había gustado Serapis, una divinidad benévola e inteligente que había aglutinado de alguna manera los mitos religiosos egipcios, griegos y asiáticos en una sola teología. Según algunas teorías, apareció por primera vez en el imaginario griego cuando Alejandro agonizaba en Babilonia. Una delegación de sus hombres fue hasta el templo de Serapis para preguntar si Alejandro debía ser llevado allí o permanecer donde estaba. Serapis había respondido que era mejor no mover al rey de su sitio. La delegación había obedecido, y Alejandro había muerto al poco tiempo, y ésa habría sido la mejor solución posible. Otros, no obstante, aseguraban que el culto de Serapis tenía sus raíces en una ciudad del mar Negro, Sínope, mientras que algunos afirmaban que Serapis era egipcio, puesto que los toros Apis habían sido sacrificados durante siglos y enterrados en enormes bóvedas conocidas por los griegos como Sarapeion, una contracción de «Osiris-Apis» o «toro Apis muerto».

Knox miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba, y luego se escondió detrás de la base de la columna de Pompeyo. Comprobó la hora en su reloj, respiró hondo un par de veces, encendió su móvil y comenzó a marcar.

IV

—¿Qué quieres decir?, ¿que lo has perdido? —gritó Nessim.

—Ha apagado su teléfono.

Nessim golpeó el salpicadero con tanta fuerza que se arañó la piel de un nudillo.

—¿Cuál ha sido su última localización?

—La que he dicho: la estación de tren.

—¡Sigue conectado! —ordenó Nessim, avanzando veloz por la calle—. Si vuelve a hacer otra llamada, quiero saberlo al instante. Transcurrieron cinco minutos antes de que llegara a la estación. Nessim condujo por los alrededores un buen rato, pero no había señales de Knox ni de su jeep.

Badr volvió a hablar:

—Ha vuelto a encenderlo. Está realizando otra llamada.

—¿En dónde?

—Al sur de donde estáis vosotros —dijo Badr—. Debe de estar junto a la columna de Pompeyo.

Nessim y sus hombres se agacharon para mirar por las ventanillas mientras conducían. Pasando una calle lateral, entrevió la columna de mármol elevándose a lo alto, a un kilómetro de distancia aproximadamente.

—Estamos de camino —dijo.

Avanzó rugiendo por la carretera, esquivando el tráfico por Sharia Yousef, y luego por un amplio bulevar. Vio un muro de piedra marrón a su izquierda, y al otro lado divisó la columna de Pompeyo. Giró en «U» y derrapó un poco sobre el pavimento. Los cuatro hombres bajaron de un salto y se apresuraron a llegar a la taquilla de venta de entradas.

—¿Es ésta la única entrada? —le preguntó a la mujer mientras le pagaba.

—Sí.

—Quédate aquí —le ordenó a Hosni mientras él y los otros entraban al recinto. Después le preguntó a Badr por el móvil—: ¿Sigue conectado?

—Sí —confirmó Badr—. Estás sobre él.

—Entonces lo tenemos —dijo Nessim, exultante.

Capítulo 21

I

Nicolás apartó a Ibrahim a un lado.

—¿Tiene un baño en el piso superior? —preguntó, palmeándose el estómago—. Toda esta excitación ha hecho estragos en mi digestión.

—Por supuesto —dijo Ibrahim, señalando las escaleras—. La primera a la izquierda.

—Gracias. —Nicolás subió rápidamente y se encerró en el baño. Luego sacó el móvil para llamar e informar a su padre de las novedades, y comentarle brevemente la inscripción.

—¿Qué te había dicho? —dijo Philip Dragoumis.

—Tenías razón en todo —reconoció su hijo.

—¿Y ha sido la muchacha quien la ha descifrado? ¿La hija de Mitchell? Quiero conocerla.

—Lo arreglaré cuando terminemos —dijo Nicolás.

—No. Ahora, esta noche.

—¿Esta noche? ¿Estás seguro?

—Ella dedujo que había una cámara inferior en la tumba macedonia —dijo Dragoumis—. Se dio cuenta de que la inscripción estaba codificada y la descifró. Ella será la persona que encuentre lo que estamos buscando. Lo presiento en el fondo del alma. Ella tiene que estar de nuestro lado cuando eso suceda. ¿Comprendes?

—Sí, padre. Me ocuparé de ello. —Recibió otras instrucciones, luego dio por terminada la llamada y telefoneó a Gabbar Mounim, en El Cairo.

—Mi querido Nicolás —saludó efusivo Mounim—, confío en que quedara satisfecho con...

—Más que satisfecho —le interrumpió Nicolás—. Escucha: necesito que hagan una cosa de inmediato.

—Por supuesto. Lo que desee.

—Creo que nuestro amigo del CSA está en una reunión —dijo Nicolás—. Cuando salga de ella, tendrá un mensaje pidiéndole que llame a Ibrahim Beyumi, en Alejandría. El señor Beyumi va a pedirle una reunión urgente. Quiero que nuestro amigo invite a otra persona también a esa reunión, y que considere favorablemente lo que ella diga. Su nombre es Elena Koloktronis. —Lo deletreó—. Puedes comunicarle a nuestro amigo que será muy generosamente recompensado, lo mismo que tú. Sabes que soy un hombre de palabra.

Se oyó una risita al otro extremo de la línea.

—Es verdad, lo sé. Considérelo hecho.

—Gracias. —Hizo otras llamadas, luego apretó el botón de la cisterna, se lavó las manos y regresó abajo.

—¿Mejor? —preguntó solícito Ibrahim, que estaba esperándolo al pie de la escalera.

Nicolás sonrió.

—Mucho mejor, gracias.

—No se imagina lo que acaba de suceder. Yusuf Abbas acaba de llamar. Me ha convocado a una reunión en El Cairo, de inmediato.

—¿Qué tiene eso de sorprendente? —Nicolás frunció el ceño—. ¿No es eso lo que usted quería?

—Sí. Pero también ha invitado a Elena. Y a ninguno de nosotros se nos ocurre cómo ha podido enterarse de que ella estaba en el país.

II

Nessim no encontró ni rastro de Knox dentro del Sarapeo. En realidad había muy poca gente, excepto dos turistas coreanos sacándose fotos junto a la columna de Pompeyo y una joven familia disfrutando de un modesto picnic. Hizo señas a Ratib y a Sami para que se separaran y revisaran todo el recinto. Fueron despacio, examinando cuidadosamente los diversos pozos, cisternas y cámaras. Pero llegaron al muro de ladrillos rojizos del otro extremo sin haber hallado ni rastro de él.

Badr seguía al teléfono.

—¿Estás seguro de que está aquí? —preguntó con voz helada Nessim.

—Debes de haber pasado a su lado. No lo comprendo.

Nessim miró primero a Ratib y luego a Sami. Se encogieron de hombros y negaron con un movimiento de cabeza. Señaló hacia la columna, sugiriendo que se reunieran en su base. Él llegó primero. Una bolsa de papel marrón se agitaba bajo la leve brisa. La movió cauteloso con el pie, y luego la abrió con cuidado. Dentro había un móvil. Lo cogió y lo hizo girar, frunciendo el ceño y preguntándose sobre su significado.

En ese momento se oyó un ruido de cristales rotos en el otro extremo del muro. Cuando la alarma de su coche comenzó a sonar, Nessim se dio cuenta de que era allí donde habían aparcado su Freelander con todas las pertenencias de Knox en el asiento trasero. Se oyó el ruido de un viejo motor que salía a toda velocidad antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar. Nessim cerró los ojos y se apretó la frente. Odiaba a Knox. *Lo odiaba*. Pero no podía evitar admirarlo.

III

Nicolás llevó a Elena a un lado para explicarle cómo había arreglado su encuentro con Yusuf Abbas, y qué tendría que intentar conseguir de esa reunión. Yusuf era ambicioso pero cauto. Si Elena podía proporcionarle una excusa para permitirle explorar Siwa y de ese modo ganarse una jugosa comisión, entonces lo haría. Pero necesitaría estar legitimada. Una investigación epigráfica de bajo costo, por decirlo de alguna manera, sólo ella y la chica.

—¿La chica? —Elena frunció el ceño—. ¿Podemos confiar en ella?

—Así lo cree mi padre. ¿Y bien? ¿Puedes ocuparte de Yusuf?

—Déjame a mí.

Nicolás se acercó a Gaille, que estaba transfiriendo fotografías al ordenador de Ibrahim para mostrárselas a Yusuf. Cuando terminó, Nicolás le pidió mantener con ella una breve conversación, y luego la condujo hacia el pequeño jardín de Ibrahim.

—Mi padre quiere conocerte —le dijo.

—¿Su padre? —Gaille se mostró algo alarmada—. No comprendo. Ni siquiera sé quién es.

—Es el fundador y patrocinador de la Fundación Arqueológica Macedonia —le explicó Nicolás—. Eso lo convierte en tu jefe. También es quien le sugirió a Elena que te contratara.

—Pero... ¿por qué?

—Conocía a tu padre —dijo Nicolás—. Lo admiraba mucho. Y ha seguido tu carrera todos estos años. Cuando Elena necesitó un sustituto, naturalmente, pensó en ti.

—Eso fue... muy generoso por su parte.

—Es un hombre muy bueno —admitió Nicolás con seriedad—. Y quiere cenar contigo esta noche.

Gaille frunció el ceño.

—¿Está en Alejandría?

—No. En Tesalónica.

—Pero... no comprendo.

Nicolás sonrió.

—¿Has volado alguna vez en un jet privado? —preguntó.

Capítulo 22

I

Knox se perdió por una serie de callejuelas marginales de Alejandría, con sus pertenencias recuperadas amontonadas en el asiento del copiloto. Le había encantado haberle ganado esta partida a Nessim. Un hombre puede escapar sólo durante un tiempo, hasta que su orgullo comience a resentirse. Condujo hacia el este en dirección a Abu Qir, poniendo distancia entre él y sus perseguidores. Después aparcó para revisar lo que había conseguido.

La batería de su ordenador era vieja y sólo tenía carga para una hora. Miró sus CD de fotografías, examinando los nombres de los archivos, pero no pudo encontrar rastro alguno de Akylos ni de Kelonymus. Frunció, frustrado, el ceño. O Nessim se los había dejado en el hotel o los había sacado del coche. Eso era mala suerte. Tardó uno o dos minutos hasta que se le ocurrió otra posible explicación con respecto a lo sucedido.

Había un teléfono público en la esquina. No se atrevió a telefonar a Rick directamente. En cambio llamó a un amigo común que trabajaba en el vecino centro de deportes acuáticos en Sharm y le pidió que lo fuera a buscar.

Rick respondió un minuto más tarde.

—Eh, tío —dijo—, ¿has olvidado mi número?

—Puede que esté pinchado.

—¡Ah! Hassan, ¿eh?

—Sí. Escucha. No te habrás llevado mis CD de fotos, ¿verdad?

—Vaya, perdona, tío. Lo siento. Estaba practicando griego.

—No pasa nada, pero los necesito. ¿Hay algún modo de que puedas acercármelos?

—No hay problema. Aquí no pasa nada. ¿Dónde quieres que me reúna contigo?

—¿Ras el-Sudr?

—¿Ese sucio agujero al sur de Suez?

—Ese mismo —dijo Knox—. Hay un hotel llamado Beach Inn. ¿Cuándo podrás estar allí?

—Dame cuatro, tal vez cinco horas.

—Perfecto. ¿Irás en tu Subaru?

—A menos que haya alguna razón para no hacerlo...

—¿Querrás revisar primero que no tenga algún dispositivo con el que puedan rastrearlo? Y asegúrate de que no te sigan. Estos tíos van en serio.

—También yo, amigo —lo tranquilizó Rick—. También yo.

II

Mohammed y Nur se apretaban las manos mientras esperaban la llamada telefónica que les proporcionaría los resultados de los análisis para el trasplante de médula. Habían acudido a un grupo médico privado, con varios centros médicos en Alejandría, El Cairo, Assiut y Port Said, para que fuera más sencillo para los amigos y familiares lejanos. Sobre todo los familiares. Los tejidos de médula eran hereditarios. Las oportunidades de encontrar alguno compatible eran mucho mayores entre parientes. Habían hecho análisis a otras sesenta y siete personas, usando todos los fondos que Ibrahim les había entregado. El doctor Serag-al-Din había prometido llamarles con los resultados hacía una hora. Esperar a que sonara el teléfono era la experiencia más aterradora que Mohammed había experimentado en su vida. Nur tenía una expresión de dolor, mientras él le apretaba las manos con demasiada intensidad. Se disculpó y la soltó. Pero ella necesitaba el contacto tanto como él, y al poco rato volvían a estar cogidos de la mano.

Layla estaba en la cama. Habían decidido no contarle nada de este proceso hasta que no hubiera sido completado. Pero ella era una niña inteligente, sensible a su entorno. Mohammed sospechaba que sabía perfectamente lo que estaba sucediendo, la sentencia de vida o muerte que pronto le darían.

Sonó el teléfono. Se miraron. Nur contrajo el rostro y comenzó a llorar. El corazón de Mohammed comenzó a latirle con fuerza cuando aferró el auricular.

—¿Sí? —preguntó.

Pero sólo era la madre de Nur, ansiosa por saber si habían tenido noticias ya. Se mordió el labio, frustrado, y le pasó el auricular. Nur se deshizo de ella con la promesa de llamarla en cuanto supieran algo. Mohammed cruzó las piernas. Sentía el vientre flojo y débil, pero no se atrevía a ir al baño.

El teléfono volvió a sonar. Mohammed respiró hondo al levantar el auricular. Esta vez era el doctor Serag-al-Din.

—Señor El-Dahab, espero que usted y su esposa se encuentren bien —dijo.

—Estamos bien, gracias. ¿Tiene los resultados?

—Claro que tengo los resultados —dijo alegre—. ¿Por qué otra razón iba a llamarles?

—¿Y bien?

—Espere un momento. Parece que he metido el informe en alguna otra parte.

Mohammed cerró los ojos y apretó los puños. «Date prisa, hijo de puta. Di algo. Lo que sea».

—Por favor —rogó.

Se oyó un ruido de papeles. El doctor Serag-al-Din carraspeó.

—Sí —dijo—. Aquí está.

III

El sol estaba a punto de ocultarse cuando Ibrahim y Elena llegaron a El Cairo para reunirse con Yusuf Abbas. El fornido hombre los esperaba en una decorada sala de conferencias hablando por teléfono. Los miró con un ligero disgusto, y luego les hizo señas indicando unas sillas. Ibrahim preparó su ordenador mientras esperaba a que Yusuf terminara de discutir sobre los deberes de Matemáticas con su hijo. Tratar con su jefe le resultaba extremadamente trabajoso, en gran parte porque él era una persona muy meticulosa y Yusuf se había vuelto grotescamente obeso desde que había sido nombrado secretario general, después de orquestar su golpe palaciego y desplazar a su enérgico, popular y muy respetado predecesor. Incluso verlo levantarse de su asiento era todo un espectáculo, como ver a un antiguo barco de guerra desplegar sus velas. Yusuf, antes de comenzar a moverse, también debía preparar y poner a punto sus músculos, como ocurre con el viento que llena las velas. La estructura crujiría, el ancla se alzaría y, *sí, sí, sí, ¡movimiento!* En este instante, sus antebrazos descansaban como gigantescas babosas sobre la pulida mesa de nogal, pero de vez en cuando se llevaba un dedo a la garganta, como si sus glándulas fueran las culpables de su obesidad y no su incesante consumo de comida. Y cuando le hablaban desde un lado, movía los ojos antes que la cabeza para mirar con las pupilas girando hacia las esquinas; una auténtica caricatura de la corrupción.

Por fin concluyó su llamada y se giró hacia Ibrahim.

—¡Qué urgencia! —dijo—. Supongo que habrá motivos.

—Sí —respondió Ibrahim—. Los hay. —Y se volvió hacia su ordenador para mostrarle a su jefe las fotos que había hecho Gaille de la cámara inferior, mientras le explicaba cómo habían efectuado el hallazgo.

A Yusuf se le iluminaron los ojos cuando vio los cofres funerarios.

—¿Son de... oro? —preguntó.

—No hemos tenido tiempo de analizarlos todavía —dijo Ibrahim—. Mi prioridad fue sellar el sitio e informarle.

—Bien. Muy bien. Ha hecho bien. Muy bien. —Se lamió los labios—. Éste es un descubrimiento notable. Tendré que supervisar personalmente la excavación.

Elena se inclinó hacia delante. No mucho, sólo lo necesario para llamar su atención.

—¿Sí? —preguntó.

—Ambos somos conscientes de nuestra excepcional buena suerte al poder contar usted con tiempo para atendernos a pesar de sus obligaciones, señor secretario general, ya que sabemos que usted es una persona con extraordinarias exigencias para su contado tiempo. —Su árabe era rígido y torpe, observó Ibrahim, pero su postura y el uso de la adulación eran impecables—. Nos agrada que usted, como nosotros,

considere este descubrimiento de importancia histórica, y nos halaga que quiera implicarse en su excavación. Sin embargo, compartir estas excitantes novedades no fue el único motivo por el que el señor Beyumi y yo estábamos ansiosos de reunirnos con usted. Hay algo más que requiere de su sabiduría y urgente consideración.

—¿Algo más? —preguntó Yusuf.

—La inscripción —dijo Elena.

—¿Inscripción? ¿Qué inscripción? —Miró fijamente a Ibrahim—. ¿Por qué no me habló sobre esa inscripción?

—Creo haberlo hecho, secretario general.

—¿Me está contradiciendo?

—Claro que no, secretario general. Discúlpeme. —Reabrió el archivo con la foto de la inscripción.

—Ah, eso —dijo Yusuf—. ¿Por qué no dijo que estaba hablando de eso?

—Discúlpeme, secretario general. La culpa es mía. Observaré que los caracteres son demóticos, pero la inscripción está, en realidad, en griego. —Asintió en dirección a Elena—. Una colega de la señora Koloktronis la descifró. Puedo explicarle cómo funciona, si está interesado. En caso contrario, aquí tiene una copia de la traducción.

Yusuf movió los labios a medida que leía, abriendo los ojos desmesuradamente mientras asimilaba las consecuencias. No era sorprendente, pensó Ibrahim. Menfis había sido conocida por los antiguos egipcios como el Muro Blanco. La palabra «desierto» provenía originalmente de *Desh Ret*: la Tierra Roja. Kelonymus se refería a Alejandro como el «hijo de Amón», por lo que el sitio de su padre, en consecuencia, era el oráculo de Amón en el oasis de Siwa, en donde las antiguas fuentes sugerían que Alejandro había pedido que lo enterraran. La inscripción, por tanto, aseguraba que unos cuantos soldados habían robado el cuerpo de Alejandro a Ptolomeo en Menfis y lo habían llevado por el desierto occidental a una tumba que habían preparado a la vista del oráculo de Amón, en el oasis de Siwa. Ptolomeo, sin embargo, los había perseguido, y ellos se habían suicidado antes de caer en sus manos. Todos excepto Kelonymus, el hermano de Akylos, que había evitado ser capturado y posteriormente había llevado los restos de sus camaradas de regreso a Alejandría para su entierro, para cumplir su promesa.

Cuando Yusuf hubo terminado, parpadeó un par de veces.

—¿Es esto... fiable? —preguntó.

—La traducción es correcta —respondió Ibrahim, cuidadoso—. La he revisado yo mismo. Y creemos que es también fidedigna. Después de todo, como ha visto en las fotografías de la cámara subterránea, este hombre, Kelonymus, hizo un extraordinario esfuerzo para honrar a estos hombres. No lo habría hecho si fuera una patraña.

—Pero sería una locura. —Yusuf frunció el ceño—. ¿Por qué habrían de arriesgar estos hombres sus vidas en semejante empresa?

—Porque creían que el último deseo de Alejandro había sido que lo enterraran en Siwa —respondió Elena—. Ptolomeo traicionó ese deseo cuando comenzó a construir una tumba en Alejandría. Debe recordar que Alejandro, para esa gente, era un dios. Hubieran arriesgado cualquier cosa para cumplir sus órdenes.

—Por favor, no me estará pidiendo que crea que Alejandro está enterrado en Siwa, señora Koloktronis —suspiró Yusuf.

Ibrahim sabía qué estaba pensando su jefe. A principios de los años noventa, otra arqueóloga griega había anunciado en los medios de comunicación que había encontrado la tumba de Alejandro en el oasis de Siwa. Aunque su teoría había sido rápida y categóricamente rechazada, asociar Siwa y Alejandro se había convertido en una especie de broma entre la comunidad arqueológica.

—No —admitió Elena—. El cuerpo embalsamado de Alejandro estuvo expuesto en Alejandría siglos después de que se hiciera esta inscripción. Nadie niega eso. A pesar de todo, es posible que hubieran robado su cuerpo y escapado rumbo a Siwa, en donde tenían una tumba preparada para enterrarlo.

Yusuf se reclinó en su silla y miró con fijeza a Elena.

—Entonces —dijo— *el verdadero propósito* de su presencia en esta reunión está claro. No está aquí con el propósito de realizar una excavación cuidadosa en este yacimiento de Alejandría. ¡Oh, no! Usted está aquí porque cree que en alguna parte en Siwa hay una tumba preparada con..., ¿cómo dice el texto codificado de Alejandro?, sí, «los objetos adecuados al rango del hijo de Amón». Y usted quiere mi permiso para buscarla, sin duda.

—Alejandro fue el conquistador más grande de la historia —dijo Elena—. Uno de los faraones más grandes de Egipto. Imagine lo que significaría para este país encontrar su tumba. Imagine qué honores recibiría el secretario general que hiciera posible semejante descubrimiento. Su nombre sería venerado junto con el de los grandes patriotas de esta nación.

—Continúe.

—Y no tiene nada que perder. Sé que las posibilidades de encontrar algo son muy remotas. Sé que los recursos del Consejo Superior de Antigüedades son muy escasos. Pero algo hay que hacer. Algo pequeño. Una investigación epigráfica superficial de algunas piezas, llevada a cabo con el permiso del CSA. Sólo una colega y yo. Cualquier empresa más importante sólo provocaría rumores. Y ya sabe lo que suele pasar con Siwa y los rumores.

Yusuf frunció el ceño.

—Todas las colinas del oasis han sido examinadas hasta la saciedad —comentó—. Si esa tumba existe, y ha estado oculta durante veintitrés siglos, ¿de verdad espera encontrarla en cuestión de semanas? ¿Sabe usted la superficie que tiene la depresión de Siwa?

—No será fácil —reconoció Elena—. Pero vale la pena intentarlo. Piense en la alternativa. Cuando el contenido del texto codificado de Alejandro salga a la luz, todos los cazadores de tesoros del mundo convergerán en Siwa. Si nosotros encontramos la tumba primero, podemos evitar eso, o por lo menos anunciar que no hay nada de importancia. Cualquiera de las dos alternativas es preferible a una fiebre del oro.

—Sólo existirá una fiebre del oro si se corre la voz —señaló Yusuf.

—Pero se correrá —insistió Elena—. Sabemos que así será. Es la naturaleza de estas cosas.

Yusuf asintió para sí.

—Siwa es el territorio del doctor Sayed —dijo con amargura, como si estuviera resentido con su colega—. Y el doctor Sayed tiene sus métodos. Necesitará también su permiso.

—Por supuesto —acordó Elena—. Además tengo entendido que tiene una impresionante colección de material bibliográfico de referencia. Tal vez pueda usted hablar con él, pedirle que nos permita examinarlo. Sé, claro está, que esto no afectará a su decisión, que usted tomará para el mayor beneficio de Egipto, pero quizá pueda hacerle saber a él que nuestros patrocinadores han apartado una muy considerable remuneración para todos nuestros asesores del CSA, incluyéndolo, naturalmente, a usted.

—No puedo dar permiso para una investigación sin fecha de conclusión —dijo Yusuf—. Siwa es pequeño. Más allá de su anuncio oficial, la gente pronto se dará cuenta de lo que está haciendo. Su presencia desencadenará el resultado que usted quiere evitar.

—Seis semanas —sugirió Elena—. Es todo lo que pedimos.

Yusuf descansó las manos sobre su panza. Le gustaba tener la última palabra en todo.

—Dos semanas —anunció—. Dos semanas a partir de mañana. Después volveremos a hablar, y decidiré si les doy permiso una quincena más o no.

IV

Nessim caminaba de un lado a otro en la habitación del hotel, deseando que su teléfono sonara, que uno de sus hombres descubriera a Knox antes de que éste volviera a desaparecer. Tenía que haber alguna oportunidad. El simple hecho de que Knox hubiera aparecido para recuperar sus posesiones sugería que estaba detrás de algo, que tenía un objetivo, que estaba dispuesto a correr riesgos para lograrlo. Sin embargo, a pesar de todo eso, no tenía verdaderas esperanzas. Había algo en Knox que hacía que Nessim se sintiera fatalista.

Se detuvo de repente, agobiado por la perspectiva de confesarle otro fracaso a Hassan. Necesitaba mostrarle que estaba *activo*. Había mantenido la caza en secreto hasta ese momento. Pero el tiempo de la discreción había terminado. Examinó el contenido del bolsillo del dinero en su cinturón, contó el efectivo y se volvió a Hosni, Ratib y Sami.

—Poneos en funcionamiento —les ordenó—. Mil dólares a quien encuentre el jeep de Knox. Dos mil si él está dentro.

Ratib hizo un gesto de desagrado.

—Pero todos sabrán que hemos sido nosotros —protestó—. Cuando Knox aparezca muerto, quiero decir.

—¿Acaso tienes una sugerencia mejor? —replicó Nessim—. ¿O tal vez preferirías decirle a Hassan esta vez por qué no hemos encontrado a Knox?

Ratib bajó la mirada.

—No.

Nessim suspiró. El estrés le estaba afectando. Y Ratib tenía algo de razón.

—Vale —dijo—. Sólo a la gente de confianza. Una persona por cada ciudad. Y decidles que no se vayan de la lengua, o tendrán que vérselas personalmente con Hassan.

Sus hombres asintieron y cogieron sus móviles.

V

Cuando el jet Lear del Grupo Dragoumis aterrizó en Tesalónica esa noche, Gaille había decidido que podía acostumbrarse a viajar de esa forma, a pesar de la ligera punzada de culpabilidad que sintió por la emisión de dióxido de carbono en un viaje tan caprichoso. Asientos de cuero blanco tan cómodos que la hacían gemir de placer, una ventana del tamaño de una gran pantalla de televisión, un asistente siempre dispuesto a preparar comidas y copas, el copiloto preguntándole sobre sus preferencias para el vuelo de vuelta de la mañana siguiente... Y luego un policía de inmigración se acercó a recibirla con tímida deferencia («cualquier amigo del señor Dragoumis, señorita Bonnard...») y un Bentley azul conducido por un chófer la llevó por las colinas de Tesalónica. De modo que pudo sentarse, relajarse y admirar el cielo nocturno.

Llegaron a una propiedad amurallada, vigilada por guardias. Los hicieron entrar, hasta llegar a un palacio iluminado como para un espectáculo de luz y sonido. Y después, para rematar, el mismísimo Dragoumis apareció en la puerta principal para recibirla, con las manos a la espalda.

Después de todo lo que había imaginado sobre él durante su viaje, fue una sorpresa y un alivio ver lo bajo y delgado que era. Venía sin afeitarse, con aspecto de campesino, muy al estilo griego. Sólo por un momento, Gaille pensó que sería capaz de manejarlo con facilidad, que no había nada que temer. Luego se acercó y se dio cuenta de que estaba equivocada.

Capítulo 23

I

Knox tomó un atajo para llegar a Ras el-Sudr. Su ruta lo llevó por Tanta, la mayor población del delta. Alguien se la había mencionado recientemente, pero no recordaba quién. Pero cuando estuvo en el otro extremo de la población, recordó el comentario que había hecho Gaille de pasada sobre el recepcionista del hotel de Tanta. Aparcó a un lado para pensar. No había prestado mucha atención a la excavación de Elena en el delta. Pero tal vez hubiera sido un error no hacerlo. Estaban pasando demasiadas cosas, especialmente ahora que Nicolás Dragoumis había aparecido en escena.

No era un secreto que la Fundación Arqueológica Macedonia de Elena estaba subvencionada por el Grupo Dragoumis. Y Knox sabía que los Dragoumis no tenían ningún interés por Egipto, sólo en Macedonia. Si estaban financiando una excavación en el delta, era porque estaban tras algo macedonio. Y tal vez estuviera relacionado con la necrópolis de Alejandría. Lo cierto es que no estaría mal averiguar un poco más.

Se dirigió hacia la ciudad, encontró un bar con una guía telefónica y llamó a todos los hoteles locales preguntando por Elena. Al quinto intento, dio en el blanco.

—No está aquí —le dijo el recepcionista nocturno—. Ha ido a Alejandría.

—¿Y su equipo?

—¿Con quién querría hablar?

Knox dio por terminada la llamada, anotó la dirección del hotel y se apresuró a regresar a su jeep.

II

Philip Dragoumis condujo a Gaille a través de arcos y pulidos pavimentos de mosaico hasta una sala con impactantes cuadros y tapices en las paredes. Hizo un leve gesto y Gaille se encontró sentada en una silla tapizada en amarillo, sin saber muy bien por qué.

—Tomaremos algo primero —dijo—. Luego cenaremos. ¿Vino tinto? Es de mis viñedos.

—Gracias. —Miró a su alrededor mientras él abría una botella y servía dos vasos. Un retrato al óleo de un hombre de negra barba, mirada feroz y una terrible cicatriz en torno a su ojo izquierdo ocupaba el lugar de honor sobre la enorme chimenea: un retrato de Filipo II, el padre de Alejandro Magno. Desvió la mirada del cuadro para concentrarse en Dragoumis, y se dio cuenta, ligeramente sorprendida, de que aquel hombre estaba estableciendo un deliberado paralelismo entre Filipo y él mismo, insinuando que la marca de nacimiento en torno a su ojo izquierdo era una especie de estigma, como si él fuera Filipo reencarnado.

—¡No creerá eso realmente! —dijo sin pensar, antes de poder detenerse.

Él se rió en voz alta y sin afectación.

—Hay un refrán que dice que cuando un hombre inteligente realiza negocios con los chinos habla mandarín.

—Y cuando hace negocios con los supersticiosos... —sugirió Gaille.

Su sonrisa se hizo más amplia. Le señaló una segunda pintura, una hermosa mujer joven de tez oscura, con ajadas ropas campesinas.

—Mi esposa —dijo—. La pinté yo mismo. De memoria.

Gaille sonrió, con timidez.

—Ha recorrido un largo camino —afirmó.

—Yo sí. Pero no mi esposa. —Hizo un breve gesto—. Está enterrada fuera. Le gustaba la vista desde esta colina. Solíamos caminar hasta aquí. Por eso compré esta tierra y construí aquí mi casa.

—Lo siento.

—Cuando era joven, me metía siempre en problemas. Solía ir de pueblo en pueblo tratando de ganar adeptos para la causa macedonia. La policía secreta ateniense quiso interrogarme. Podrá imaginar que no era un deseo que yo compartiera. Al no poder encontrarme, le hicieron una visita a mi esposa. Exigieron que ella les dijera dónde estaba. Se negó. Le echaron gasolina en el estómago, el pecho, los brazos. No les dijo nada. Después le prendieron fuego. Siguió sin decir nada. Luego le echaron gasolina a nuestro bebé. Por fin habló. Mi esposa quedó con terribles quemaduras, pero tal vez podría haber sobrevivido con el tratamiento adecuado. Pero no tenía dinero para semejante tratamiento. Ella murió porque yo

había elegido hablar antes que trabajar, señorita Bonnard. El día que la enterré decidí dejar de jugar a la política y hacerme rico.

—Lo siento —dijo Gaille, desolada.

Dragoumis gruñó, como si reconociera que cualquier palabra iba a ser inadecuada.

—Conocí a su padre.

—Me lo ha dicho su hijo. Pero supongo que sabrá que yo no estaba muy cerca de él.

—Sí. Lo sé. Siempre me sentí mal por eso.

Gaille frunció el ceño.

—¿Por qué debería usted sentirse mal?

Dragoumis suspiró.

—Usted estaba a punto de partir a Malawi con él, ¿no es así?

—Sí.

—Pero después él lo pospuso.

—Tenía compromisos urgentes.

—Sí —dijo Dragoumis—. Conmigo.

—No —dijo Gaille—. Con un joven llamado Daniel Knox.

Dragoumis hizo un vago gesto, como queriendo indicar que era lo mismo.

—¿Sabe mucho sobre Knox? —preguntó.

—No.

—Sus padres también eran arqueólogos. Especialistas en Macedonia. Visitaban con frecuencia esta parte del mundo. Una pareja encantadora, con una hija deliciosa. Trabajaban con Elena, ¿sabe? Diez años atrás visitaron una de sus excavaciones en la montaña. El marido de Elena los fue a buscar al aeropuerto. Desgraciadamente, camino del yacimiento...

Gaille lo miró asombrada.

—¿Todos? —preguntó.

Dragoumis asintió.

—Todos.

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con mi padre?

—Fue un accidente. Un terrible accidente. Pero no todos lo creyeron.

—¿Quiere usted decir... un asesinato? No comprendo. ¿Por qué querría alguien matar a los padres de Knox?

—A los padres de Knox no. Al marido de Elena, Pavlos.

—Pero ¿quién querría matarlo?

Dragoumis sonrió.

—Yo, señorita Bonnard —dijo—. Yo.

III

Ras el-Sudr era una ciudad petrolífera que había intentado también convertirse en destino turístico. Knox dejó el coche cerca del aparcamiento del Beach Inn, para asegurarse de que no habían seguido a Rick. Cuando se dio por satisfecho, fue a su encuentro.

—Qué alegría verte, tío —dijo sonriendo Rick.

—Lo mismo digo.

—Tiempos interesantes, ¿eh? —Hizo un gesto en dirección a un bar cercano—. ¿Quieres un trago? Puedes contármelo todo.

—Vale.

Buscaron una mesa en las sombras, en donde Knox lo puso al tanto de todo lo que había sucedido desde que se había escapado de Sharm.

—No puedo creerlo —dijo Rick—. ¿Ese bastardo de Hassan te puso una soga al cuello? Lo mataré.

—En realidad —dijo Knox— no creo que haya sido Hassan. Él no habría cortado la cuerda.

—Entonces ¿quién?

—¿Te he hablado alguna vez de lo que sucedió en Grecia?

—¿El asunto de tus padres? Sólo me contaste que tuvieron un accidente de coche. Nunca dijiste que hubiera una historia relacionada con eso.

—Un camino serpenteante, un viejo coche, una noche neblinosa en las montañas. El tipo de tragedia que pasa a diario, ¿no? El único problema es que el conductor era un hombre llamado Pavlos Kaltsas. El marido de esa mujer, Elena, de quien te acabo de hablar. Un periodista. Muy hablador. Levantaba polvareda. Había emprendido una campaña contra una familia poderosa y adinerada, los Dragoumis, pidiendo que investigaran sus negocios.

—¿Y tú crees que lo mataron para taponar la boca?

—Eso pensé entonces —asintió Knox.

—¿Y qué hiciste al respecto?

IV

Gaille miró horrorizada a Philip Dragoumis.

—¿Usted mató a Pavlos?

—No —le aseguró—. Le juro sobre la tumba de mi esposa que no tuve nada que ver con su muerte ni con la de la familia de Knox. Lo que he dicho es que algunos creyeron que yo tenía motivos para hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué motivos?

—Debe comprender una cosa, señorita Bonnard: soy un patriota macedonio. Esta región era Macedonia. Después fue dividida por el Tratado de Bucarest y repartida entre Serbia, Bulgaria y Grecia. He dedicado mi vida a enmendar esa terrible injusticia. Pero otros, hombres como Pavlos, creían que la región pertenece, por derecho, a Grecia. Ellos trataron de detenerme. Pavlos era muy hábil haciendo insinuaciones. Quería que investigaran mi vida y mis negocios, no porque me creyera corrupto, sino porque sabía que dejaría una mancha indeleble. Cuando murió, sus exigencias para abrir una investigación murieron con él. Entonces puede entender que la gente creyera que yo era responsable. Pero yo no tuve nada que ver. Jamás consideré a Pavlos mi enemigo, sólo mi oponente, y hay un abismo entre ambos conceptos. Incluso aunque yo fuera un hombre violento, que no lo soy, jamás habría aprobado la violencia en el caso de Pavlos. Y lo cierto es que no tenía necesidad. — Se acercó a ella—. ¿Puedo confiar en que jamás le dirá a Elena lo que estoy a punto de contarle?

—Sí.

—Bien. Pavlos había cometido una indiscreción. Yo tenía pruebas irrefutables de ello. Dar a conocer esa información hubiera sido... *problemático* para él. Habíamos hablado del asunto. Le aseguro que él ya no representaba una amenaza para mí.

—Eso es lo que dice usted.

—Sí, eso digo. —Un brillo de impaciencia asomó a sus ojos—. Dígame una cosa, señorita Bonnard. Ha estado trabajando con Elena Koloktronis durante estas últimas tres semanas. ¿Usted cree que ella trabajaría para mí si me considerara culpable de haber asesinado a su marido?

Gaille lo pensó por un momento, pero sólo había una respuesta posible.

—No.

—Y usted debe comprender, señorita Bonnard, que Pavlos lo era todo para Elena. Créame. Si ella me creyera responsable de su muerte, se habría asegurado de que todo el mundo se enterara.

—¿Lo habría denunciado?

—Oh, no —gruñó Dragoumis—. Me habría matado. —Sonrió por la sorprendida reacción de Gaille—. Es evidente —admitió, brutal—. Habría sido una cuestión de

sangre. Eso todavía sigue teniendo mucho poder en esta región. Pero si usted considera lo mucho que le quería... —Sacudió la cabeza—. Yo casi temí que cometiera una locura. Tanta pena necesitaba una válvula de escape. Pero como usted ve, ella sabía la verdad. Su marido era un conductor temerario que nunca se preocupaba por llevar el coche al taller. No. Elena tenía el corazón destrozado, pero no representaba un problema. El problema fue el joven amigo de su padre, Knox.

—¿Knox? ¿En qué sentido?

—Él pensó que yo había matado a su familia para silenciar a Pavlos —dijo Dragoumis—. Y, según él, yo no podía salirme con la mía. No es difícil de entender su punto de vista. Así que continuó la campaña de Pavlos. Escribió sin cesar a los políticos locales, a los periódicos, a las cadenas de televisión. Se plantó delante de los edificios gubernamentales y comisarías de policía. Hizo pintadas que ponían: «Investiguen a Dragoumis» con enormes letras delante de mis oficinas centrales. Lo imprimió en globos, lanzó panfletos desde edificios altos, colgó carteles en los principales acontecimientos deportivos televisados, llamó a programas de radio y...

—¿Knox? ¿Knox hizo todo eso?

—Ah, sí —asintió Dragoumis—. Fue impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que me consideraba capaz de asesinar. Y también me resultó muy perjudicial. Él resultaba simpático. Hizo que la gente hablara. Le pedí que se detuviera. Él se negó. Estaba intentando forzarme a hacer algo impulsivo, para así poder demostrar su teoría. Me preocupé por él. Hacía eso sólo porque estaba enfermo de dolor. Y luego estaban aquellos que, por simpatía a mi causa, querían silenciarlo. Llegó un momento en que ya no pude garantizar su seguridad. Y si algo le hubiera sucedido..., se puede usted imaginar. Necesitaba que se fuera, pero él no me escuchaba. Así que busqué a alguien a quien le hiciera caso.

—Mi padre —dijo Gaille sombría.

—Era un amigo cercano de los Knox. Y yo también lo conocía. Le pedí que viniera. Al principio fue reticente. La excavación de Malawi estaba a punto de empezar, como usted sabe. Pero le aseguré que era un asunto de vida o muerte. Él cogió un avión. Hicimos un trato. Se llevaría a Knox lejos y lo mantendría callado. Y yo daría la orden de que nadie tocara al muchacho. Su padre fue a entrevistarse con él en su hotel. Parece ser que Knox le soltó un discurso sobre la oposición a los tiranos. Su padre lo escuchó atentamente y le echó unas gotas en su resina. Cuando despertó, estaban ambos en una lenta embarcación rumbo a Port Said, y su padre tuvo tiempo para convencerlo. Por eso, señorita Bonnard, me siento mal por haber provocado su enemistad con su padre. Es algo que nunca hubiera pasado si no le hubiera pedido a él que interviniera.

V

En el bar de Ras el-Sudr, Rick asintió lentamente mientras digería el relato de Knox sobre su pelea con los Dragoumis, y cómo había llegado a Egipto con Richard Mitchell.

—¡Y yo que pensaba que eras otro británico tranquilo más! —dijo—. ¿Hay algún otro gánster internacional que te siga o eso es todo?

—Ésos son todos. Al menos hasta donde yo sé. Pero ¿adivinas a quién he visto esta tarde?

—¿A ese tipo, Dragoumis?

—A su hijo, Nicolás.

—¿Y eso es malo?

—Peor. Mucho peor. No me gusta mucho el padre, pero hay que reconocer que es admirable lo que ha conseguido. Y además tiene principios. Cuando da su palabra, la mantiene. Pero el hijo es un cretino con una gran herencia, ¿entiendes?

—Perfectamente. Entonces ¿crees que ese linchamiento del desierto fue una venganza del hijo?

—Probablemente.

—Y no lo vas a aceptar por las buenas, ¿verdad?

—No.

Rick sonrió.

—Genial. ¿Cuál es nuestro plan?

— *¿Nuestro plan?*

—Vamos, tío. Te superan en número. Podrías necesitar ayuda. Y como ya te dije, en Sharm está todo muerto.

Knox asintió.

—Si hablas en serio, sería fantástico.

—Estupendo. Entonces ¿cuál es nuestro primer movimiento?

—Vamos a Tanta.

—¿A Tanta?

—Sí —dijo Knox, mirando su reloj—. Y ya nos pasamos un poco de la hora, así que ¿qué te parece si te lo explico mientras vamos hacia allá?

VI

Dragoumis condujo a Gaille hacia el comedor. Era una amplia estancia, con una larga mesa de nogal que la dividía por la mitad. En un extremo habían colocado dos cubiertos, iluminados con velas. Un criado esperaba junto a un carrito con la comida, un guiso de carne, oscuro, aderezado con especias desconocidas.

—Disculpe mis gustos sencillos —dijo Dragoumis—. Nunca he tenido un paladar exquisito. Si disfruta usted de la cocina sofisticada, entonces tendrá que cenar con mi hijo.

—Estoy segura de que está delicioso —dijo Gaille, moviendo insegura la comida con su tenedor—. Perdóneme, señor Dragoumis, por mi curiosidad. Pero ¿me ha traído en avión hasta aquí para hablarme de mi padre?

—No —contestó Dragoumis—. La he traído porque necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Frunció el ceño—. ¿Para qué?

Dragoumis se inclinó hacia delante. La luz de las velas cayó de forma oblicua sobre su rostro, haciendo que sus ojos castaño oscuro parecieran salpicados con oro.

—El código de Alejandro menciona una tumba en Siwa con los objetos adecuados al rango del hijo de Amón.

—¿Conoce usted la inscripción?

—Por supuesto que la conozco —dijo Dragoumis impaciente—. También sé que los escuderos se suicidaron antes de permitir que Ptolomeo tuviera la oportunidad de... *conocer* por ellos la ubicación de esa tumba.

—Sí.

—¿Alguna vez oyó hablar de semejante tumba? ¿Una tumba en Siwa repleta de objetos dignos de un hombre como Alejandro?

—No.

—Entonces todavía está por descubrir.

—Si alguna vez existió.

—Existió —aseguró Dragoumis—. Existe. Dígame, señorita Bonnard, ¿no sería algo muy especial descubrirla? ¿Se imagina qué objetos pueden ser considerados dignos de semejante hombre, el mayor conquistador de la historia? ¿Las armas de la guerra de Troya? ¿Su copia personal del libro de Homero, con comentarios de Aristóteles? Sea honesta, ¿no ansía ser usted quien la encuentre? Fama. Fortuna. Admiración. Nunca más tendría que preguntarse en las primeras horas de la mañana cuál es su propósito en este mundo.

—Usted no comprende cómo funcionan estas cosas —dijo Gaille—. Ibrahim Beyumi informa de todo al secretario general del CSA. Lo que suceda después depende de ellos. Y eso no me incluye a mí.

—Tal vez no se haya enterado: Elena estaba en esa reunión.

—Sí, pero...

—Y ha convencido al secretario general de que ella es la persona más adecuada para dirigir esta investigación.

—¿Qué? Pero... ¿cómo?

—Elena es hábil para las negociaciones, créame. Pero no es tan hábil en otras cuestiones arqueológicas. Por eso la he invitado a venir. Quiero que vaya a Siwa con Elena. Quiero que encuentre esa tumba para mí.

—¿Yo?

—Sí. Usted tiene un don, como su padre.

—Usted sobreestima mi...

—Usted descubrió la cámara inferior, ¿verdad?

—En realidad fue...

—Y descifró la inscripción.

—Otra persona la habría descifrado...

—La humildad no me impresiona, señorita Bonnard —dijo—. El éxito sí. Elena tiene muchas virtudes, pero carece de imaginación, de empatía. Ésos son los dones que usted posee. Es un don que nuestra causa necesita.

—¿Su causa?

—¿Usted considera que es anticuado tener una causa?

—Creo que «causa» es una palabra que los políticos usan para hablar de derramamiento de sangre —afirmó Gaille—. No creo que la arqueología deba ocuparse de causas. Creo que debería ocuparse de la verdad.

—Muy bien —asintió Dragoumis—. ¿Qué le parece esta verdad? Mis abuelos nacieron en la gran Macedonia. Cuando se hicieron hombres, uno era serbio, el otro griego. A la gente como usted, sin causas, puede parecerle excelente que familias como la mía sean divididas y repartidas como esclavos. Pero hay un grupo de personas que está convencido de que eso no es tan bueno. ¿Puede acaso adivinar quiénes son?

—Me imagino que usted habla de la gente que se autodenomina macedonia —respondió débilmente Gaille.

—No pretendo cambiar su mente, señorita Bonnard —dijo Dragoumis—. Sólo le pido que conteste a una pregunta: ¿quién debe decidir realmente qué es una persona? ¿La persona misma o un tercero? —Hizo una pausa para darle la oportunidad de responder, pero ella no supo qué decir—. Creo que existe una nación legítima, la gran Macedonia —continuó—. Creo que esa nación fue dividida ilegalmente entre Bulgaria, Serbia y Grecia. Creo que los macedonios han sido oprimidos injustamente durante siglos, que han sufrido décadas de limpieza étnica, que siguen siendo perseguidos, puesto que no tienen voz ni poder. Cientos de miles de personas en esta región están de acuerdo conmigo, al igual que varios millones en todo el mundo.

Comparten una cultura, historia, religión e idioma entre ellos, no con los Estados a los cuales han sido entregados. Se llaman a sí mismos macedonios, más allá de lo que opine el resto del mundo. Creo que esa gente merece los mismos derechos de libertad, religión, autodeterminación y justicia que usted da por hechos. Ellos son mi causa. Por ellos le pido su ayuda.

Se volvió a mirarla. Había algo casi triunfal en su mirada, en su certeza. Ella intentó apartar los ojos, pero no pudo hacerlo.

—Y usted nos la proporcionará —afirmó.

Capítulo 24

I

Knox estaba ansioso por ocultar su jeep en algún lugar donde Nessim no pudiera encontrarlo con facilidad. Entró en una carretera secundaria al sur de Tanta, con Rick siguiéndolo en su Subaru. Después avanzaron uno detrás del otro durante unos quince minutos, hasta que vio a la luz de la luna una hilera de derruidas edificaciones pertenecientes a una granja, en medio de un prado que se usaba como basurero. Perfecto. Se abrió camino por una desigual lengua de tierra hasta llegar a un patio de cemento destrozado. Una hilera de cobertizos se alzaba en el extremo opuesto, sin tejado, con los suelos de tierra embarrados, las esquinas llenas de basura arrastrada por el viento y las entradas tapadas por una fila de abrevaderos, parcialmente llenos de agua de lluvia. A su izquierda había otro edificio bajo de cemento, con una gran puerta metálica que chirrió cuando la hicieron girar sobre sus goznes. Estaba vacío, excepto por el fuerte olor a gasolina derramada y óxido y las manchas blancas de excrementos de murciélagos y pájaros en el suelo. Knox detuvo el coche en el interior, trasladó todo lo que pudiera necesitar al Subaru y cubrió el jeep con la lona.

—¿Estás listo para explicarme qué hacemos aquí? —preguntó Rick.

—Claro —dijo Knox—. ¿Te he hablado alguna vez de la excavación en Malawi? Rick resopló.

—¿Alguna vez has dejado de hacerlo?

—Entonces conoces la historia básicamente. Richard Mitchell y yo encontramos un archivo de papiros ptolemaicos. Se los entregamos a Yusuf Abbas, ahora secretario general del CSA, para que los custodiara. Tanto le gustó lo que vio que se hizo cargo de toda la excavación.

—Y después tú descubriste que algunos de esos papiros aparecieron en el mercado negro.

—Exactamente. Ahora bien, no hay un gran mercado para los papiros ptolemaicos, ni siquiera para aquellos que proceden de una fuente fiable. Pero ¿papiros robados? Me refiero a que la mayoría de los compradores habituales son las instituciones académicas. No tocarían nada robado. Pero Philip Dragoumis está interesado en cualquier cosa macedonia, especialmente si está relacionada de alguna manera con Alejandro.

—¿Y tú crees que estos papiros tienen alguna vinculación con él?

—La tumba más importante de Alejandría fue construida para un soldado del ejército de Alejandro llamado Akylos —explicó Knox—. La cámara baja estaba dedicada por un hombre llamado Kelonymus. Ambos nombres aparecieron en la misma colección de papiros de Malawi. Los fotografiamos y los archivamos en uno de los CD que te llevaste prestados. Mira. —Giró el ordenador para que Rick pudiera ver la lista de los nombres de los archivos, en donde predominaban Akylos y

Kelonymus—. Y podría jurar que Nicolás y Elena reconocieron el nombre de Kelonymus ayer.

—Vale. Entonces hay un vínculo entre los papiros de Malawi y la tumba alejandrina. Pero eso no explica qué estamos haciendo en Tanta.

—El Grupo Dragoumis está subvencionando una excavación cerca de aquí. No son gente que financie excavaciones y mucho menos en un país extranjero. Están buscando algo. Y eso es seguramente lo que ha traído a Nicolás a Alejandría, lo cual significa que tiene que ser importante. Quiero saber qué es. Pero no puedo llegar y preguntar simplemente. Todo el equipo de la excavación ha firmado documentos de confidencialidad, así que nadie va a hablar, y mucho menos conmigo.

—Ah —dijo Rick, asintiendo en dirección al hotel—. Pero ¿se hospedan ahí?

—Exactamente. Y dentro de una hora, aproximadamente, saldrán para empezar su jornada laboral. Nosotros vamos a seguirlos.

II

Elena se despertó temprano. La luz del sol entraba por la ventana abierta del apartamento de Augustin y oía los ruidos procedentes del exterior: los coches en marcha, puertas cerrándose, familias discutiendo. Ella había tenido intención de romper con Augustin a su regreso a Alejandría, la noche anterior, antes de que aquella aventura se convirtiera en algo serio. Pero él había aparecido en la habitación de su hotel para llevarla a cenar, y le había dirigido una de aquellas sonrisas suyas, provocándole un ardiente escalofrío, que le hizo darse cuenta de que se había estado engañando a sí misma.

Permaneció allí, mirándolo con deseo. Era extraño —y totalmente injusto— el modo en que los hombres podían ser hermosos aunque fuesen un completo desastre. Su cabello era una medusa, lánguidas serpientes sobre su rostro. Un fino hilillo de saliva brotaba de la comisura de sus labios, oscureciendo la almohada. Y a pesar de todo, ella lo deseaba. Por primera vez en diez años, se hallaba perdidamente sumida en la lujuria. ¡Y pensar que ella y Gaille partirían a Siwa esa misma mañana! Necesitaba aprovechar al máximo el tiempo que les quedaba para estar juntos.

Apartó la sábana de algodón para poder verlo mejor. Buscó debajo, cosquilleando suavemente la cara interna del muslo desde encima de la rodilla hasta llegar a su pene. Él se excitó de inmediato y su miembro se agrandó cayendo sobre su vientre. Una sonrisa traviesa apareció en su rostro, aunque sus ojos continuaban cerrados. No dijo una palabra. Ella lo besó en la barbilla, en la nariz, la mejilla, la boca. Su aliento era ácido, pero no desagradable. Sus caricias se volvieron más íntimas. Estaban demasiado hambrientos como para esperar. Él se puso de lado y buscó en la mesilla un preservativo, que abrió con los dientes y desenrolló hábilmente con una mano. Hizo un gesto mientras se introducía en ella, descansando su peso sobre ambas manos, sosteniéndose en alto. Se retiró a medias, sacudiéndose y probando, para que ella lo deseara y lo atrajera hacia sí. Encontraron su ritmo. Ella torció el cuello para poder mirar hacia abajo, al punto de unión entre ambos, a la larga sombra oscura que salía de ella y empujaba lentamente al volver a entrar. Ella casi había olvidado lo hipnótica que podía resultar una imagen como aquélla, tan completamente animal, tan distinta a todos los delicados rituales románticos que la rodeaban. Él volvió a empujarla hacia abajo y se miraron a los ojos hasta que ella ya no pudo esperar más. Se retorció y soltó un grito al llegar al clímax y rodaron juntos por el suelo. Yacieron así durante medio minuto o poco más, abrazados, sonriendo, recuperando el aliento.

Él se puso de pie con facilidad.

—¿Café? —preguntó.

—Chocolate.

Él se dirigió desnudo hacia su cocina y tiró el condón en un cubo de basura

repleto. Un hilillo perlado pendía de su pene. Se lo secó con un trapo en la cocina y luego examinó la nevera.

— *Merde!* —refunfuñó—. No hay leche.

—Vuelve a la cama —se quejó ella—. Tengo que marcharme dentro de nada. Pronto tendré que ir a buscar a Gaille al aeropuerto.

—Necesito café —se quejó—. Necesito cruasanes. —Se puso los pantalones y la camisa del día anterior—. Sólo un minuto, te lo prometo.

Ella lo miró mientras salía por la puerta. Algo parecido a la felicidad inundó su pecho. Todos esos años saciando sus deseos con indecisos y narcisistas. ¡Jesús, qué bien le sentaba volver a tener a un hombre de verdad en su vida!

III

Le resultaba difícil mantenerse despierto. Rick acababa de comprar dos cafés en el primer bar que había levantado sus persianas, cuando cuatro hombres y tres mujeres con botas de montaña, pantalones de algodón y camisa de cuello abierto bajaron las escaleras del hotel, bostezando y con mochilas al hombro. Un grupo de egipcios que había llegado paulatinamente en los últimos veinte minutos se acercó a ellos. Según una ley egipcia toda excavación estaba obligada a emplear trabajadores locales. Todos subieron a bordo de dos camionetas descubiertas, apretujados delante o estirándose en la parte trasera. Uno de los hombres contó rápidamente a los presentes, y luego salieron por la carretera hacia Zagazig.

Rick les dio veinte segundos, y luego fue tras ellos. Seguir a alguien en Egipto era fácil. Había tan pocas carreteras que uno podía permitirse el lujo de quedarse bastante lejos. Se dirigieron hacia Zifta y se desviaron por un camino hacia una granja. Rick esperó hasta que estuvieron envueltos en una nube de polvo, y luego los siguió. Condujeron unos dos o tres kilómetros antes de ver una de las camionetas aparcadas, sin nadie a la vista.

—Salgamos de aquí antes de que nos vean —sugirió Knox.

Rick dio media vuelta y se alejaron.

—¿Y ahora adónde?

—No sé tú —bostezó Knox—, pero yo no duermo desde hace dos días. Voto por que busquemos un hotel.

IV

El día había pasado con angustiosa lentitud para Mohammed el-Dahab, pero ahora, ya avanzada la tarde, el tiempo casi había terminado. Caminó de un lado al otro fuera del ala oncológica del Instituto de Investigaciones Médicas de Alejandría. A veces trataba de coger la máxima cantidad de aire en los pulmones; en otras ocasiones, su respiración se volvía tan leve y superficial que creía desmayarse. Esperar la llamada telefónica con los resultados ya había sido lo suficientemente agotador, pero nada comparado con esto. Se dirigió hacia la ventana, mirando sin ver hacia la ciudad a la luz del crepúsculo, hacia el puerto. Tantos millones de personas y nadie le preocupaba ni lo más mínimo. Que Alá se los llevara a todos, pero que le dejara a Layla.

El doctor Serag-al-Din les había dado buenas noticias. Había encontrado un HLA compatible: Basheer. Una prima tercera de la madre de Nur, que había estado cerca de la muerte cuando su apartamento en El Cairo se había derrumbado hacía unos años. Mohammed no se había preocupado nada en aquel momento; su vida o su muerte le habían resultado completamente indiferentes. «Pero si ella hubiera muerto...». Cerró los ojos, se llevó un puño a la boca. No podía soportar pensar en ello.

Sin embargo el HLA compatible no significaba nada en sí mismo. Importaba sólo si el profesor Rafai concedía a Layla un sitio para el trasplante de médula. Mohammed estaba allí para enterarse de su decisión.

— *Insha Allah, insha Allah* —murmuraba Mohammed una y otra vez. El mantra poco bien le hacía. Si Nur estuviera allí, alguien le comprendería. Pero Nur no había sido capaz de enfrentarse a aquello. Estaba en casa con Layla, todavía más aterrada que él—. *Insha Allah* —murmuró—. *Insha Allah*.

La puerta del ala de oncología se abrió, dando paso a una enfermera regordeta de enormes ojos. Mohammed intentó leer su expresión, pero estaba más allá de sus posibilidades.

—¿Podría acompañarme, por favor? —le dijo.

Capítulo 25

I

A Kareem Barak le dolían los pies. Demasiado caminar por esas odiosas carreteras con botas apretadas y suelas agujereadas. Se maldijo por haber respondido a la llamada de Abdullah y por aceptar sus condiciones. ¡Cien dólares para el que encontrara ese maldito jeep! Era demasiado bueno para ser cierto. Pero cuando Abdullah distribuyó las áreas para inspeccionar, le había asignado ese rincón olvidado de tierras de cultivo. ¡Cómo se habían reído los demás! ¡Como si alguien fuera a aparcar allí! No entendía por qué no se había dado ya por vencido. Pero esos dólares lo traían de cabeza, entre otras cosas porque para que Abdullah ofreciera una recompensa de cien dólares, él tenía que ganar cinco o diez veces más, lo que significaba que un hombre joven e inteligente como él podía tener alguna oportunidad. Pero primero necesitaba un poco de suerte.

Caía la noche cuando vio el camino de la granja y los edificios a unos doscientos metros de distancia. A juzgar por el dolor de pies, le hubiera dado lo mismo que estuviera a doscientos kilómetros. Le entraron unas ganas enormes de comerse un gran cuenco del *kushari* de su tía con cebollas fritas y grandes trozos de *aysh baladi*, y luego irse a dormir. No creía que el jeep estuviera allí. ¡Basta! Frunció el ceño y se dio la vuelta por donde había venido cojeando ligeramente. Pero apenas había dado veinte pasos cuando un minibús de estudiantes pasó a su lado. Una de ellas lo miró a los ojos y sonrió con timidez. Tenía un cutis agradable, enormes ojos pardos y apetitosos labios rojos. Mirándola, se olvidó del *kushari*, la cama y los pies doloridos. Eso es lo que él verdaderamente quería: una mujer hermosa y tímida a quien considerar suya. Y más allá de sus sueños románticos, era lo suficientemente realista para saber que nunca conseguiría una a menos que ganara bastante dinero.

Se volvió, dolorido, y avanzó por el camino hacia la granja.

II

Mohammed tuvo dificultades para seguir a la enfermera. Necesitó recordarse a sí mismo que tenía que mover primero un pie y después el otro. Ella lo condujo a un gran despacho, en donde el profesor Rafai estaba buscando entre los archivos de un fichero blanco. Mohammed lo había visto con frecuencia en sus visitas, pero nunca le habían concedido una entrevista privada. No supo leer en su rostro. Algunos hombres disfrutaban dando buenas noticias; otros consideraban su responsabilidad dar las malas.

Rafai se volvió hacia Mohammed con una sonrisa insulsa y profesional que no significaba nada.

—Siéntese, siéntese —dijo, señalando una pequeña mesa en un rincón. Agarró una carpeta marrón y se acercó a él—. Confío en que la espera no se le haya hecho demasiado larga.

Mohammed tragó saliva. ¿Acaso Rafai no comprendía su situación? De pronto, le entraron ganas de salir otra vez y seguir esperando. Cuando la esperanza es lo único que un hombre posee, lucha para mantenerse aferrado a ella.

El médico abrió el informe marrón y miró los papeles. Frunció el ceño como si acabara de leer algo de lo que no se hubiera percatado antes.

—¿Usted comprende lo que un trasplante de médula supone? —preguntó sin alzar la vista—. ¿Es consciente de lo que me pide para su hija?

Era una sensación entumecedora, una catástrofe. Mohammed se sintió frío y enfermo, y al mismo tiempo, inmensamente tranquilo. Se preguntó amargado cómo daría la noticia a Nur, y si Layla entendería lo que significaba.

—Llamamos a este procedimiento trasplante de médula —continuó Rafai inmisericorde—, pero eso no es exacto. En la quimioterapia habitual, nos concentramos sólo en las células cancerígenas, que se multiplican rápidamente; pero en este procedimiento deliberadamente envenenamos todo el sistema de una persona para destruir las células que se reproducen rápidamente, sean o no cancerosas. Eso incluye la médula ósea. El trasplante no es el tratamiento. El trasplante es necesario porque una vez que aniquilamos esas células, el paciente moriría sin una nueva médula. Es una experiencia traumática y extremadamente dolorosa, sin garantía de éxito. Existe rechazo incluso cuando hay perfecta compatibilidad. E incluso cuando la nueva médula se desarrolla, la convalecencia es muy larga. Análisis, análisis, siempre análisis. Éste no es un tratamiento de unos días. Quedan cicatrices de por vida. Y después está la infertilidad, la ceguera por cataratas, cánceres secundarios, complicaciones en el hígado, riñones, pulmones, corazón...

Entonces Mohammed comprendió algo: Rafai no estaba allí porque fuera una tarea difícil, sino porque disfrutaba del ejercicio de poder. Se acercó hacia delante

para apartar el informe de Rafai.

—Diga lo que tenga que decir —le exigió—. Dígalo claramente y míreme a los ojos.

Rafai suspiró.

—Tiene que comprender que no podemos proporcionar un trasplante de médula a cada paciente que lo necesita. Asignamos nuestros recursos sobre la base de las pruebas clínicas, para ver quién lo necesita más. Me temo que el linfoma ha avanzado demasiado en el caso de su hija...

—¡Porque no quisieron hacer las pruebas a tiempo! —gritó Mohammed—. ¡Porque no hicieron las pruebas!

—Debe comprender que todos aquí quieren a su...

Mohammed se puso de pie.

—¿Cuándo ha decidido esto? ¿Lo hizo antes de hacer las pruebas? Fue así, ¿verdad? ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Por qué nos hizo pasar por todo eso?

—Está equivocado —dijo Rafai—. No tomamos la decisión final...

—¿Hay algo que pueda hacer? —rogó Mohammed—. Cualquier cosa. Se lo ruego. Por favor. No puede hacer esto.

—Lo siento. —Rafai sonrió fugazmente. La entrevista había concluido.

Mohammed nunca había entendido los suicidios fallidos; los que se describían habitualmente como llamada de atención. Pero en un momento de lucidez se dio cuenta de que algunas conversaciones eran simplemente demasiado difíciles de mantener sin algún acto que demostrara la insoportable intensidad de los sentimientos en juego. No podía enfrentarse a Nur y a Layla con esas noticias. Estaba más allá de su alcance. Así que agarró a Rafai por las solapas de la chaqueta y lo estrelló contra la pared del despacho.

III

El viaje hacia Siwa no fue suficiente para preparar a Gaille para el oasis en sí. Transcurrieron las siete horas conduciendo a través de la plana costa mediterránea, cubierta de matorrales y con muchos edificios, hasta desembocar, hacia el sur, en el desierto vacío, interrumpido únicamente de vez en cuando por una solitaria gasolinera o algún grupo de camellos. Pero luego subieron a una elevación y el incesante vacío fue roto, de improviso, por brillantes lagos salados y bosquesillos verde plateado. Llegaron a la plaza del mercado de Siwa cuando el muecín llamaba a los fieles a la oración y el sol se desvanecía detrás de las rosadas ruinas de la antigua fortaleza de Shali.

Gaille bajó la ventanilla y respiró hondo. Se le levantó el ánimo. Allí las calles eran anchas, espaciosas y polvorientas. Había pocos coches o camiones. La gente iba a pie, en bicicleta o en carros tirados por burros. Después del bullicio de Alejandría, aquello le parecía una maravilla de tranquilidad. Siwa era, realmente, el fin del camino. No había nada más allá, salvo el enorme mar de arena. El oasis no tenía otro propósito que él mismo.

Ocuparon habitaciones en un hotel junto a un pequeño palmeral. Las habitaciones estaban recién pintadas, limpias y relucientes, con las ventanas brillantes y los baños impecables. Gaille se duchó y se cambió de ropa; al cabo de un rato, Elena llamó a su puerta y juntas fueron a visitar al doctor Aly Sayed, el representante en Siwa del Consejo Superior de Antigüedades.

IV

Knox y Rick se agacharon en los asientos delanteros del Subaru mientras una de las camionetas se marchaba al caer la noche, con sus luces parpadeando entre los arbustos tras los que estaban ocultos. Unas horas de sueño reparador habían cargado las pilas de Knox, y también la batería de su ordenador. Cuando la camioneta se alejó, volvió a abrir el aparato, y retomó el análisis de los papiros de Malawai.

—Me imagino que la otra también debe de haberse marchado —dijo Rick—. Me refiero a que no pueden excavar en la oscuridad.

—Démosle diez minutos. Sólo para estar seguros.

Rick hizo un gesto, pero no hizo comentarios al respecto.

—¿Cómo te va? —preguntó.

—No demasiado mal. —El ordenador de Knox era viejo y la pantalla se veía ligeramente borrosa. Las fotografías habían sido tomadas sólo con la finalidad de ser catalogadas, no para su estudio. La luz era desigual, por decirlo de alguna manera. La mayoría de los papiros resultaban ilegibles por completo. Sin embargo, podía distinguir algunas palabras y a veces incluso frases. Con frecuencia eran ambiguas, casi deliberadamente, del tipo de «y después sucedió aquello que me trajo a Malawi». En otras partes, el autor se refería una y otra vez al «iluminado», al «portador de la verdad», al «sabio», «el que guarda el secreto». Y en otros lugares...

—No sé quién escribió esto —le dijo Knox a Rick—, pero no era muy respetuoso.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los faraones de la dinastía ptolemaica llevan el nombre de Ptolomeo, por lo que se distinguían entre sí por un sobrenombre. Por ejemplo, Ptolomeo I era conocido como Sóter, la palabra griega que significa «salvador». Pero aquí lo llaman Sotades.

—¿Sotades?

—Un escandaloso poeta y autor teatral griego alejandrino. Escribió mucha poesía homoerótica, inventó el palíndromo, después se metió en problemas al burlarse de Ptolomeo II Filadelfo por casarse con su hermana. Hablando de eso, Filadelfo quiere decir «el que ama a su hermana», pero aquí es designado como «amante del pecado». Ptolomeo Evergetes, «el benefactor», es el «malhechor». Filopator, «el que ama a su padre», es «el constructor de mentiras». Epífanos, «el dios manifiesto», es «el fraude manifiesto». ¿Te haces una idea?

—No era precisamente el mejor escritor satírico.

—No. Pero referirse a los Ptolomeos de este modo...

Rick se inclinó hacia delante en su asiento y miró por su ventanilla hacia la noche iluminada por la luna, impaciente por ponerse en movimiento.

—Ya deben de haberse ido —murmuró mientras ponía en marcha el motor—. Vamos.

—Cinco minutos más.

—Vale —refunfuñó su compañero, apagando el motor otra vez. Se reclinó para mirar el ordenador—. ¿Qué más has encontrado?

—Muchos topónimos. Tanis, Buto, Busiris, Mendes. Ciudades importantes del delta. Pero el lugar que aparece con más frecuencia es Lycopolis.

—Lycopolis. Ciudad de los Lobos, ¿no?

—Era el nombre griego de la antigua Asyut —asintió Knox. Asyut estaba unas cincuenta millas al sur de Malawi, en donde los papiros habían sido descubiertos, así que tenía cierto sentido. Pero algo martilleaba en su memoria, y no era Asyut.

Otro par de luces se acercó por el camino de la granja. Volvieron a agacharse.

—Parece que tenías razón —sonrió Rick, mostrando sus brillantes dientes blancos. La segunda camioneta se detuvo por completo al llegar a la carretera, esperando a que pasara un coche. Podían oír el intermitente y el cansado conversar de los obreros en la parte trasera, agradecidos por que hubiera terminado la larga jornada. Después salió a la carretera de Tanta y desapareció.

—Bueno —dijo Rick, encendiendo el motor una vez más—, vamos allá, ¿no?

—Sí.

La luna brillaba lo suficiente para conducir sólo con las luces de posición, para no hacerse demasiado visibles, pero tampoco muy sigilosos. Llegaron a la línea de árboles en donde la camioneta había aparcado antes. Un cartel clavado en el suelo declaraba, en árabe e inglés, que se trataba de una zona de acceso restringido, acotada por el Consejo Superior de Antigüedades en colaboración con la Fundación Arqueológica Macedonia. Se alejaron un poco, escondieron el Subaru en un pequeño bosquecillo y se dirigieron a explorar.

Rick había ido de compras mientras Knox dormía. Le entregó una linterna, aunque todavía había suficiente luz natural. Una brisa fresca agitaba y hacía susurrar las ramas. Se oyó un pájaro en la lejanía. Podían ver el resplandor de un pueblo distante y las luces amarillas de los automóviles en una carretera. Sus botas se embarraron al cruzar campo a través. En una esquina encontraron un lugar a medio excavar, una serie de catas delimitadas con cuerdas de cuatro por cuatro metros, divididas por muretes; luego una serie de tumbas, cada una de un metro de profundidad, todas vacías, con sus cimientos ocultos en las sombras y la tierra recientemente excavada a los lados. Tardaron apenas quince minutos en revisarlo todo.

—No es exactamente el Valle de los Reyes, ¿verdad? —murmuró Rick.

—No puedes esperar que...

—¡Chist! —ordenó Rick de repente, agachándose y llevándose un dedo a los

labios. Knox se volvió a mirar qué había llamado la atención de su amigo. Varios segundos después lo vio: un pequeño destello naranja entre los árboles.

—Dos personas —susurró Rick— compartiendo un cigarrillo. —Hizo un gesto en dirección a una tumba vacía entre las sombras. Knox asintió.

Se metieron dentro observando por encima del borde mientras dos hombres con uniforme y gorra verde oscuro avanzaban: guardias de seguridad, mejor que soldados o policías, pero con cartucheras negras a la cintura. Uno de ellos llevaba atado con una cuerda un enorme pastor alemán que gruñía y mostraba sus colmillos, como si hubiera percibido un rastro pero sin estar muy seguro. Su compañero encendió una linterna, cuya luz hizo bailar a medida que se acercaban mientras hablaban de una película que habían visto hacía poco en la televisión.

Rick se frotó las manos y la nuca con tierra e hizo un gesto a Knox para que lo imitara; luego permaneció inmóvil boca abajo en la tumba, mientras los dos vigilantes se acercaban hasta detenerse a su lado y el pastor alemán, decididamente nervioso, era reprendido. El resplandor de la linterna brilló en el fondo de la tumba y luego desapareció. Una colilla todavía encendida cayó junto a la mejilla de Knox. Uno de los hombres, mientras hablaba con su compañero, se desabrochó los pantalones y orinó sobre la tierra salpicándolos, al tiempo que el otro hacía comentarios soeces sobre una actriz que le gustaba. Luego los hombres se alejaron, llevándose con ellos al nervioso perro.

Rick fue el primero en moverse.

—Diablos, han estado cerca —murmuró.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo Knox, mostrándose de acuerdo con él.

—¡Y una mierda! —exclamó Rick—. ¿Dos hombres y un pastor alemán vigilando un campo desierto? Quiero ver qué están custodiando en realidad.

—Tienen armas, tío —dijo Knox.

—Exactamente —sonrió Rick—. Esto se está poniendo interesante.

—No voy a dejar que te hagan daño —dijo Knox—. No por culpa mía.

—No fastidies. No me había divertido tanto desde hace años. —Y salió antes de que Knox pudiera seguir argumentando. Se mantenía agachado y hacía uso de su experiencia para encontrar el camino menos expuesto. Knox lo siguió, agradecido por contar con semejante amigo.

La luna dibujaba sombras fantasmales entre los árboles cuando subieron una suave pero larga pendiente. Knox vio algo gris delante de él e hizo señas a Rick, que asintió y le indicó que se quedara allí. Desapareció durante un minuto antes de volver de entre las sombras.

—Dos edificios —susurró—. Uno grande y otro pequeño. Hechos de bloques de hormigón. Sin ventanas, con puertas de acero cerradas con candados. Pero los dos guardias están delante del más pequeño. Ahí es donde debemos entrar.

—Pensaba que habías dicho que eran edificios de hormigón sin ventanas. ¿Cómo diablos pretendes entrar?

Rick sonrió.

—Ya lo verás.

V

El doctor Aly Sayed vivía en una impresionante casa de dos pisos al final de una estrecha calle arbolada, delante de la cual había aparcado un BMW. Un hombre moreno de blancos cabellos y barba bien cuidada estaba sentado en el exterior, con un vaso en una mano y un grueso lápiz en la otra, delante de una mesa cubierta de papeles.

—¡Hola! —saludó alegremente—. Ustedes deben de ser las amigas de mi secretario general.

Dejó su vaso sobre los papeles para impedir que se volaran y se acercó. Siwa había formado parte de la antigua ruta de esclavos, y él tenía, claramente, sangre negra y árabe, lo que parecía querer enfatizar deliberadamente con sus sandalias, sus pantalones cortos de color caqui, y su camisa oro y escarlata de manga corta.

—Usted debe de ser la señora Koloktronis —le dijo a Elena, estrechando su mano—. Y Gaille Bonnard —dijo, volviéndose hacia ésta—. ¡Sí! Tiene los ojos de su padre.

Gaille estaba sorprendida.

—¿Perdón?

—¿No es usted la hija de Richard Mitchell?

—Sí, pero...

—¡Bueno! Cuando Yusuf me dijo que esperara a Elena Koloktronis y Gaille Bonnard, yo pensé para mí: «¡Ah, sí, reconozco ese nombre!». Cuando su padre murió en aquella terrible caída, yo le envié un gran paquete con sus papeles y pertenencias. Confío en que lo haya recibido.

—¿Fue usted? Sí. Gracias.

Aly hizo un gesto de asentimiento.

—Su padre era un amigo muy querido para mí. Se quedaba en mi casa con frecuencia. Es usted bienvenida por sí misma, es evidente. Pero la hija de un hombre tan excelente es mil veces bienvenida.

—Gracias.

—Aunque debo reconocer que me sorprende que Yusuf Abbas la haya recomendado tan efusivamente. —Enarcó una ceja—. ¿No será que no está al tanto de quién es su padre?

—No lo sé —dijo Gaille, sonrojándose.

—Tal vez debería decírselo la próxima vez que hablemos —musitó. Pero después vio su expresión y le tocó el codo—. Sólo estaba bromeando. Jamás haría semejante cosa. Le doy mi palabra. Ahora entren. ¡Honrarán mi humilde morada! ¡Pasen, pasen!

Gaille y Elena intercambiaron miradas mientras lo seguían. No se esperaban una bienvenida tan acogedora.

Palmeó con su mano el tosco muro amarillo exterior.

— *Kharshif* —anunció—. Barro y sal. Duro como la roca, pero con una debilidad. ¡Se vuelve a convertir en barro cuando llueve! —Se llevó las manos a los costados y se rió ruidosamente—. Afortunadamente no llueve con frecuencia en Siwa. ¡Al menos desde 1985! Ahora en Siwa sólo se construye con hormigón. —Se golpeó el pecho—. Únicamente a mí me gusta el modo antiguo.

Abrió la puerta de entrada, que daba a un largo pasillo. Un montón de fotografías enmarcadas se amontonaban en las paredes. En algunos lugares aparecía una marca descolorida que mostraba que las cambiaba con frecuencia. Era evidente que no tenía ningún reparo en ponerse delante de la cámara. Aparecía en una foto tras otra: discutiendo asuntos de las excavaciones en un yacimiento; de caza con un oficial del ejército sosteniendo una gacela blanca con una herida de bala en la cabeza; con un equipo de alpinismo en mitad de una pared rocosa; de visita en París, San Luis, Granada, y ciudades que Gaille no podía identificar; estrechando la mano de mandatarios, celebridades y expertos egiptólogos. No se trataba sólo de una pared dedicada a la vanidad, sino de una casa completa.

Llegaron a la cocina, con una gran chimenea abierta al cielo nocturno. Un enorme frigorífico amarillento se puso en marcha y comenzó a sacudirse con un zumbido cuando ellos entraron. Aly le dio un empujón y el ruido disminuyó un poco.

—¿Una copa? —sugirió—. Tal vez no lo sepan, pero en Siwa no hay alcohol. A nuestros jóvenes les gustaba demasiado el lagbi, el licor que hacemos con los dátiles; y el lagbi hacía que disfrutaran mucho los unos con los otros, entonces ¡fuera el alcohol! En ese sentido, ¡mi casa es un oasis!

Gaille encontraba desconcertante su bullicioso buen humor, como si estuviera riéndose de ellas. Abrió la puerta del frigorífico mostrando una gran variedad de zumos frescos y verduras en su interior, una montaña de cervezas y vino blanco. Sacudió un dedo en dirección a Gaille.

—Su padre me enseñó malos hábitos. El amor por el alcohol es terrible. Cuando me queda poco, tengo que inventarme algún asunto en el CSA de El Cairo. Y yo odio El Cairo. Eso significa que tengo que pasar a saludar a mi secretario general y, créanme, ése es un privilegio del que prefiero no abusar.

Les sirvió algo de beber, las llevó de vuelta al pasillo, metió la llave en la cerradura de una puerta azul, la abrió, encendió la luz y se apartó para dejarlas pasar. Una brisa de aire fresco corrió en dirección al pasillo. La estancia era amplia y estaba decorada con opulencia. Un único aparato de aire acondicionado siseaba bajo las ventanas, cerradas y con las persianas bajadas. Un ordenador, un escáner plano y una impresora en color descansaban sobre dos mesas junto a tres armarios de metal gris para documentos y estanterías pintadas de blanco repletas de libros sobre vitrinas cerradas. Gaille observó las líneas rectas de estas paredes. En esa habitación no había

riesgo de que los muros se volvieran a convertir en barro.

—Deduzco que están aquí para revisar nuestros antiguos yacimientos, ¿verdad?
—Aly hizo un gesto con la mano—. Mi colección está a su disposición. Todo lo que ha sido publicado sobre Siwa y el desierto occidental está aquí. Y si no ha sido publicado, también.

—Es usted muy amable —dijo Elena.

Hizo un gesto como quitando importancia al asunto.

—Aquí somos todos arqueólogos. ¿Por qué habríamos de guardarnos secretos unos a otros?

—¿Tiene fotografías?

—Por supuesto. —Abrió el cajón superior de un armario, retiró un gran mapa y lo abrió. Una cuadrícula corría de norte a sur y de este a oeste, dando a cada cuadrado un número de referencia que correspondía a una carpeta catalogada en los cajones, que contenía granuladas fotografías aéreas en blanco y negro, y algunas veces su correspondiente foto en color a nivel del suelo.

Mientras le explicaba su sistema a Elena, Gaille se paseó entre las estanterías, acariciando con el dedo recortes de periódico sobre las momias doradas de Bahariya, historias sobre Kharga, Dakhla y Farafra, de la geología del desierto. Dos sectores completos estaban dedicados a Siwa, y los estantes estaban tan atestados que tuvo que tirar con fuerza para sacar una primera edición de *Una visita a Siwa*, de Qibell. Repasó las quebradizas páginas amarillas con gran ternura. Le encantaba el tono banal de tales libros, antes de que la ciencia considerara que la banalidad estaba algo pasada de moda.

—¿Los conoce? —murmuró Aly de pronto a su lado.

—No todos —admitió—. De hecho...

Él se rió, pero había algo más amable y más auténtico en esa risa. Se agachó para abrir la cerradura de un armarito bajo. El interior rebosaba de estantes metálicos con carpetas grises y marrones con papeles sueltos. Las libretas y los diarios estaban colocados por separado. Encontró y apartó una gruesa carpeta verde, y se la entregó.

—¿Conoce el Manuscrito de Siwa? La historia de nuestro oasis escrita por los musulmanes desde... —Hizo un gesto con la mano para indicar «desde siempre»—. Estas notas en tinta roja son mías. Creo que las encontrará útiles. —Dejó la carpeta y volvió a sus libros—. ¡Ah, sí! Ahmed Fakhry. Un gran hombre. Mi mentor y muy buen amigo. ¿Ha leído sus trabajos?

—Sí. —Había sido el único trabajo de investigación que había conseguido hasta el momento.

—¡Excelente! ¡Ah, y esto! Los *Viajes por África, Egipto y Siria, desde el año 1792 hasta el 1798*, de W. G. Browne. El primer europeo en siglos que visitó Siwa, o que, al menos, escribió sobre el oasis. Nos consideraba gente sucia y desagradable.

Lo apedreamos porque pretendió ser un hombre de fe. ¡Cuánto ha avanzado el mundo! Aquí está Belzoni, el forzudo del circo, favorito de todos. Y Frederick Hornemann. Alemán, por supuesto, pero escribió en inglés. Su viaje fue financiado por la Sociedad Africana de Londres en..., déjeme ver, sí, 1798.

—¿No hay nada más reciente?

—Por supuesto, por supuesto. Hay muchos libros. Copias de todos los diarios de excavación. Pero créame, cuando esta gente llegó hasta aquí, nuestros monumentos y tumbas estaban en mucho mejor estado. Ahora muchos no son más que polvo y arena. «Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes». —Suspiró, sacudiendo con tristeza la cabeza—. Se ha perdido tanto... Lee alemán, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Uno nunca sabe en estos días. Incluso las universidades respetables parecen repartir doctorados a gente que apenas puede hablar su propio idioma. Aquí está *Siwa: Die Oase des Sonnengottes in der Libyschen Wüste*, de J. C. Ewald Falls. Y *Voyage à Meroe*, de Cailliaud; debe leerlo. ¡Y ese criminal de Drovetti! Tuve que viajar a Turín para ver el *Canon de reyes*. ¡Turín! ¡Todavía peor que El Cairo! ¡Intentaron asesinarme con sus tranvías!

—¿Cuándo podemos empezar? —preguntó Elena.

—¿Cuándo le gustaría?

—Esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Aly, riéndose—. ¿Nunca se relaja?

—Sólo tenemos dos semanas.

—Esta noche no, me temo —dijo Aly—. Tengo planes. Pero me levanto temprano. Son bienvenidas a cualquier hora después de las siete.

—Gracias.

VI

Rick y Knox avanzaron en círculo contra el viento, para que el pastor alemán no percibiera su olor. Pasaron otros noventa minutos hasta que los vigilantes salieron nuevamente de ronda. Tan pronto se fueron, Rick se apresuró a llegar al claro, alcanzando el edificio más pequeño. Examinó los dos pesados candados, sacó un trozo de acero curvo de su bolsillo y luego procedió a abrirlos rápidamente.

—¿Dónde demonios has aprendido eso? —murmuró Knox.

—Fuerzas especiales australianas, tío —contestó Rick sonriendo mientras se guardaba en los bolsillos los candados y empujaba a Knox hacia dentro—. No nos enseñaron a hacer punto precisamente. —Había un profundo agujero en el suelo y una escalera de madera atada a uno de los muros—. Son dieciséis minutos hasta el otro sitio —dijo Rick—. He cronometrado el tiempo. Y otros dieciséis de vuelta son treinta y dos. Necesitamos estar fuera en veinticinco minutos como máximo, ¿de acuerdo?

—Es mejor que nos demos prisa —admitió Knox, con la adrenalina poniéndolo en tensión, mientras descendía primero. La escalera crujió pero los sostuvo, y pronto estuvo agachado sobre fragmentos de piedra. Rick llegó un momento después. Caminaron juntos por el estrecho corredor. Rick iluminó una pintura en un muro con su linterna.

—¡Jesús! —murmuró—. Creía que Wolverine era de los cómics de Marvel.

—No es Wolverine —lo corrigió Knox—, sino el dios lobo: Wepwawet.

Rick lo miró de forma extraña.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Has visto un fantasma?

—No exactamente.

—Entonces ¿qué? ¿Te has dado cuenta de dónde estamos o algo así?

—Eso creo. Sí.

—Vamos, tío, suelta el rollo

Knox frunció el ceño.

—¿Qué sabes de la piedra de Rosetta? —preguntó.

Capítulo 26

I

—¡Jefe, jefe!

Nessim miró furioso a Ratib. Desde que habían ofrecido la recompensa de mil dólares, sus teléfonos habían estado sonando a todas horas. El jeep de Knox había sido visto en todas partes, desde Marsa Matruh hasta Asuán, al igual que Knox. Nessim quería resultados, aunque sólo fuera para dar por terminada esa condenada búsqueda y tener algo de tranquilidad. Pero cuanto más tiempo pasaba, más se reducían sus esperanzas.

—¿Sí? —preguntó.

—Es Abdullah, jefe —dijo Ratib—. Lo conoce. De Tanta. Dice que uno de los suyos ha encontrado el jeep.

—¿Dónde?

Ratib sacudió la cabeza.

—El muchacho no lo dirá hasta que no reciba su dinero. Y quiere más. El muchacho exige mil. Y ahora Abdullah también quiere otros mil.

Nessim frunció el ceño. El dinero en sí no le molestaba. Al fin y al cabo, era de Hassan. Pero que lo chantajearan sí. «Aunque si esto fuera cierto...». Revisó su bolsa para ver cuánto dinero tenía consigo.

—Dile que queremos una prueba —dijo—. Que envíe fotografías. Si se trata del coche, recibirán setecientos cincuenta cada uno.

Ratib negó con la cabeza.

—El muchacho no quiere volver —dijo—. Cree que Abdullah hará que lo sigan y que después no recibirá nada.

Nessim lanzó una risotada. Se había encontrado con Abdullah un par de veces, y las dos había revisado instintivamente sus bolsillos después para asegurarse de que conservaba todavía su cartera.

—Pídele que describa exactamente lo que vio.

Ratib asintió y transmitió el mensaje.

—Dice que estaba cubierto con una lona verde —informó—. Y que echó una ojeada en su interior y vio una caja con varios CD y libros.

Nessim le arrebató el móvil a Ratib.

—¿Qué libros? —exigió saber.

—No lo sé —respondió el muchacho. Se le notaba aterrado, queriendo abarcar más de lo que podía apretar—. Estaban escritos en lengua extranjera.

Acudió a su mente una imagen de la habitación del hotel de Knox y los libros de arqueología que se había llevado.

—¿Tenían dibujos?

—Sí.

—¿De qué tipo?

—Ruinas —dijo el muchacho—. Ya sabe, esa gente que cava en el desierto.
Nessim apretó el puño.

—Quédate exactamente donde estás —le ordenó—. Vamos de camino.

II

—¿La piedra de Rosetta? —Rick frunció el ceño mientras sacaban un par de fotos a la pintura con su cámara digital antes de avanzar—. Sé que supones que yo debería saber, ¿por qué?

—¿Y eso qué significa?

Rick se encogió de hombros.

—Es un enorme trozo de una estela monumental. De basalto negro o algo así.

—Granito —le corrigió Knox—. En realidad debería ser gris brillante con vetas rosadas. El negro es el resultado de demasiada cera y de la suciedad londinense.

—Está escrita en tres idiomas —dijo Rick—: jeroglífico, demótico y griego. Y fue hallada en Rosetta por los hombres de Napoleón. En 1799, ¿no?

—Sí.

Llegaron a una segunda pintura, similar a la primera. Rick sacó dos fotos. El flash los cegó en la oscuridad.

—Se dieron cuenta de que podía ser la clave para descifrar los jeroglíficos, así que salieron en busca de otros fragmentos. Valdrían su peso en oro, como dijo alguien. —Miró a Knox—. ¿Es eso lo que estamos buscando? ¿Los fragmentos perdidos de la piedra de Rosetta?

—No.

—No encontraron nada; pero la piedra no era de Rosetta originalmente; había sido transportada allí como material de construcción. De todas formas, vosotros se la birlasteis a los franceses y acabó en el Museo Británico. —Los muros estaban carbonizados; grandes cicatrices marcaban la arcilla cocida—. Un incendio de mil demonios —murmuró Rick, mientras sacaba más fotos.

—Me estabas hablando de la piedra de Rosetta —dijo Knox.

—Sí. Se hicieron copias. Hubo una especie de competición para descifrarla. Jean-François Champollion consiguió por fin hacerlo. Anunció sus resultados en torno a 1820.

—En 1822. Viernes, 27 de septiembre, para ser exactos. Considerado por muchos el nacimiento de la egiptología moderna.

Rick se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé.

—No está mal —observó Knox—. Pero ¿sabes qué es lo que todavía no has mencionado?

—¿Qué?

—La propia inscripción. Lo que dice.

Rick se rió, irónico.

—Tienes razón.

—No eres el único. Un gran monumento, un verdadero icono, y casi nadie sabe qué dice.

—¿Y qué dice?

Knox hizo brillar su linterna hacia delante. El mármol blanco de un pórtico brilló pálido, con dos lobos fantasmales a cada lado.

—Se lo conoce como el Decreto de Menfis —dijo, mientras avanzaban—. Fue redactado para conmemorar la ascensión de Ptolomeo V en el año 196 a. C. La edad de oro de los Ptolomeos ya había pasado, claro, gracias a Ptolomeo IV.

—El chico de las fiestas —asintió Rick, y se agachó para fotografiar a los lobos.

—Exactamente. El rey seléucida, Antíoco III, pensó que era débil y fácil de dominar. Conquistó Tiro y Ptolemais y capturó gran parte de la flota egipcia.

—Evítame los detalles —dijo Rick—. Recuerda que el tiempo corre.

—Vale —dijo Knox, mientras avanzaban—. Hubo una gran batalla en Rafia. Los egipcios ganaron. Volvió la paz. Deberían haber sido buenas noticias.

—¿Pero?

—Los impuestos ya eran muy altos. Ptolomeo debió de subirlos aún más para financiar su guerra y la celebración de la victoria. Se extendió el descontento. La gente abandonó sus granjas. Hubo masivos levantamientos por todo Egipto. Ptolomeo fue asesinado y su sucesor, Ptolomeo V Epífanes, era apenas un niño. Un grupo de rebeldes atacó los puestos militares y los templos en el delta del Nilo. Los hombres de Epífanes los persiguieron, obligándolos a refugiarse en una ciudadela.

—Vaya —dijo Rick chasqueando los dedos—. Pensaron que estarían a salvo. Supongo que no fue así.

—Se equivocaron por completo —confirmó Knox mientras bajaban dos escalones hacia una entrada secundaria—. De acuerdo con la piedra de Rosetta, los hombres de Epífanes entraron por la fuerza y pasaron a todos a cuchillo.

—Qué encanto.

—¿Sabes dónde sucedió todo eso? En un lugar llamado Lycopolis, en el *nomos* Busirita.

—¿El *nomos* Busirita? ¿No era eso básicamente donde estamos ahora?

—Exactamente —afirmó Knox cuando alcanzaron el pórtico—. Bienvenido a la ciudadela de la antigua Lycopolis.

Rick entró primero, con la linterna en la mano.

—¡Jesús! —exclamó al ver lo que había dentro. Luego se giró y miró hacia otro lado, como si se hubiera mareado.

III

—Vengan —sonrió Aly Sayed—. Ésta no es una noche para desperdiciar en una biblioteca.

Gaille y Elena lo siguieron a la mesa del exterior. La brisa había refrescado la noche. Los pájaros cantaban en la lejanía. Gaille escuchó mientras Elena y Aly charlaban amablemente, hablando de contactos, amigos mutuos, lugares insólitos que ambos habían visitado.

Al cabo de un rato, se volvió hacia Gaille.

—¡Su pobre padre! —dijo—. Pienso en él con frecuencia. Mi estimado secretario general no lo respetaba demasiado, como usted debe de saber. En cuanto a mí, yo sólo trabajo con gente a la que respeto. No hubo nadie que quisiera más a este país.

—Gracias.

Sonrió y se dirigió a Elena.

—Ahora dígame qué es lo que hace en Siwa. Yusuf sugirió, misterioso, que usted había encontrado algo interesante en Alejandría.

—Podría decirse así.

—¿Y tiene consecuencias para Siwa?

—Sí. —Elena cogió una serie de fotografías de su bolso—. Discúlpeme, pero Yusuf insistió en que le hiciera prometer que no diría ni una palabra.

—Por supuesto —asintió Aly—. Mis labios están sellados.

—Gracias. —Se las enseñó, explicándole cómo habían sido halladas y qué significaban, y luego leyó una traducción del texto codificado de Alejandro.

—Una tumba digna de Alejandro —murmuró Aly mientras examinaba las fotos—. ¿Y usted espera encontrarla en dos semanas?

—Esperamos progresar algo en dos semanas —lo corrigió Elena—. Lo suficiente para que nos autoricen dos semanas más.

—¿Cómo?

—El texto da varias pistas. —Las fue contando con los dedos—: Dice que la tumba estaba a la vista del oráculo de Amón; que estaba en una colina; que su entrada estaba bajo la arena; que fue excavada en secreto. Mañana por la mañana, con su permiso, haremos una lista de todas las colinas que quedaban a la vista del oráculo. Después las visitaremos.

Enarcó las cejas.

—¿Sabe usted cuántos sitios serán?

—Podemos eliminar unos cuantos. Este lugar fue construido en secreto; eso descarta cualquier emplazamiento cerca de asentamientos antiguos o rutas de caravanas. Y el trabajo de cantera sería agotador. Necesitarían agua.

—Éste es el oasis de los mil pozos.

—Sí, pero muchos son de agua salada, y la mayoría de los de agua dulce han sido contruidos.

—Podrían haber cavado un pozo ellos mismos.

—Y lo buscaremos —afirmó Elena—. Tenemos una lista de características que buscar. Por ejemplo, como usted bien sabe, uno puede identificar rocas excavadas por las marcas que dejan las herramientas. Y una cantidad importante de rocas parecidas sería interesante. Cavar en el desierto es un trabajo brutal. La arena es tan fina y seca que se desliza como el agua. Los soldados macedonios eran ingenieros experimentados. Tal vez utilizaron un dique de contención. Sus fotos aéreas nos podrían ayudar a encontrar su perímetro. También he mandado traer unos equipos de sensores de control remoto. Un magnetómetro de cesio y un avión a control remoto para más fotografías aéreas.

Aly seguía mirando las fotografías. Gaille lo miraba sin prestar atención, hasta que vio que su expresión se congelaba por un instante. Se contuvo y se recuperó de inmediato, echó un vistazo a su alrededor con calculada calma y luego miró rápidamente las otras fotos antes de devolverlas.

—Bien —dijo—, les deseo suerte.

Unas luces brillantes parpadearon entre los troncos de las palmeras. Una camioneta con techo de lona se acercó rugiendo por el camino y se detuvo con un chirriar de frenos. Aly se puso de pie.

—Yusuf sugirió que necesitarían guías —dijo—. Me he tomado la libertad de contratar a Mustafa y a Zayn. Son los mejores de Siwa. Lo conocen todo.

—Gracias —dijo Elena—. Nos serán muy útiles.

—No hay problema. Debemos trabajar juntos, ¿no? —Se abrieron las puertas de la camioneta y dos hombres bajaron de un salto. Aly se volvió hacia Gaille y dijo—: Pensé en ellos en cuanto Yusuf me dio su nombre.

Gaille frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque eran los guías de su padre aquel terrible día, claro. —Por un instante toda amabilidad desapareció de su expresión. La miró entrecerrando los ojos con una indiferencia casi clínica, como si sintiera curiosidad ante su reacción. Pero después se controló y volvió a sonreír y a ser el perfecto anfitrión, chispeante de benevolente energía, dando la bienvenida a todos.

IV

Knox alumbró con la linterna a su alrededor para ver qué había perturbado a Rick. Por todas partes había esqueletos en el suelo, algunos de ellos pequeños, muchos todavía con jirones de ropa, además de joyas y amuletos.

—¡Oh, tío! —dijo Rick haciendo una mueca—. ¿Qué demonios pasó?

—La fortaleza sitiada, ¿recuerdas? —explicó Knox con más calma de la que en verdad sentía—. Los hombres habrían combatido, y las mujeres, niños y ancianos habrían buscado refugio. Un templo subterráneo les parecería perfecto. Hasta que se quedaron encerrados y alguien encendió un fuego entre ellos y la única salida.

—¡Jesús, qué manera de morir!

Knox asintió, para sí mismo y para Rick, obligado a recordar un incidente en las conquistas de Alejandro Magno. Samaria se había alzado en una revuelta, matando a Andrómaco, el gobernador macedonio. Como castigo, Alejandro había destruido la ciudad y ejecutado a todos los rebeldes que pudo capturar. Luego persiguió al resto hasta una cueva en el desierto. En vez de entrar a buscarlos, encendió fuego a la entrada y los asfixió a todos. En 1962, en Wadi ed-Daliyeh, unos nueve kilómetros al norte de Jericó, la cueva había sido descubierta por unos beduinos. En su interior fueron encontrados los esqueletos de unos doscientos hombres, mujeres y niños, junto con los sellos y documentos legales. Muchos investigadores consideran estos documentos los más antiguos manuscritos del mar Muerto. Knox nunca le había prestado mucha atención al incidente, considerándolo casi un acontecimiento menor en las campañas de Alejandro. Pero de pronto sintió una solidaria tristeza por toda aquella gente que cayó en el glorioso camino de Alejandro.

Rick le dio una palmada en el brazo.

—No hay tiempo para soñar, tío. Nos quedan diez minutos.

Knox apartó su mirada del montón de huesos, y observó a su alrededor. Era, en efecto, un templo griego subterráneo, con columnas jónicas empotradas en los muros exteriores delante de la naos y del pronaos. Una pasarela de madera había sido montada sobre bloques de hormigón para permitir a los excavadores moverse con rapidez sin causar daños. Knox se dirigió hacia el pronaos para ver sus muros excavados con escenas pastoriles, hiedras, frutas y animales, y luego hacia la naos, dominada por una estatua de mármol blanco de Alejandro sobre un caballo rampante.

—¡Mira! —dijo Rick, señalando hacia un extremo—. Escalones.

Conducían a una cripta, un sarcófago en el muro más alejado; a su lado aparecían inscripciones en griego.

—«Kelonymus —leyó Knox—. Guardián del secreto, fundador de la fe».

—¿Kelonymus? —dijo Rick, frunciendo el ceño—. Ése es tu amigo del papiro, ¿no?

—Y de Alejandría —agregó Knox. Había jarras de piedra en los muros llenas de piedra caliza y ostracas. Knox cogió una y examinó la borrosa escritura.

—Una petición a los dioses —dijo.

—Entonces ¿esto es un templo? ¿Un templo dedicado a Kelonymus?

Knox negó con la cabeza.

—A Alejandro. La estatua a la que se rinde culto es la de Alejandro. Pero Kelonymus debe de haber sido su fundador o sumo sacerdote o algo similar. —Se agachó—. ¿Qué tenemos entonces? —preguntó retóricamente—. Un anciano en Malawi que escribe sobre su infancia en Lycopolis. Reverencia a Alejandro, a Akylos y a Kelonymus. Desprecia a los Ptolomeos, y los considera mentirosos y fraudulentos. ¿Y por qué fueron los hombres de Epífanos tan crueles cuando atacaron la ciudadela? Todos fueron asesinados o capturados para ser ejecutados. —Miró a Rick—. ¿No te parece algo más que un simple levantamiento? Quiero decir, los rebeldes del sur se beneficiaron de una amnistía. ¿Por qué toda esta gente tenía que ser asesinada?

—Sabían algo —sugirió Rick—. Necesitaban que guardaran silencio.

—El guardián del secreto —asintió Knox—. Debe de haber sido un secreto tremendo.

—¿Alguna idea?

Knox frunció el entrecejo ante la lejana posibilidad de una respuesta.

—Los Ptolomeos nunca fueron aceptados de corazón por los egipcios —dijo—. Simplemente eran tolerados por su relación directa con Alejandro. Por eso hicieron todo lo posible por relacionarse con él. Difundieron rumores de que Ptolomeo I era hermanastro de Alejandro, y le construyeron un mausoleo para que pudieran descansar juntos. Imagina lo que sucedería cuando la legitimidad de esa sucesión fuera cuestionada.

—Me lo imaginaré más tarde, si no te importa —dijo Rick señalando el reloj—. Hay que salir corriendo.

Knox asintió. Se apresuraron escaleras arriba y luego por los pasillos y el corredor hasta la escalera de madera. Rick subió primero, sin importarle el ruido a causa de la prisa; Knox se apresuraba a seguirle el paso.

—Vale —murmuró Rick cuando llegaron arriba—, vamos. —Abrió la puerta de metal, hizo salir a Knox y volvió a colocar los candados. A lo lejos, a la izquierda, el brillo de una linterna y el gruñido de un perro anunciaban la llegada de los vigilantes—. A la hora señalada. —Rick sonrió.

Pero entonces el segundo vigilante salió de detrás de un árbol justo delante de ellos abrochándose el pantalón. Todos se miraron sorprendidos.

—¡Corre! —gritó Rick—. ¡Corre!

Capítulo 27

I

Knox y Rick salieron corriendo en dirección a los árboles, con los brazos en alto para protegerse de las ramas.

—¡Alto! —gritó el guardia—. ¡Alto o disparo! —Sonó un tiro—. ¡Alto! —volvió a gritar.

Pero ellos siguieron abriéndose paso en el bosque hasta llegar a un campo de cultivo, que cruzaron a toda velocidad en dirección al Subaru. Sus pies se hundían en la tierra húmeda y sus botas se hacían cada vez más pesadas por el barro acumulado. A sus espaldas, el pastor alemán ladraba como un loco. Knox comenzó a sentir una punzada en el costado. No estaba en tan buena forma como Rick, y comenzó a rezagarse. Miró hacia atrás. Habían conseguido establecer una distancia considerable entre ellos y sus perseguidores, pero el maldito pastor alemán había olfateado su rastro.

—¡Sigue! —gritó Rick desde más adelante percibiendo que Knox se estaba retrasando—. El Subaru no está lejos.

Subieron una colina. Era más fácil ir por el otro lado. Knox miró hacia atrás. Veía la silueta de los hombres y el perro recortada en la oscuridad. Uno de ellos llevaba su arma preparada. Se detuvo para apuntar a Knox, y disparó un par de tiros que pasaron silbando a su lado, obligándolo a tirarse sobre el suelo húmedo. Volvió a ponerse de pie, luchando por respirar mientras la punzada volvía a molestarle en el costado.

Los guardias se dieron cuenta de que los estaban dejando atrás, así que soltaron al pastor alemán y le ordenaron que los atrapara. El animal se acercó corriendo por la tierra blanda, jadeando. Se dirigió hacia Knox y aferró sus pantalones dando tirones a su pierna. Él intentó zafarse a patadas, pero tropezó y cayó. El perro fue derecho a su garganta, chorreando saliva, mientras él intentaba desesperadamente apartarlo. Los afilados dientes se cerraron de golpe a unos centímetros de su rostro. Los dos guardias se estaban acercando, con la respiración agitada después de la larga persecución. Knox pensó que estaba perdido, pero entonces oyó el rugido de un motor, y los focos del coche lo iluminaron. El Subaru apareció a su lado. Rick bajó de un salto gritando y atacó al sorprendido perro, que soltó a Knox y se alejó acobardado el tiempo justo para que ambos se subieran al vehículo. El perro recuperó su coraje rápidamente, y saltó contra la puerta de Knox ladrando furioso. Los guardias ya estaban casi sobre ellos. Rick puso la marcha atrás y pisó a fondo el acelerador. Cogieron velocidad, trazando una elipse en el campo de cultivo, luego puso primera y aceleró de nuevo. Se oyeron disparos. La ventanilla del lado de Knox se rompió y el parabrisas se oscureció. Rick le dio un golpe para poder ver mientras volvía al camino, y luego hacia la carretera de Tanta. Knox miró a su alrededor, pero sus perseguidores se habían perdido por fin en la oscuridad. Los guardias de seguridad

armados no tendrían mucho interés en llamar a las autoridades, pero tal vez tuvieran algún colega que pudiera buscar el Subaru.

—Es mejor ir a por el jeep —dijo Knox jadeante.

—¿Crees que es una buena idea? ¿No deberíamos ocultarnos durante algún un tiempo?

Knox negó con la cabeza.

—Hablaban de Kelonymus constantemente como el guardián del secreto. Quiero saber cuál es el secreto. Apuesto a que la respuesta está en esa condenada inscripción que está en la cámara inferior de la necrópolis de Alejandría. La que está en demótico.

—Pero yo pensaba que no sabías demótico.

—Y no lo sé —reconoció Knox—. Por eso tenemos que ir a ver a un amigo.

—Ah, ¿y dónde está?

—¿Has estado en Farafra?

—¡Farafra! —se quejó Rick—. Pero eso queda en la otra punta de Egipto.

—Entonces no tenemos tiempo que perder.

II

A Kareem casi se le salen los ojos de las órbitas cuando Nessim abrió la cremallera de su cinturón del dinero y sacó un fajo de billetes de cincuenta dólares. Nunca había visto tanto dinero. Jamás se había imaginado que fuera posible. Miró, en trance, mientras Nessim contaba quince billetes para Abdullah y luego otros quince que tendió, tentadoramente, en dirección a Kareem.

—Llévanos hasta el jeep —ordenó.

Kareem subió al asiento trasero del Freelander, con la ventana trasera rota, a la que habían puesto unos plásticos de forma provisional. Había empezado a llover, lo que impedía a Kareem dar indicaciones coherentes en aquel paisaje poco familiar. Nunca se había sentido tan atemorizado, o nervioso, en su vida. Estaba aterrado por si había cometido, de alguna manera, un descomunal error, o por si el dueño del jeep había vuelto a buscarlo a última hora. Y no era sólo la recompensa lo que Kareem se arriesgaba perder, eso lo sabía. Le bastó una mirada para percatarse de que Nessim y sus hombres necesitarían a alguien con quien desquitarse de su frustración.

Llegaron al camino y condujeron hasta el patio. Aparcaron y cruzaron el terreno embarrado hasta la puerta metálica del establo, que enseguida abrieron. Durante un instante Kareem no vio nada dentro, y su corazón empezó a latir enloquecido, pero después pudo ver el jeep y tragó saliva, compulsivamente, aliviado.

Uno de los hombres levantó la lona para comprobar los números de la matrícula.

—Es el suyo, efectivamente —anunció.

—Bien. —Nessim abrió la cremallera de su bolsa otra vez y contó el dinero de Kareem.

—Ahora vete de aquí —le advirtió—. Y no vuelvas.

Kareem asintió vigorosamente. Aferró con fuerza el dinero y volvió chapoteando por el camino, como si el diablo le pisara los talones. Miró a su alrededor y vio que Nessim entregaba linternas y armas, y más tarde vio a sus hombres ocultando el Freelander y desplegándose para tender una emboscada. Alguien estaba en peligro de muerte, pero a Kareem no le interesaba. Se sentía exultante; su vida estaba, por fin, a punto de comenzar.

III

Había comenzado a llover. Las gotas entraban a través de las ventanillas rotas y el parabrisas a medida que Knox y Rick se acercaban a Tanta.

—¿Quieres esperar a que escampe? —preguntó Knox.

—No —respondió Rick, entrecerrando los ojos—. No creo que vaya a durar demasiado. —Era evidente que estaba familiarizado con el clima, porque el chaparrón pasó pronto. Encendieron la calefacción al máximo, deliciosamente cálida contra sus pantalones húmedos. Se dirigieron al sur, en dirección a Tanta, después de salirse de la carretera principal.

—¿Dónde demonios queda ese lugar? —masculló Rick, mientras buscaban la granja abandonada.

—Un poco más adelante —dijo Knox con más confianza de la que sentía. Un joven apareció de pronto en la oscuridad mirándolos fijamente con los ojos y la boca muy abiertos. Estaba tan oscuro bajo el cielo encapotado que se pasaron la entrada y tuvieron que retroceder un poco para encontrarla. La lluvia había llenado los baches en los que el automóvil caía con violencia, haciendo crujir los amortiguadores y danzar las luces en los árboles y arbustos. Rick se inclinó sobre el volante y miró fijamente hacia delante, avanzando con lentitud.

Knox observó a su compañero.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó.

—El chico que acabamos de ver —musitó Rick— me da mala espina.

—¿Quieres que demos la vuelta?

Negó con la cabeza.

—No podemos hacer ni diez kilómetros con el parabrisas en este estado; y mucho menos cuando salgamos a la carretera.

—Ve despacio entonces.

—¿Qué diablos crees que estoy haciendo?

Con los nervios de punta y los ojos bien abiertos, avanzaron por el camino hasta el patio. La lluvia se había concentrado en charcos de poca profundidad sobre el cemento y las luces del coche se reflejaban brillantes. Había un poco de barro delante. Los dos vieron las huellas frescas al mismo tiempo.

—¡Mierda! —maldijo Rick. Pisó el acelerador y dio una violenta vuelta en «U». Los neumáticos chirriaron y Knox se golpeó contra la puerta.

El Freelander blanco de Nessim apareció entre los árboles con las luces largas puestas, deslumbrándolos a ambos. Rick intentó maniobrar para evitarlo, pero derrapó a causa del agua y se estrelló de frente con el otro coche; el capó se arrugó y los cristales se rompieron; el impacto provocó que los airbags saltaran, dejándolos atrapados en sus asientos. Knox tardó un momento en reponerse. Se abrió su puerta y

un palo le golpeó la cabeza, atontándolo. Lo agarraron del cuello y arrastraron por el cemento, demasiado mareado para resistir, con los oídos zumbándole como una campana, hasta que se encontró dentro del establo, al igual que Rick. A sus espaldas oyeron cómo la puerta de acero se cerraba como una trampa. Nessim le dio una patada y se detuvo sobre él apuntándole al pecho.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó señalando con su linterna a Rick, que se quejaba y se frotaba la frente, secándose un hilillo de sangre que se deslizaba de su cuero cabelludo. Intentó ponerse de rodillas, pero se derrumbó vomitando con fuerza, lo que hizo reír a los egipcios.

—No es mi amigo —murmuró Knox, todavía completamente desorientado—. Es mi chófer. No sabe nada de esto. Déjalo marchar.

—Seguro —resopló Nessim.

—Lo juro —dijo Knox—: no sabe nada.

—Entonces no es su día de suerte, ¿verdad?

Knox se apoyó sobre un codo, y notó que recobraba poco a poco los sentidos.

—Ganas bastante dinero —preguntó— trabajando para Al-Assyuti, ¿no?

Nessim se sonrojó momentáneamente.

—No sabes nada de mi vida —replicó.

—¿Y tú sabes lo suficiente de la mía para querer acabar con ella?

—Tú te lo has buscado —escupió Nessim—. Deberías haber previsto lo que sucedería.

Rick se enderezó, con éxito esta vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz pastosa—. ¿Quién es esta gente?

—No te preocupes por eso —dijo Knox.

—Tienen armas —dijo Rick con voz temerosa y sorprendida—. ¿Por qué van armados?

Knox frunció el ceño a su amigo. De alguna manera, su voz no parecía la de siempre. Tal vez fuera la colisión, pero quizás estaba intentando convencer a Nessim y a los otros de que no se ocuparan de él. Al fin y al cabo, no sabían quién era. Si era así, Knox tendría que conseguirle algo de tiempo para que pudiera aprovecharlo. Tiempo y tal vez oscuridad. La única luz en aquel sitio procedía de varias linternas, y si podía conseguir que todas apuntaran hacia él...

Miró fijamente a Nessim.

—Oí decir que le comentabas a esa muchacha en Sharm que fuiste paracaidista —dijo—. Eres un cabrón mentiroso.

—No era mentira.

—Los paracaidistas son hombres de honor —le espetó Knox—. Los hombres de honor no se venden a violadores y asesinos.

Nessim golpeó a Knox violentamente con la culata de su arma, quien cayó al

suelo.

—Los hombres de honor no se niegan a cumplir una orden sólo porque no les guste —dijo con voz tensa.

—¡Honor! —se burló Knox, poniéndose de rodillas—. No sabes lo que significa esa palabra. Eres una puta, vendiéndote por...

Nessim golpeó a Knox más fuerte esta vez, de modo que éste cayó mareado al suelo, arañando las mejillas con el cemento. Y allí tirado vio a Rick entrar en acción. De un solo golpe hizo caer al primer hombre. Con el codo obligó al segundo a doblarse; Rick le quitó el arma a éste mientras éste caía, y disparó al tercero en el muslo antes de apuntar con el arma a Nessim, todavía de pie junto a Knox.

—¡Suéltala! —gritó Rick—. ¡Suéltala de una puta vez! —Nessim dejó caer el arma y la linterna—. ¡De rodillas! —gritó—. Todos, ¡poneos de rodillas, hijos de puta! ¡Ya!

Los egipcios obedecieron, incluso el hombre herido, que se quejaba apesadumbrado, todavía incrédulo, con los pantalones color crema manchados de rojo.

—¡Colocad las manos sobre la cabeza! —rugió Rick enfurecido, en parte por el modo en que había sido tratado Knox, pero más porque le habían hecho temer que iba a morir. Los egipcios parecieron intuir el destino que les esperaba y se reflejó en sus rostros, que se volvieron mortalmente pálidos. Sólo Nessim se mostró desafiante y se mantuvo firme mientras Rick apuntaba al puente de su nariz.

Knox recordó la vergüenza en sus mejillas instantes antes, cuando había respondido a la acusación de no tener honor.

—No —dijo agarrando a Rick del brazo justo antes de que éste apretara el gatillo—. No somos como ellos.

—Puede que tú no lo seas —respondió Rick, intentando quitarse a Knox de encima—. Yo sí.

—Vamos, amigo —le rogó Knox.

—¿Y qué demonios sugieres que hagamos? —gritó Rick—. Si los dejamos irse, vendrán detrás de nosotros. Esto es en defensa propia, tío. Nada más.

Knox volvió a mirar a Nessim. Su rostro no dejaba traslucir nada. Sin embargo, Knox estaba seguro de que Rick estaba equivocado. Si lo dejaban marchar, su código personal no le permitiría seguirlos. En cuanto a los otros... Se agachó para coger el arma de Nessim, mirando a su alrededor en busca de inspiración. El edificio era pequeño, sin ventanas y estaba construido con bloques de hormigón. La puerta era de acero sólido, con fuertes bisagras. Agarró la lona del jeep, la tiró al suelo delante de Nessim y luego le apuntó al pecho.

—Quítate la ropa —le ordenó.

—No —gruñó Nessim.

—Hazlo —dijo Knox—. Si no lo haces por ti, al menos por tus hombres.

Nessim apretó las mandíbulas, pero miró alrededor, a sus hombres, y pareció desinflarse un poco. Comenzó a desabrocharse la camisa con reticencia, e indicó a sus hombres que hicieran lo mismo y dejaran su ropa en la lona. Cuando estuvieron desnudos, excepto por los calzoncillos, Knox se aseguró de que no ocultaran nada, y luego hizo un bulto con la lona y la colocó en el asiento trasero de su jeep.

—¿Puedes hacerte cargo de ellos tú solo? —preguntó.

Rick bufó.

—¿Qué piensas hacer?

Knox llevó el jeep junto al Subaru y el Freelander. El Subaru no funcionaba, pero el Freelander arrancó al tercer intento con un quejido del motor, en sus últimos estertores. Avanzó marcha atrás a trompicones hasta el edificio. Rick salió de espaldas y cerró la puerta de acero con el pie, sujetándola hasta que Knox maniobró y aparcó el Freelander de forma que no se pudiera abrir fácilmente. Entonces echó el freno de mano. No era, tal vez, perfecto, pero los detendría durante unas horas, y para entonces Knox y Rick estarían en el otro extremo de Egipto.

Rápidamente se subieron al jeep. Rick se puso al volante, y salió, sin necesidad, a toda prisa, como si quisiera quemar su furia, sin mirar ni una sola vez en dirección a Knox. En cuanto a Knox, se concentraba en el parabrisas, sorprendido por el hecho de que su amigo estuviera dispuesto a ejecutar a aquellos hombres. El silencio se volvió claramente incómodo, por lo que Knox comenzó a temer que las cosas entre ellos nunca volverían a ser iguales.

Fue Rick quien por fin habló.

—Pensaba que habías dicho que esos tipos eran serios —masculló.

—¿Qué quieres que te diga, amigo? —dijo sonriendo Knox—. Creía que lo eran.

Capítulo 28

I

Gaille y Elena acudieron a casa de Aly a las siete en punto y lo encontraron trabajando en el exterior, sosteniendo sus papeles con una tetera de té de Siwan y algunas tazas, como si las estuviera esperando. Las recibió con calidez, y luego las hizo pasar a su biblioteca y allí las dejó.

Elena comenzó con las fotografías aéreas; Gaille, con los libros. Cuando cogió el primer volumen, éste salió con más facilidad que la noche anterior, como si el estante estuviera menos lleno. Miró con atención. Sí, recordaba claramente un volumen encuadernado en cuero rojo que le había dejado manchas en los dedos. Sacó un texto académico moderno y confrontó la bibliografía con los estantes. Faltaban dos títulos sobre Siwa. Y sin embargo se suponía que era una colección definitiva. Entonces recordó la extraña mirada en el rostro de Aly la noche anterior al examinar las fotografías.

—Elena... —murmuró dubitativa.

Elena la miró irritada.

—¿Sí?

—Nada —dijo Gaille—. Perdona.

Conociendo a Elena, iría directamente a pedirle explicaciones a Aly y la cooperación se iría al garete. Tomó nota de los títulos que faltaban. Llamaría a Ibrahim a la primera oportunidad que tuviera y le pediría que le enviara una copia directamente al hotel.

II

Knox estaba dormido en su asiento, dentro del jeep, cuando Rick lo despertó.

—¿Qué? —murmuró adormilado.

—Un puesto de control —masculló Rick.

—Maldición —dijo Knox. Los puestos de control eran tan poco frecuentes en Alejandría y el delta que no le preocupaban. Pero en el centro y el sur de Egipto eran muy habituales. Se detuvieron. Dos soldados de rostro cansado, con gruesos uniformes para protegerse del frío de la mañana, se acercaron perezosos. Uno de ellos golpeó en la ventanilla del jeep.

—Pasaportes —dijo en inglés, cuando Rick la bajó, dando por hecho que ambos eran extranjeros. Knox todavía tenía los papeles de Augustin que lo identificaban como Omar Malik, pero usarlos ahora sólo despertaría sospechas. Cogió su pasaporte británico y lo entregó. El soldado bostezó mientras lo sujetaba junto con el de Rick y se los llevó para verificarlos.

El segundo soldado, entretanto, permaneció de pie al lado del jeep. Encendió un cigarrillo, golpeó el suelo con los pies y luego echó una mirada a la ventanilla trasera. Demasiado tarde, Knox recordó el hatillo con la lona que contenía las ropas y otras pertenencias de Nessim y sus hombres, incluyendo sus armas.

El soldado abrió la puerta trasera y se agachó sobre la lona.

—¿Qué es esto? —preguntó, apoyando la mano en el bulto.

—Algo de ropa —dijo Knox, haciendo lo posible para parecer tranquilo.

El soldado abrió el bulto para inspeccionarlo. Agarró una chaqueta, la sostuvo contra su cuerpo mientras comprobaba su reflejo en la ventanilla antes de dejarla y coger un par de camisas, después unos pantalones, de los que revisó los bolsillos, sacando un teléfono móvil caro al tiempo que sonreía con picardía a Knox, como si quisiera sugerir que un regalo sería bienvenido. Knox tenía la boca seca. Si aquel cretino encontraba cualquiera de las armas, tendrían que dar una explicación convincente.

—Perdón, pero éstas son nuestras pertenencias —dijo.

El soldado gruñó irritado y tiró los pantalones y el teléfono sobre la lona; luego cerró la puerta con innecesaria fuerza. Su compañero dentro de la cabina había terminado la llamada y estaba de vuelta. El corazón de Knox latía con violencia, pero el soldado les devolvió los pasaportes sin pestañear y les hizo señas para que siguieran adelante. Mantuvieron la sonrisa en sus rostros hasta que estuvieron bastante lejos.

—¿Quién sabe? —dijo Rick—. Tal vez Hassan se haya cansado de ti.

—Lo dudo, amigo —dijo Knox—. Más bien me inclino a pensar que no quiere que las autoridades sepan que está de cacería.

—Al menos eso ya es algo.

—Sí —estuvo de acuerdo Knox—. Lo es. —Miró el hatillo de prendas en el asiento trasero—. Deberíamos deshacernos de esa mierda antes de que nos meta en problemas. ¿Qué te parece?

—Que tienes razón —asintió Rick.

III

Nicolás llegó a la oficina de Ibrahim con un delicado asunto que discutir. Su padre le había encargado que adquiriera ciertos materiales de la tumba macedonia para su colección privada. Por lo menos uno de los larnakes de oro, además de una selección de armas. Era perfectamente posible, ahora que Yusuf había tomado el control. Era sólo cuestión de realizar réplicas convincentes y efectuar el cambio. Pero Ibrahim seguía implicado en la excavación y necesitaría lidiar con él, entre otras cosas porque Yusuf insistía en contar con un posible chivo expiatorio en caso de que se descubriera la falsificación.

—¿Le molesto? —preguntó.

—No estoy haciendo nada que no pueda esperar —sonrió Ibrahim—. Estoy enviándole unos libros sobre Siwa a Gaille. Aunque no me puedo creer que el doctor Sayed no tenga un ejemplar de ellos.

Nicolás se acomodó en la mesa de la esquina.

—Estoy seguro de que es consciente de lo complacidos que estamos en el Grupo Dragoumis por los resultados de nuestra colaboración —comenzó.

—También nosotros lo estamos.

Nicolás asintió y sacó un grueso sobre del bolsillo de su chaqueta.

—Mi familia tiene como norma recompensar el éxito. —Dejó el sobre en la mesa, a medio camino entre ambos, y sonrió a Ibrahim, indicándole que debía cogerlo.

Ibrahim frunció el ceño al ver el fajo de billetes en su interior.

—¿Para mí? —preguntó.

—Como muestra de nuestro aprecio y gratitud.

Ibrahim entrecerró los ojos, con cierto recelo.

—¿Y qué querría usted a cambio?

—Nada. Sólo continuar con nuestra colaboración. —De hecho Nicolás llevaba una cámara en miniatura en el pecho, con el objetivo disimulado en el segundo botón de la camisa. Todos en el CSA aceptaban sobornos, pero eso no lo hacía lícito. Si Ibrahim aceptaba aquel *baksheesh* como un niño bueno, la grabación sería usada para presionarlo, poco a poco, hasta que estuviera completamente implicado. Si no lo hacía, Nicolás tenía otras alternativas.

Ibrahim dudó, y luego apartó el sobre empujándolo sobre la mesa.

—Si usted desea aumentar su contribución —dijo—, tenemos una cuenta bancaria a ese efecto, como seguramente sabrá.

Nicolás sonrió tenso y cogió el dinero.

—Lo que usted considere mejor.

—¿Alguna otra cosa? ¿O puedo volver a...?

En el exterior se escucharon unos ruidos. La puerta se abrió de golpe y

Mohammed irrumpió bruscamente.

—Lo siento, señor —dijo Maha, colgada de su brazo—. No he podido detenerle.

—Está bien, Maha —dijo Ibrahim, haciendo un gesto iracundo a Mohammed—. ¿Qué significa esto?

—Es Layla —empezó Mohammed con las lágrimas deslizándose incontenibles por su rostro—. Han dicho que no. Han dicho que no. No le harán el trasplante.

—Querido amigo —dijo angustiado Ibrahim, poniéndose de pie con torpeza—, lo siento mucho.

—Ella no necesita simpatía. Lo que necesita es ayuda.

—Lo siento. No veo qué otra cosa puedo hacer yo.

—Por favor... Le he rogado a todo el mundo. Usted es su última esperanza.

Nicolás se puso de pie y se apartó. Las conversaciones sobre enfermedades siempre le resultaban incómodas. Los libros que Ibrahim había cogido para Gaille estaban colocados en la esquina de su escritorio. Cogió uno y lo abrió al azar, hojeando las páginas.

—Supongo que puedo preguntar —decía Ibrahim—, pero no conozco a nadie en el hospital.

—Se lo ruego. Tiene que hacer algo.

El libro estaba lleno de dibujos en blanco y negro. Nicolás se fijó en uno de una colina y en un lago llamado Bir al-Hammam. Había algo extrañamente familiar en él. Dejó el libro y cogió el otro. También tenía una imagen de Bir al-Hammam, esta vez se trataba de una fotografía. La miró de nuevo con atención hasta que por fin se dio cuenta de por qué las imágenes le resultaban familiares y un gran estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Nicolás? ¿Nicolás? —preguntó nervioso Ibrahim—. ¿Se encuentra bien?

Nicolás se esforzó por recuperar la compostura. Ibrahim lo miraba extrañado. Le sonrió.

—Perdóneme —le dijo—. Estaba a miles de kilómetros de distancia, eso es todo. —Miró a su alrededor y vio que Mohammed se había marchado.

—¿Dónde está su amigo? —preguntó.

—Ha tenido que marcharse —dijo Ibrahim—. Su esposa está fatal. Le he prometido que haría todo lo posible, pero ¿qué puedo hacer? ¡Pobre niña!

Nicolás frunció el ceño, pensativo.

—Si yo pudiera ayudarla, usted se sentiría muy agradecido, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Ibrahim—. Pero realmente...

—Bien —le interrumpió Nicolás, cargando con los libros de Gaille bajo el brazo—. Entonces venga conmigo. Veamos qué se puede arreglar.

Capítulo 29

I

El oráculo de Amón resultó ser un montículo de rocas ubicado unos cuatro kilómetros a las afueras de Siwa. A pesar de su fama en la Antigüedad, no había aparcamiento, ni puestos de souvenirs, ni se cobraba la entrada. Cuando Gaille, Elena y sus guías llegaron allí temprano a la mañana siguiente, no había nadie, excepto un arrugado anciano que estaba sentado contra una pared y extendía una mano temblorosa, con la esperanza de recibir una limosna. Gaille buscó en su cartera.

—Sólo conseguirás que pida más —le advirtió Elena. Gaille dudó, pero al final le dio un billete. El hombre sonrió agradecido.

Dos niñas de largos y trenzados cabellos negros se acercaron mostrando sus brazos cubiertos de pulseras hechas a mano. Zayn frunció el ceño y las niñas escaparon a la carrera, riendo.

Gaille había tenido sus dudas, al principio, con respecto a Mustafa y Zayn. Pero pronto sintió simpatía hacia ellos. Su conocimiento de Siwa era impresionante. Y había algo conmovedor en su amistad: la antigua tradición de matrimonios homosexuales estaba extinguiéndose en Siwa, pero lentamente; las canciones y los poemas de la zona celebraban esas relaciones. Ella no pudo evitar hacerse preguntas.

Mustafa era fornido, de piel áspera y oscurecida por el sol además de su color natural, a juzgar por las zonas más pálidas en torno a su cuello y debajo del reloj. Estaba increíblemente en forma y era ágil, a pesar de que fumaba sin cesar. Tenía una relación particular con su antigua y temperamental camioneta. Ya no funcionaba ninguno de los indicadores del salpicadero y todos los embellecedores habían desaparecido hacía ya mucho tiempo, desde la esfera en la palanca de cambios hasta las gomas de los pedales y las alfombrillas del suelo.

Zayn era delgado como un látigo y no sobrepasaba los cuarenta, aunque su cabello y su barba estaban ya veteados de color plata. Mientras Mustafa conducía, Zayn aceitaba y limpiaba casi obsesivamente un delgado cuchillo de mango de marfil que mantenía metido entre sus ropas. Cada vez que lo guardaba, el brillante y untuoso filo rozaba con la vaina, por lo que necesitaba, al instante, ser limpiado, y de nuevo lo retiraba y examinaba, murmurando obscenidades de Siwan.

Una escarpada serie de escalones conducía por debajo del dintel a la parte central del oráculo, un armazón de muros como un barco de madera que hubiera encallado en el fango de un estuario que luego se hubiera secado. Gaille se sintió momentáneamente sobrecogida por estar allí. No había muchos lugares en el mundo en donde se pudiera tener la certeza de que Alejandro había ocupado ese mismo espacio. Y aquél era uno de ellos. En época de Alejandro, el oráculo había sido muy apreciado a lo largo del Mediterráneo; rivalizó en fama con Delfos, y quizás fuera incluso superior. La leyenda contaba que Heracles lo había visitado, y Alejandro

consideraba a Heracles como su antepasado directo. Se decía que Perseo también había peregrinado hasta allí, y Perseo se asociaba con el imperio persa, que Alejandro reclamaba como propio. Cimón, un general ateniense, había enviado una delegación a Siwa para preguntar si el asedio a Chipre tendría éxito. El oráculo se había negado a responder, excepto para decir que la persona que había hecho la pregunta ya estaba con él. Y cuando sus emisarios regresaron a la flota, se enteraron de que Cimón había muerto aquel mismo día. Píndaro había escrito un himno de alabanza al oráculo, y al pedirle a éste la mayor de las fortunas a disposición de los mortales, había muerto de inmediato. Pero tal vez el incidente que había tenido mayor impacto era la invasión de Egipto por el rey persa Cambises. Éste había enviado tres ejércitos: uno a Etiopía, el segundo a Cartago y el tercero, cruzando el desierto, a Siwa. Este tercer ejército había desaparecido sin dejar rastro, y como consecuencia el oráculo había ganado un cierto respeto.

—¿Es aquí donde se colocaban los sacerdotes? —preguntó Gaille.

—El sumo sacerdote saludó a Alejandro como *o pai dios* —asintió Elena—. «Hijo de Dios». ¿Sabías que Plutarco sugirió que había dicho *o pai dion*? ¡Ja! Habría hecho falta un sacerdote con pelotas de tungsteno para llamar a Alejandro «mi hijo».

—A menos que estuviera hablando en nombre del mismo Zeus.

—Sí, supongo.

—¿Cómo funcionaba el oráculo?

—Los sacerdotes transportaban un *umbilicus*, la manifestación física de Zeus-Amón, en una barca de oro decorada con piedras preciosas, mientras las jóvenes vírgenes cantaban —dijo Elena—. El sumo sacerdote leía las preguntas de los suplicantes, y Amón les respondía inclinándose hacia delante o hacia atrás. Desgraciadamente, Alejandro tuvo una audiencia privada, por lo que no sabemos a ciencia cierta qué preguntó ni cuál fue la respuesta.

—Creía que había preguntado sobre los asesinos de su padre.

—Ésa es sólo una teoría —aceptó Elena—. La historia dice que preguntó si se había ocupado ya de todos los asesinos de su padre, y que el oráculo le respondió que esa pregunta no tenía sentido, puesto que su padre era divino y por tanto no podía ser asesinado; pero que si se refería a la muerte de Filipo II, todos los asesinos habían recibido lo que se merecían. Seguramente se trata de un episodio apócrifo, claro. Todo lo que sabemos es que Amón se convirtió en el dios favorito de Alejandro, que envió emisarios aquí a la muerte de Hefestión y que pidió también que lo enterraran en este lugar. —Cogió un puñado de tierra, la examinó un momento y luego la tiró.

—Debió de ser un golpe terrible para los sacerdotes del oráculo —dijo Gaille— pensar que iban a recibir el cuerpo de Alejandro y después enterarse de que iba a quedarse en Alejandría.

Elena asintió.

—Ptolomeo trató de aplacarlos. Según Pausanias, les envió una estela e importantes regalos.

Gaille subió tan alto como le fue posible y luego miró a su alrededor. El paisaje no era allí como el de Europa, en donde las colinas y las montañas se habían elevado por la presión geológica y el tiempo. Aquella región, en cambio, había sido alguna vez una alta planicie de piedra caliza, pero se había desmoronado en su mayor parte. Sólo quedaban unas pequeñas colinas. Miró hacia el norte: Al-Dakrur se encontraba a su derecha; el gran lago salado y la ciudad de Siwa, a su izquierda. De frente, el aire era tan límpido que podía ver las oscuras líneas de las colinas con sus prismáticos a muchos kilómetros de distancia. La arena entre ambos sitios estaba salpicada de manchas de piedras de color marrón oscuro, algunas no más grandes que un coche pequeño, otras como torres.

—¿Por dónde empezaremos? —se lamentó.

—Todos los grandes trabajos son sólo la suma de pequeñas tareas —observó Elena con disgusto. Extendió un mapa en el suelo, y puso una piedra en cada extremo. Después montó un trípode, ajustó una cámara y un objetivo de larga distancia y comenzó un estudio riguroso, trazando una línea desde la colina de los Muertos de Siwa y barriendo el horizonte con su cámara, y luego otra vez antes de ajustarla ligeramente hacia la derecha. Cada vez que encontraba una nueva roca o colina, la fotografiaba y luego invitaba a Mustafa y Zayn a examinarla a través del objetivo. Ellos discutían un poco antes de ponerse de acuerdo en el nombre y situarla en el mapa. Cada marca entrañaba una visita y una investigación.

Gaille se sentó sobre una roca y miró hacia el desierto. La brisa soplaba a su espalda, agitando su cabello. Y se dio cuenta, casi sorprendida, de que era feliz.

II

Nicolás le pidió a Ibrahim que lo condujera a su casa. Necesitaba un lugar privado para establecer su centro de operaciones, y el hotel no serviría.

—¿Podría disculparme unos minutos? —le preguntó cuando llegaron—. Tengo que hacer unas llamadas telefónicas de carácter... privado.

—Por supuesto.

Como siempre, llamó primero a su padre. Estaba en una reunión. Nicolás hizo que lo avisaran.

—¿Y bien? —preguntó Dragoumis.

—La encontré.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro de que he encontrado el sitio. Si hay algo dentro... —Explicó qué había sucedido, que había visto las imágenes en los libros que Gaille le había pedido a Ibrahim que le enviara.

—Te dije que ella era la indicada —dijo Dragoumis.

—Sí, padre, así es.

—Bien, ¿cuál es nuestro plan?

Nicolás le dijo a su padre hasta dónde habían llegado. Discutieron y pulieron sus ideas, decidieron el equipo, el equipamiento que necesitarían, las armas y el material logístico.

—Yo tomaré el control de la operación, por supuesto —añadió Nicolás.

—No —dijo Dragoumis—, lo haré yo.

—¿Estás seguro? —preguntó Nicolás nervioso—. Sabes que no podemos garantizar tu seguridad fuera de...

—¿Crees que me perdería este momento? —preguntó Dragoumis—. He luchado toda mi vida por esto.

—Si es tu deseo...

—Buen trabajo, Nicolás. Muy buen trabajo.

—Gracias. —A Nicolás se le humedecieron los ojos. No era frecuente que su padre lo felicitara, por eso cuando lo hacía era algo muy especial. Finalizó la conversación y permaneció sentado, exultante. Después sacudió la cabeza para concentrarse. No había tiempo para vanagloriarse. Todavía no habían conseguido nada, y no lo harían a menos que se pusiera manos a la obra. Llamó a Gabbar Mounim, en El Cairo.

—¿Sí? —dijo Mounim—. Confío en que todo esté a su entera satisfacción.

—Como siempre —coincidió Nicolás—. Pero hay algo más que desearía que hiciera. Dos cosas, en realidad.

—Será un placer.

—Nuestro amigo común. Me gustaría que convocara a su colega, el doctor Aly Sayed del oasis de Siwa, a una reunión urgente. —Nicolás no podía evitar sospechar que el doctor Sayed le había ocultado deliberadamente los libros a Gaille, y eso implicaba que él también habría hecho la misma asociación, lo que significaba que necesitaban que saliera de Siwa mientras ellos se ponían a trabajar.

—¿Cómo de urgente exactamente?

—Para mañana, a ser posible.

Mounim respiró hondo.

—No será fácil, pero veré qué puedo hacer. ¿Y la otra?

—Supongo que no tendrá influencia en el Instituto de Investigaciones Médicas de Alejandría, ¿o sí?

III

Elena conducía de vuelta a la ciudad cuando Nicolás la llamó al móvil.

—Necesitamos reunirnos —le dijo—. ¿Cuándo puedes volver a Alejandría?

—¡Por el amor de Dios, Nicolás, acabo de llegar aquí!

—Esto no puede esperar, Elena. Ha sucedido algo. Mi padre quiere discutirlo contigo.

—¿Tu padre? ¿Viene a Alejandría?

—Sí.

Elena respiró hondo. Philip Dragoumis no abandonaba el norte de Grecia por capricho. Si él se decidía a viajar, tenía que ser por algo verdaderamente importante.

—Bien —dijo—. ¿Dónde?

—En casa de Ibrahim.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. A las nueve.

—Estaré allí. —Cerró su móvil y comenzó a hacer planes. Si salía ahora, podía llegar con tiempo para pasar una noche con Augustin.

—Me necesitan en Alejandría —le dijo a Gaille.

—¿En Alejandría? —La chica frunció el ceño—. ¿Estarás... ausente mucho tiempo?

—Eso no puedo saberlo.

—¿Quieres que empiece a buscar con los guías?

Elena lo pensó. Gaille tenía la inquietante costumbre de encontrar cosas sin su ayuda.

—No —dijo—. No hagas nada hasta que vuelva.

—Como quieras.

IV

—¿Me estás diciendo que Knox se te ha escapado otra vez? —preguntó incrédulo Hassan cuando Nessim hubo completado su informe.

—Con ayuda de un amigo —dijo Nessim.

—¿Un amigo?

—Los encontraremos —aseguró Nessim, intentando aparentar más valor del que en realidad tenía.

Su confianza se había venido abajo por lo que había sucedido. El giro que había dado la situación provocaba ese efecto en un hombre, y también pasar una noche intentando escapar de un edificio, o deambular semidesnudo entre granjas con un compañero herido. Pero, para sorpresa de Nessim, lo que más le había afectado de todo aquel desastre eran las palabras de Knox sobre su falta de honor. Nessim tenía una edad y era lo suficientemente inteligente como para saber que los insultos no perturbaban a menos que fueran ciertos, y por eso ahora no podía dejar de hacerse preguntas dolorosas: «¿Cómo había llegado a esto? ¿Qué estaba haciendo trabajando para un hombre como Hassan? ¿El dinero era realmente tan importante para él?».

—Vigilaremos a todos sus amigos y conocidos —dijo—. Ofreceremos otra recompensa. Es sólo una cuestión de tiempo volver a dar con él.

—Eso es lo que dices siempre —observó Hassan.

—Lo siento —se disculpó Nessim—. Es más duro de lo que imaginamos. Pero ahora lo sabemos y estamos preparados. La próxima vez lo atraparemos.

—¿La próxima vez? ¿Cómo puedo estar seguro de que habrá una próxima vez?

—Otra semana. Es todo lo que pido.

—¿Puedes darme una buena razón por la que no debiera despedirte y contratarlo a él?

—Tendría que encontrarlo antes —murmuró Nessim por lo bajo.

—¿Cómo has dicho?

—Nada.

Se hizo un pesado silencio.

—Creo que es hora de que discutamos esto cara a cara, ¿no?

—¿Cara a cara? —preguntó Nessim desolado.

—Sí —dijo Hassan—: cara a cara.

V

Mohammed se sorprendió cuando vio al profesor Rafai bajar del taxi y cerrar de un golpe la portezuela. No esperaba ver al oncólogo de Layla otra vez; y mucho menos en la obra.

—¿Hay algún lugar privado? —exigió Rafai, temblando de ira.

—¿Privado?

—Para hablar.

Mohammed frunció el ceño, sorprendido.

—¿Ahora?

—¡Claro que ahora! ¿O piensa que he venido a pedirle cita? —Mohammed se encogió de hombros, y condujo a Rafai hasta la caseta que hacía las veces de oficina—. ¡No sé cómo ha conseguido esto! —gritó Rafai al cerrar la puerta. Se quitó las gafas, y apuntó con ellas al rostro de Mohammed—. ¿Quién se cree usted que es? Yo baso mis decisiones en las pruebas clínicas. ¡Pruebas clínicas! ¿Acaso cree que puede obligarme a cambiar de opinión?

—Lamento mi comportamiento en su despacho —dijo Mohammed, frunciendo el ceño—, pero ya me he disculpado. Estaba bajo una enorme presión. No sé qué más...

—¿Usted cree que se trata de eso? —gritó Rafai—. No me refiero a ese asunto.

—Entonces ¿a qué?

—¡A su hija! —gritó Rafai—. ¡Siempre es su hija! Usted cree que ella es la única enferma. Un joven llamado Saad Gama espera un trasplante de médula. Un verdadero estudioso del islam. ¿Quiere explicarle que debemos posponer su tratamiento porque usted tiene amigos más influyentes? ¿Quiere usted decirles a sus padres que tendrá que morir para que, quizás, su hija viva? ¿Usted cree que a ellos no les importa?

—Profesor Rafai, en el nombre de Alá, ¿de qué está usted hablando?

—¡No lo niegue! ¡No me insulte negándolo! Sé que usted ha hecho esto, aunque como tiene poder... Pero déjeme que le diga que la sangre de Saad manchará sus manos. ¡Sus manos, no las mías!

Mohammed se quedó petrificado.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó mareado—. ¿Está diciendo que Layla podrá recibir su trasplante?

Rafai lo fulminó con la mirada.

—Estoy diciendo que no arriesgaré mi programa por esto.

—Pero ¿y el trasplante? —insistió Mohammed—. ¿Layla recibirá su trasplante?

—Díales a sus amigos en El Cairo que se mantengan lejos de mí y de mi personal. Si el procedimiento no funciona, no seremos responsables. ¿Me ha oído? Dígale eso a su gente. Dígaselo a su gente.

Y salió como una tromba de la oficina.

A Mohammed le temblaban las manos como si tuviera epilepsia, y apenas podía sostener con firmeza el auricular cuando intentó llamar a Nur.

VI

Nicolás estaba hablando por teléfono con su guardaespaldas, Bastiaan, cuando Ibrahim llamó a la puerta y entró trayendo una taza de café y un plato de pasteles, que dejó en una esquina de su escritorio. Nicolás no se molestó en dejar de hablar, pero cambió el tono y le dio la espalda.

—¿Has hecho las compras?

—Vasileios está volando con su padre. Él ya sabe todo lo que necesitamos.

—¿Cuándo llegarás a la villa?

—Estoy ahora de camino. No tardaré más de quince minutos.

—Bien. Y asegúrate de que... —A su espalda, Ibrahim tosió suavemente. Nicolás se giró y vio que sostenía uno de los libros de Gaille y miraba sorprendido una imagen de Bir al-Hammam. Nicolás cerró los ojos enfadado consigo mismo—. Que sean diez minutos —le dijo a Bastiaan en su griego más cerrado—. Tenemos un problema.

Finalizó la llamada y arrebató el libro de manos de Ibrahim.

—Hay algo que necesito decirle.

—¿Qué? Pero ¿ha visto usted esta foto de...?

—Rápido —dijo Nicolás, cogiendo a Ibrahim del brazo y llevándolo a la cocina.

—¿Qué es? —preguntó Ibrahim sorprendido—. ¿Qué sucede?

Nicolás abrió y cerró todos los cajones hasta que encontró lo que estaba buscando. Lo alzó para que el filo de veinte centímetros brillara.

Ibrahim palideció.

—¿Qué..., qué hace con eso?

Nicolás sostuvo el cuchillo en su mano izquierda, de modo que Ibrahim siguiera con la mirada su brillante amenaza. Entonces lo golpeó con la derecha, haciéndolo caer de espaldas. Se arrodilló y apretó el filo con fuerza contra su cuello antes de que se pudiera recuperar.

—Mi compañero Bastiaan está de camino. Se va a portar bien y a quedarse tranquilo hasta que él llegue, ¿verdad?

—Sí —dijo Ibrahim.

VII

Knox se había puesto al volante mientras Rick recuperaba el sueño perdido. Era media tarde cuando llegaron a Farafra y sacudió a Rick para que se despertara.

—Hemos llegado, amigo.

—Siempre lo mismo —gruñó irritado Rick—. Justo cuando estaba teniendo un sueño encantador.

Hacía varios años que Knox no iba a casa de Ishaq, pero Qasr al-Farafra era pequeña, y no le resultó difícil encontrarla. Estaba deseando ver a su viejo amigo. Lo había conocido durante su primera excavación en Malawi. Ishaq era un hombre pequeño y tremendamente inteligente que pasaba la mayor parte de su tiempo libre tendido en su hamaca, mirando perezoso al cielo. Pero como le dieran algo en demótico para traducir..., no había nadie mejor en Egipto.

Desgraciadamente, cuando aparcaron delante de la casa todo estaba cerrado. Llamaron a la puerta principal, pero no hubo respuesta. Avanzaron un poco por la carretera, hasta el Centro de Informaciones, que hacía las veces de su despacho, pero tampoco había nadie allí.

—Debe de estar en alguna excavación —dijo Knox mirando el reloj—. Pronto volverá.

—Echemos un vistazo a esas jodidas imágenes entonces —masculló Rick.

—No las tengo.

—¿Cómo?

Knox lo miró.

—No habrás pensado que soy tan idiota como para viajar por medio Egipto con suficientes pruebas incriminatorias en mi ordenador para que me caigan diez años.

—Entonces ¿cómo demonios va a traducirlas tu amigo?

—Están en Internet, amigo. Ishaq tiene conexión.

Se sentaron a la sombra de una palmera a esperar. Un cierto sopor se apoderó de ellos. Cuando las moscas se posaban encima, carecían incluso de la energía necesaria para espantarlas.

Un niño con túnica, que empujaba una bicicleta diez veces demasiado grande, se acercó dubitativo.

—¿Buscan a Ishaq? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Sabes dónde está?

—Se ha ido a El Cairo. A una reunión. Una reunión importante. Todos los arqueólogos del desierto van a estar allí.

—¿Ha dicho cuándo volvería?

—Mañana —contestó el pequeño, encogiéndose de hombros—. O pasado mañana.

—Diablos —masculló Rick—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé —dijo Knox—. Déjame pensar.

—No creo a ese bastardo de Kelonymus. Todo lo demás estaba en griego. ¿Por qué mierda iba a cambiar a demótico para esa condenada inscripción?

Knox se quedó boquiabierto; se volvió y miró a su amigo.

—¿Qué? —preguntó Rick—. ¿Qué he dicho?

—Creo que acabas de dar con la solución —dijo Knox.

Capítulo 30

I

Mohammed estaba todavía desconcertado por su buena suerte cuando sonó su teléfono.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Nicolás Dragoumis. ¿Me recuerda? Yo ayudé a financiar los análisis para...

—Claro que le recuerdo, señor Dragoumis. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Supongo que habrá tenido buenas noticias.

—¿Ha sido usted? ¿Usted es mi amigo en El Cairo?

—Sí.

—¡Gracias! ¡Gracias! Estoy en deuda con usted, señor Dragoumis. Estaré siempre en deuda. Le juro que cualquier cosa que necesite...

—¿Cualquier cosa? —preguntó secamente Nicolás—. ¿Lo dice en serio?

—Se lo juro por mi vida.

—Espero que no lleguemos a tanto —dijo Nicolás—. Pero dígame: ¿hay una excavadora en su obra?

II

Gaille no había hecho gran cosa esa tarde. Aunque habían contratado a Mustafa y Zayn para los siguientes quince días, les había dado el día libre y luego se había dirigido a casa de Aly, donde esperaba avanzar un poco en su investigación, pero la encontró cerrada, con una nota en la puerta que explicaba que había tenido que irse a El Cairo. Había regresado al hotel para pasar perezosamente la tarde tendida en una hamaca, antes de revivir con una ducha fría y alquilar una destartalada bicicleta en la que ahora pedaleaba en dirección a un manantial de agua fresca. Adelantó a un carro tirado por un burro que llevaba a tres esposas de la zona ataviadas con sus bordados *tarfottet* de algodón azul oscuro. Una de ellas alzó su velo y le ofreció a Gaille una tímida pero radiante sonrisa. No podía tener más de catorce años.

Las ruedas de su bicicleta estaban mal infladas. Pedalear por la carretera resultaba agotador; la superficie estaba blanda por el calor del sol. Se sintió aliviada cuando vio el manantial delante, un pequeño y profundo pozo rodeado por un murete con el agua clara en cuyo fondo se veían unas piedras grisáceas y en la superficie algas de un vívido verde flotando. Varios *zaggalah* estaban sentados alrededor, tras haber finalizado su jornada en las palmeras datileras; la observaron con evidente interés. Le habría encantado darse un chapuzón, pero no le apetecía soportar sus miradas, así que se dirigió hacia el bosquecillo a compartir una taza de amargo té de Siwan con el joven vigilante.

El sol se ocultó detrás del gran lago salino y las colinas circundantes, el horizonte brilló naranja y púrpura antes de que los colores desaparecieran, y otro día tocó a su fin. Recordó a la joven muchacha del carro, casada recién llegada a la pubertad para pasarse el resto de su vida oculta del mundo, con su visión reducida a una estrecha hendidura en la tela. Gaille tuvo entonces una especie de epifanía, una nítida comprensión del cambio operado en ella durante esas últimas semanas. Supo en ese momento que ya nunca podría volver a refugiarse en la confortable vida física e intelectual de la Sorbona, recopilando antiguos diccionarios de lenguas muertas. Semejante trabajo era increíblemente valioso, pero estaba muy alejado de la realidad; era una sombra en el muro. Ella no era académica, sino arqueóloga, hija de su padre.

Había llegado la hora de hacer las paces.

III

Rick y Knox encontraron un hotel con conexión de Internet, donde bajaron los archivos de las fotografías de la necrópolis. Pero la traducción no era la especialidad de Knox, y avanzaron muy poco. Entretanto, Rick examinó las otras fotografías de la cámara inferior.

Cuando llegaron al mosaico, frunció el ceño y dijo:

—¿No hemos visto esto antes?

—¿Qué quieres decir?

Cogió su cámara digital y examinó la imagen de Wepwawet sosteniendo el estandarte de Alejandro. Knox lo vio al instante. La línea del cielo en el mosaico y en la pintura eran idénticas. En el mosaico, trazaba la silueta de dos grupos de soldados. En la pintura, era el contorno de Wepwawet y el estandarte que llevaba. Ver el rostro de Alejandro dio a Knox la inspiración que necesitaba para descifrar la inscripción. Cuando lo hubo hecho, examinó el texto y se lo tradujo a Rick.

—«Una tumba con los objetos adecuados al rango del hijo de Amón» —murmuró Rick—. ¡Jesús!

—Con razón los Dragoumis van tras ella —asintió Knox—. Y llevan ventaja. Necesitamos apresurarnos.

—¿Hacia dónde?

—El oráculo de Amón, el padre de Alejandro. Siwa.

—¡Siwa! —rió Rick—. Debería habérmelo imaginado. —Pero estaba tan emocionado como Knox con los avances que realizaban.

Consultaron una guía del jeep. Siwa no estaba tan lejos, pero había que atravesar un desierto agobiante. Llegar por las carreteras convencionales significaba conducir hasta Alejandría, luego por la costa hasta Marsa Matruh y otra vez hacia el sur. Tres lados de un cuadrado, tal vez unos mil cuatrocientos kilómetros en total. Como alternativa, podían seguir la antigua ruta de las caravanas. Eso les ahorraba casi mil kilómetros, pero significaba un trayecto mucho más difícil.

—¿Qué opinas? —preguntó Rick.

—El desierto —dijo Knox sin dudarlo—. Al menos Nessim y sus hombres no serán capaces de encontrarnos.

Rick sonrió.

—Esperaba que dijeras eso.

La primera cuestión era pedir permiso. Había controles policiales diseminados por el desierto sin nada que hacer excepto molestar a los pocos turistas que se aventuraban en él. Salir sin la correspondiente autorización era buscarse problemas. Pero ahora que el pasaporte de Knox había pasado sin problemas los controles, era sólo una cuestión de *baksheesh* y tiempo.

El comandante del ejército local les pidió un par de horas para arreglar los papeles. Knox y Rick las emplearon en comprar vituallas (bidones de agua y cestos de comida), llantas de repuesto, latas de aceite y gasolina. Después se pusieron en marcha aprovechando el fresco de la noche, mientras durara.

IV

Augustin abrió la puerta de su apartamento con una sucia sábana blanca en torno a la cintura.

Al ver la expresión de su rostro, Elena lo supo de inmediato. Sintió una exquisita calma mientras se abría paso hasta su dormitorio. La joven tenía cabellos rubios, revueltos, y un aro de bronce que le atravesaba el labio inferior. Sus pechos eran pequeños, con grandes pezones, y su vello púbico estaba afeitado.

—¿Eres su esposa? —preguntó mientras cogía un paquete de Marlboro *light* y un mechero de plástico.

Elena se giró. Augustin estaba a punto de decir algo cuando vio la expresión de su rostro y se lo pensó mejor. Se lanzó escaleras abajo, caminando deprisa hacia su coche. No lamentó no haberle advertido de su visita: entre la ignorancia y el conocimiento, siempre elegía el conocimiento. Pero a cada paso que daba se iba poniendo cada vez más furiosa. Al llegar a un semáforo, su móvil comenzó a sonar. Reconoció el número de Augustin. Bajó la ventanilla y lanzó el teléfono, viendo cómo echaba chispas al caer y resbalar sobre las piedras. El tráfico era denso. Apretó el volante y gritó, atrayendo miradas de preocupación de los otros conductores. Le cortó el paso a una camioneta, y avanzó veloz hacia la carretera de El Cairo. No tenía destino fijo. Sólo quería conducir hasta que el coche se cayera a pedazos.

Aquello no era por Augustin. Ahora se daba cuenta de que Augustin no significaba nada, apenas una pantalla sobre la que había proyectado sus recuerdos de Pavlos. Pavlos era su hombre, el único hombre al que había amado de verdad. Durante diez años, había deseado estar con él. Durante diez años, su vida había sido una mierda.

Un camión con remolque se acercaba a toda velocidad por el carril contrario. Sus manos cosquillearon sobre el volante, y cambió de dirección hacia él. Dio contra la mediana, rebotó y tuvo que maniobrar violentamente. El conductor del camión agitó el puño en el aire e hizo sonar su claxon como advertencia. Ahora no. Todavía no. Había perdido más que a un marido cuando Pavlos había muerto. Había perdido su honor. Dragoumis estaba en camino. Estaba lejos de su tierra natal. Sería vulnerable. Decían que se podía comprar cualquier cosa en los callejones de El Cairo. Y la ciudad estaba apenas a dos horas al sur de allí. Era el momento de comprobar si era cierto.

Elena tenía una deuda de sangre que saldar.

Capítulo 31

I

Había llovido durante la noche. Las carreteras estaban húmedas y resbaladizas. El escaso tráfico salpicaba dibujando una filigrana de agua que brillaba como diamantes ante las luces del vehículo de Mohammed. Antes incluso de que llegara a las afueras de Alejandría, la tensión le estaba retorciendo la columna como un torniquete. Conducía agachado sobre el volante, consultando su reloj y el cuentakilómetros. No se atrevía a acelerar con el camión cargado por encima de los setenta kilómetros por hora, pero tampoco quería llegar tarde. Nicolás había exigido que llegara a Siwa al anochecer.

Habían pasado algunos años desde la última vez que había trabajado con maquinaria de ese tamaño y peso, pero pronto recordó cómo hacerlo, especialmente cuando llegó a la autopista de Marsa Matruh, en donde la carretera era ancha, recta y segura. Cogió la foto de Layla de su cartera y la puso sobre el salpicadero, para recordarse por qué hacía aquello. Vio por el retrovisor un coche de policía. Aminoró la velocidad cuando se puso a su lado. Mohammed mantuvo sus ojos fijos en la carretera hasta que por fin se alejó acelerando. Su corazón se apaciguó.

Tocó la foto de Layla. Si todo salía bien, el intenso tratamiento de quimio y radioterapia empezaría al día siguiente. Su estado era tan grave que no había tiempo que perder. El doctor Rafai y su equipo médico invadirían deliberadamente su sistema con venenos. Al cabo de quince días o poco más, si Alá lo permitía, tomarían tejido medular de la pelvis de Basheer, retirando fragmentos de hueso y sangre, y se lo trasplantarían a Layla. Si eso funcionaba, Layla pasaría meses de análisis, tratamiento y rehabilitación. Transcurriría un año antes de que pudieran estar seguros de un buen resultado. Hasta entonces, la única posibilidad era hacer lo que Nicolás quería; porque el griego había dejado claro que lo que le había dado podía quitárselo con la misma facilidad.

Mohammed tenía una excavadora en la obra. Encontrar el camión para transportarla le había resultado más complicado. Ninguno de los proveedores habituales tenía nada disponible, pero él continuó llamando por teléfono a amigos y amigos de amigos hasta que por fin encontró uno. Después, fue cuestión de llenar formularios, ir a buscarlo y llevarlo a la obra. Tuvo que cargar y asegurar la excavadora él solo, porque Nicolás había exigido que nadie más supiera lo que estaba haciendo.

Y durante todo ese tiempo Mohammed se había preguntado por qué Nicolás querría semejante maquinaria en Siwa. Ninguna de las respuestas conseguía que se sintiera mejor. El sol naciente hizo que su sombra se extendiera a lo largo, delante de él, sobre la negra autopista. Mohammed condujo por encima de ella como una terrible premonición.

II

Knox miró a la superficie de arena que se extendía ante él, más allá del parabrisas. El desierto era más hermoso por la mañana temprano o con el crepúsculo, cuando el ángulo del sol creaba sombras de claroscuro sobre las dunas doradas y el calor era menos intenso. Pero durante las horas centrales del día, cuando el sol estaba alto, el paisaje se volvía monocromo y monótono, excepto en aquellas zonas cubiertas por cristales de sal de algún mar desaparecido hacía tiempo, en donde resultaba tan cegador que tenía que entrecerrar los ojos para protegerlos.

El camino por el que transitaban había sido utilizado desde la Antigüedad, una vieja ruta de caravanas desde el Nilo a Siwa. Huesos de camellos yacían a ambos lados; latas vacías de gasolina, gomas quemadas, botellas de agua vacías. Puede que llevaran allí desde la semana anterior o quizás desde hacía décadas. El desierto occidental no transformaba como otros lugares. Congelaba como una cápsula del tiempo. Notaba los labios agrietados por la deshidratación y la lengua se le pegaba continuamente al paladar. Tomó otro sorbo de la botella de agua que sostenía entre sus piernas. Pero a los pocos segundos su boca estaba tan seca como antes. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que contaban con suficientes provisiones.

En uno de sus viajes con Richard, siguiendo los pasos de los exploradores del Zerzura Club, que habían realizado el mapa del desierto occidental y el Gilf Kabir, Knox había encontrado los restos de un hombre con ropas beduinas que estaba sentado delante de las cenizas de una hoguera en un valle entre dunas y que al parecer había muerto de repente de un ataque cardíaco; su camello, atado cerca, había perecido junto a él, incapaz de moverse.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando Rick.

El parabrisas del jeep estaba tan sucio que Knox tuvo que sacar la cabeza por la ventanilla para ver claramente. En la lejanía se veía una sombra oscura, como si fuera lluvia, pero no había nubes en el cielo y la lluvia era la última de las preocupaciones en el desierto occidental.

—Problemas —murmuró Knox.

III

Elena estaba de un humor de perros cuando llegó a la villa de Ibrahim, fresca de su viaje a El Cairo.

—Llegas tarde —le recriminó con furia Nicolás antes de llevarla a la cocina, en donde Philip Dragoumis estaba discutiendo junto a la mesa sus planes con Costis, su jefe de seguridad, y varios miembros de su equipo, veteranos endurecidos en varios conflictos en los Balcanes—. Te dije que estuvieras aquí a las nueve.

Ver a Philip hizo que el bolso de Elena pesara aún más sobre su hombro. Pero aún no había llegado el momento.

—Tenía cosas que hacer —dijo—. ¿Qué es eso tan urgente?

—Necesitamos llegar a Siwa esta noche.

—¡Siwa! —se quejó—. Me has hecho conducir todo el camino hasta aquí sólo para volver otra vez.

—Es por tu propio bien —dijo Nicolás señalando la cámara de seguridad—. Se te ha grabado llegando. Mañana por la noche se grabará tu salida. E Ibrahim jurará que has estado aquí todo el tiempo.

—Entonces ¿cómo...?

—Hay una puerta trasera —dijo Nicolás—. Hemos manipulado la cámara para que no registre nada. —Miró su reloj—. Necesitamos ponernos en marcha. ¿Podrías darme tu móvil, por favor?

—¿Para qué?

—Porque si usas tu teléfono cuando estemos viajando, puedes ser rastreada —explicó con exagerada paciencia—. No tiene mucho sentido tener una coartada si la vas a arruinar con una llamada telefónica.

—¿Cómo nos comunicaremos entonces?

—Tenemos móviles en los coches —dijo Nicolás—. Ahora, por favor, dámelo.

—No lo tengo —admitió Elena, algo avergonzada—. Lo tiré.

Él frunció el ceño.

—¿Lo tiraste? ¿Por qué?

—¿Acaso importa? ¿De qué va todo esto? Será mejor que valga la pena.

—Creo que te lo parecerá —gruñó Dragoumis. Ella lo miró frunciendo el ceño. Él le hizo señas para que se acercara a la mesa. Abrió los dos libros sobre Siwa para que los viera, y los puso junto a la fotografía del mosaico.

—¡Jesús! —murmuró Elena.

—Sí. Por fin lo hemos encontrado. Ahora todo lo que tenemos que hacer es llevarlo a casa.

Elena lo miró horrorizada. A pesar de la simpatía que sentía por la causa macedonia, era, antes que nada, arqueóloga. Los lugares y los materiales eran para

ella sagrados.

—¿Llevarlo a casa?

—Por supuesto. ¿Para qué te crees que he estado trabajando?

—Pero... eso es una locura. Jamás se saldrá con la suya.

—¿Por qué no?

—Para empezar, puede que no esté allí.

—Si no está, no está. —Philip se encogió de hombros—. Pero está. Lo siento aquí dentro.

—Pero una excavación como ésa puede llevar meses. Años.

—Tenemos una noche —sonrió Nicolás—. Esta noche. Habrá una excavadora. Eneas y Vasileios traerán más maquinaria y un contenedor. Dos de nuestros barcos se dirigen a Alejandría. Estarán en el puerto por la mañana, con tiempo suficiente para cargar lo que encontremos. Créeme, nuestros capitanes manejan contenedores sellados con tanta habilidad como los trileros sus cubiletos. En pocos días estarán de vuelta en Tesalónica, y luego podremos anunciarlo.

—¿Anunciarlo? ¡No podrás! Todos sabrán que lo hemos robado.

—¿Y? No podrán probarlo. Especialmente una vez que asegures que la FAM hizo este descubrimiento en las montañas de Macedonia. Como eres una arqueóloga reconocida, la gente aceptará tu palabra.

—¡No puedo creerlo! —protestó Elena—. Seré el hazmerreír internacional.

—No veo por qué —dijo Nicolás—. Si es posible que Alejandro tuviera una tumba preparada para él en Siwa, ¿por qué no en Macedonia?

—Tenemos una explicación para Siwa: el texto codificado de Alejandro.

—Sí —dijo Dragoumis—. ¿Y qué dice exactamente? Que unos soldados prepararon una tumba para Alejandro en el lugar donde yace su padre y que cruzaron el desierto para llevarlo allí. Eso concuerda con Siwa, es cierto: Amón era el padre divino de Alejandro y Siwa está frente al desierto occidental. Pero también vale para Macedonia: Filippo era el padre mortal de Alejandro y los soldados tendrían que haber cruzado el desierto de Sinaí para llegar.

Elena se quedó boquiabierta. No podía refutar semejante lógica; sin embargo se sintió abrumada.

—Pero la gente lo sabrá —protestó débilmente.

—Ciertamente, eso es lo que esperamos —sonrió Nicolás.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuál imaginas que será la reacción cuando Atenas intente quitárnoslo porque la presión internacional le fuerce a ello? ¿Te imaginas el resultado? Macedonia nunca lo tolerará.

—Habrá una guerra —afirmó Elena.

—Sí —corroboró Nicolás.

Elena se volvió hacia Philip.

—Pensaba que usted era un hombre de paz —dijo.

—También yo —dijo él—. Pero toda nación tiene derecho a defenderse. Y nosotros no somos diferentes.

IV

El lugar donde el padre de Gaille había muerto se encontraba en el límite este de la depresión de Siwa, a unas tres horas de distancia desde la ciudad de Siwa. Cogieron la carretera de Bahariyya durante casi cien kilómetros, y luego giraron al norte. Era un lugar hermoso, aunque algo siniestro. Altos acantilados se elevaban sobre el gran mar de arena. No había vegetación alguna. Una serpiente blanca se arrastró alejándose duna abajo. Aparte de eso, Gaille no vio vida alguna, ni siquiera un pájaro.

Era un paseo de cinco minutos desde donde se habían detenido hasta el pie de un acantilado alto y escarpado. Un montón de piedras marcaba el lugar exacto. Su nombre completo, Richard Josiah Mitchell, había sido tallado toscamente en la piedra superior. Siempre había detestado que lo llamaran Josiah. Sus amigos más cercanos —sabiendo esto— se burlaban incansablemente. La cogió y les preguntó a sus guías si alguno de ellos era responsable. Negaron con la cabeza, sugiriendo que debía de haber sido Knox. Ella la volvió a dejar tal como la había encontrado, sin saber qué pensar.

Mientras permanecían allí de pie, Mustafa le explicó que cuando ellos y Knox habían llegado, encontraron a su padre ya frío con sangre por todas partes. Le habían ofrecido a Knox ayudar a cargar el cuerpo en la camioneta, pero les había respondido con un bufido, para que lo dejaran tranquilo.

Ella miró hacia donde habían aparcado.

—¿Se refieren a esa camioneta? —preguntó.

—Sí.

Sintió una repentina debilidad.

—¿El cuerpo de mi padre estuvo en la camioneta?

Mustafa tenía una expresión avergonzada. Le explicó lo mucho que él y Zayn respetaban a su padre, y que su muerte había sido una enorme e inútil tragedia. Gaille miró hacia arriba mientras hablaba. El acantilado se elevaba escarpado sobre ellos. Notó que le hormigueaban los dedos de los pies. Se sintió mareada, con algo de náuseas. Nunca se había llevado bien con las alturas. Dio un paso atrás, trastabilló, y se hubiera caído si Zayn no la hubiera agarrado por el brazo para que recuperara el equilibrio.

La sensación de vértigo duró un buen rato mientras ella y Mustafa subían al acantilado. Zayn prefirió quedarse en la camioneta, por si hubiera ladrones. Gaille resopló cuando le oyó decir eso. ¡Ladrones! No había nadie a ochenta kilómetros. Pero no podía culparlo. El creciente calor y la pendiente hacían que la ascensión fuera mucho más dificultosa de lo que había previsto. No había sendero, sólo una serie de empujados escalones de roca demasiada arenosa para ofrecer un apoyo seguro.

Mustafa la guió, bailando con sus sandalias gastadas, sin preocuparse por su gruesa túnica blanca y la pesada carga, cinco veces más grande que la de ella. Cada vez que se adelantaba un poco, se acuclillaba como una rana sobre un saliente para fumar uno de sus apestosos cigarrillos y mirarla amistosamente mientras ella se esforzaba en alcanzarlo. Gaille estaba cada vez más indignada. ¿No sabía que hombres de su edad no podían consumir tanta nicotina y seguir en buen estado físico? ¿No se daba cuenta de que no tardaría en ser un despojo? Le frunció el ceño. Él respondió con un alegre saludo. Le dolían los pies a pesar de las botas de cuero; las pantorrillas y los muslos le temblaban por el esfuerzo, la boca estaba pegajosa de sed.

Llegó por fin junto a él, y se dejó caer mientras cogía su cantimplora y bebía.

—¿Estamos cerca? —preguntó quejumbrosa.

—Diez minutos.

Ella lo miró con desconfianza. Todo el rato le había dado la misma respuesta.

V

La tormenta de arena cayó sobre ellos, al principio con relativa suavidad. Rick se reclinó en su asiento con una sonrisa de alivio.

—No parece tan terrible —dijo.

—Si no empeora...

Todavía había luz suficiente para que Knox pudiera ver el camino, a pesar de la arena que se estrellaba contra la puerta y la ventanilla. Las tormentas de arena se podían clasificar en dos categorías básicas. Una era, en realidad, una tormenta de polvo, de cientos de pies de altura, que bloqueaba el sol y desorientaba, pero no era particularmente brutal. La otra —como ésta— era una verdadera tormenta de arena, un fuerte viento que levantaba los granos de arena de las dunas y los disparaba como si fueran perdigones.

No pasó mucho tiempo antes de que Rick se arrepintiera de sus palabras. El viento los golpeaba tan fuerte que hacía que el jeep se moviera de un lado a otro mientras las ventanillas eran atacadas por una salva de arena incesante, fuerte y frenética, que parecía a punto de romper los cristales. La visibilidad disminuyó tanto que a Knox le costaba ver el camino. Se mantuvo deslizándose sobre la blanda arena que se acumulaba bajo las ruedas, o sobre afiladas piedras sueltas que amenazaban los neumáticos, por lo que tuvo que reducir la marcha, meter primera y avanzar como arrastrándose.

—¿No deberíamos detenernos? —preguntó Rick.

Knox negó con la cabeza. Si se detenían, aunque fuera un minuto, el viento metería la arena por debajo de las llantas, hundiéndolos hasta que quedaran atascados. Después se acumularía contra los laterales hasta dejarlos encerrados, bloqueando las puertas, y sólo podrían esperar que los rescataran. Y allí no había demasiadas posibilidades de que eso sucediera.

El viento se volvió increíblemente feroz, empujándolos de atrás hacia delante. Las ruedas de la parte izquierda se hundieron de repente al tiempo que una fuerte ráfaga soplabla con saña. Por un instante pareció que iban a volcar arrastrados por el viento.

—¡Jesús! —murmuró Rick, aferrando la manecilla de su puerta, mientras volvían a apoyarse sobre las cuatro ruedas—. ¿Has pasado antes por algo así?

—Una vez —dijo Knox.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Siete días.

—Estás de broma, ¿no?

Knox se permitió una leve sonrisa. No era frecuente ver a Rick alterado.

—Tienes razón —admitió—. Fueron siete días y medio.

VI

El humo del tabaco cosquilleó en la garganta de Gaille haciéndole toser. Mustafa alzó una mano disculpándose, y luego aplastó la colilla en el polvo con su sandalia. Gaille se echó arena en la mano, se la pasó por la frente y se puso de pie con lentitud.

—¿Falta mucho? —preguntó.

Mustafa hizo un gesto de asentimiento.

—Diez minutos —contestó.

Ella apretó los dientes. No pensaba darle la satisfacción de pedirle más tiempo para recuperarse. Lo siguió cansada por una depresión en la ladera. Al poco tiempo, ésta se amplió dejando ver decenas de kilómetros del dorado desierto. Parecía infinito.

—¿Ve? —dijo Mustafa, haciendo un gesto teatral con su mano—. Diez minutos.

Por Dios, qué alto estaban. Gaille se acercó cuidadosamente hasta el borde. Caía delante de ella directamente hasta las rocas de abajo, unos acantilados color pardo rasgados por negras sombras. Un estrecho saliente cruzaba el precipicio antes de volver otra vez a la seguridad de la depresión. Pero era increíblemente estrecha, y se trataba de piedras sueltas, no de un sendero.

—¿Pasó por ahí? —preguntó.

Mustafa se encogió de hombros. Se quitó las sandalias para dirigirse rápidamente al otro lado, con la mano izquierda contra la pared del acantilado y las plantas de los pies adaptándose a los débiles apoyos. Una pequeña piedra se soltó. Ella apoyó una mano contra el muro del acantilado y se inclinó para verla caer. Dio contra el borde de una roca y rebotó alejándose del acantilado. Y siguió cayendo al vacío. Apenas podía ver el montículo de piedras allá abajo.

Mustafa llegó al lado opuesto.

—¿Ve? —sonrió—. No es nada.

Ella negó con la cabeza. No iba a poder hacerlo. Su equilibrio era precario; tenía los tobillos cansados. Ya sería difícil abajo. Pero ahí arriba...

Mustafa se encogió de hombros, y regresó. Un estremecimiento recorrió a Gaille, sólo de verlo. Él apoyó su mano sobre la espalda de ella para infundirle valor. Ella adelantó tanteando el pie izquierdo sobre el primer pequeño saliente, y luego el derecho a la misma altura. Miró durante una eternidad el lugar hacia donde tenía que dar el siguiente paso. Avanzó torpemente un pie, y luego el otro. El mundo se distorsionó y se volvió difuso a su alrededor. Se alejaba de ella al mismo tiempo que se le acercaba a toda prisa al rostro. Ella quería volver, pero no podía hacerlo. Cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared del acantilado, estirando los brazos para recuperar el equilibrio. Notaba los dedos de las manos y de los pies sin sangre y débiles, y las rodillas amenazaban con ceder. Entonces comprendió lo que le había

sucedido a su padre, y el papel que Knox había jugado en ello. Los ojos se le llenaron de lágrimas al darse cuenta de lo equivocada que había estado con respecto a él, con respecto a todo.

—No puedo hacerlo —dijo—. No puedo...

—¿Ve? —sonrió—. Eso era lo que Knox tenía que hacer.

Ella sacudió la cabeza, a punto de derrumbarse, y comenzó a respirar agitada sobre una cavidad en las rocas desde las cuales era imposible caerse. Se giró, tapándose los ojos con la mano, mientras se secaba las lágrimas de sus mejillas. El seguro de su padre incluía una compensación para el caso de muerte accidental, lo suficiente como para que Gaille se comprara un apartamento. ¡Un apartamento! Se sentía horriblemente mal. Se esforzó por ponerse de pie, sus piernas estaban débiles, como si fueran de goma, y siguió a Mustafa en el largo y silencioso descenso.

Capítulo 32

I

Knox y Rick atravesaron la tormenta de arena durante un tiempo que les pareció una eternidad. Los ruidos como quejidos, arañazos y crujidos afectaban a ambos como si fueran furiosas harpías clavando sus garras en la carrocería del jeep, queriendo alcanzarlos. El motor también iba muy forzado y del radiador surgían unos rugidos alarmantes. Pero por fin la tormenta comenzó a disminuir en intensidad, y de pronto, en poco más de un instante, el viento se detuvo por completo. La habían cruzado. A su alrededor sólo se veía el desierto.

Se habían apartado un poco del camino, y no encontraban ni rastro de él ni ningún punto que les pudiera servir de referencia. No tenían ni GPS ni un mapa decente.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Rick.

—No.

—Entonces ¿qué diablos hacemos ahora?

—No te preocupes —dijo Knox. Se subió al capó del jeep y oteó el horizonte con sus prismáticos. La gente pensaba en el desierto como un idéntico paisaje plano, desprovisto de personalidad y accidentes geográficos reconocibles. Pero no era así, al menos si habías estado en él varias veces. Cada región tenía su propia personalidad y aspecto. Algunas partes eran como las salinas de Estados Unidos en donde se batían los récords de velocidad terrestre. Otras eran como furiosos mares congelados en dunas; y aunque las arenas cambiaban, las formas subyacentes eran inmortales e inmutables. Y había también numerosos y escarpados acantilados, muchos de los cuales había escalado Knox.

El aire seguía neblinoso, pero hacia el norte distinguió una elevación familiar. Media hora de marcha, y encontrarían de nuevo el camino.

—Deberíamos comer —señaló Rick—. Y dejar descansar el motor.

Se sentaron a la sombra del jeep y comieron arroz y verduras frías con agua, mientras el motor crujía y se quejaba al enfriarse. Cuando terminaron, llenaron el radiador y se pusieron de nuevo en marcha. Encontraron el camino donde Knox había calculado, y luego continuaron a través del desierto aparentemente interminable. Pero no era así. De hecho, poco después de la puesta de sol llegaron a una carretera asfaltada, y el avance fue más rápido. Al cabo de una hora, entraban en la plaza principal de Siwa.

—Me bebería cualquier cosa helada —murmuró Rick.

—No si la veo yo primero —respondió Knox.

II

Mohammed volvió a llenar el camión de gasolina cincuenta kilómetros al norte de Siwa; luego condujo durante media hora con el móvil en el asiento de al lado, esperando a que tuviera cobertura. Cuando por fin la tuvo, se detuvo a un lado de la carretera para llamar a Nur. Le sentaba bien escuchar su voz. Las premoniciones con respecto a su propia perdición se habían vuelto cada vez más funestas a medida que pasaban los minutos. Pero entonces Nur mencionó el nombre de Layla y Mohammed le dijo cuánto la amaba y que si algo salía mal y no volvía a verlas...

—¡No hables así! —La desesperación en la voz de Nur lo sorprendió.

Respiró hondo para tranquilizarse, le aseguró que estaba bien y que la vería al día siguiente por la noche. Cortó la comunicación, apagó el móvil antes de que ella pudiera volver a llamarlo y miró su reloj. Había hecho un tiempo excelente. Bajó de un salto, caminó por el arcén y se agachó. Cogió un puñado de arena y lo dejó escapar entre los dedos, mirando los pequeños promontorios y las hondonadas que se formaban en su mano. La arena estaba tan caliente después de pasar todo el día bajo el ardiente sol que le dejó la piel enrojecida. Tomó otro puñado, como si creyera que sufriendo ahora podría esquivar otros castigos más adelante.

Un beduino en una polvorienta camioneta blanca hizo sonar el claxon y se asomó por la ventanilla para preguntarle alegremente si necesitaba ayuda. Mohammed le dio las gracias y lo saludó al pasar. Estaba tan cansado que el tiempo parecía moverse más lentamente de lo habitual. El sol descendió en el horizonte hasta ocultarse. La oscuridad lo invadió todo con rapidez. Continuó mirando a lo largo de la carretera en dirección a la costa. Era tan recta y plana que haría llorar de gozo a un romano.

Cuando vio los dos 4x4 y un camión con un contenedor aproximarse, se puso de pie, se sacudió la arena de los pantalones, y volvió a subir a la cabina del camión. Los vehículos disminuyeron la velocidad al acercarse. Una luz interior se encendió en el 4x4 que encabezaba la marcha. Nicolás se asomó por la ventanilla e hizo señas a Mohammed para que los siguiera. Éste le contestó alzando los pulgares y arrancó. Siguió al convoy unos cuantos kilómetros más por la carretera de Siwa y luego por la arena, hacia las profundidades del desierto.

III

Gaille se acercaba caminando cuando vio a Knox y a otro hombre bebiendo botellas de agua helada bajo el toldo de un café. Dudó, y luego se dirigió hacia ellos. Él alzó la vista, sorprendido de verla.

—Gaille... —dijo con torpeza.

—Daniel... —respondió ella con un gesto de la cabeza.

—Éste es Rick —dijo Knox, señalando a su compañero.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Se volvió hacia Knox—: ¿Podemos hablar? En privado.

—Claro. —Hizo un gesto en dirección a la carretera—. ¿Quieres dar un paseo? —
Ante el gesto de asentimiento, se dirigió a Rick—: No te importa, ¿verdad, amigo?

—Tómame el tiempo que necesites. Pediré algo de comer.

Knox y Gaille se alejaron caminando juntos.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Hoy he estado allí.

—¿Allí, dónde?

—Donde murió mi padre. Mustafa y Zayn me han llevado.

—¡Ah!

Se volvió a mirarlo.

—Quiero saber qué sucedió, Daniel; quiero la verdad.

—Estoy seguro de que te han dicho la verdad.

—Estoy segura de que me han dicho lo que vieron —respondió Gaille,
continuando su marcha—. Pero eso no es lo mismo, ¿verdad?

Él la miró de reojo.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Estuviste con mi padre cuando nadie más lo hizo. No habría sido así a menos
que él te importara. Entonces ¿por qué dejaste que cayera?

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste. Debes de haber tenido una razón. Y creo saber cuál fue. Ya se
estaba muriendo, ¿no es así?

—No sé de qué estás hablando.

—¿Qué era? ¿Sida?

—Fue un accidente —dijo Knox.

Ella negó con la cabeza.

—Mustafa y Zayn dijeron que tú les gritaste cuando se ofrecieron a ayudarte a
cargar el cadáver. ¡Toda esa sangre! Por eso pienso que fue sida.

—Fue un accidente.

—Y después, claro, la incineración tan apresurada.

—Te lo dije, fue un accidente.

—Tenías que decir eso, ¿verdad? O serías cómplice de fraude ante la compañía de seguros. —Knox abrió la boca para hablar, pero no emitió sonido alguno. En la oscuridad de la callejuela, era difícil leer su expresión. Pero ella perseveró—: Te hizo prometer que me escribirías para decirme que había pensado en mí. Por favor, necesito saberlo.

Knox guardó silencio por un instante.

—Sí.

Ella asintió varias veces. Aunque ya lo sabía en el fondo de su corazón, le costó algo de tiempo asimilarlo.

—Cuéntamelo —pidió—. Cuéntamelo todo.

—No era sólo el sida —suspiró Knox—. También tenía cáncer. Los órganos estaban dejando de funcionar. Era cuestión de tiempo. Tiempo y dolor. Él no era de la clase de hombres que se enfrentan a eso desde la cama de un hospital, o que toleraran convertirse en una carga. Supongo que eso ya lo sabías. Quería terminar a su manera, en un lugar que amaba. Y quería hacer algo por ti, para compensar haber sido un mal padre.

—¿Un mal padre? —preguntó sorprendida Gaille—. ¿Eso te dijo?

—Sí.

—¿Y tú dejaste que..., que siguiera adelante?

—No me dejó otra opción. Al menos pude elegir estar a su lado o no. Era mi amigo. Elegí permanecer con él hasta el final. —Después añadió obstinado—: Lamento que creas que hice mal.

—No lo creo —dijo—. Sólo desearía haber estado también.

—Tuviste tu oportunidad.

—Sí —replicó ella—. No necesitas recordarme que me he comportado mal. Lo sé. Y lo siento.

Dieron la vuelta. Rick los vio y saludó. Se acercaron a él.

—Pollo asado y patatas fritas —anunció—. ¿Así que tú eres la famosa Gaille?

—Gaille, sí —reconoció—. Pero no creo que sea famosa.

—Lo eres para mí. Aquí, tu caballero habla de ti sin parar.

—Cállate, Rick —dijo Knox.

Rick se rió.

—¿Cómo os va con la búsqueda?

—¿Qué búsqueda?

—Vamos, cariño: objetos dignos del hijo de Amón.

Ella los miró a ambos.

—¿Cómo sabéis eso?

Knox se encogió de hombros y sonrió.

—Tú no eres la única que se ha portado mal.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando te bajaron hacia la parte inferior del pedestal? —Hizo una mueca y la imitó ridiculizando su voz—: «¡Hay alguien allí!».

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Eras tú! —Se rió—. Daniel, *¡eso es terrible!*

—Lo sé. —Sonrió—. ¿Habéis tenido suerte?

—No puedo hablar de ello, di mi palabra.

—¿A quién? —bufó Knox—. ¿A Elena? ¿A Nicolás Dragoumis?

—No. A Yusuf Abbas.

Knox se rió en voz alta.

—¿A ese corrupto? Ese hombre es un corrupto, Gaille.

—Es el jefe del CSA.

—Destruyó a tu padre.

—No lo sé. —Gaille suspiró, llevándose las manos a la cabeza—. Ya no sé en quién confiar.

—Puedes confiar en mí —dijo Knox—. Tu padre lo hizo. O si quieres confiar en alguien que tiene un cargo con autoridad, prueba con el doctor Sayed. Puedes confiarle tu vida.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir?

Ella dudó, pero después dijo:

—Vio algo en mis fotografías de la cámara inferior —dijo, tras un momento de duda—. Estoy segura de que vio algo. Y después desaparecieron algunos libros de sus estantes.

Knox frunció el ceño.

—¿Y crees que los ocultó para evitar que los relacionaras con algo?

—Tal vez.

—Créeme, Gaille, si es así, no habrá sido para detenerte a ti, sino a Yusuf. Vayamos a verlo.

Ella negó con la cabeza.

—No está. Lo llamaron de El Cairo, y su casa está cerrada.

—Entonces nos viene muy bien contar con Rick —dijo sonriendo Knox—. Tiene un talento que podemos utilizar.

Capítulo 33

I

A Ibrahim su valor, nunca destacable, le había fallado por completo desde que Nicolás apretara el filo del cuchillo contra su garganta. Era más fácil ser valeroso en sueños. Había sido obligado a llamar a la oficina diciendo que estaba enfermo y luego a escribir y firmar múltiples permisos con el papel timbrado del CSA autorizando una excavación en el desierto occidental, a pesar de ser una zona que estaba fuera de su jurisdicción. Desde entonces, lo habían obligado a permanecer junto a su teléfono para el caso de que Nicolás tuviera problemas y él tuviera que verificar su firma.

No lo habían dejado solo. Manolis y Sofronio, piloto y copiloto de Nicolás, estaban con él. Habían cerrado con llave todas las puertas y ventanas que daban al exterior, se habían guardado las llaves y confiscado su móvil. Cada vez que se levantaba lo seguían a todas partes, a su dormitorio e incluso al baño. Y Sofronio hablaba el árabe suficiente para escuchar sus conversaciones cuando sonaba el teléfono con el dedo preparado para cortar la comunicación si Ibrahim intentaba cualquier truco.

Con el corazón apesadumbrado, Ibrahim miraba por la ventana. Nicolás y sus hombres estaban claramente decididos a robar un tesoro de valor incalculable en Siwa. Ibrahim había dedicado su vida a la historia de Egipto, y sin embargo ahora estaba ayudando a aquellos gánsteres a expoliarla. Se volvió de forma brusca y se dirigió a su oficina. Manolis lo siguió.

—Sólo voy a buscar mi trabajo —suspiró Ibrahim. A pesar de eso, Manolis fue tras él. Ibrahim cogió unos papeles del cajón superior, pero se fijó en la cerradura al salir. La llave estaba por el lado de dentro, como había pensado. Salió con Manolis, y luego se dio la vuelta—. ¡Mi bolígrafo! —dijo.

Manolis esperó mientras Ibrahim volvía a su despacho, cogía un grueso bolígrafo rojo de su escritorio y lo levantaba para que el otro lo viera. Su corazón comenzó a latir alocadamente y se le secó la boca. Su vida sedentaria lo había convertido en un inútil. Puso la mano sobre la puerta de su despacho diciéndose que ése era el momento. Su mente lo impulsaba a cerrar la puerta de un portazo y girar la llave, conseguir ganar algo de tiempo, redimirse..., pero su mano no le obedeció. Perdió el valor y salió. Su corazón recuperó la quietud. La adrenalina disminuyó. Sintió una urgente necesidad de orinar. Agachó avergonzado la cabeza ante la realidad de su propio carácter: un cobarde, un fracaso, un don nadie. La vida de un hombre era un don de Alá: ¡en qué desperdicio había convertido la suya!

II

Bir al-Hammam. Dos picos gemelos conectados por una estrecha colina rocosa más baja. Pendientes abruptas de arena que caían como pirámides a cada lado. En su falda derecha había un lago de agua dulce, rodeado de juncos y vegetación. La gibosa luna brillaba sobre las aguas agitadas por los insectos y por los peces que los cazaban. Los murciélagos soltaban chillidos mientras dejaban sus cuevas de erosionada piedra caliza para alimentarse a placer en los bosques cercanos.

Nicolás dispuso sus vehículos en un semicírculo en torno a la base de la colina para ocultar su actividad. No era precisamente una zona transitada. Al fin y al cabo, se encontraban diez kilómetros al norte de Siwa, y a tres de la carretera o pueblo más cercano. Supervisó la descarga del material que había sido adquirido por Gabbar Mounim y recogido en El Cairo por Vasileios, y la distribución de palas, picos, linternas y armas. Le ordenó a Leónidas que llevara consigo uno de los AK-47 y subiera al contenedor, para establecer un turno de vigilancia.

La luz de la luna le brindó a Mohammed suficiente luz para trabajar. Removió grandes cantidades de arena del desierto con la excavadora y la iba amontonando detrás. El vehículo se inclinaba gradualmente hacia delante, de manera que tenía que retroceder y luego cavar una rampa para seguir profundizando. La colina era como un iceberg, ocultaba la parte más dura bajo la arena. Al cabo de tres horas, la excavadora había sido engullida casi por completo por el pozo que había hecho. Pero seguía sin encontrar nada.

Nicolás y sus hombres miraban, al principio nerviosos, pero su interés había decaído a medida que las horas pasaban sin resultados positivos. De vez en cuando, Nicolás le pedía a Mohammed que hiciera una pausa para examinar la roca descubierta. Mohammed miraba a su alrededor durante esos intervalos. Las dunas eran tan frías y blancas que parecían de nieve. Leónidas bajó de su puesto de centinela sobre el contenedor quejándose del frío que hacía. Nadie subió a reemplazarlo. Los hombres se encogieron de hombros y siguieron fumando sus cigarrillos.

Mohammed llenó otra vez la pala de la excavadora y la vació por detrás. La arena cayó como una cascada por los montículos, haciendo un ruido como de lluvia. Su mente estaba agotada y confundida por el cansancio. El pozo se había hecho tan grande que podía imaginar que estaba cavando su propio acceso al infierno. Nicolás alzó la mano para indicarle que detuviera una vez más la máquina, y luego avanzó con su padre para inspeccionar la piedra caliza. Sacudió, frustrado, la cabeza, y pateó la arena con furia. Mohammed intentó no mostrar su alegría. Su mayor esperanza era obedecer órdenes sin encontrar nada. Nicolás caminó cansinamente por la zanja abierta y se acercó a él. Mohammed bajó la ventanilla.

—Ya basta —dijo Nicolás—. No hay nada. Tenemos que irnos.

Mohammed hizo un gesto hacia el gran pozo que había excavado.

—¿Lo vuelvo a tapar?

Nicolás negó con la cabeza.

—El viento lo hará por nosotros.

—Como quiera. —Mohammed miró por encima del hombro para salir de la zanja. Estaba tan cansado que olvidó cambiar de marcha y dio un salto adelante, golpeando la roca de la ladera con la pala. Una plancha de arena solidificada se rompió y cayó. Sacudió la cabeza, irritado, mientras retrocedía.

Se oyó un grito de excitación y luego algunos más. Los griegos se habían reunido en torno a la roca, con sus linternas encendidas. Mohammed se puso de pie en la cabina. Apenas podía distinguir una tersa roca de mármol rosa, del tamaño de una mano extendida. Sintió que se le detenía el corazón. Fuera lo que fuese lo que estaban buscando aquellos hombres, él acababa de encontrarlo.

III

La casa del doctor Sayed estaba oscura y tranquila. Las ventanas se encontraban cerradas, al igual que la puerta principal. Rick sacó su alambre de acero, y enseguida estuvieron dentro.

—Esto no me gusta —dijo Gaille nerviosa.

—Confía en mí. Aly es un amigo. Lo entenderá. Busquemos esos libros.

Fue Rick quien los encontró, debajo del colchón del doctor Sayed. En total eran cinco volúmenes. Cogieron uno cada uno, y hojearon sus páginas. Gaille se detuvo en un dibujo de Bir al-Hammam.

—¡Mira! —exclamó, poniéndolo sobre la cama—. La silueta de las colinas es la misma que en el mosaico.

—Y en la pintura de Wepwawet —dijo Knox.

Gaille lo miró sorprendida.

—¿También has estado allí?

—Hemos estado en todas partes, cariño —sonrió Rick.

—El guardián del secreto —murmuró Knox—. Entonces ahora sabemos qué era: la localización de la tumba que los soldados construyeron para Alejandro, con todos los tesoros todavía dentro.

—La localización exacta —agregó Rick, señalando los dos salientes rocosos ubicados precisamente entre las rodillas abiertas de Akylos y los pies abiertos de Wepwawet, entre los cuales estaban clavadas una espada y un estandarte, respectivamente.

Gaille inspiró nerviosa. Knox la miró.

—¿Qué? —preguntó.

—Le pedí a Ibrahim que me enviara una copia de estos libros, y después llamaron para que Elena fuera a Alejandría. Y Aly a El Cairo. No crees que alguien puede estar... *intentando* algo, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Knox sombrío—. Pero creo que deberíamos asegurarnos.

Capítulo 34

I

Era muy tarde, por lo que Knox condujo despacio su jeep hasta salir del pueblo, y aceleró una vez que alcanzaron el camino en el desierto, con la vieja suspensión chirriando y quejándose mientras ellos daban tumbos y se golpeaban. El aire helado soplaba a través de las rendijas de las puertas y los conductos de ventilación. Rick estaba detrás, agachado entre los asientos delanteros, mientras que Gaille se calentaba las manos debajo de las axilas.

—¡Debemos de estar locos! —dijo tiritando—. ¿Por qué no vamos por la mañana?

—No podemos arriesgarnos.

—¿Arriesgarnos a qué? —se quejó—. Aunque alguien conociera el emplazamiento de la tumba, no puede saquearla por las buenas.

—Créeme: los Dragoumis harán exactamente eso, si el premio es lo suficientemente importante.

—Pero ¿lo es? Quiero decir, seguro que serán descubiertos. ¿Se arriesgarían a que se les condene internacionalmente o a acabar en prisión sólo por conseguir algunas de las riquezas dignas de Alejandro?

—Tal vez no sea eso lo que buscan. Quizás haya más.

—¿Como qué? —preguntó Rick.

—Sólo hay una cosa por la que lo arriesgarían todo.

—Vamos, tío, larga el rollo.

—Dragoumis quiere que Macedonia sea independiente. Eso sólo sucederá con una guerra a gran escala. Él lo sabe. Pero las naciones no van a la guerra porque sí. Necesitan una causa. Algo más importante que ellas mismas en lo que puedan creer. Los judíos seguían el Arca de la Alianza a la batalla. Los cristianos siguieron la cruz verdadera. Si fueras macedonio, ¿qué seguirías?

—El cuerpo de Alejandro —respondió Gaille, anonadada.

—El dueño del mundo, inmortal e invencible —remarcó Knox.

—Pero eso no es posible —arguyó Rick—. Alejandro estuvo expuesto en Alejandría durante cientos de años después de la muerte de sus soldados.

—¿De verdad?

—Claro —dijo Gaille—. Julio César visitó su tumba. Además de Octavio y Caracalla.

Knox sacudió impaciente una mano.

—Gracias por la lección de historia, amigos —dijo—, pero pensad desde otra perspectiva por un instante. Imaginad que sois Ptolomeo estableciéndose en Egipto. Llegan noticias de que esos soldados bastardos han robado el cuerpo de Alejandro. Tú *necesitas* ese cuerpo. Es lo único que le da legitimidad a tu reinado. Sales en su

búsqueda. Pero cuando los atrapas, no hay ni rastro de Alejandro, y los soldados se han suicidado todos. ¿Qué demonios haces entonces?

—¿Un doble? —Rick frunció el ceño—. ¿Sugieres que usó un doble?

—Es una posibilidad, ¿no? Además, Ptolomeo ya había usado un señuelo una vez para enviar a Pérdicas en la dirección equivocada. Seguramente se le ocurriría la misma idea.

—Pero Alejandro era el rostro más famoso de la Antigüedad —se quejó Gaille—. Ptolomeo no podía embalsamar a un sustituto y esperar que nadie se diera cuenta.

—¿Por qué no? Recuerda que no había televisión. Ni fotografía. Sólo la memoria y el arte, y todo eso idealizado. Mira, Ptolomeo mantuvo a Alejandro en Menfis durante treinta o cuarenta años antes de trasladarlo a Alejandría. Eso ha desconcertado durante décadas a los arqueólogos. ¿De verdad crees que tardó ese tiempo en construir una tumba adecuada? ¿Y no será que Ptolomeo retrasó el traslado deliberadamente para tener un gran espectáculo oficial para la sucesión de su hijo? ¡Diablos, tal vez ésa sea la razón! Puede que Ptolomeo no quisiera arriesgarse a llevar el cuerpo a una ciudad griega porque al fin y al cabo no era Alejandro, y tenía que esperar hasta que todos los que lo habían conocido hubieran muerto o fueran demasiado viejos como para recordar qué aspecto tenía.

—Estás soñando.

—¿De verdad? Tú misma me has enseñado la pintura.

—¿Qué pintura?

—En la antecámara de la tumba macedonia, de Akylos con Apeles de Cos. Dime una cosa, ¿por qué el retratista personal de Alejandro perdería su tiempo con un humilde soldado? ¿No será que Akylos estaba suplantando a Alejandro? Me refiero a que nunca encontramos su cuerpo en Alejandría, ¿verdad? Y viste el mosaico. Akylos era bajo y menudo con cabellos rojizos. Describe ahora a Alejandro.

—No —dijo Gaille débilmente—. No puede ser. —Pero un escalofrío recorrió su cuerpo.

Knox lo leyó en su rostro.

—¿Qué? —preguntó—. Dime.

—Es sólo —dijo— que siempre me pareció extraño que Kelonymus enterrara a sus compañeros en el Barrio Real. Era el corazón del poder de Ptolomeo. Llevarlos allí hubiera sido suicida.

—A menos que...

—Kelonymus escribió en la inscripción codificada de Alejandro que había jurado reunir a los treinta y tres en la muerte al igual que lo estuvieron en vida. Si estás en lo cierto, quiero decir, si realmente Akylos fue enterrado suplantando a Alejandro en Alejandría, entonces la necrópolis estaría tan cerca como Kelonymus podía haberlo estado de los otros treinta y tres escuderos. Ése habría sido su esfuerzo para reunirlos.

Knox apretó el acelerador a fondo. El jeep salió rugiendo por la arena.

II

Elena observaba atónita mientras Mohammed quitaba la arena de la placa de mármol y colocaba los dientes de la pala entre la parte superior del mármol y el dintel de piedra caliza, y luego la hacía caer hacia delante. Cerró los ojos mientras caía, horrorizada por semejante vandalismo, pero la arena era suave y no se rompió. Sin embargo, estaba más decidida que nunca a vengarse, aunque también necesitaba ver lo que había dentro. Lo mirase por donde lo mirase, aquél era el culmen de su carrera.

Todos llevaban linternas e iluminaron el interior de la negra boca. Una serie de escalones casi por completo sumergidos bajo la arena conducían a un corredor apenas lo suficientemente alto y ancho para que dos hombres estuvieran de pie juntos. Elena siguió a Nicolás y a Philip Dragoumis unos cincuenta pasos, hasta que el corredor se abrió a una cavernosa cámara, pero al hacer brillar sus linternas, pronto se dieron cuenta de que estaba vacía, excepto por el polvo y algunos restos: un cántaro roto; un ánfora de arcilla; el mango de una daga; los huesos y las plumas de un pájaro, seguramente atrapado allí desde hacía siglos. Pero los muros hacían que valieran la pena los esfuerzos realizados para encontrar aquel lugar: la piedra había sido elegantemente esculpida, como si fueran las estaciones de un vía crucis, con escenas de la vida de Alejandro en relieve, adornadas con elementos reales.

En el primero, a la izquierda, Alejandro era un niño haciendo muecas en su cuna mientras estrangulaba serpientes como Heracles, y era evidente que alguna vez había habido allí serpientes de verdad, aunque el tiempo las había desintegrado, dejando sólo sus pieles, delgadas como obleas, en sus puños apretados. En el segundo, montaba a su famoso caballo, Bucéfalo, apartándolo de su propia sombra, para domarlo mejor. En el tercero aparecía conversando con otros jóvenes y un anciano, quizás Aristóteles, leyendo en lo que en algún momento habría sido un rollo de pergamino, pero que se había desmigajado a sus pies. El cuarto mostraba a Alejandro a caballo arengando a sus tropas en la batalla, seguramente contra alguna ciudad-estado griega o contra los bárbaros del norte. En el quinto se encontraba ensartando una jabalina en el pecho de un soldado persa armado con un hacha de bronce. Después estaba el famoso nudo gordiano. La leyenda prometía el dominio sobre toda Asia a la persona que pudiera desatarlo, aunque fuese imposible hacerlo; una contradicción que Alejandro había resuelto con su habitual rapidez, cortando la cuerda, representada aquí por un tronco de madera tallado, con un extremo enroscado en torno al yugo de metal de una carroza y el otro anclado dentro de un hueco en la roca. En la siguiente escena estaba consultando el oráculo de Amón, donde el sumo sacerdote le aseguraba su propia divinidad. Y así continuaba: sus victorias, sus derrotas y su lecho de muerte, todo hermosamente esculpido. La última escena mostraba su espíritu ascendiendo una montaña para sumarse a los otros dioses,

quienes lo recibían como a un igual.

Las luces de las linternas jugaban entre los hipnóticos relieves, creando sombras que se extendían, bailaban, ocultaban y saltaban con vida propia, después de dos mil trescientos años. Nadie se atrevía a hablar. Porque aunque éste era un hallazgo importante, no estaban allí por él, no era lo que estaban buscando. O los soldados nunca habían llegado hasta allí con el cuerpo de Alejandro o alguien había llegado antes que ellos.

—No puede ser —murmuró Nicolás, apretando el puño—. No me puedo creer toda esta mierda. ¡Todo nuestro trabajo! ¡Todo nuestro trabajo! —Soltó un ininteligible grito de frustración, dándole una patada al muro.

Elena ignoró su rabieta y se agachó a los pies de la montaña por la que ascendía el espíritu de Alejandro.

—Hay una inscripción —le dijo a Dragoumis.

—¿Qué dice?

Limpió el polvo y acercó la linterna en ángulo para acentuar las sombras y poder ver con más claridad.

—«Sube a los lugares secretos del cielo, Alejandro —tradujo en voz alta—, mientras aquí tu pueblo llora de pena».

—Aquí hay otra —dijo Costis, señalando con su linterna la base del relieve del niño Alejandro estrangulando las serpientes.

Dragoumis tradujo ésa por sí mismo:

—«Tú no conoces los límites de tu fuerza, Alejandro. No sabes qué o quién eres». —Miró con expresión dubitativa a Elena—. ¿Esto te dice algo?

—Es de la *Ilíada*, ¿no?

Dragoumis asintió.

—Ambas lo son. Pero ¿por qué están aquí?

Elena se inclinó junto a otra escena que representaba una encarnizada batalla.

—«Escudo contra escudo, lanza contra lanza. Fue estruendoso el clamor cuando los escudos chocaron unos contra otros en un grito de muerte, en un grito de triunfo de víctimas y verdugos, y la tierra se tiñó de rojo con la sangre».

Dragoumis estaba junto al nudo gordiano utilizando su linterna y la de Costis para ver mejor.

—«El que desate el nudo que ata este yugo será el amo de toda Asia».

—«No hables de huir porque no te escucharé —dijo Elena—. Yo pertenezco a una raza que no conoce ni la deserción ni el miedo».

Siguieron recorriendo los muros, descifrando las inscripciones. Cuando terminaron, Elena miró a Dragoumis.

—¿Qué opina?

—Creo que necesitamos más...

De pronto, un fuerte golpe procedente del exterior resonó en el corredor. El suelo se sacudió, cayó polvo de los muros. Nicolás miró a su alrededor, y luego cerró los ojos furioso, consciente de lo que sucedía.

—Mohammed —murmuró.

III

Mohammed se dio cuenta de repente de que tenía una oportunidad. Todos los griegos habían entrado en la colina. La curiosidad se había apoderado de ellos. Él había esperado un minuto o dos, temiendo que alguno se diera cuenta de su error y saliera. Como nadie salía, su valor aumentó. Si podía encerrarlos, le daría tiempo para ir a Siwa y avisar a la policía. Todos irían a la cárcel durante años, y ya no podrían hacer nada contra Layla ni vengarse.

Su primera idea fue la de bloquear la entrada con uno de los vehículos, pero ninguno poseía el tamaño adecuado. Decidió, entonces, volver a sellar la entrada con la plancha de mármol y luego taparla con arena. Hizo deslizar los dientes de la excavadora por debajo e intentó levantarla. Pero era tan pesada que las ruedas traseras se alzaron del suelo, y el mecanismo hidráulico se detuvo con un chirrido, la pala se deslizó hacia un lado y cayó pesadamente. Se maldijo. Tenían que haber oído el ruido. Se oyeron gritos de alarma desde el interior. Era demasiado tarde para echarse atrás. Retrocedió un poco, y luego aceleró hacia delante, usando el impulso para levantar la plancha de mármol. Uno de los griegos apareció en la abertura justo en el momento en que él la colocaba con precisión en su sitio. Mohammed se sintió exultante mientras amontonaba arena contra ella. El mármol rosado pronto desapareció, aprisionándolos a todos en el interior. No podía creer que hubiese resultado tan sencillo. Nur tenía razón; siempre decía que si te enfrentas a tus demonios puedes conquistar cualquier...

Se oyó una explosión amortiguada. Luego una segunda. Mohammed observó paralizado cómo un cono de arena desaparecía delante de él y se hacía más grande y profundo. Apareció un pequeño agujero negro. Un hombre subió por él. Mohammed hizo girar la pala en su dirección, pero el hombre la esquivó con facilidad, y luego apuntó al rostro de Mohammed con su AK-47. El constructor quitó las manos de las palancas y las levantó, totalmente sorprendido. Dos hombres más salieron por el boquete y luego un tercero. Pensó en Layla, en lo que podría sucederle, y se sumió en la desesperación. Más hombres salieron arrastrándose como ratas. Costis abrió la puerta de la cabina, apagó el motor y quitó las llaves.

Por último apareció Nicolás, sacudiéndose las mangas y los pantalones.

—Si alguno de mis hombres supiera cómo conducir esta máquina, ahora estarías muerto. ¿Entiendes? —dijo.

—Sí.

—Tienes una hija —dijo—. Su vida depende de nuestra buena voluntad. ¿Entiendes?

—Sí.

—¿Cooperarás?

—Sí.

Hizo un gesto de asentimiento a Costis, que regresó con un par de esposas. Cerró un extremo en torno al volante y el otro en la muñeca izquierda de Mohammed, permitiéndole suficiente movilidad como para mover las palancas, pero no tanta como para escapar. Colocó la llave en un llavero que llevaba en la cintura. Después frunció el entrecejo y miró por encima de su hombro en dirección a las dunas.

Transcurrieron unos segundos hasta que Mohammed pudo oír lo que le había alertado: el ligero ronroneo de un motor que se acercaba desde Siwa. Costis miró a Nicolás, quien alzó la mano pidiendo silencio. El ruido se apagó momentáneamente, para volver a oírse con más intensidad. Nicolás hizo un gesto de desagrado. Era muy temprano. Nadie estaría conduciendo en el desierto a menos que tuviera un propósito muy claro.

—¿Quieres que vaya a echar un vistazo? —preguntó Costis.

—Sí —dijo Nicolás.

Costis hizo una señal a Leónidas, Bastiaan, Vasileios y Dimitris para que le acompañaran. Agarraron sus armas y corrieron a los 4x4.

Capítulo 35

I

La arena estaba cubierta de antiguas huellas y marcas de neumáticos. Knox las usó como si fuera un surfista sobre la cresta de una ola, lo que provocó que los tres saltaran en sus asientos. Gaille, por orgullo, no quería hacer ningún comentario, a pesar de que el cinturón de seguridad del asiento del acompañante estaba roto desde hacía años y Knox tenía que usar el brazo con frecuencia para sostenerla en su asiento. La vieja suspensión del jeep crujía y se quejaba. Knox redujo la velocidad, giró y emprendió la ascensión a una duna, forzando el viejo motor en los últimos metros. Al coronar la cresta, la arqueóloga pudo distinguir la familiar silueta de Bir al-Hammam al frente. Al instante se encontraron descendiendo en un ángulo tan oblicuo que las dos ruedas del lado derecho se levantaron por un momento del suelo, balanceándose en el aire. Knox mantuvo a Gaille en su asiento hasta que volvieron a estar sobre las cuatro ruedas. Ella le sonrió. Entonces él miró por el espejo retrovisor, con un claro gesto de preocupación. Gaille se giró y vio un 4x4 acercándose rápidamente, con las luces apagadas, intentando evidentemente no ser detectado.

—¿Qué demonios...? —murmuró Rick.

—Son esos condenados griegos —dijo Knox. Se apresuró en el descenso de una duna, ganando velocidad para volver a subir por la ladera opuesta. Volaron sobre la cima y rebotaron al otro lado, con el motor rugiendo a lo largo del valle arenoso.

—Hay otro más —anunció Rick, mientras otro 4x4 aparecía en la cima de la duna, a la izquierda, y se dejaba caer por la ladera, obligando a Knox a esquivarlo, con las ruedas lanzando una lluvia de arena que casi los obliga a detenerse. Cambió de marcha y volvió por donde habían venido, pero el jeep no podía competir con los 4x4. Se acercaron inexorables y se pusieron uno a cada lado, haciéndole señas para que se detuvieran. Knox dio un volantazo y giró de golpe a la izquierda, lo que obligó al otro conductor a pisar el freno, enrojeciendo la arena un momento por la fricción, bajo la temblorosa parte trasera del 4x4. Subió rugiendo otra duna, pero la inclinación era demasiada y la arena muy blanda. Las gastadas llantas perdieron tracción y comenzó a deslizarse hacia abajo.

Knox dejó de resistirse, permitiendo que la gravedad los arrastrara, y luego hizo girar el jeep. Chocó lateralmente con un 4x4 que apareció por su derecha, de forma que las ruedas se despegaron del suelo. Volvió a golpearlo, esta vez con más fuerza, haciendo que cayeran de lado y dejaran un breve surco en la arena antes de quedar boca abajo. Gaille gritó y alzó las manos para proteger su cabeza mientras Knox intentaba sostenerla en su asiento, pero la inercia fue demasiado para él, y se golpeó con fuerza contra el parabrisas.

Se detuvieron. Gaille se sentía mareada. Se abrió la puerta del lado del acompañante. Apareció un hombre de pie, apuntándole con un AK-47 a la cara. Ella

lo miró atontada. Él le hizo señas para que saliera. Intentó obedecerle, pero las piernas no le respondían. Él la agarró por el pelo y tiró de ella con violencia hacia fuera, ignorando sus gritos de dolor. Knox se arrastró tras ella, preparándose para atacar al hombre, pero otro de los griegos lo esperaba oculto y lo golpeó en la nuca con la culata de su arma, haciéndole caer de cara en la arena.

Rick fue el siguiente en salir, con las manos sobre la cabeza y una expresión acobardada. Pero era sólo una estratagema. Su primer golpe derribó a uno de los griegos de costado. Rick le arrebató el AK-47 y lo dirigió hacia el segundo hombre, con su dedo dispuesto a apretar el gatillo. Pero no pudo hacerlo. Una explosión amarilla brotó del arma del segundo hombre. Sonó el tableteo del arma automática y en el pecho de Rick apareció una mancha roja. Luego se derrumbó de espaldas sobre la arena, mientras dejaba caer su AK-47.

—¡Rick! —gritó Knox, arrastrándose hacia su amigo—. ¡Por Dios, Rick!

—Joder, amigo —musitó Rick, intentando alzar la cabeza—. ¿Qué diablos...?

—No hables —rogó Knox—. Aguanta.

Pero era demasiado tarde, sus heridas eran demasiado graves. El cuello se relajó y su cabeza cayó inerte hacia un lado.

Knox se volvió con odio en su corazón, decidido a todo. Pero el griego armado lo estaba mirando con total indiferencia. Escupió con desprecio sobre la arena, indicando que eso era todo lo que la muerte de Rick significaba para él, y luego apuntó con su arma al pecho de Knox.

—Las manos detrás de la cabeza —ordenó— u os pasará lo mismo a ti y a la chica.

Knox lo miró con furia, pero no podía hacer nada. Se juró en silencio que vengaría la muerte de Rick; luego entrelazó las manos detrás de la cabeza, mientras otro de los griegos lo ataba de pies y manos.

II

Ibrahim no podía dormir. Yacía despierto, pensando con amargura desde hacía horas. Cada vez que conseguía una cierta tranquilidad, sufría otro espasmo de vergüenza. Había dedicado toda su vida al estudio del antiguo Egipto. Ser cómplice del saqueo de una tumba —¡y no cualquier tumba!— mancharía el apellido Beyumi para siempre. No podía permitir otra mancha más sobre su honor. No podía. Sin embargo, cada vez que se sentaba resuelto a hacer algo, le fallaban los nervios. No era un hombre. ¿Y qué podía hacer? Le habían quitado el móvil, el teléfono que había junto a su cama, los cables del módem. Habían cerrado con llave puertas y ventanas. Se levantó una vez más y se dirigió a la puerta del dormitorio. Luego volvió a por su bata. Respiró hondo tres veces para infundirse valor y abrió la puerta.

Manolis estaba dormido sobre un colchón, en el pasillo. Ibrahim permaneció inmóvil y esperó a que su corazón dejara de latir con furia. Alzó la pierna izquierda por encima de Manolis. Una de las maderas del suelo crujió debajo de la alfombra. Ibrahim se quedó petrificado.

Manolis abrió los ojos. Ibrahim podía ver el luminoso blanco de sus córneas.

—¿Qué está haciendo? —gruñó.

—Mi estómago —dijo Ibrahim—. Necesito mis pastillas.

—Espere. Voy con usted.

—No es necesario, yo...

—Voy con usted.

III

Los dos 4x4 se detuvieron delante de Nicolás con un chirrido de los frenos y salpicando arena. Bastiaan abrió de golpe la puerta trasera del primer vehículo y arrastró dos figuras hasta la arena. La primera era un desconocido sin vida, envuelto en una manta, con el pecho destrozado, un amasijo de carne inerte. Después la chica, Gaille, mareada y pálida, con las muñecas y los tobillos atados con una cuerda. Ésta miró a su alrededor aterrada, y sus ojos se fijaron en alguien detrás de Nicolás.

—¡Elena! —gritó con tono lastimero—. ¿Cómo has podido...?

—Porque es una patriota —replicó con frialdad Nicolás, mientras Elena guardaba silencio.

Costis estaba arrastrando a otro hombre desde la parte trasera del otro coche. Éste alzó furioso la vista de la arena. ¡Knox! Nicolás se sintió, de pronto, ligeramente mareado, como si hubiera comido algo que le hubiera sentado mal. Había algo en aquel hombre que le causaba una total indefensión.

La mirada de Knox fue más allá de Nicolás, hasta donde su padre se encontraba de pie.

—¡Ah! —exclamó con desprecio—. Un vulgar ladrón de tumbas.

—Me temo que esta tumba no es precisamente vulgar —respondió Dragoumis sin inmutarse—, como sospecho que sabrá muy bien.

—¿Ya la han encontrado entonces? —no pudo evitar preguntar Knox.

—Todavía no —reconoció Dragoumis.

—¿Todavía no? —Nicolás frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con que todavía no? No hay nada ahí dentro.

Dragoumis miró con amargura a su hijo.

—¿No has aprendido nada de ese hombre, Kelonymus? —le preguntó impaciente—. ¿De verdad crees que es el tipo de persona que entregaría su secreto más grande al primer intento? —Señaló a Gaille, y después les dijo a sus hombres—: Ella comprende su mente mejor que cualquier otro. Llevadla dentro.

—No lo hagas, Gaille —dijo Knox tranquilo—. No les digas nada.

Dragoumis se volvió hacia él.

—Sabe que soy un hombre de palabra. Permítame entonces hacerle una oferta. Si ustedes me ayudan a encontrar lo que estamos buscando, prometo que los dejaré en libertad.

—¡Ya! —exclamó Knox furioso—. ¡Después de todo lo que hemos visto!

—Créame, Daniel, si encontramos lo que estamos buscando, cuanto más hablen ustedes dos, mejor para nosotros.

—¿Y si nos negamos?

Dragoumis se encogió de hombros ligeramente.

—¿Realmente quiere saber la respuesta a esa pregunta?

Nicolás mantuvo la mirada fija en Knox, mientras éste dudaba sobre qué responder. Estaba claro que todavía estaba furioso por lo que le acababa de suceder a su amigo y que estaba esperando una oportunidad para vengarse. Se volvió para prevenir a su padre, pero éste le hizo callar con una severa mirada, como si supiera perfectamente qué estaba pensando. Se encogió de hombros y se giró otra vez hacia Knox, que seguía debatiéndose consigo mismo, con su conciencia; pero echó una mirada a Gaille, a su rostro ceniciento de miedo y empapado en lágrimas que le rogaba en silencio que no hiciera ninguna tontería. Entonces parpadeó, suspiró y dejó a un lado, momentáneamente, su odio.

—De acuerdo —dijo—. Haremos lo posible.

—Bien —asintió Dragoumis. Se volvió hacia Costis—: Desátales los tobillos, pero no las muñecas. Y a él no le pierdas de vista —añadió, señalando a Knox con un gesto—. Es más peligroso de lo que parece.

Costis asintió.

—Lo sé —dijo.

IV

Ibrahim y Manolis se dirigieron juntos escaleras abajo. La alfombra era mullida, pero Ibrahim tenía heladas las plantas de los pies. Se miró los pies, casi esperando verlos brillar como diamantes de un azul helado. Sofronio roncaba en el sofá. Cuando Manolis encendió la luz, se sentó, desorientado por el sueño, para luego insultar a Manolis en griego y taparse la boca dando un enorme bostezo.

Ibrahim hizo aspavientos mientras buscaba en los cajones de su cocina, cerrando aparadores, murmurando. Oyó a los dos griegos conversar. Su griego era tan gutural que no podía entender ni una palabra, pero por el modo en que lo miraban...

—No las encuentro —dijo en tono alegre—. Deben de estar en mi escritorio. — Se dirigió rápidamente hacia su despacho. Sofronio y Manolis seguían conversando. Era ahora o nunca. Ibrahim echó el peso del cuerpo hacia delante y comenzó a correr.

V

—Muévete, maldita sea —ordenó Costis, golpeando a Knox en la base de la columna vertebral con la culata de su AK-47.

Knox lo miró furioso por encima del hombro.

—Vas a pagar lo que le hiciste a Rick —le prometió.

Pero Costis lanzó una apagada risa y lo golpeó aún más fuerte. Y a decir verdad, Knox no estaba en posición de amenazar a nadie. Caminando por el oscuro pasadizo en dirección al interior de la colina, con el parpadeo y el brillo de las linternas por todas partes, teniendo que agacharse para evitar que su cabeza rozara con el techo, estaba seguro de que no se dirigía hacia la tumba de Alejandro, sino hacia la suya, y también a la de Gaille, a menos que pudiera, de alguna manera, cambiar aquella situación.

El corredor terminaba de forma abrupta. Evidentemente, los griegos ya habían estado allí, puesto que no mostraron sorpresa alguna al ver los maravillosos relieves de los muros. Pero para Knox eran tan impresionantes que por un momento casi olvidó su situación. Sus muñecas seguían atadas, pero por delante del cuerpo. Cogió una linterna de uno de los griegos, y luego se acercó a un relieve en el que Alejandro dirigía un ataque. Gaille se aproximó también, y luego Elena y Dragoumis, como si fueran cuatro académicos discutiendo sobre un misterioso objeto.

Gaille se agachó para traducir la inscripción.

—«Entonces Palas Atenea le dio el valor para que pudiera vencer a los otros. El fuego brillaba como el sol del verano en su escudo y su yelmo». —Se giró hacia Elena—. ¿Es así como lo ha traducido?

—Más o menos —coincidió Elena. Después añadió, con un tono de incertidumbre—: Es de la *Ilíada*, ¿no?

—Sí —asintió Gaille—. Algo modificado, pero sí que lo es.

Elena asintió más segura.

—Ciertamente parece ser Homero —dijo—. Todas las inscripciones son de la *Ilíada*.

—No todas —corrigió Dragoumis, señalando al nudo gordiano—. El nudo gordiano no estaba en la *Ilíada*.

—No —admitió Knox. Se acercó, y se agachó a leer la inscripción—. «El que desate el nudo que ata este yugo será el amo de toda Asia». — Bufó y miró a Dragoumis—. Nos ha dado su palabra, ¿verdad? —insistió.

—Sí —dijo Dragoumis.

—Bien —dijo Knox. Se encaminó hasta el panel en que aparecía Alejandro matando al persa y cogió el hacha de bronce con ambas manos. Estaba fría al tacto, y era sorprendentemente pesada.

—¡Detenedlo! —gritó Nicolás.

—Estate quieto —dijo Dragoumis enfadado.

Knox se acercó con el hacha hasta el nudo gordiano y la dejó caer con fuerza, haciendo saltar astillas de la madera. Volvió a golpear dos veces más. Los hachazos hacían cosquillear los dedos y las manos. Pero el instrumento cumplió su trabajo, porque el antiguo madero se partió en dos. Una parte permaneció inmóvil; la otra se deslizó como una serpiente fugitiva por la pared de piedra, atada a una especie de contrapeso. Se oyó un ruido sordo, como de objetos arrastrándose, luego silencio. Esperaron expectantes, pero transcurrieron los segundos sin que sucediera nada.

—¿Es eso todo? —se burló Nicolás—. Espero que no creas que...

Y de repente comenzó; un grave tronar en la roca por encima de sus cabezas que se intensificó poco a poco, haciendo caer polvo del techo y provocando vibraciones en el suelo. Todos alzaron la vista, y luego se miraron atemorizados, preguntándose qué habría sido. El ruido se detuvo. Volvió a hacerse el silencio. Todos se encogieron de hombros, comenzaron a relajarse y...

El muro situado a la derecha de Knox estalló de repente; esquirlas de piedra volaron en todas direcciones. No tuvo tiempo de reaccionar. Dejó caer el hacha y se arrojó al suelo arrastrando consigo a Gaille, protegiéndole el rostro contra su pecho mientras los fragmentos de roca caían y arañaban sus piernas y su espalda, rozándole el cuero cabelludo, dejando a su paso el palpitante escozor de un rastro de sangre.

Todo terminó casi antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía. Las piedras recobraron su inmovilidad, el estruendo se apagó, dejándoles un pitido en los oídos. Todos comenzaron a murmurar, a toser y a ahogarse con el polvo y la piedra pulverizada, mirando para comprobar si estaban heridos. Uno de los griegos maldecía, pero sin demasiada convicción, como si sólo se hubiera torcido una muñeca o un tobillo. Aparte de eso, y algunos cortes y magulladuras de poca monta, parecía que habían tenido suerte. Knox tardó un momento en darse cuenta de la oportunidad de escapar que se les presentaba. Pero al mirar a su alrededor vio que Costis le sonreía, como si le hubiera leído el pensamiento, y le apuntaba con su arma.

Knox se levantó, ayudando a Gaille. Alguien cogió una linterna y la apuntó hacia donde había estado la pared, y en la que ahora, en el centro, aparecía un agujero como una boca abierta. Más allá, todo era oscuridad, lo que indicaba un espacio todavía más grande, además del brillo de objetos metálicos en el suelo. Se acercaron poco a poco, pisando con cuidado sobre la piedra caliza pulverizada, regada de fragmentos de piedra más dura, de mármol, que crujían bajo sus pies.

Knox alzó la vista hacia el respiradero circular que se elevaba casi vertical por encima de él, adentrándose en la colina hasta desvanecerse en la oscuridad. El corte del nudo gordiano debía de haber desencadenado un desprendimiento. Pero continuó su marcha, y pronto estuvo al otro lado, donde otros asuntos atrajeron su atención. El

pasadizo serpenteaba de izquierda a derecha, protegiéndolo de la explosión provocada por la caída de las rocas. Luego comenzaba a ampliarse, como un embudo. Había nichos cavados en los muros, y en ellos estatuas de alabastro pintadas, a escala real, de ninfas y sátiros, un caballo rampante, Dionisio en un triclinio con la cabeza echada hacia atrás, bebiendo de una copa, coronado con hojas de parra y rodeado de gordos racimos de uvas púrpura. Pasaron delante de otros objetos. Vasijas áticas marrones, rojas y negras, pintadas con escenas de la vida de Alejandro; demasiado toscas como para ser obra de Kelonymus, tal vez fuesen los tributos personales de los propios soldados. Un modelo de madera de un carro. Varias figurillas de arcilla. Un caldero de bronce. Un cuenco dorado que contenía puñados de piedras preciosas y semipreciosas sin tallar: rubíes, turquesas, lapislázuli, amatistas, diamantes, zafiros. Una copa dorada grabada con la estrella de dieciséis puntas, y junto a ella una campanilla dorada que trajo dolorosamente a la memoria de Knox la imagen de Rick. Luego, sobre el muro derecho, una pintura de Alejandro en su carro portando un cetro dorado, tal como estaba en el friso que Diodoro de Sicilia describe como parte del catafalco. Knox por fin encontraba respuesta a la pregunta sobre cómo Kelonymus y sus compañeros habían financiado semejante empresa. Tenían el catafalco. Quizás se tratase del grupo de soldados a los que Ptolomeo había encomendado que regresaran a Egipto, sólo que pudieron cambiar de planes cuando se percataron de que éste había traicionado el último deseo de su rey.

Costis volvió a empujar por la espalda a Knox. Continuaron avanzando. Ahora llegaron y pasaron por delante de lo que sólo podía describirse como una antigua biblioteca: rollos sostenidos por varillas de marfil, amontonados en *loculi* excavados en los muros de piedra caliza, y libros en cofres de plata y oro, con la escritura todavía visible sobre el pergamino amarillo y los papiros, así como los dibujos de hierbas, flores y animales.

—¡Cielo santo! —murmuró Gaille mirando a Knox con ojos desorbitados, consciente del valor de semejante descubrimiento.

El corredor volvió a ensancharse. Llegaron a una gran cámara abovedada, el doble de grande que la anterior. Su suelo brillaba como si estuviera cubierto de cristales de cuarzo a causa de los objetos de metal y sus muros y el techo estaban revestidos con paneles dorados que las linternas hacían destellar asombrándolos. También había otros tesoros más modestos, colocados sobre doce altares, anillos, collares, ánforas, monedas y cofres. Y armas: un escudo, una espada, un casco, una coraza, un casco decorado. En la parte central de la cámara, en el corazón de todos los altares, hacia donde enfocaron todas las linternas, había una alta pirámide que se elevaba escalonada hasta la cima, en donde descansaba un magnífico ataúd de forma antropomórfica.

Nadie podía dudar ahora lo que habían encontrado.

Capítulo 36

I

Ibrahim cerró de golpe la puerta de su despacho y giró la llave en la cerradura justo en el momento en que Sofronio estrellaba su hombro contra ella. Ibrahim retrocedió de un salto y gritó al ver que los paneles se sacudían y el marco vibraba. Pero la puerta resistió. Sofronio volvió a cargar contra ella. Siguió resistiendo. Se dirigió a su escritorio, levantó el teléfono y marcó el 122. Sonó dos veces antes de que contestaran. Dio su nombre y su dirección y comenzó a explicar la situación cuando, de improviso, la línea quedó en silencio. Su mirada siguió el recorrido del cable blanco hasta donde atravesaba el muro en dirección hacia la parte principal de la casa. Lo observó anonadado. En aquel momento una serie de golpes diferentes empezó a resonar en la puerta, secos y sonoros; una bota, no un hombro; los dos hombres se turnaban. El marco sobre la jamba, finalmente, comenzó a ceder.

Ibrahim dejó caer el auricular y retrocedió, observando con terror cómo la madera comenzaba a partirse. No había sitio donde esconderse. La puerta que desembocaba en la sala principal era la única salida, exceptuando la ventana, pero estaba cerrada y Manolis tenía las llaves. Sobre el escritorio había un pisapapeles y un abrecartas. Éste último era afilado y metálico, pero él sabía, en el fondo de su corazón, que carecía de coraje para usarlo como arma. Lanzó el pisapapeles contra la ventana, y luego se puso de pie, de un salto, sobre el escritorio. El marco de la puerta por fin cedió y la jamba dejó un rastro de color amarillo debajo de la capa de pintura. Los dos hombres entraron. Ibrahim se zambulló por el agujero abierto en la ventana rota, pero Sofronio lo agarró del tobillo, por lo que cayó sobre un largo trozo de cristal. Fue una sensación extraña, amortiguada, más un golpe que un corte. Sus miembros perdieron toda fuerza. Fue arrastrado de vuelta al interior, y la barbilla golpeó contra el escritorio y la alfombra. Notó como si su estómago se abriese cuando fue puesto boca arriba, y vio con perverso orgullo el gesto de alarma en el rostro de Manolis mientras apretaba con ambas manos el vientre de Ibrahim en un vano intento de impedir que salieran las vísceras. Sofronio se limitó a cerrar los ojos.

Ibrahim yacía en el suelo, mientras los dos hombres discutían qué hacer. Manolis tiró algunos libros de los estantes mientras Sofronio salía de la habitación para volver con una botella grande, traslúcida, de alcohol blanco, que derramó sobre los papeles, la alfombra y el escritorio de madera. Se agachó para encender el fuego con su mechero amarillo de plástico, y luego los dos salieron rápidamente.

Una de las enseñanzas del profeta cruzó, irreverente, por la mente de Ibrahim, la que dice que un musulmán debe mantener inviolable su sangre, su propiedad y su honor. Casi consiguió reírse, puesto que había perdido las tres cosas de modo espectacular. Los dedos de las manos y de los pies comenzaron a escocerle, como un buen gintonic. Durante mucho tiempo se había sentido fascinado por la mecánica de

la muerte —si la nada seguiría instantánea cuando se detuviera su corazón o si su mente se iría apagando como un viejo reloj—. El fuego llenó el cuarto con asfixiantes nubes. Le ardieron los ojos. Oyó sirenas, una frenada y ruido de metal, disparos y después hombres enmascarados y uniformados que entraban con rapidez y se arrodillaban a su lado. Pero era demasiado tarde, muy tarde. Para su sorpresa, sintió una leve pero creciente euforia. Había deshonrado su nombre, a su familia y a su ciudad; pero al menos la gente sabría que lo había dado todo para intentar cambiar la situación.

II

En la cámara funeraria, Knox, Gaille y todos los griegos ascendieron juntos la pirámide hasta la cima. Hubo un momento de asombrado silencio mientras permanecían de pie alrededor del sarcófago, elevado hasta media altura sobre un pedestal de mármol blanco, con su cubierta elegantemente esculpida con escenas de caza y de guerra. Con la mano, Knox limpió la capa de arena y polvo que se había depositado a lo largo de milenios. Uno podía distinguir el oro del bronce, porque el bronce se oscurecía a lo largo de los siglos. Esto era oro.

Dragoumis puso sus palmas sobre él, como un sumo sacerdote.

—Abridlo —ordenó.

La tapa era tan pesada que requirió del esfuerzo de todos para desplazarla hacia un lado y luego dejarla en el suelo junto al sarcófago. Todos miraron ansiosos en su interior, empujando y alzándose sobre los demás para ver mejor. El cuerpo de un hombre yacía en su interior, cubierto de polvo y restos de pétalos y especias, con una gigantesca diadema de rubíes cubriéndole la frente, los brazos cruzados sobre el pecho, una espada a un lado y un cetro de oro al otro. Evidentemente, en su momento había sido cubierto por una capa de oro, que se había desprendido en algunos lugares, dejando al descubierto la piel ennegrecida y apergaminada y los miembros reducidos a huesos debajo de la piel. Negro y oro, como muchas de las criaturas más peligrosas del mundo.

A la luz vacilante, Knox observó las cicatrices de aquel cuerpo. Sí, incluso después de tantos siglos, era posible reconocer la leve huella del corte en la garganta producido en Cirópolis, la punzada en el hombro de una catapulta en Gaza, el corte en el pecho de una flecha en Multan y el tajo en el muslo en Issos. Sintió escalofríos y una repentina debilidad. No había duda.

—Es él —murmuró—. Es Alejandro.

Los ojos de Dragoumis se humedecieron cuando miró a su alrededor.

—Entonces ha llegado la hora de llevarlo a casa —dijo.

III

Había sido relativamente fácil llevar la tapa del sarcófago al camión con el contenedor. Había sido cuestión de esfuerzo y tiempo. El sarcófago en sí, en cambio, había sido otro asunto. Era demasiado pesado para levantarlo, así que lo ataron con cuerdas para hacerlo descender con cuidado de la pirámide, utilizando arena para que resbalara sobre los escalones y el suelo del pasadizo, arrastrándolo con todos tirando a la vez, incluso Knox y Gaille. A pesar de todo, avanzaron con mucha lentitud. Pero por fin llegaron a la boca del pasadizo, ya convertido en rampa por la arena que Mohammed había echado. Ataron una gruesa cuerda a la barra de remolque de uno de los 4x4 e intentaron arrastrarlo, pero las ruedas giraron inútilmente. Trajeron el segundo 4x4 y ambos tiraron a la vez, y finalmente pudieron acercarlo hasta el camión.

Subirlo al contenedor resultó más problemático. Mohammed intentó alzarlo con el brazo hidráulico de su excavadora, pero ésta cayó hacia delante. Al final fue Dragoumis quien sugirió la solución. Mohammed cavó una zanja en la arena delante del sarcófago. El camión entró en ella marcha atrás, para que la boca del contenedor estuviera por debajo del ataúd. Después llenaron el espacio entre ambos con arena y arrastraron el sarcófago hacia abajo hasta que lo introdujeron más allá del primer eje, tan establemente como les fue posible.

Nicolás se secó la frente satisfecho y después miró a su padre en busca de su aprobación. Pero su padre se limitó a señalar hacia el este, en donde el sol ya se alzaba sobre el horizonte. Nicolás asintió. Quizás llegara un día en el que pudieran volver a buscar el resto de los tesoros que quedaban ocultos en el interior de la colina. Por el momento tenían lo que necesitaban, y no era conveniente volverse codiciosos.

IV

Nadie se fijó en que Elena se apartaba del contenedor y se dirigía al 4x4 a buscar su bolso. Había comprado su arma la noche anterior con el sencillo procedimiento de detener al primer taxi que vio en El Cairo y ofrecerle dinero al chófer hasta que éste comprendió que hablaba en serio. Entonces hizo unas cuantas llamadas telefónicas. Dos horas más tarde, un traficante le había mostrado su colección. Elena sabía cuál quería incluso antes de tenerla en las manos. Era negra y pesada. Sólo con mirarla le daba confianza. Cuando ella la señaló, él asintió con entusiasmo. «Una elección acertada», dijo alentador. Una Walther P99. Una semiautomática con dos cargadores. Quiso explicarle cómo estaba fabricada, pero ella le dijo que no se molestara. A cambio, la llevó por las callejuelas de la Ciudad de los Muertos y le mostró cómo funcionaba el seguro. Elena disparó cuatro balas contra un muro. Al hacerlo, una sensación de calidez invadió su vientre. Notó la misma calidez ahora que tenía el arma en la mano.

Iba a cobrarse tres vidas. Con eso, su deuda de sangre quedaría saldada.

Se giró. Mohammed estaba volviendo a cubrir la boca de la tumba con arena. Knox y Gaille eran conducidos por Nicolás, Leónidas y Bastiaan a uno de los coches. Los otros griegos estaban sentados en la parte trasera del contenedor fumando sus bien ganados cigarrillos. Costis y Dragoumis estaban de pie juntos, mirando con beneplácito. Costis tenía un AK-47 colgado al costado, pero parecía relajado, no se esperaba problemas. Elena no podía pedir una oportunidad mejor. Se dirigió hacia ellos, con la Walther oculta a su espalda. Los hombres se volvieron cuando la vieron acercarse. Dragoumis frunció el ceño, como si le desconcertara su expresión.

—¿Sí? —preguntó.

Elena disparó primero a Costis, apretando el gatillo mientras alzaba el arma. El disparo le perforó el tórax. El retroceso hizo que levantara su arma, de modo que el segundo impacto atravesó la parte superior del pecho, debajo de la garganta, derribándolo boca arriba. Su sentido del tiempo y el espacio se amplió. A su izquierda, los hombres gritaban, aterrados, buscando sus armas. Ella no les prestó atención. Se sentía extrañamente invulnerable, protegida por el destino. Costis estaba emitiendo extraños sonidos. Alzó la cabeza para mirar su pecho perforado, y luego intentó poner sus manos sobre las heridas. Ella se puso de pie sobre él, apuntó a la nariz y disparó una vez más. La bala entró por encima de la órbita ocular. Su cabeza cayó sin vida sobre la arena.

Se volvió hacia Dragoumis. Su rostro estaba blanco. Parecía petrificado. Se dirigió hacia él y apretó la boca del arma contra su corazón.

—Diles a tus hombres que se queden quietos —ordenó. Dragoumis no dijo nada. Ella levantó el arma y la apoyó contra su frente. Cuando lo vio temblar, sintió que un

enorme placer la recorría. Después se dio cuenta de que no temblaba de miedo, sino de furia.

—Yo no maté a Pavlos —dijo secamente.

—Sí, lo hiciste.

Él negó con la cabeza.

—Tienes mi palabra: fue un accidente.

—No fue un accidente —le aseguró ella—. Créeme, lo sé todo. Sé que contrataste a una puta para seducir a Pavlos. Sé que los filmaste juntos y que luego le enseñaste la película. Sé que lo amenazaste con enviarme una copia a menos que él dejara de pedir una investigación.

—Entonces sabes también que no tenía necesidad de matarlo.

Elena podía sentir las lágrimas cosquilleando sobre sus mejillas.

—¿De verdad creíste que podías controlar a Pavlos? Ni lo sueñes. Tú no. Ni yo. Nadie. Él vino a mí. Me lo confesó todo. Por eso sé que tú eres el responsable.

Un músculo tembló, involuntariamente, en la sien de Dragoumis.

—Te doy mi palabra —dijo—. Lo juro por Macedonia. Por el cuerpo de Alejandro. Por la memoria de mi esposa. Nunca ordené que mataran a Pavlos.

—No —dijo Elena—. Pero yo sí. Hice que lo mataran a causa de tu maldita película.

Ella sonrió mientras Dragoumis asimilaba aquella información, calibraba las consecuencias y la miraba, por primera vez, como si supiera que iba a morir; y al verlo, le disparó, deleitándose, una vez en la frente, desparramando pedacitos de su cráneo y su cerebro como granos de maíz por la arena. Después, pensando en Pavlos, deseándolo, se puso el cañón caliente del arma frente al paladar, cerró los ojos, murmuró su nombre y apretó el gatillo por última vez.

Capítulo 37

I

Nicolás Dragoumis parpadeó y cerró los ojos una milésima de segundo antes de que Elena matara a su padre y luego se suicidara. Cuando volvió a abrirlos, su padre yacía de lado, con un brazo extendido y el otro torcido extrañamente bajo su cuerpo y las piernas dobladas como los dos ejes de una esvástica. Nicolás se quedó mirando incrédulo, incapaz de comprender lo que veía. Era imposible que un hombre como su padre pudiera desaparecer de una forma tan rápida. Pasó tambaleándose por encima del cuerpo postrado de Elena para quedarse de pie junto a él, esperando que se moviera, que se levantara, que se sacudiera el polvo y comenzara a dar órdenes.

Dio un salto cuando alguien le tocó el hombro. Se volvió y vio a Leónidas hablándole. Podía ver cómo movía los labios, pero no entendía sus palabras. Volvió a bajar la mirada. Lentamente, su mente comenzó a recuperarse. Todos los hombres mueren, pero sus misiones continúan. La misión de su padre continuaba. Ahora él era el encargado de completarla. La idea fortaleció a Nicolás. Miró a su alrededor. El sol se había levantado en el horizonte. La boca de la tumba ya había desaparecido bajo la arena. Sus hombres lo miraban expectantes.

—Cavad una zanja —dijo—. Enterraremos en ella a Costis y a Elena. —La calma y la autoridad de su propia voz lo sorprendió. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué habría de sorprenderlo? Su padre había sido la reencarnación de Filipo II, el padre de Alejandro Magno. ¿Y eso en qué lo convertía a él? Sí. *¿En qué lo convertía?*

—¿Y su padre?

—¿Acaso crees que voy a dejarlo aquí? —replicó Nicolás—. Lo llevaremos con nosotros. Será enterrado con todos los honores.

—¿Y qué hacemos con esos dos? —preguntó Leónidas, señalando a Gaille y Knox, que estaban siendo conducidos por Bastiaan hacia la parte trasera de uno de los 4x4.

Nicolás sintió el resurgir de su furia, y una oportunidad para descargarla. Apretó las mandíbulas. Se agachó para tomar la Walther de la mano inerte de Elena. Comprobó el cargador. Cinco balas disparadas. Quedaban cuatro. Se encaminó hacia el 4x4.

—Sacad a Knox —ordenó.

Bastiaan arrastró a Knox de un brazo, y lo tiró en la arena. Nicolás le apuntó al pecho. Gaille gritó pidiendo clemencia. Bastiaan la golpeó en la sien, haciéndola caer inconsciente sobre el asiento de atrás.

Nicolás miró fijamente a Knox.

—Nadie puede decir que no te lo advertimos —dijo.

—Tu padre me dio su palabra de que nos dejaría ir si le ayudábamos a encontrar a Alejandro.

—Mi padre está muerto —dijo Nicolás.

—Sí, pero él...

No pudo decir más, Bastiaan lo golpeó en la nuca con la culata de su arma, de modo que cayó de cara sobre la arena.

—Gracias —dijo Nicolás. Sonrió mientras apuntaba a la nuca de Knox y apretaba el dedo en el gatillo.

II

Mohammed se frotó la muñeca izquierda en donde le habían rozado las esposas de acero. No reconoció al hombre a quien Nicolás estaba a punto de ejecutar, pero sí a Gaille, que siempre había sido amable con él durante la excavación de la necrópolis, preguntando por Layla y deseándole buena suerte; y también reconoció lo que era un asesinato, y que él estaba convirtiéndose en cómplice.

Había llegado a pensar que la vida de Layla valía cualquier precio. Ahora se daba cuenta de que se había equivocado.

Las esposas estaban demasiado apretadas para que pudiera soltarse la mano. ¡Pensar que se creía un hombre fuerte, y no poseía la suficiente fuerza para sacar el volante de su soporte! Pero la llave de las esposas estaba en una cadena en el cinturón de Costis. Eso, al menos, le daba una oportunidad. Encendió la excavadora, la puso en marcha, y aceleró hacia delante.

Lo repentino de su ataque pilló a los griegos desprevenidos. Nicolás se volvió y disparó dos veces, pero Mohammed usó la pala como escudo y las balas rebotaron y se desviaron. La alzó sobre Nicolás, que se tuvo que tirar a un lado rodando. Volaron las balas; Mohammed se agachó mientras manejaba las palancas para levantar a Costis de la arena. Después se volvió hacia la pendiente, usándola para ayudarse a acelerar, mientras miraba por encima de su hombro y veía cómo los griegos salían a perseguirlo a pie y en los coches. La excavadora se agitó y saltó. Costis bailoteaba en el hueco de la pala, pero no cayó.

Mohammed llegó a terreno más llano y dejó caer a Costis en la arena. Luego acercó la excavadora a su lado, colocando la parte más voluminosa hacia los griegos. Abrió la puerta de la cabina y se estiró. No podía alcanzar a Costis. Giró el volante tanto como pudo y volvió a intentarlo. No podía, apenas lo rozaba con los dedos, aunque se estirara todo lo que pudiera. Los griegos gritaban corriendo hacia él, haciendo algún que otro disparo y acelerando sus vehículos.

Enganchó su bota derecha debajo de la cabeza de Costis, y la alzó lo suficiente para agarrarlo por un mechón de pelo. Después lo aferró de la barbilla, del cuello y por último llegó al cinturón, la cadena y el llavero. Cuatro llaves. Dos llevaban la insignia de BMW. Las otras eran pequeñas, sin marcas.

Había tenido que levantar el cuerpo de Costis para poder probar la primera llave en las esposas. No funcionó. Estaba probando la segunda cuando algo explotó detrás de su oído y se sumió en la oscuridad.

III

Nicolás sintió que una legión de demonios aullaba en su pecho, pero de alguna manera se las arregló para contenerla.

—Cambio de planes —dijo reprimiéndose, mientras llegaban y hallaban a Mohammed inconsciente, con la sangre chorreando de un corte en su cuero cabelludo—. Cargad los cuerpos y echadlos con la excavadora al lago.

Vasileios se acercó en el segundo vehículo. Hizo un gesto en dirección al asiento trasero.

—¿Y la chica?

Nicolás miró al interior. Gaille estaba inconsciente en el asiento trasero. Esto le hizo recordar de pronto que se había olvidado de Knox con todo el tumulto, y tuvo una premonición. Miró a su alrededor. Todos sus hombres estaban junto a él, todos sin excepción. Sin Costis o su padre para guiarlos, se habían convertido en una turba indisciplinada.

—¿Dónde está Knox? —exigió, aunque en su corazón ya conocía la respuesta—. ¿Quién diablos está vigilando a Knox?

Nadie dijo nada. No se atrevían a alzar la vista para no enfrentarse a él. Apretó los puños mientras miraba hacia el lugar donde estaba Knox la última vez que lo había visto. No había ni rastro de él, con excepción de las cuerdas con las que había estado atado tiradas en la arena. Cerró los ojos por un momento para dejar que la oleada de furia pasara. A veces parecía casi como si Dios no estuviera de su lado.

Saltó al 4x4 con Vasileios y Bastiaan para volver. En la zona había muchísimas huellas, lo que hacía imposible que pudieran seguir su rastro. Knox podía haber desaparecido en cualquier parte. Podía haberse ocultado debajo de la arena, haber subido a la colina, estar ahora al otro lado. El sol se estaba alzando con alarmante rapidez. No estaban seguros a la luz del día. Se podía ver hasta el infinito en el desierto, en un día despejado. Los vehículos se destacarían como fanales. Los turistas y los observadores de pájaros ya estarían saliendo de sus hoteles. Ya habría sonado la diana en los cuarteles. Tenían que marcharse.

Nicolás sacó a Gaille, dejando medio cuerpo en el asiento de atrás, y apretó el cañón de la Walther contra su sien.

—¡Escucha! —gritó—. La chica morirá si nos causas algún problema. ¿Me oyes? Al más mínimo problema, le pegaré un tiro a la hija de tu viejo amigo.

Se oyó el eco de su voz en la colina y luego se desvaneció.

Capítulo 38

I

Knox pudo ver desde su escondite cómo Nicolás y algunos de sus hombres se dirigían con el camión del contenedor hacia el norte en uno de los coches, mientras dejaban al resto cargando a Rick, Elena y Costis en el otro camión, que después hundieron en el lago. Cayó levantando una espuma blanca mientras flotaba, antes de inclinarse de lado, expulsando aire, para hundirse finalmente. Knox se sintió enfermo al observar el cuerpo de su amigo enviado a las profundidades sin ceremonia; también sintió una oleada de culpabilidad, porque Rick sólo había venido allí para ayudarlo. Pero no había tiempo para el arrepentimiento, el duelo o la venganza. Eso llegaría más tarde. Ahora tenía mucho trabajo por delante.

El conductor griego nadó con placidez hacia la orilla. Se sacudió, se encaminó hacia la excavadora, la puso en marcha y repitió la operación. El conductor salió por la ventanilla mientras la cabina desaparecía bajo la superficie. Estaba a medio camino de vuelta a la orilla cuando el lago estalló a sus espaldas y el enorme egipcio emergió de un salto, tosiendo y ahogándose. Su recuperación duró apenas unos momentos, hasta que la excavadora lo arrastró debajo de la superficie, todavía esposado al volante. Uno de los griegos hizo un chiste. Todos rieron mientras subían al segundo 4x4 y partían tras sus camaradas.

Knox esperó hasta que se perdieron de vista, y luego bajó corriendo la escarpada ladera y las dunas hasta el lago, desnudándose mientras lo hacía.

II

La sensación de asfixia había hecho que Mohammed recuperara el conocimiento, pero, al parecer, sólo para que pudiera experimentar el terror. La excavadora lo arrastró irrefrenable, hacia abajo. Pudo respirar, desesperado, una última vez antes de que se lo llevara tras de sí, bajo las turbias aguas. La máquina se detuvo. La puerta estaba abierta, el vehículo inclinado en un precario ángulo como si fuera a caer sobre el blando fondo del lago. Entró en la cabina. Un poco de aire había quedado atrapado contra el techo curvo de la cabina. Respiró y, mientras lo hacía, buscó y encendió la luz interior. Ésta soltó anillos de luz amarilla que se reflejaron sobre las agitadas aguas, revelando lo escasa que era su reserva de aire. Volvió a sumergirse, tratando de arrancarse las esposas de la mano, pero el pulgar se lo impedía. Intentó liberar el volante de su soporte. Fue inútil. El esfuerzo que estaba realizando sólo servía para consumir su pequeña reserva de oxígeno. La llave estaba en el contacto. La hizo girar pero el motor no respondió. Volvió a subir para respirar. La excavadora se había movido y se inclinó aún más. Se escaparon algunas preciosas burbujas de aire. Recordó haber leído sobre un montañero que se había cortado el brazo con una navaja para liberarse de una roca que lo tenía atrapado. Sí, podía hacer eso por Layla. Respiró y se agachó, buscando en el suelo algún fragmento de cristal dejado por las balas, pero sólo encontró los restos del parabrisas destrozado. Volvió a subir.

El agua se agitó, alguien le tiró de la manga. Casi se muere de miedo cuando la cabeza de un hombre apareció a su lado. Se trataba del hombre a quien Nicolás había querido matar.

—¿Dónde está la llave? —preguntó cortante.

—La tiene el griego muerto —balbuceó Mohammed—. En su cinturón.

El hombre asintió, se sumergió y desapareció.

Había muy poco aire y ya comenzaba a ser irrespirable. Apretó la mejilla contra el techo metálico e intentó mantener la calma. Le pareció que transcurría una eternidad. El aire se volvió fétido. Se le enturbió la mente. Le dolía la cabeza entre los ojos. Rezó por Layla, para que de alguna manera se sobrepusiera a todo aquello, que tuviera una buena vida una vez que esa terrible enfermedad quedara atrás. ¿Qué podría detenerla entonces? Todos los padres están orgullosos de sus hijas, pero ¿quién de todos ellos tenía semejante motivo?

La cabina volvió a agitarse. Un pequeño alarido escapó de su boca mientras más aire burbujeaba hacia la superficie. Ése era el problema con la esperanza: se recibía al precio de un intenso temor. Tenía que tirar de su muñeca esposada para alcanzar el aire restante. Estaba enrarecido, lo estaba envenenando, tenía que respirar más profundamente y más rápido para coger el oxígeno que quedaba. La cabina se inclinó y cayó, sin miramientos, de costado. Lo que quedaba de aire se escapó en burbujas.

Se tapó la boca con la mano durante tanto tiempo como le fue posible, pero llegó un momento en el que no pudo luchar más contra la necesidad de sus pulmones y tuvo que abrirla. El agua lo ahogó. Se atragantó una vez, pero después volvió a inspirar, y el líquido entró por su garganta, un remolino de colores reconfortantes, formas, sensaciones, aromas... Se sintió inundado por el cálido amor de Nur y Layla; y después una explosión de blanca luz.

III

Nicolás llamó a la casa de Ibrahim mientras su pequeño convoy se dirigía en dirección al norte por la carretera de Marsa Matruh. No hubo respuesta. Llamó a Manolis a su móvil, y después a Sofronio. Ninguno de ellos respondió. Algo iba mal. La ansiedad hizo que le doliera el estómago. Miró a Vasileios.

—¿Qué sucede? —preguntó Vasileios.

—No lo sé.

Miró a su alrededor, y al camión con el contenedor inmediatamente detrás. Con el peso de su preciosa carga, se esforzaba en mantener los ochenta kilómetros por hora. A ese ritmo, tardarían al menos diez horas en llegar a Alejandría. ¡Diez horas, Cristo! ¿Quién sabía lo que podía suceder en ese tiempo, sobre todo con Knox en libertad? ¡Y pensar que él había creído que todo se desarrollaría sin inconvenientes! Cogió su móvil e intentó llamar de nuevo a Ibrahim y a sus hombres, pero sólo vio cómo la cobertura disminuía hasta desaparecer por completo. Seguramente no volverían a recuperar la señal hasta que estuvieran cerca de Marsa Matruh y la costa.

No tenían más alternativa que seguir adelante.

IV

Burbujas de aire y gas del fondo del lago subieron a la superficie. Manchas de aceite y algas trazaron círculos concéntricos. Knox nadó de uno a otro. El camión se había adentrado más en el lago que la excavadora. El agua, habitualmente tan clara, estaba muy turbia. Knox tenía que trabajar al tacto. Sus pulmones estaban casi a punto de estallar cuando tocó algo metálico. Subió a la superficie en busca de aire y volvió a sumergirse una vez más, metiéndose por una ventanilla abierta en la cabina del camión. Tanteó con las manos.

El primer cuerpo con el que se topó fue el de Rick. Nuevamente apareció la tensión en su vientre. Se contuvo.

El segundo cuerpo tenía el cabello largo. Una mujer. Elena. La apartó y agarró un pie, siguiendo en dirección a la pernera del pantalón hasta llegar al cinturón. Buscó, encontró un llavero. Desabrochó el cinturón y cogió las llaves.

Apretándolas con fuerza, salió de la cabina y nadó en dirección a la superficie. Fue tomando aire y sumergiéndose hasta que pensó que debía de estar sobre la excavadora. Entonces volvió a llenar los pulmones con aire y descendió. Los ojos le ardían. La máquina había caído de costado. Se metió por la ventanilla rota. Había desaparecido todo el aire y Mohammed había perdido el conocimiento, como si estuviera sin vida. Con las prisas, Knox dejó caer las llaves. Cuando las encontró y volvió a cogerlas, la presión estaba aumentando en sus pulmones y su cerebro pedía desesperadamente aire. Aferró la muñeca de Mohammed. La primera llave no entró. La segunda tampoco. Aterrado, incrédulo, volvió a probar las llaves. Nada. Quería gritar. Necesitaba aire. La otra esposa estaba cerrada en torno al volante. Probó la primera llave, luego la segunda. Esta vez entró. La hizo girar, liberando la mano; aferró al hombretón por el cuello y lo arrastró hacia la ventanilla, saliendo de la cabina y luego hacia la superficie, impulsándolo con un solo brazo, arrastrando a Mohammed detrás de él con el otro brazo, para llevarlo hacia la orilla.

Puso una mano sobre su pecho, la otra sobre la garganta. El corazón del hombre se había detenido. Estaba claro que se había detenido. No había respirado más que agua durante los últimos tres minutos. Knox pensó en el curso de primeros auxilios que había hecho cuando era instructor de buceo. Cuando el agua entra en la laringe, el ser humano experimenta automáticamente un espasmo; es decir, que se les cierra la garganta para desviar el agua inhalada hacia el estómago. Pero tras el paro cardíaco, la laringe se relaja de nuevo, permitiendo que el agua entre, tardíamente, en los pulmones. Kurt, un austríaco larguirucho con una barba que le llegaba al pecho, les había enseñado cómo hacer reanimación cardiopulmonar sin evacuar el agua de los pulmones, tal como enseñaba el texto; pero con un mordaz comentario había dicho que si fuese su propia vida la que dependiera de ello, le gustaría que le hicieran

primero una maniobra de Heimlich, a pesar de lo que decían las nuevas tendencias, porque si las vías respiratorias están obstruidas, el cerebro estará fastidiado sin remedio. Knox estiró ambos brazos en torno a la cintura del hombretón, cerrando el puño derecho y apretando con el pulgar por debajo de las costillas, oprimiendo el abdomen con un agudo movimiento hacia arriba. Agua oscura brotó, como sangre, de su boca y nariz. Volvió a hacerlo hasta que no salió más agua, luego inclinó la cabeza hacia atrás para desobstruir la laringe, le apretó la nariz y le hizo la respiración artificial un par de veces. Buscó el pulso, y se lo encontró. Siguió bombeando y ventilando, hasta que el hombre, de repente, se convulsionó, se atragantó, tomó aire, escupió un poco más de agua de su garganta y de su boca, y comenzó una vez más a respirar. Knox se dejó caer en la arena húmeda a su lado, desnudo, agotado y tembloroso.

Después recordó cansado y horrorizado que Nicolás tenía a Gaille. «Que esté viva. Por favor, Dios, manténla con vida», rogó para sus adentros.

Se puso de pie y cogió su ropa. Sentía las piernas débiles, como de goma. Aun así, se obligó a correr hacia las dunas para ver si podía salvar su jeep.

Capítulo 39

I

Nicolás se inclinó por la ventanilla para indicar al camión con el contenedor que se detuviera a un lado de la carretera. Necesitaba repostar y hacer unas llamadas telefónicas, pero no podía detenerse en una gasolinera con Gaille tirada en el asiento trasero. Sus hombres abrieron las puertas del contenedor. El sol estaba bastante bajo, por lo que el interior todavía no se había calentado.

Esperaron hasta que la carretera estuvo despejada en ambas direcciones, y después llevaron a Gaille a rastras a su interior, la amordazaron y la ataron a la barra de acero en el extremo de la cabina. Después le ordenó a Eneas que permaneciera con ella dentro, para asegurarse de que no intentaba nada.

De vuelta al 4x4, avanzaron deprisa. La carretera era recta, estaba en buen estado y no había controles policiales. Vasileios encendió la radio en busca de música. Nicolás la apagó. Por fin llegaron a una gasolinera, en donde un par de camiones se encontraban aparcados en dirección a Siwa. Vasileios llenó el depósito mientras Nicolás efectuaba las llamadas. Seguía sin tener respuesta de Ibrahim, Sofronio o Manolis. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

Llamó a su oficina en Tesalónica y le ordenó a Katerina que investigara. Subió al coche con un creciente temor.

II

El jeep de Knox seguía tirado en ángulo sobre su techo, a un tercio de altura en la ladera de una duna. Empujó con todas sus fuerzas, logrando un ligero balanceo, pero sin conseguir enderezarlo. Cavó por debajo del techo en la arena, con las manos, para intentarlo con más fuerza, y volvió a probar. Con gran estrépito, cayó de lado y casi sobre las ruedas, balanceándose por un momento antes de amenazar con volver a quedar invertido. Knox se lanzó contra él, resbalando y deslizándose sobre la blanda arena, pero se negó a darse por vencido, hasta que el jeep por fin se giró, lanzando una nube de arena y polvo.

La llave seguía en el contacto. La encendió con temor, pero el motor arrancó al primer intento. Lágrimas de gratitud humedecieron sus ojos. ¡Qué fantástico coche! Volvió a toda velocidad hacia el lago. Mohammed estaba respirando superficial pero acompasadamente, aunque no había recuperado el conocimiento. A pesar de que Gaille era su principal motivo de preocupación, Knox no podía dejarlo allí. Aquel hombre pesaba una tonelada. Le costó subirlo a la parte de atrás. Después se dirigió en dirección a Siwa, al hospital, trazando planes mientras avanzaba.

III

La mañana ya estaba muy avanzada cuando Nicolás se encontró lo suficientemente cerca de la costa para recuperar la cobertura de su móvil. Llamó al número de la casa de Ibrahim al instante, y después a Manolis y a Sofronio. Seguía sin obtener respuesta. Telefonó a Tesalónica, pero ahora Katerina tampoco respondía. El temor era un charco de ácido en su vientre. Manolis y Sofronio eran su piloto y su copiloto. Sin ellos, quedarían atrapados en este país de mierda. Alejandría estaba todavía a seis horas de distancia, pero él tenía que saber qué sucedía para estar preparado ante cualquier eventualidad. Llamó al otro 4x4 con su móvil. Bastiaan respondió. Le ordenó que se adelantara a investigar.

IV

Knox se detuvo delante del Hospital General de Siwa haciendo sonar desesperadamente el claxon. Apareció un enfermero tapándose los ojos para evitar el reflejo del sol de la mañana. Knox abrió la puerta trasera, le mostró a Mohammed, con las esposas todavía cerradas en torno a su muñeca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el enfermero con intención de realizar un diagnóstico.

—Su corazón se paró —respondió Knox—. Casi se ahoga.

El enfermero corrió al interior, apareciendo al instante con un médico y una camilla.

—La policía querrá hablar con usted —dijo el médico.

—Por supuesto.

Subieron con cuidado a Mohammed a la camilla y lo llevaron al interior.

—Venga con nosotros —dijo el médico—. Será mejor que espere dentro.

—Enseguida —dijo Knox—. Necesito algo de mi jeep. —Volvió a salir. Al diablo con la policía. Ya no pensaba únicamente en la advertencia de Nicolás sobre lo que haría si le causaba problemas. Recordó que los egipcios tenían el gatillo fácil cuando se trataba de secuestros con rehenes, y por nada del mundo les confiaría la seguridad de Gaille. En cualquier otro lugar del planeta, no tendría ni la más remota esperanza de atrapar a Nicolás después de la ventaja que le había sacado. Pero no estaban en cualquier sitio. Esto era Siwa, y Siwa era única. No había forma de que un camión con un contenedor pudiera cruzar el desierto. Eso significaba que sólo había una vía de salida. Hacia el norte en dirección a la costa, y luego hacia el este, a Alejandría. Una vez en Alejandría, todo Egipto estaría abierto para ellos, pero eso quedaba a muchas horas de distancia todavía.

Puso la mano en el salpicadero.

—Sólo un viaje más —le rogó—. Sólo uno más.

Después salió a toda velocidad.

V

El móvil de Nicolás volvió a sonar cuando estaban cruzando El Alamein.

—¿Sí?

—Soy Bastiaan. Estamos en la villa.

—¿Y?

—Ha habido un incendio. No hay ni rastro de nuestros hombres. Pero hay gente de uniforme por todas partes. Bomberos. Policías. Médicos.

Nicolás guardó silencio mientras reflexionaba en la magnitud del desastre. Las coartadas que habían planeado para protegerse se volvían ahora en su contra. Todos habían sido filmados entrando en la casa de Ibrahim por las cámaras de seguridad. Y aunque el fuego hubiera destruido la cinta por algún milagro, los coches de alquiler del exterior conducirían a la policía inexorablemente al aeropuerto, a sus datos de emigración, a su avión. Ir ahora hacia allí sería como un salmón que saltara hacia la red. Ordenó a Bastiaan que regresara y que se reuniera con él en las afueras de Alejandría. Después llamó a Katerina en Tesalónica. Esta vez respondió, pero Nicolás casi no pudo ni hablar, porque ella lo interrumpió y le dijo claramente que no podía discutir la política de la compañía sobre ese asunto, pero que podía hacer que alguien...

—¿Hay alguien contigo?

—Sí.

—¿Policía?

—Sí.

—¿Están escuchando?

—No.

—¿Y grabando las llamadas?

—Todavía no.

—¿Puedes ir a otra parte y llamarme?

—En este momento no, señor.

—Tan pronto como te sea posible.

Nicolás se mordía los nudillos mientras esperaba. Pasaron veinte minutos antes de que ella llamara.

—Lo siento, señor —dijo agitada—. Hay policías por todas partes. Tienen órdenes de registro. Parece ser que los egipcios les han pedido que...

—¿Sabes algo de Manolis y Sofronio?

—No directamente, señor. Pero he oído a un policía. Creo que estuvieron implicados en un tiroteo con la policía egipcia. Me parece que Manolis está herido. Tuvo que ser atendido en el hospital. Señor, dicen que han matado a un hombre. ¿Qué está pasando? Nos están acusando de cosas terribles. Esto es una locura. La gente está

aterrada. Están revisando nuestros archivos. Han congelado las cuentas bancarias. He oído a dos de ellos decir que estaban ordenando el regreso a puerto de nuestros barcos.

—No pueden hacer eso —se quejó Nicolás—. Pon a alguien al frente de todo.

—Ya lo he hecho. Dice que tardará un par de días en...

—¡No cuento con dos días! —gritó Nicolás—. Resuélvelo.

—Sí, señor.

—Y llámame. Llámame en cuanto sepas algo.

—Sí, señor.

—Necesito el número de teléfono de Gabbar Mounim otra vez. Tan pronto como puedas.

—Sí, señor.

VI

Knox sentía aumentar su temor. Había forzado a su jeep durante siete horas y todavía no había alcanzado al camión, y Alejandría estaba ahora a sólo treinta kilómetros. ¿Era posible que hubiera calculado mal? ¿Era posible que Nicolás ya hubiera llegado o hubiera encontrado otra vía de escape? ¿Un avión desde Marsa Matruh? ¿Por la frontera con Libia? No. Ambas opciones serían una locura, sin contar con la imposibilidad de organizarlo en tan poco tiempo. Éste tenía que ser el recorrido. Tenía que seguir adelante.

Cinco kilómetros antes del primer cruce divisó un camión con un contenedor. Se acercó. Sí. Y uno de los 4x4 iba delante. Levantó al instante el pie del acelerador, manteniéndose a una discreta distancia, y los siguió.

Capítulo 40

I

En el instante en que Bastiaan y su grupo volvieron de su incursión en Alejandría, Nicolás ordenó que todos salieran de la carretera. Se desviaron por un camino arenoso hasta la orilla de un lago. La neblina se elevaba desde la superficie del agua, mientras los pobres pescadores empujaban sus frágiles barcas a lo largo de estrechos canales entre islotes cubiertos de cañas. Tenía intención de explicarles a todos la situación, oír sus ideas, discutir planes; pero los nervios estaban tan tensos por el miedo generado al darse cuenta de lo peligroso de su situación que pronto comenzaron a gritar y empujarse, culpándose mutuamente. Katerina llamó en ese momento, dándoles a todos la oportunidad de tranquilizarse.

Le dio a Nicolás el número telefónico de Gabbar Mounim, al que llamó de inmediato. Respondió una mujer. Le preguntó por Mounim y le dio su nombre. Sin pararse a comprobarlo, le dijo educadamente que el señor Mounim no podía atenderlo en ese momento. Le exigió que lo llamara con más vehemencia. Ella repitió el mensaje. Nicolás le gritó, pero la mujer volvió a decirle lo mismo sin inmutarse lo más mínimo. El macedonio respiró hondo, y le preguntó con tanta calma como le fue posible cuándo podría localizar al señor Mounim. Al parecer, el señor Mounim estaba muy ocupado toda esa semana. Tal vez la semana siguiente, o la otra.

Nicolás dio por terminada la llamada, temiendo, de pronto, que pudieran rastrearla. Las malas noticias viajaban tan rápido en su mundo que desafiaban a Einstein. Golpeó el lateral del contenedor con la palma de su mano, que emitió un sonido apagado. Sus aviones estaban inmovilizados, al igual que sus barcos. Sus nombres, descripciones, números de pasaporte y las matrículas de los coches ya estarían esparciéndose como una enfermedad por la red. Cerró los ojos. La consternación dejó paso a la ira.

Knox. Sólo podía haber sido Knox. Knox había dado la voz de alarma.

Se dirigió a la parte trasera del contenedor. Había dejado claro cuál sería el castigo por interferir en sus asuntos. Ahora ya no era culpa suya. Si uno quiere ser tomado en serio en este mundo, debe estar dispuesto a cumplir sus amenazas. Abrió la puerta del contenedor. Todavía hacía un calor agobiante en su interior. La muchacha yacía, amordazada, en el suelo con las muñecas atadas a la barra interior. Sus labios estaban secos y agrietados. Nicolás la desató y la arrastró tirando del tobillo hasta la entrada. Ella se resistió poco, débil por la deshidratación. La dejó caer sobre la tierra arenosa. Equipaje extra. Equipaje peligroso. Equipaje con boca.

Había dejado la Walther en el 4x4. Tendió la mano en dirección a Leónidas.

—La AK-47, por favor.

Leónidas parpadeó.

—No es más que una muchacha.

—¿Eres idiota? —le gritó Nicolás—. Lo ha visto todo. ¿Quieres pasar el resto de tu vida en una asquerosa prisión?

La muchacha escupió su mordaza, de modo que se quedó colgado como una soga en torno a su cuello.

—Por favor —lloriqueó—. Por favor. —Su rostro se veía afeado por las lágrimas y los mocos. Nicolás no soportaba mirarla—. No me mates —lloró, arrastrándose hacia él de rodillas—. Por Dios, no hablaré. Te lo juro. No me mates. Por favor, no me mates. No quiero morir. No quiero morir.

—Tu padre se oponía a la violencia —intervino Leónidas—. Tu padre...

—Mi padre está muerto —replicó Nicolás, con mano temblorosa. Si ahora se mostraba débil, sería el hazmerreír de todos—. Dame esa maldita arma. —Se la arrebató a Leónidas, que, asqueado, le dio la espalda. Era bueno saber quién tenía estómago para las tareas difíciles.

La muchacha seguía rogando, aferrada a sus pantalones. La golpeó con la culata, retrocedió un paso y se llevó el arma al hombro. Jamás había matado a nadie. Lo había ordenado, por supuesto. Y habían llevado algunos cadáveres de los depósitos a las montañas para algún entrenamiento. Perforar un cuerpo humano le endurecía a uno, aunque fuera un cuerpo sin vida. Había llegado casi a disfrutar de la sensación que se experimenta al hundir una bayoneta en un estómago. Había que atacar con convicción, o el filo rebotaba en vez de penetrar en la piel. Pero esto era distinto. Había creído que matar le proporcionaría la sensación de hacer algo limpio, nítido y bueno. Pero en realidad le parecía inmundo y deforme.

Gaille estaba arrodillada, abrazada a sus pies, besándoselos. Sería mejor que no la mirara a la cara. Concentró su mirada en el cabello oscuro de la coronilla. Ella volvió a alzar la vista. Otra vez él se echó atrás. Dispararle en medio de los ojos o en la frente lo incomodaba un poco. ¿Por qué no podía mantener el rostro oculto? ¿Acaso no tenía consideración alguna? La volvió a amenazar con el arma. Ella cayó de espaldas, gritando. Su rostro estaba grisáceo y desencajado por el terror. Le hizo una señal para que se pusiera boca abajo. Ella se negó. Se quedó inmóvil, gimiendo perversa, como si supiera el estado de confusión en que él estaba sumido. Apretó los dientes. Éste era el precio del liderazgo. Éste era el precio de la liberación de Macedonia. Se armó de valor imaginando los galardones y la gloria que alcanzaría. Después afirmó la culata contra su hombro y volvió a concentrarse en su rostro una vez más.

II

Knox había seguido al convoy por el camino lateral a una distancia prudencial y después había ocultado su jeep detrás de una elevación rocosa. Luego había visto a los griegos discutir, presas del pánico. Aunque estaba demasiado lejos para escuchar las palabras exactas, estaba claro por el enfrentamiento que sus planes habían sido seriamente alterados y que tenían miedo.

Nicolás se dirigió con paso firme al interior del contenedor. Un minuto después salió arrastrando a Gaille, y luego exigió a uno de sus hombres que le entregara un AK-47. Knox observó con preocupación, pero no había nada que pudiera hacer. No tenía un móvil con el que llamar a la policía o al ejército. Y estaba desarmado y solo. Intentar salvarla, en este instante, habría sido un suicidio. Su única opción era salir en busca de ayuda. Había hecho todo lo posible, después de todo. Ahora le tocaba a otro. Nadie lo culparía.

Se dirigió agachado a su jeep y lo puso en marcha; el tráfico de la autopista estaba lo suficientemente próximo como para ahogar el sonido. Después se quedó sentado allí un momento, porque sabía, en el fondo de su corazón, que ir en busca de ayuda era condenar a Gaille a morir. Y eso no podía aceptarlo. Simplemente no podía. No se trataba sólo de la deuda que había contraído con su padre, aunque formara parte de todo. Era Gaille misma. Eran los sentimientos que habían comenzado a surgir entre ellos.

La piel le hormigueó a causa del miedo cuando se percató de lo que iba a hacer. «No seas imbécil», se dijo. No sirvió de nada. Respiró hondo y cerró los ojos, como si estuviera recitando una plegaria. Después pisó el acelerador, como un caballero antiguo espoleando a su fiel corcel, y embistió.

III

Nicolás escuchó a su espalda el rugido de un motor. Se dio la vuelta y vio un viejo jeep avanzando directamente hacia él. ¡Knox! Estaba de pie inmóvil, incrédulo, cuando Leónidas le arrebató el AK-47 y disparó una ráfaga sobre el capó del jeep, que se abrió y comenzó a lanzar géiseres de vapor y llamas. Podía escuchar a Knox pisar el acelerador, pero el jeep se detuvo lentamente frente a ellos. El capó se cerró de golpe. Knox abrió la puerta y corrió, pero una ráfaga le dio en la pierna, y gritando de dolor se desplomó de cabeza. Al instante, Bastiaan cayó sobre él.

Nicolás volvió a quitarle el arma a Leónidas. Matar a la muchacha era una cosa. Matar a Knox, otra distinta. Se acercó, apoyó el arma sobre el hombro y apuntó.

—¡Espera! —gritó Knox desesperado, volviéndose de espaldas y alzando los brazos como si pudiera así protegerse—. ¡Escúchame! Yo puedo sacaros de Egipto.

—Claro que puedes —se burló Nicolás, con el dedo en el gatillo—. Puedes hacer que te crezcan alas y sacarnos volando, seguramente.

Pero Leónidas bajó el cañón del arma de Nicolás.

—¿Cómo? —preguntó.

—Yo soy quien hace aquí las preguntas —dijo furioso Nicolás. Se volvió hacia Knox, alzando una vez más su arma. De pronto se sintió ridículo—. ¿Cómo? —preguntó.

—Conozco gente —dijo Knox.

—Ah, ¿tú *conoces* gente? —se burló Nicolás—. Todos conocemos gente.

—Conozco a Hassan al-Assyuti —afirmó Knox.

Nicolás frunció el ceño.

—¿El agente marítimo?

—Le salvé la vida —dijo Knox, asintiendo—. Un accidente de submarinismo. Le hice la respiración boca a boca. Dijo que si alguna vez necesitaba un favor...

Nicolás entrecerró los ojos.

—Estás mintiendo.

—Llévame a verlo. Está en Suez. Pregúntale tú mismo. Él te lo dirá.

—¿Que yo te lleve a verlo? —Nicolás se rió—. ¿Es tu mejor jodido amigo y ni siquiera sabes su número de teléfono?

—Jamás he tenido que llamarlo para pedirle un favor.

Nicolás dudó. Knox tramaba algo. Estaba seguro de ello. Pero si había algo de verdad en lo que aseguraba... Abrió su móvil una vez más, llamó a Katerina y le pidió que le diera un número para llamar a Al-Assyuti. Caminó en círculos mientras esperaba a que ella lo llamara, pisando con furia. Cuando por fin lo hizo, telefoneó él mismo. No confiaba en Knox ni lo más mínimo. Preguntó por Hassan al-Assyuti. Le pidieron que aguardara. Mantuvo los ojos en Knox todo el tiempo, esperando que

parpadeara, se retractara, admitiera que todo era una patraña. Una mujer le atendió e intentó dar por concluida la llamada con una bien ensayada excusa de que Hassan estaba en una reunión y que, si lo deseaba, podía dejar un mensaje, que ella se aseguraría de que recibiera a la primera oportunidad...

—Tengo que hablar con él ahora —dijo Nicolás—. Dígale que es Daniel Knox.

—¿Daniel Knox? —Ella se mostró claramente inquieta—. Ah. Sí. Claro. Yo... ahora mismo le paso con él.

Nicolás no pudo ocultar su sorpresa. Acercó el teléfono de forma que Knox pudiera hablar, pero también que él pudiera escuchar. Hassan se puso al habla.

—¿Knox? —preguntó—. ¿De verdad eres tú?

—Así es —respondió rápidamente Knox—. Escucha, quiero verte.

Se hizo una pausa. Después Hassan preguntó incrédulo:

—¿Quieres venir a verme?

—Efectivamente. Necesito sacar algo de Egipto por barco. Si voy a verte, ¿te ocuparías de eso por mí?

Hubo un silencio.

—¿Vendrás tú mismo? ¿En persona?

—Si estás de acuerdo en ayudarme con este cargamento.

—¿Qué clase de mercancía? ¿Adónde se dirige?

—Te lo diré cuando nos veamos.

—Muy bien. ¿Puedes venir a Suez?

—Seguro. Dame seis horas.

—Seis horas entonces. En mi terminal de carga. —Le dio instrucciones que Nicolás anotó. Se cortó la comunicación. Nicolás cerró su móvil.

—¿Y bien? —preguntó Leónidas.

—Ha accedido a ayudarnos —admitió reticente Nicolás. Algo apestaba, aunque no estaba demasiado seguro de qué. Pero era una salida, y no tenía otra opción salvo aceptar—. Te quedarás en el contenedor hasta llegar a Suez —le dijo a Knox—. Un solo ruido y eres hombre muerto. ¿Entendido?

—Sí.

—Si nos sacas de Egipto, tú y la chica podéis iros. Tienes mi palabra. —Sonrió mientras hablaba, mirando a Knox directamente a los ojos. No podía permitirse que se diera cuenta de que no tenía pensado dejar a dos testigos de todo aquel caos marcharse tranquilamente.

Capítulo 41

I

Knox y Gaille estaban amordazados y atados a la barra en el extremo de la cabina del contenedor. A uno de los griegos, un hombre fornido llamado Eneas, le entregaron una linterna y le ordenaron que los vigilara. El muslo de Knox latía por la herida de bala; pero después de examinarlo, tenía peor aspecto de lo que en realidad sentía; había trazado un profundo surco en su piel, pero ni el músculo ni el hueso habían sido afectados.

El contenedor era asfixiantemente caluroso una vez que se cerraron las puertas, y también agobiante, sobre todo cuando Eneas encendió un cigarrillo. Después de apagarlo, bebió grandes tragos de agua de una botella, y luego se la echó en abundancia sobre el pelo y la frente. El simple sonido era ya un tormento. Knox cerró los ojos y soñó con cascadas y con hielo picado.

El sarcófago y la tapa eran tan pesados que los frenos del camión chirriaron cuando tuvieron que detenerse a echar gasolina. Eneas permaneció de pie junto a Knox, amenazándolo con la culata del AK-47 hasta que volvieron a emprender la marcha; balanceándose entonces ligeramente sobre sus talones, volvió a sentarse. Se oyó el cambio de marchas y el quejido del motor mientras se esforzaba por aumentar la velocidad. Por suerte, Egipto era absolutamente plano.

Gaille comenzó a sollozar a pesar de la mordaza. Ya había tenido dos o tres ataques, intercalados con largos periodos de calma. El terror era demasiado intenso para mantener la calma. A Knox le entraban escalofríos de vez en cuando, que se agudizaban porque llevaba la camisa empapada de sudor. Pero su mente, en cambio, se encontraba lúcida y había estado dando vueltas a la forma de salir Gaille y él mismo de aquella situación. Pero no se le había ocurrido nada.

Se resistió a forzar nada. La experiencia le había enseñado que las respuestas llegan con frecuencia cuando uno se permite pensar en otra cosa. Su guardián encendió otro cigarrillo. La llama de su mechero se reflejó roja y dorada en el sarcófago de Alejandro. Knox lo miró fijamente. Qué final para semejante hombre, un peón en un interminable juego de la política y los triunfos personales. Pero era, de alguna manera, apropiado. El mismo Alejandro había tenido un decepcionante final en Babilonia, agudizado quizás por los rigores del desierto Gedrosiano, en el cual se internó con cuarenta mil hombres y del que sólo salieron apenas quince mil. La muerte le rodeaba por todas partes. Un anciano filósofo indio llamado Calano se había sumado al séquito de Alejandro en sus viajes. Alejandro sentía por él un gran cariño, pero había caído enfermo y decidió quemarse vivo en vez de pudrirse lentamente en el dolor, a pesar de las protestas del rey macedonio. Se dirigió con gran tranquilidad hacia una pira construida por Ptolomeo, donde se había inmolado sin un lamento. Cuentan que les dijo a los presentes que se reuniría de nuevo con su rey en

Babilonia, donde Alejandro murió poco después. En una competición para saber quién aguantaba más la bebida, cuarenta y un macedonios habían muerto, incluyendo el ganador. Luego falleció Hefestión, el amigo más íntimo de Alejandro. Pero antes de eso, un cierto aire de pesimismo le había invadido cuando visitaba la tumba de Ciro el Grande en Pasargada. Ciro había sido el gran conquistador del imperio anterior al de Alejandro, una figura semidivina adorada en toda Persia. Alejandro lo admiraba enormemente, se había proclamado su heredero y ya había realizado una peregrinación a su tumba. Pero esta vez descubrió sus huesos esparcidos por el suelo por los ladrones, que habían intentado, infructuosamente, robar su sarcófago de oro. La inscripción en la tumba de Ciro decía: «Oh, hombre, quienquiera que seas y de dondequiera que vengas —porque sé que has de venir—, yo soy Ciro, que conquistó para los persas su imperio. Por tanto no envidies la escasa tierra que cubre mi cuerpo». Pero este ruego había sido ignorado.

Decían que cuando Alejandro yacía en su lecho de muerte en Babilonia, consciente de que su fin estaba cerca, había tratado de arrastrar su cuerpo enfermo hasta el río que corría junto al palacio, para ser arrastrado por las aguas y que el mundo creyera que había sido llevado hasta su merecido lugar junto a los dioses. Pero quizás también había buscado quitar a sus sucesores la oportunidad de tratar sus restos mortales con la falta de respeto que había recibido Ciro. Tal vez ése fuera el destino que Alejandro hubiese querido para su cuerpo. No Siwa, ni Alejandría, ni Macedonia, sino el olvido de las aguas.

El olvido de las aguas, sí. Y por fin, el germen de una idea surgió en Knox.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que el camión se detuvo de nuevo. La puerta del contenedor chirrió al abrirse. Knox apoyó su cabeza contra la pared metálica. El miedo le cosquilleaba en el pecho como las cuentas de un rosario. Las estrellas se veían, bajas, en el horizonte. El día había llegado a su fin. Y puede que fuese su último día.

Nicolás subió al interior. Una parte de su cabello estaba despeinado, como si hubiera dormitado apoyado contra una ventanilla. Señaló a Knox con la Walther.

—Estamos en Suez —anunció, mientras Eneas desataba a Knox y le quitaba la mordaza. Knox abrió y cerró las manos para recuperar la circulación de la sangre. Se puso de pie con mucho cuidado y se frotó el muslo.

Nicolás hizo un gesto a Knox para que se acercara a la entrada del contenedor. Knox lo ignoró. Cogió la botella de agua de Eneas. Todavía quedaban unos sorbos. Le quitó la mordaza a Gaille, llevó la botella a sus labios y la inclinó para que bebiera, hasta que se quedó vacía. Después la besó en la frente.

—Haré lo que pueda —le prometió.

—Sé que así será.

—Muévete —dijo Nicolás, empujándolo con el cañón de la Walther.

Knox se dirigió cojeando hacia la salida; exageraba su sufrimiento más de lo necesario, esperando convencer a Nicolás de que estaba gravemente herido. Descendió con mucho cuidado a la carretera, dando un grito de dolor al hacerlo, y luego avanzó a saltos sobre su pierna sana. Se encontraban en el extremo de un enorme y desierto aparcamiento. Olía a humo de motores y a goma quemada. Música árabe se filtraba desde una lejana gasolinera. Por encima de los árboles, el cielo brillaba anaranjado.

—Esto es lo que haremos —dijo Nicolás—: tú y Leónidas vais a ver a Al-Assyuti. Tú negociarás nuestra vuelta a Grecia. Cuando Leónidas esté satisfecho, me llamará y...

—A la mierda con eso —lo interrumpió Knox—. No haré nada hasta que Gaille no esté a salvo.

Nicolás sonrió sin mostrar los dientes.

—Cuando Leónidas esté satisfecho, me llamará y tú y la muchacha podréis ir.

—Olvídalo. Que Gaille se vaya ahora y haré lo posible para ayudarte. Tienes mi palabra.

Nicolás suspiró.

—La muchacha es nuestra garantía. No esperarás que la dejemos ir.

—Y Hassan es mi garantía —replicó Knox—. No voy a negociar con él para que regreses sin problemas a Grecia hasta que la chica no esté a salvo.

Se oyó el ulular de una sirena en la carretera principal. Luces parpadeantes, azules y rojas. Todos se giraron tan tranquilamente como pudieron, intentando mostrarse lo menos alarmados posible. Se trataba de una ambulancia. Esperaron hasta que se perdió de vista.

—Nos quedamos con la chica —dijo Nicolás—. Y no es negociable.

Knox se encogió de hombros.

—Entonces yo haré lo siguiente —sugirió—: voy a ver a Hassan, como tú quieres, y me llevo conmigo a tu hombre. Pero Gaille también viene con nosotros.

Nicolás se rió.

—¿Por quién me tomas?

—Quieres que te saque de Egipto, ¿no? Todo lo que quiero es que esto acabe. Vamos todos juntos, si no me crees.

—¡Claro! —se burló Nicolás—. Derecho a tu trampa.

—¿Qué trampa? ¿Cómo demonios podría haber preparado una trampa? Además, en algún momento vas a tener que confiar en Al-Assyuti.

Nicolás lo miró fijamente por unos instantes, intentando leer sus intenciones. Pero después sacudió la cabeza y llamó a Leónidas y Bastiaan a un aparte. Los tres se alejaron unos pasos conversando tensamente en voz baja. Cuando terminaron, Nicolás regresó.

—Iremos todos juntos —dijo, como si hubiera sido idea suya—. Pero la chica se queda en el contenedor con Eneas. —Levantó su móvil—. Intenta cualquier truco y, aunque sólo atisbe que me estás tendiendo una trampa, será su final. ¿Comprendido?

Knox lo miró a los ojos. El diablo o el fondo del mar, la espada y la pared, Escila y Caribdis. Lanzar nitro en la glicerina esperando salir arrastrándose del cráter creado no era demasiado prometedor como estrategia, pero no tenía alternativa.

—Sí —dijo.

Nicolás hizo un gesto señalando al 4x4.

—Bien. Entonces ven conmigo.

—Si Gaille va en el camión, yo voy en el camión.

—Muy bien —refunfuñó Nicolás—. Iremos delante, con Bastiaan.

II

Las luces de los coches molestaban a Knox en los ojos mientras permanecía sentado entre los dos griegos en la alta cabina del camión. La adrenalina añadía brillo al azul cielo nocturno, y notaba su cerebro casi sobrenaturalmente despejado. Bastiaan conducía nervioso, cambiando bruscamente de marcha, murmurando y maldiciendo, tal vez incómodo con el peso de semejante carga, o quizás por la situación en la que se encontraba. Nicolás mantenía el cañón de la Walther apretado con fuerza, sin necesidad, contra las costillas de Knox, mientras le daba, al mismo tiempo, indicaciones a Bastiaan.

Se desviaron de la carretera principal hacia la zona industrial de almacenes bajos y pavimento resquebrajado. No había más vehículos. Todas las oficinas estaban cerradas. Cada veinte metros, aproximadamente, las luces de la calle creaban lagos amarillos sobre un mar negro. Una hilera de altas grúas indicaba dónde estaba la costa. Una serie de carteles de «Prohibido el paso. Propiedad privada» con el logotipo de la compañía de transportes de Al-Assyuti marcaba todo el perímetro de una alta alambrada.

Bastiaan miró por los espejos retrovisores y disminuyó la velocidad cuando se acercaron a la entrada. Los frenos comenzaron a chirriar. Los soltó para silenciarlos. Cuando giró para acercarse, las ruedas delanteras resbalaron sobre el pavimento. Se acercaron a una entrada con barrera. Bastiaan bajó la ventanilla para llamar la atención del viejo vigilante que jugaba a las damas contra sí mismo en la caseta de cristal, observado por un doberman atado por una correa. Suspiró, se acercó con aspecto de cansancio, miró con los ojos entrecerrados a Bastiaan y le preguntó en árabe qué quería. Bastiaan se encogió de hombros y miró a Knox y a Nicolás en busca de ayuda.

—Soy Daniel Knox —dijo Knox—. El señor Al-Assyuti me está esperando.

—¿A todos ustedes? —preguntó el hombre.

—Sí.

Se oyó en la lejanía la sirena de un barco. El vigilante se encogió de hombros y sacudió la cabeza, después regresó a su caseta e hizo una llamada. Con la ventanilla abierta, el fresco aire nocturno entró en la cabina, trayendo consigo un olor a gasóleo, sal y pescado podrido. Una cámara de seguridad giró y los enfocó. Se alzó la barrera. Bastiaan avanzó, esforzándose en aumentar la velocidad. El edificio de oficinas estaba en un extremo de la terminal. Había contenedores de varios colores apilados por todas partes, como un gigantesco juego de construcción para niños. No se veía a nadie, ni estibadores, ni camioneros, ni operadores de grúas. Soledad y silencio. Los 4x4 se colocaron como alerones a cada lado del camión. Un enorme barco avanzaba pesadamente por el canal. Las luces del puente y de la cubierta se reflejaban en el

agua, y Knox tuvo la extraña y poderosa sensación de que la última década de su vida estaba llegando a su culmen. La muerte de sus padres y de su hermana, su conflicto con los Dragoumis, sus años con Richard, la búsqueda de Alejandro. Y ahora Gaille. Gaille por encima de todo.

Como si le leyera la mente, Nicolás marcó un número en su móvil. Un momento más tarde, Knox lo oyó sonar dentro del contenedor. Cuando Eneas respondió, Nicolás lo levantó para que Knox lo viera.

—Lo haré —le advirtió—. Haré que la maten si intentas cualquier cosa. Te juro que lo haré.

Aquellas palabras hicieron fruncir el ceño a Knox. La imagen de Elena apareció inesperadamente en su mente, ella, de pie ante Dragoumis en el instante antes de matarlo, y las palabras que usó para explicarse.

—Elena no *mató* a Pavlos —murmuró—. Ella *hizo que lo mataran*. Eso es lo que le dijo a tu padre.

Nicolás lo miró, serio.

—¿Y?

—Elena era arqueóloga, no la mujer de un mafioso. ¿Cómo sabría qué tenía que hacer para que mataran a alguien?

—¿Cómo demonios podría saberlo yo? —Pero había un tono de ansiedad en la voz de Nicolás.

—¿Cuánto tiempo hacía que Costis trabajaba para ti? —quiso saber Knox, seguro de estar tras la pista de algo.

—¡Cállate!

—Apuesto a que ya trabajaba para ti por aquel entonces, ¿no? ¿Elena lo conocía?

—¿De dónde sacas toda esta mierda? —protestó Nicolás con voz chillona.

—Elena habló con Costis —aseguró Knox—. Lo contrató para que matara a Pavlos.

—¡Basta ya!

—Por eso Elena lo ha matado. No porque estuviera junto a tu padre, sino porque él fue quien preparó el accidente.

—¡Te he dicho que ya basta!

—Y tú eras quien pagaba a Costis.

—Te lo advierto: éste es el último aviso.

—Él nunca habría aceptado semejante trabajo sin haberlo hablado antes contigo.

Nicolás golpeó a Knox en la sien con el cañón de la Walther.

—¡Te lo advertí! —gritó.

—¿Sabías que mi familia estaría en ese coche? —quiso saber Knox.

—¡Joder, que te calles!

—¿Sabías que mi hermana estaría allí?

—¡Cállate de una maldita vez!

—Ella tenía dieciséis años —continuó Knox—. ¡Tenía dieciséis, maldita sea!

—¡Esto es una guerra! —gritó Nicolás—. ¿No lo entiendes? ¡Una guerra! Hay que hacer sacrificios.

Hubo un instante de atónito silencio, como si ninguno de los hombres pudiera creerse la confesión. Nicolás apuntó a Knox con la Walther, con la mano temblándole de vergüenza y miedo y el dedo en el gatillo, dispuesto a matarlo tan sólo para evitar sus reproches. Pero en ese momento los frenos del camión comenzaron a chirriar. Bastiaan se acercaba a la parte delantera del edificio de oficinas, y un hombre salía por las dobles puertas abiertas, dejando que se cerraran a su espalda.

—¿Quién es éste? —murmuró Nicolás—. ¿Es Hassan?

Knox negó con la cabeza.

—Nessim.

—¿Nessim?

—El jefe de seguridad de Hassan.

—¿Seguridad? —La voz de Nicolás se fue apagando, amortiguada por un presentimiento.

Nessim esperó hasta que todos los vehículos se detuvieron. Después hizo un gesto y a su alrededor, en los techos de los contenedores, aparecieron hombres armados con armas automáticas apuntándolos, dispuestos a disparar. Se abrieron las cortinas en todas las ventanas de las oficinas, y más armas les apuntaron.

—¡Estáis completamente rodeados! —gritó Nessim—. Apagad los motores. Dejad las armas. Poned las manos sobre la cabeza. Abrid las puertas lentamente. Después salid de uno en uno. Nadie tiene por qué morir.

Nicolás miró a Knox con un odio infinito. Alzó el móvil.

—Es una trampa —gruñó—. Mata a...

Knox tiró de un golpe el teléfono de la mano de Nicolás antes de que éste pudiera terminar de dar su orden, pero Nicolás tenía todavía la Walther y la volvió hacia Knox mientras apretaba el gatillo. Knox apartó la cabeza, por lo que la bala sólo rozó su mejilla antes de estrellarse contra la ventanilla del lado del conductor. Fue como el disparo de inicio de una carrera. Ráfagas de metralla brotaron, con su brillo naranja, del 4x4 a su izquierda. Nessim se tiró al suelo. Una ráfaga respondió desde el techo de los contenedores y las ventanas de las oficinas, convirtiendo al 4x4, de inmediato, en un colador, con las balas golpeando, silbando, atravesando el metal y rebotando sobre el asfalto. Knox aferró la muñeca de Nicolás hasta que éste soltó la Walther, mientras Bastiaan daba marcha atrás con el camión, forzando el motor en un desesperado esfuerzo por ganar velocidad. Se oyeron gritos por todas partes, gritos de dolor, gente corriendo, disparos, pero, de algún modo, el camión no sufrió daños. El segundo 4x4 trazó un círculo, mientras las armas automáticas disparaban desde sus

ventanillas. La tormenta dejó caer su ira sobre el vehículo, con el cristal y el metal perforándose y estallando. Se abrió la puerta trasera, saltó un hombre. Dio cinco pasos hacia atrás disparando ciegamente antes de ser derribado y caer al suelo.

El camión estaba por fin cogiendo velocidad. Nicolás y Knox peleaban por la Walther caída en el suelo de la cabina, detrás de los asientos. Una bala solitaria dibujó una telaraña en el parabrisas. Bastiaan gruñó y cayó de espaldas, con un pequeño agujero en mitad de la frente. Después se desplomó hacia delante, dejando al descubierto un gran cráter rojo por detrás. Comenzaron nuevamente a perder velocidad. Nicolás aferró la Walther y apuntó a Knox. Éste le dio un cabezazo en el puente de la nariz, luego le agarró la muñeca y la estrelló repetidamente contra el salpicadero hasta que dejó caer el arma. Empujó a Bastiaan a un lado, y con un pie pisó el acelerador a fondo. Volvieron a acelerar. Hizo girar el volante, retrocediendo en dirección al canal. Nicolás volvió a coger la Walther una vez más y la dirigió hacia Knox justo en el momento en el que las ruedas traseras del camión pasaron por encima del borde del malecón y el chasis se arrastró rozando el muro del canal. El peso del oro en el contenedor hizo que el extremo del malecón funcionara como punto de apoyo para lanzar la cabina hacia lo alto. Nicolás gritó mientras volaban por el aire, antes de caer al agua. El camión se estremeció primero al caer, y luego la gravedad hizo que el sarcófago de Alejandro y la tapa se lanzaran como arietes contra las puertas traseras, arrancándolas de sus bisagras para luego caer al canal y hundirse en sus aguas.

El camión se balanceó dos veces, luego cayó de costado. Sin el peso del sarcófago de oro, había suficiente aire en su interior para mantenerlo a flote. Nicolás trató de abrir la puerta del copiloto para salir, pero la presión del agua no se lo permitía. Bajó la ventanilla, dejando que el agua del canal entrara como espumosa plata. Intentó escabullirse, pero Knox lo agarró por el tobillo y volvió a cerrar la ventanilla, aferrándolo por la cintura. La cabina quedó de lado, atrapando a Nicolás bajo el agua. Éste pataleó en un esfuerzo por liberarse, pero Knox, recordando a su hermana, a su padre y a Rick, endureció su corazón. Pasó una eternidad antes de que Nicolás se quedara inmóvil. Knox salió por la otra ventanilla, procurando que el contenedor se interpusiera entre él y los hombres armados que ahora estaban junto al malecón. Los ojos pronto comenzaron a arderle por el agua contaminada, de modo que tuvo que avanzar a tientas. Pero cuando los abrió, en una borrosa imagen, creyó ver por un momento las cuencas vacías de una calavera que le miraba antes de caer de lado, dejando escapar burbujas, como una última bocanada, y hundiéndose hacia las profundidades.

Sacudió la cabeza para despejarse. «Que los muertos entierren a sus muertos». Tenía que salvar a Gaille. Las puertas del contenedor se habían desprendido. Entró. Estaba unos dos tercios bajo el agua, y llenándose rápidamente. Todo había caído

durante la zambullida, todo menos Gaille, salvada por las ligaduras en torno a la barra metálica, como él había rogado que ocurriera. Pero el agua ya le llegaba al cuello, por lo que tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para poder respirar.

Knox se sumergió para desatar sus ataduras, pero los nudos mojados se habían endurecido y el nivel del agua aumentaba a cada instante, ya más allá de su barbilla, su boca, su nariz. Siguió intentando soltar la cuerda hasta que notó que cedía un poco, lo suficiente para pasar primero la uña y luego la punta del dedo, y de pronto los nudos se aflojaron y Gaille pudo liberar sus manos. Se volvieron y nadaron hacia la boca del contenedor; emergieron simultáneamente, boqueando en busca de aire y se giraron a tiempo de ver cómo se hundía el contenedor a la vez que liberaba un último resoplido de aire.

Una hilera de hombres se encontraba de pie a lo largo de la rada con los rifles levantados, apuntándolos. Nessim, de pie delante, les señaló unas escaleras que ascendían desde el agua. La fuerza que le había permitido a Knox luchar hasta aquel momento lo abandonó por fin. Sabía que para él todo había terminado. Lo único que podía esperar era que Gaille tuviera una oportunidad. Nadó agotado, mientras ayudaba a Gaille agarrándola del codo. Ella le cogió la mano. Él intentó soltarse, poner distancia entre ambos, pero Gaille se dio cuenta de lo que intentaba hacer y se resistió. Subieron juntos las escaleras en silencio, cogidos de la mano, tratando de infundirse valor.

—Seguidme —ordenó Nessim.

La pierna de Knox había comenzado a sangrar otra vez. Le latía por el dolor, así que no pudo evitar cojear. Los hombres de Hassan estaban retirando los cuerpos de los 4x4. Se abrió una puerta trasera por la que apareció la cabeza de Vasileios, y su AK-47 cayó al pavimento con estrépito.

Las armas se giraron al instante hacia el ruido, preparadas para disparar. Cuando se dieron cuenta de que no había peligro, alguien hizo un chiste y todos rieron, libres de la tensión nerviosa del combate.

Knox sentía sus empapadas ropas cada vez más frías. Pasó un brazo por encima del hombro de Gaille, abrazándola, besándole la sien. Ella le sonrió, valiente. El agua contaminada les hacía llorar lágrimas ardientes, que corrían libremente por sus mejillas. Se las secó. Continuó pensando en el momento en el que Nicolás se había estremecido antes de morir, la puerta entre la vida y la muerte ante la cual ellos mismos se encontraban ahora. A pesar de su miedo, no sentía el impulso de huir. Estaba más allá de lo que le era posible; el jurado estaba deliberando. Nessim los hizo pasar a una oficina gris con un enorme pez montado en una vitrina de cristal y antiguas cartas marítimas y carteles con peces de agua dulce en la pared. Los dejó durante un momento, regresó con dos sucias toallas de mano y les tiró una a cada uno. Se secaron la cara y los brazos. Knox se sentó y ajustó la toalla sobre su pierna

herida.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Esperamos —dijo Nessim.

—¿Para qué?

—El señor Al-Assyuti estaba en Sharm cuando llamaste. Llegará en cualquier momento.

—La chica no tiene nada que ver en esto —dijo Knox—. Déjala irse.

—Vamos a esperar al señor Al-Assyuti —dijo Nessim.

—Por favor —le rogó Knox—. Yo os dejé ir a ti y a tus hombres en Tanta. Me lo debes. Déjala marcharse.

Pero Nessim negó con la cabeza. Knox cerró los ojos agotado, asustado y desesperanzado, y hundió la cabeza entre las manos. En su mente aparecían imágenes de todas las cosas que habían sacado de la tumba flotando en el agua turbia del canal. Todo ese conocimiento. Toda esa historia. Ya no se trataba de los libros o las pinturas, ni del cadáver momificado de Alejandro, que se había perdido irremediablemente. Se trataba también del resto de los objetos, el sarcófago, los adornos de oro, las armas, las ofrendas funerarias... Al-Assyuti podría sin duda dragar el fondo del canal y recuperar todo eso para fundirlo y extraer las piedras preciosas, destruyendo uno de los mayores descubrimientos de la moderna arqueología. ¿Y quién podría asegurar que no iba a poner sus manos en el resto del tesoro de Siwa?; él, Yusuf Abbas o los dos juntos. Sólo de pensar lo que aquellos dos corruptos podían hacer con tan fantástico hallazgo para beneficio propio hacía que se sintiera enfermo.

Toda su vida, Knox había buscado tales objetos, no por su valor intrínseco, sino por el conocimiento que traían consigo; pero al cortar el nudo gordiano, y después al dar marcha atrás hacia el canal con el camión y el contenedor, él también había formado parte de aquello, por voluntad propia, sólo para darse a Gaille y a sí mismo la oportunidad de vivir cuando ya no parecía posible. Y ni siquiera había salido bien. Entonces la miró, sentada a su lado, y sintió una cierta paz; porque estaba completamente seguro de que si tuviera que volver a repetir todo lo que había hecho, sabiendo incluso lo que ahora sabía, no dudaría. La cogió otra vez de la mano, entrelazó los dedos y le dio un ligero apretón para infundirle tranquilidad. Ella sonrió y respondió del mismo modo, acariciándole la piel con el pulgar.

Pasaron quince minutos; las luces de un coche se reflejaron en la ventana. El corazón de Knox aceleró su ritmo. Miró nuevamente a Gaille, en cuyo rostro había aparecido una sombra de temor. Se oyeron pasos que se acercaban. Nessim abrió la puerta y Hassan al-Assyuti entró con las manos cruzadas a la espalda. Era más imponente de lo que Knox recordaba. Su ojo y su mandíbula estaban hinchados, y hacía gestos de dolor al moverse, como si todavía le doliera la paliza recibida.

—Deje que se vaya la chica —dijo Knox al instante—. Ella no sabe nada de todo

esto.

Hassan sonrió lobuno, mostrando un destello de oro en uno de sus dientes.

—Es usted un hombre difícil de encontrar, señor Knox. Mis hombres lo han buscado por todo Egipto.

—Habíamos hecho un trato —dijo Knox—. Le dije que vendría a verlo. Usted prometió que sacaría un cargamento que yo le traería. Ella es ese cargamento. Mantenga su palabra: sáquela de aquí.

—¿No le parece a usted que ha roto los términos de ese contrato tan particular? ¿No cree que haber venido con tres vehículos repletos de hombres armados y hostiles me permite...?

—Por favor —pidió Knox—. Se lo estoy rogando. Haga lo que quiera conmigo, pero deje irse a la muchacha.

—¿Qué? ¿Para que pueda salir de aquí y dirigirse a la prensa a vender su historia?

—Ella no lo hará. Díselo, Gaille. Dale tu palabra.

—¡Que se vaya al diablo! —exclamó Gaille con los dientes apretados—. Me quedo contigo.

Hassan lanzó una carcajada, entre divertido y admirado.

—Por lo que veo, escoge usted a sus mujeres por su aspecto y no por su inteligencia.

—No se saldrá con la suya.

—¿Salirme con la mía? —Hassan se encogió de hombros—. Todo lo que he hecho hasta ahora es rescatarlo de una situación de extremo peligro. Usted debería agradecermelo. En cuanto a lo que vaya a hacer después...

—¿Sí? —preguntó Knox.

—Me humilló en Sharm, señor Knox —dijo Hassan, con los tendones del cuello tensos—. La gente se ha estado riendo de mí. De mí, señor Knox. *De mí*. Estoy seguro de que apreciará que yo no puedo permitir que semejantes cosas sucedan sin ponerles... remedio. —Se acercó un paso y se agachó de forma que la punta de su nariz casi tocaba la de Knox; su aliento despedía un olor ácido—. Se trata simplemente de respeto.

—¿Respeto? —rió Knox—. ¡Estaba violando a una chica!

Hassan entrecerró los ojos. Se puso de pie una vez más y apretó los puños. Knox se preparó para recibir un golpe, pero Hassan se contuvo e incluso le sonrió, tenso.

—Casi había perdido la esperanza de encontrarlo —dijo—. Y esta tarde, cuando me llamó, así por las buenas, pensé al principio que era una broma. Creía que se estaba burlando de mí. Al fin y al cabo, tenía que ser consciente de lo que yo le haría. Pero entonces oí una extraordinaria noticia. Un hombre que se estaba recuperando en el hospital de Siwa empezó a hablar sobre el descubrimiento de la tumba de Alejandro Magno, sarcófagos de oro, una conspiración de griegos y cómo un joven

llamado Knox lo había salvado. Y de pronto su llamada telefónica comenzó a tener sentido. ¿Qué otra cosa podía ser su cargamento sino esos griegos renegados, ese tesoro robado?

—Se debe de haber puesto muy contento —dijo Knox con amargura—. ¡Que yo trajera hasta su puerta todo ese tesoro! ¿Es que no tiene ya suficiente dinero?

—Un hombre nunca puede tener demasiado dinero, señor Knox —replicó Hassan—. Y sin embargo tiene razón, en cierto sentido. El dinero nunca ha sido un problema para mí. Pero hay otras cosas que me han resultado más difíciles de adquirir. ¿Se da cuenta de lo que estoy diciendo, señor Knox?

—Lo que me imagino es una condena a cadena perpetua.

Hassan se rió.

—No podría estar más equivocado. Esto no es un torpe robo. Ésta es una operación oficial. Semioficial por lo menos. Esos hombres que hay ahí fuera son paracaidistas, los mejores soldados de Egipto, viejos camaradas de Nessim. Al fin y al cabo, no creerá que puedo reunir a treinta francotiradores armados en tan poco tiempo, ¿verdad? ¿Por qué cree que su convoy no fue detenido cuando se acercaban a Suez? ¿Por qué piensa que nadie disparó al contenedor, excepto cuando el conductor intentó huir?

—No comprendo —se quejó Gaille—. ¿De qué está hablando?

—Estoy hablando de la forma en que pueden salir de aquí con vida —explicó Hassan—. Estoy hablando de un modo en el que todos salimos ganando.

—Continúe —dijo Knox.

—Las ambiciones de la juventud no son las mismas que las de la madurez, señor Knox. Usted posiblemente ya se ha dado cuenta de ello. Cuando yo era un hombre joven, sólo deseaba dinero, porque el dinero es como el aire: si uno no lo tiene, nada más importa. Pero cuando ya se tiene... —Hizo un gesto de desprecio.

—Entonces ¿qué es lo que quiere usted?

—Legitimidad. Respetabilidad. Un sitio en el corazón de mi pueblo. Una oportunidad para servirle.

—¡Una oportunidad para servir a su pueblo! —Knox soltó una carcajada—. ¡No me lo puedo creer! ¿Se va a dedicar a la política?

Hassan se permitió una sonrisa.

—Nuestra nación está dirigida por una generación que ha envejecido —dijo—. Una generación que apenas está en contacto con su pueblo. Egipto está pidiendo a gritos un nuevo liderazgo, gente con nuevas ideas y energía, gente que comprenda que hay que renovarse. Yo pretendo ser una de esas personas. No obstante, el mundo de la política en Egipto es de difícil acceso, en particular para un hombre con mi... reputación. En Egipto impera el nepotismo, como usted sabe. Hay demasiados hijos y parientes en lista de espera aguardando su puesto. Y también estoy seguro de que

usted sabe que la paciencia no figura entre mis virtudes.

—Ahora lo entiendo —masculló Knox—. Se va a convertir en el héroe del día. El salvador de los tesoros de Egipto.

—Y usted me va a ayudar, señor Knox —asintió Hassan—. Usted le va a decir al mundo que la razón por la cual se puso hoy en contacto conmigo fue porque se dio cuenta de que esos grandes tesoros de Egipto estaban en peligro, y sabía que yo era la persona a la cual acudir, porque siempre antepongo mi país y mi pueblo a cualquier otro interés; y el desarrollo de los acontecimientos ha demostrado que usted estaba en lo cierto, puesto que eso ha sido lo que he hecho exactamente.

—¿Y si no lo hago?

Hassan se agachó para acariciar la mejilla de Gaille.

—Ya ha habido un baño de sangre ahí fuera, señor Knox. ¿De verdad cree que dos cadáveres más se notarán?

—No está hablando en serio.

—¿Me está desafiando, señor Knox?

Knox lo miró fijamente, intentando saber si cumpliría su amenaza. Pero aquel hombre parecía hecho de piedra, no dejaba traslucir ninguna de sus emociones. Miró a Gaille, que se preparaba para lo peor pero estaba dispuesta a sufrirlo junto a él, y supo entonces que no tenía alternativa.

—Bien —dijo—. Acepto el trato.

—Bueno —dijo Hassan haciéndole un gesto a Nessim, que seguía impassible de pie junto a la puerta—. ¿Sabe?, tiene que agradecersele a mi jefe de seguridad. Esto ha sido idea suya. Yo estaba furioso con usted, señor Knox. No se imagina hasta qué punto llegaba mi furia. Después de su llamada, yo quería matarlo. Pero Nessim me ha convencido de que ésta era una estrategia mejor. —Se inclinó y se acercó una vez más, como si fuera a confiarle un secreto—. No es bueno tenerme de enemigo, señor Knox. Le conviene recordarlo.

—Lo haré —le aseguró Knox—. Créame.

Hassan lo miró, divertido por su atrevimiento, y los dos hombres se observaron durante unos instantes, lo suficiente para percatarse de que no todo estaba dicho entre ambos, que había asuntos pendientes. Pero podían esperar. Y lo harían. Ambos tenían demasiado que perder.

Knox se puso de pie y ayudó a Gaille a hacer lo mismo pasando un brazo por su cintura. Juntos se encaminaron hacia la puerta, que Nessim mantuvo abierta para que pudieran pasar. Knox hizo una levísima inclinación de cabeza y Nessim respondió del mismo modo, como si reconocieran que habían saldado su deuda, o tal vez, incluso, como muestra de mutuo respeto. Después, él y Gaille cruzaron la puerta y entraron en una nueva vida.

Epílogo

«Así que esto es lo que se siente al ser famoso», pensó Knox, que sentía un enorme calor a causa de las luces de los focos mientras miraba por encima de los micrófonos a la multitud de fotógrafos agachados y a los equipos de televisión inclinados hacia delante en sus sillas, tomando notas con una mano mientras levantaban la otra, ansiosos por hacer una pregunta, aunque sólo fuera para mostrarles a sus jefes que estaban realizando su trabajo, porque, a esas alturas, ya tenían que haberse dado cuenta de que no iban a recibir una respuesta que valiera la pena.

—Lo siento —dijo Yusuf Abbas por enésima vez—. Es demasiado pronto para saber exactamente qué hemos encontrado. La arqueología no funciona de ese modo. Necesitamos tiempo para asegurar y examinar el yacimiento, antes de trasladar y estudiar lo que encontremos. Dentro de uno o dos años quizás sepamos un poquito más. Ahora sólo tres preguntas más, creo. ¿Quién quiere...?

—¡Daniel! —gritó una joven pelirroja—. ¡Daniel! ¡Aquí! —Knox se volvió hacia ella, momentáneamente cegado por el flash de una cámara—. ¿Cómo puedes estar seguro de que era Alejandro?

—¿Es verdad que hay más oro? —preguntó un periodista japonés.

—¡Gaille! ¡Gaille! —gritó un hombre de cabello canoso—. ¿Pensaste que ibas a morir?

—Por favor —pidió Yusuf, alzando ambas manos y disfrutando de cada instante —, uno a uno.

Knox se rascó la mejilla, que le picaba por el cansancio y la barba crecida. Qué extraño le resultaba todo esto. ¡Pensar que, en ese mismo instante, la gente de todo el mundo lo estaba viendo por la televisión! Algunos seguramente serían viejos conocidos. Mirarían la pantalla incrédulos, o tal vez musitarían una maldición por lo bajo, o lanzarían una carcajada y cogerían el teléfono para avisar a otros amigos comunes. «¿Has visto la televisión? ¿Te acuerdas de Knox? ¡Te juro por Dios que es él!».

Miró de reojo a Gaille. Ella le sonrió y enarcó una ceja como respuesta, como si entendiera exactamente lo que estaba pasando por su mente. Las últimas veinticuatro horas habían sido apabullantes. El interrogatorio policial al que les habían sometido en Suez había sido de lo más agradable. Habían bromeado y estrechado sus manos; él y Gaille habían sido tratados como héroes. La historia de Mohammed parecía haber captado el interés popular. Y para mejorar la situación, habían visto a Yusuf Abbas en la televisión esforzándose miserablemente en explicar su relación con los Dragoumis, por qué le había dado a la FAM permiso para excavar en el delta y llevar a cabo una prospección en Siwa, y por qué Elena Koloktronis lo había visitado en El Cairo.

Pero de pronto el tono de la investigación había cambiado. Un nuevo detective, llamado Umar, había llegado a la comisaría de policía. Su primera decisión fue encerrar a Knox y a Gaille en celdas separadas. Después, había procedido a interrogarlos interminablemente. Tenía patillas como cimitarras y ojos agudos, y parecía sospechar de todo lo que Knox le había dicho. Intentó que se contradijera y retorcer las palabras para volverlas en su contra. No demostró interés alguno por Nicolás Dragoumis y sus hombres, como si el robo y los asesinatos no fueran importantes. Se había concentrado, por el contrario, en los movimientos de Knox, insistiendo en particular en los yacimientos del CSA en Alejandría y en el delta, intentando obligarlo a admitir que había forzado la entrada de ambos.

—No sé de qué está hablando —insistió Knox—. No conozco esos sitios.

—¿De verdad? —había dicho Umar, frunciendo el ceño con un gesto teatral—. Entonces tal vez pueda explicar cómo han llegado las fotos de esos yacimientos a un ordenador portátil y a una cámara digital que estaban en su jeep.

El corazón de Knox dio un vuelco. Se había olvidado por completo de ellas. Guardar silencio en ese momento o pedir un abogado hubiera sido equivalente a admitir que tenía algo que ocultar. Mentirle a un hombre como aquél hubiera sido una locura; pero también lo hubiera sido admitirlo todo. Y además tenía que proteger la reputación de Rick. No iba a permitir que el nombre de su amigo quedara asociado al de un ladrón de tumbas, y mucho menos después del sacrificio que había hecho. Umar sonrió con irritante afectación.

—Estoy esperando una respuesta —dijo.

—No he hecho nada malo —se quejó Knox.

—Puede que ésa sea su opinión. En mi país consideramos un delito muy serio forzar la entrada de lugares históricos. Especialmente cuando se trata de un hombre ya conocido por haber vendido antigüedades en el mercado negro.

—¡Eso es una canallada! —protestó furioso Knox—. Sabe que es mentira.

—Explíqueme de dónde sacó las fotografías, señor Knox.

Knox frunció el ceño y se reclinó en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué fotografías?

Umar se rió.

—¿Sabe usted cuál es la pena por robo de antigüedades? Incluso por intento de robo le podrían caer hasta diez años.

—Esto es ridículo. Acabo de ayudar a salvar para Egipto un gran tesoro.

—Y sin embargo —dijo Umar— un hombre inteligente sería consciente de la gravedad de su situación. ¿Es usted un hombre inteligente, señor Knox?

Knox entrecerró los ojos, sospechando segundas intenciones en las palabras de Umar.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que hay una explicación para su presencia en esos lugares que yo aceptaría de buena gana.

—¿Y cuál es?

—Que usted entró en ellos con autorización del CSA. Para ser más exactos, con el conocimiento y aprobación del secretario general, Yusuf Abbas.

Knox cerró los ojos al darse cuenta de todo.

—Así que de eso se trataba. —No pudo evitar reírse—. Si digo que estaba trabajando en secreto para Yusuf, él deja de ser sospechoso de ser amigo de los Dragoumis, porque en realidad estaría investigándolos. Dígame, ¿qué es lo que saca usted de esto?

—No tengo ni idea de a qué se refiere —replicó Umar con indiferencia—. Pero tal vez deberíamos revisar su declaración una vez más. Los medios están pidiendo la historia completa, como seguramente usted sepa. Sólo que esta vez podría empezar usted contando la llamada telefónica que le hizo a Yusuf Abbas para comunicarle sus sospechas sobre los Dragoumis, y la autorización que él le dio para actuar, en la sombra, en su nombre.

—¿O?

—O todos salen perdiendo: Yusuf, usted, la chica.

Knox se alarmó.

—¿La chica?

—Egipto necesita alguien a quien castigar, señor Knox, y todos los griegos han muerto. Pero su amiga Gaille estaba trabajando para ellos. La llevaron a Tesalónica en el avión privado unos días antes para que conociera a Philip Dragoumis. Estuvo con Elena Koloktronis en Siwa. Créame, puedo conseguir que parezca más culpable que el demonio con mucho menos material que éste. ¡Y una muchacha tan joven! ¿Se imagina qué le podría pasar, aunque sólo estuviera un mes en una prisión egipcia?

—No me lo puedo creer.

Umar se inclinó hacia delante.

—Piense también en esto: si usted se muestra de acuerdo, será un héroe. Me han autorizado a decirle que el CSA lo recibirá con los brazos abiertos, y que considerará favorablemente cualquier futura solicitud para hacer excavaciones que usted decida realizar.

Durante un momento, Knox sintió la necesidad de tirarle a la cara su oferta a Umar. Cinco años antes, más joven y obstinado, hubiera hecho eso. Pero el desierto era un buen maestro.

—Si acepto —dijo—, será con una condición.

—Dígame.

—Un nuevo premio del CSA: el premio Richard Mitchell, concedido anualmente

a un joven y prometedor arqueólogo por el propio secretario general. El primero será otorgado póstumamente a Rick.

Umar se había permitido una leve sonrisa.

—¿Me disculpa un minuto?

Knox había estirado la pierna mientras esperaba a que regresara Umar; notaba la herida de bala agradablemente tensa y dolorida. Le habían asegurado que no era nada, que sólo había afectado al músculo. Al cabo de una semana, no sería más que una cicatriz y un recuerdo.

Umar regresó.

—El premio Richard Mitchell no —dijo—. Sólo premio Mitchell. Un reconocimiento a las contribuciones realizadas por toda la familia. Mi contacto me asegura que más sería imposible.

Knox asintió. Francamente, se había sorprendido de que Yusuf cediera incluso hasta ese punto. En la práctica suponía reconocer que Richard era inocente, y si él era inocente, ¿quién aparte de Yusuf podía ser el culpable? Tenía que estar recibiendo fuertes presiones. Durante un momento, y exactamente por ese motivo, Knox había considerado la posibilidad de rechazar el acuerdo. Pero no era sólo su pellejo lo que estaba en juego.

—Bien —dijo—. Pero necesitará que la chica esté de acuerdo.

—Ya ha consentido —le había dicho Umar, palmeándose el bolsillo—. Parece ser que ella tampoco quería ir a la cárcel.

—¿Puedo verla?

—Todavía no. Cuando hayamos redactado su declaración, daremos una rueda de prensa. Usted, la chica y Yusuf le contarán al mundo cómo trabajaron en equipo con Hassan para atrapar a esos griegos cobardes. Después de eso, ustedes podrán hacer lo que les plazca.

—Una vez que nos hayamos comprometido irrevocablemente, querrá decir.

Umar se limitó a sonreír.

Y allí estaban todos. Yusuf Abbas estaba concluyendo la rueda de prensa. Agradeció a los periodistas su presencia, insistiendo en que contactaran directamente con él para cualquier otra pregunta, y no con Knox ni Gaille. Después dejó descansar sus manos sobre la mesa, apretó las mandíbulas, tensó los muslos y echó la silla hacia atrás para ponerse de pie antes de mirar radiante a su alrededor, como si esperara que le aplaudieran. Al no suceder esto, indicó a Gaille y a Knox con un gesto que se pusieran de pie a su lado para hacer unas últimas fotos, con los brazos alrededor de sus hombros como si fueran íntimos amigos. Las cámaras hicieron su trabajo. Las luces comenzaron a apagarse. Los periodistas llamaron a sus amigos y a sus oficinas con los móviles mientras salían entre apagados murmullos. La atención del mundo se desplazó, dejando a Knox con una sensación de extraño desánimo. Nunca había

buscado la luz de los focos, y sin embargo había algo innegablemente adictivo en ella.

Yusuf mantuvo los brazos sobre sus hombros mientras los guiaba hacia la puerta trasera de la sala de conferencias preguntando solícito por sus planes. En el momento en que las puertas se cerraron a sus espaldas, frunció el ceño, retrocedió y se sacudió con desagrado las manos, como si sospechara que Knox y Gaille pudieran contagiarle alguna enfermedad.

—Ni se les ocurra hablar con los medios sin mi permiso —les advirtió.

—Hemos dado nuestra palabra.

Yusuf asintió con amargura, como si supiera lo poco que valía la palabra de gente como ellos. Después les dio la espalda y se alejó bamboleándose.

Knox tembló levemente mientras se volvía hacia Gaille.

—¿Quieres que salgamos de aquí? Ya he pedido un taxi.

—Entonces ¿a qué estamos esperando?

Recorrieron el laberinto de pasillos.

—No me puedo creer que Yusuf se vaya a salir con la suya —murmuró Knox.

—No teníamos alternativa —aseguró Gaille—. No había pruebas en su contra. Y sí en contra nuestra. No es culpa nuestra que Egipto lo haya nombrado secretario general.

—Tu padre jamás habría estado de acuerdo.

—Sí, lo habría estado. Él hizo un trato con Dragoumis, ¿no? —Ella sonrió y lo agarró del brazo—. En cualquier caso, lo hecho, hecho está. Por favor, hablemos de otra cosa.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo, ¿qué vas a hacer ahora?

Pensó, sombrío, en Rick.

—Tengo que asistir a un funeral.

—¡Ah, claro! —Bajó la cabeza un momento; luego preguntó—: ¿Y después?

—No he pensado en ello. —Knox se encogió de hombros, aunque lo que acababa de decir era mentira: la perspectiva de excavar nuevamente había estado cosquilleándole desde que Umar le había hecho la oferta—. ¿Y tú?

—Me voy a París en el primer vuelo que consiga.

—¡Ah! —Se detuvo al instante—. ¿De verdad?

—He decidido dejar la Sorbona —dijo—. Tengo que comunicarlo en persona, ¿no te parece? Ellos han sido muy buenos conmigo.

Knox no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Y después?

—Tengo planeado volver. Buscar trabajo en alguna excavación. Aprender el oficio, ya sabes. Tengo entendido que Augustin siempre anda buscando nuevos

ayudantes. Tal vez podría...

—¡Augustin! —protestó Knox espantado—. ¡Ese viejo chivo! ¡No puedes estar hablando en serio!

—Pensaba que era tu amigo.

—Claro que es mi amigo. Precisamente por eso no quiero que trabajes para él.

—Necesito un trabajo —insistió Gaille—. ¿Tienes alguna idea mejor?

Llegaron a las puertas traseras, las abrieron y bajaron las escaleras en dirección al taxi que los estaba esperando. Knox abrió la portezuela para que Gaille se montara. Subió detrás de ella e indicó al conductor una dirección. Bajó la ventanilla mientras se alejaban, permitiendo que entraran los olores de Egipto: las especias, el humo, el sudor. Esto estaba mejor. Dejar de lado la política, la ambición, la corrupción, los engaños. Ir en pos de la verdad desnuda una vez más.

Se volvió hacia Gaille.

—Necesitaré un ayudante tan pronto como todo esto se calme —le dijo.

—¿En serio?

—Sí. Alguien que trabaje por una miseria, por amor a la arqueología. Alguien con la formación adecuada que complementa la mía. Un experto en lenguas, a ser posible. Y es preferible que sepa sacar fotos más o menos decentes. Dos empleados por el precio de uno, ya sabes. Tengo que ahorrar en esas cosas.

Gaille se rió y le dirigió una mirada chispeante.

—¿Y puedo preguntarte qué buscaréis vosotros dos?

Él le sonrió.

—¿No querrás decir qué buscaremos nosotros dos?

—Sí —respondió ella feliz—. Eso es exactamente lo que quería decir.

Agradecimientos

Este libro ha llevado más de una década de reflexión y escritura, y durante ese periodo he recibido la ayuda, el aliento y el consejo de muchísima gente, demasiada para poder agradecerse de forma individual. Pero me gustaría dar las gracias particularmente a mi agente Luigi Bonomi y a mi editor Wayne Brookes, por haber percibido algo que les gustó en el manuscrito original y por ayudarme a mejorarlo. También quisiera dar las gracias a Colin Clement por corregir mis peores exageraciones sobre la vida y la arqueología en Alejandría y Egipto. No hace falta aclarar que si han quedado algunos errores, yo soy el único responsable.

Tras su muerte en Babilonia en el 323 a. C. el cuerpo de Alejandro Magno fue llevado en una magnífica procesión a Egipto, para su entierro final en Alejandría, en donde permaneció durante alrededor de seiscientos años. El mausoleo de Alejandro estaba considerado una de las maravillas de la Antigüedad. Julio César peregrinó para verlo y lo mismo hicieron los emperadores Augusto y Caracalla. Pero después de una serie de terremotos, incendios y guerras, Alejandría comenzó a declinar y se perdió todo rastro de la tumba. A pesar de numerosas excavaciones, nunca ha sido hallada.